UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

CARRERA DE LITERATURA

BIBLIOTECA ESPECIALIZADA
Paz Bolivia

TESIS CREATIVA DEL POSTULANTE:

P02215

OSWALDO CALATAYUD CRIALES

TUTORA:

DRA. ALBA MARÍA PAZ SOLDÁN

TEMAS:

ENSAYO: CLÍNICA DE LAS ESCORIAS (La des-escritura de la Historia — La destrucción de libros)

OBRA: MUSEO DE FUNEBRERO — Misa de cuerpo ausente

97 J
Jc-15 19

SETIEMBRE 2008

Dedicatoria

Agradecimientos

...a quienes

y —otro tanto— a la antiliteratura.

Índice

ENSAYO: CLÍNICA DE LAS ESCORIAS

o. etimología de la destrucción 02

i. de museos y musas 05

ii cartografía de la lucidez 15

iii. sintaxis del tiempo 21

iv. mecánica del manuscrito 25

v. gramática del silencio 32

vi. taquigrafía de la memoria 37

vii. asimetría de la mirada 42

viii. elogio del olvido 48

ix. tipografía de la muerte 55

x. poética del extravío 59

xi. libricidio y combustión 64

xii. apogonía del lenguaje 67

xiii. efemérides escritural 79

bibliografía 90

OBRA: MUSEO DE FUNEBRERO

Primeros once meses... la muerte 1

ii. Otros once meses... la muerte 43

iii. Últimos once meses... la muerte 121

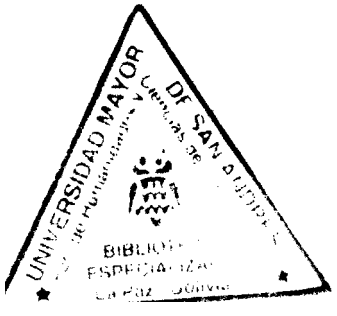
Un demente cruza las líneas de la realidad por el vértice del libro . menor descuido hace de esa ranura un envoltorio de sentidos que desdibuja el litem! he hojas que culminan nunca. Afuera, un devoto se empalaga en distraídas por el tiemp > franqueadas por el periódico amurallar de páginas que los diarios enuncian y que las nn · isas pilas de impresos anulan. Simultáneamente, intensos borradores se preparan para blanquear por fin esos espacios nianchosos que han batido sangre y rescatado víctimas: la ficción.

Clínica de las escorias

▪ La des-escritura de la historia ▪ ▪ La destrucción de libros ▪

—Acerca de la novela histórica, la ficción y la historia—

Énfasis en *Santa Evita* de Eloy Martínez



¿Hasta dónde debemos practicar las verdades? (R.S.)

o. etimología de la destrucción

...una historia de páginas negras es la que en verdad reproduce la historia... [Anónimo]

Las fuentes de escritura son hoy muchas y pese a que se ha perdido cuidado respecto a los géneros a los que tal o cual obra pertenecen, el hecho de su tipificación y orden es todavía elemental para la circulación y el *consumo* de la literatura en general. Esto ha venido ocurriendo sobre todo desde la perspectiva de los lectores y las editoriales, que todavía tienen influencia mayoritaria sobre las características de distribución de estos bienes simbólicos. Sin embargo, si revisamos la otra cara de la medalla, vale decir la puesta en escritura del autor y la labor de montar un texto, notamos que la experiencia creativa tiende cada vez más a convertirse en un proceso en simultáneo de varios géneros o, en su caso, intenta incriminarse lo menos posible con alguna vertiente literaria específica. En consecuencia, no sólo hoy —sino desde antes— se han producido obras cuyo objeto es la misma escritura', más allá de su apuesta dramática, narrativa o en verso. Es justamente esta tendencia la que ha propiciado el análisis exhaustivo de obras en las que más de un registro genérico se pone de manifiesto, confirmando la posibilidad de simbiosis, parodia o intertextualidad.

Pues bien, todo esto ha hecho que en el último tiempo uno de los motivos más discutidos en literatura —el que establece la ficción y la realidad—, se haya vuelto a problematizar, aunque ahora a partir de elementos epistemológicos que ofrecen una vasta posibilidad de análisis desde el lenguaje. Así pues, el desarrollo temático y crítico de lo que se ha denominado novela histórica, género ambiguo que siempre ha corrido el riesgo de tomarse por sola mentira o por completa verdad, ha renovado la discusión ya no precisamente entre lo que historiadores y literatos puedan decir sobre este asunto, sino respecto de la estructura de sus lenguajes y del intercambio de conceptos que supone todo trabajo interdisciplinario. Para la literatura, en términos generales, la noción de "novela histórica" parece confiarse a su sola visión estética. No obstante, este género tan explotado últimamente, define no sólo el trabajo de reescritura y ficcionalización de un momento histórico determinado, además propicia un *acercamiento crítico* a la realidad histórica de un lenguaje que, por el mismo hecho que traduce los imaginarios del pasado, está expuesto a una mirada subjetiva y no menos metafórica. En todo caso, una reacción similar se da en la historiografía, para la cual el nacimiento de la "novela histórica" es un evento más que cifra los alcances metodológicos de sus estudios, sin otro portento que revisar los discursos del otro *extraviados* en sus archivos.

[1] Entendida como un desplazamiento de los tópicos del escritor a su experiencia en el lenguaje (siguiendo a Wittgenstein, el lenguaje es un problema, porque lo que nos confunde es la apariencia uniforme de las palabras).

Dicho de otro modo, lo que los estudios diferenciados y positivistas pretenden es abordar la novela histórica considerando que una obra de este tipo obedece a una gestión teórica que, por eso mismo, conlleva una valoración a veces sesgada, a veces razonable, de lo que podamos entender desde los ámbitos literario e historiográfico por separado. Sin embargo, el solo hecho de que sus estructuras y funciones coincidan implica, más que la asimilación bilateral de la obra, un movimiento recíproco que opone los lenguajes de manera simbólica en torno a un factor común, el libro. Estamos hablando entonces de un trabajo en la escritura cuyos parámetros lingüísticos sean los que determinen la naturaleza del texto, más allá de géneros y de campos de estudio. Para comprender esto, es preciso entender —sin temor a apelaciones— que la escritura interviene en nosotros cual si fuese anal de la ficción, en tanto que la representación por medio de la escritura trasmuta la fuente original y pone de manifiesto un simulacro que, evidentemente, es susceptible a la cita textual y que inclusive podemos hacer pasar por verdad. Ahora bien, dado que toda fuente histórica y documento oficial parece haber capitalizado nuestra *visión del pasado,* corresponde a la ficción encarar, en su proceso de creación y en su demarcación escritural, un gesto que redima esa *versión del pasado* que también nos incumbe.

En este entendido, se ha tomado por decisión —a manera de aproximación, tendencia o corolario—, partiendo de la experiencia escritora, tergiversar el ideario tradicional que cree en una escritura que construye (otra cosa, a un costado o mentiras) y pensar en cambio que toda acción caligráfica y construcción textual es un acto que blanquea (borra, invisibiliza) el colosal de páginas mundiales franqueadas por la historia y las noticias. Y, para ir más allá completando la escena, determinar que este proceso de des-escritura literaria es recíproco a un proceso histórico relevante: la destrucción de libros, que para la Historia representa la pérdida de la memoria colectiva que —digámoslo así— algo le debe a la ficción. Por consiguiente, la escritura de ficción (novelada en este caso) intenta sobre todo dar rienda suelta a esta experiencia algo paradójica: el verdadero proceso escritor des-escribe, más aún se des-dicta, haciendo de las páginas en blanco el sonido residual de una experiencia que trasciende, disiente y depone las escorias de una clínica cuya única gestión es el lenguaje. Lo propio del otro lado, toda vez que la "verdadera historia" es un proceso que da cuenta de sus batallas perdidas, de los archivos quemados y de toda la documentación ajena a los libros, en definitiva, a todos los acontecimientos que —como la página en blanco— han dispuesto un mecanismo inverso al recuerdo, un artilugio que difiere la *memoria de los pueblos:* se dice que en América Latina la ficción no puede competir con la realidad, aquí se monumentaliza el proceso inverso *(y* el anverso).

En este sentido, la Nueva Novela Histórica (NNH), como se ha denominado a la tendencia última en la producción literaria de ficciones que abordan hechos históricos, excede en muchos casos la simple consigna de narrativizar aquellas historias o develar las características propias de su desarrollo y montaje. De alguna manera, pues, la NNH —que es también un concepto inacabado— plantea, como una de sus singularidades, que el acercamiento a esa historia debe darse siguiendo el curso de una ficción y no como un ejercicio que simplemente vehicule las anécdotas, contradicciones o inverosímiles que toda historia supone. María Cristina Pons ha destacado, al respecto, que la narrativa histórica más reciente "alberga la característica de funcionar como una relectura que cuestiona el pasado cabalgando sobre los lomos de la reescritura de la Historia o una interpretación de ésta" [Pons en Rodríguez, 2006: 3].

Bajo esta perspectiva, se ha elegido una novela que marca estas dos caras de la misma página: Santa Evita de Eloy Martínez, puesto que en su desarrollo toma muy en cuenta la experiencia específica de un escritor y su cuasi función de averiguar ficciones (esto es, una búsqueda de datos que confirmen un imposible). Es de notar, pues, que en el caso particular de Santa Evita se manifiestan recursos de escritura que transgreden nuestra propia lectoría o, en su caso, elementos narrativos que logran un importante contrapunto entre las nociones literarias de lectura y escritura. De hecho, más allá de que el lector reconozca que está leyendo y el escritor que está escribiendo, ambas categorías —al ser simultáneas, al traspasarse— coexisten con el pasado histórico desde un saber presente, asumiendo en gerundio su devenir histórico. Asimismo, interesa en esta novela que narra los meses y años posteriores a la desaparición de Eva Perón[2], el tratamiento del cuerpo, aunque desde el ámbito de la muerte (equivalente de la ficción[3]) y por su tendencia histórica-biográfica claramente desestabilizada por los registros de lo ficticio. En suma, en esta novela se observa que la *trascendencia* del autor y su *experiencia* escrita cobran vigencia, no como impronta de la edición, del libro o del relato, sino en su calidad de fuente y efecto a un solo tiempo de esta increíble posibilidad verbal: *estar escribiendo.*

---

[2] María Eva Duarte de Perón (1919 - 1952), conocida como Evita, fue una actriz y política argentina. Como primera dama, promovió el reconocimiento de los derechos de los trabajadores y de la mujer, entre ellos el sufragio femenino y realizó una amplia obra social al lado de su esposo, el Presidente Juan Perón. Murió de cáncer a sus 33 años.

[3] Esto quiere decir que la transformación de la ficción en posibilidad nos permite pensar que la muerte —crónica y clínica— es también una posibilidad, siendo que —a sabiendas de su predestinación— el ser humano reafirma un sueño. En consecuencia, la muerte no sería un hecho existencial sino un espectáculo televisivo, una ficción. El olvido completo de la muerte dejaría la existencia humana al cielo raso y la vida convertida en un espejismo extraño, ajeno por completo a la realidad.

i. de museos y musas

...transcurridos cuatro meses del registro de los libros, si éstos no han sido reclamados por el interesado, la Biblioteca tiene la facultad de destruirlos... [Art. Cámara del Libro]

El tema en discusión ha sido siempre actualizado, pero historia y literatura —realidad y ficción— se han convertido, al parecer, en conceptos irremplazables para demarcar la disimilitud de estadios en que la memoria y mentira del hombre experimentan sus fases, a decir —claro— de una cierta actitud condescendiente que ha hecho de ambas un documento fiel a sus fuentes. El resurgimiento de la novela histórica como género que trabaja las referencias históricas desde una visión novelada, ha provocado numerosas incógnitas y disputas —por lo demás insolubles— entre aquellos que la consideran un documento especial que —lo mismo que una investigación historiográfica— constituye una fuente de consulta, y aquellos otros que desdeñan el valor documental de la creación literaria. Entonces, el pseudo-historiador que vendría a ser el narrador literario es, para unos, un versado sobre los hechos pasados y, para otros, un agente que simple y llanamente falsea la información historiográfica.

Por estas mismas razones, las relaciones entre "realidad" y "ficción", "ciencia" y "narración", tienen una posición central en las polémicas que dividen hoy en día a los historiadores. Para Hayden White, este proceso entró en su fase decisiva a principios del siglo XIX, cuando los historiadores trataron de establecer su disciplina como ciencia, limpiando su discurso de toda huella literaria. Sin duda, la frontera es ambigua, y hace de la operación verbal, que tanto la literatura como la historia esgrimen, un elemento que no sólo concilia estos campos de estudio, también los hace compatibles respecto al objeto epistemológico que tienen en común: la memoria. Según Schopenhauer, es sólo a través de la historia que un pueblo llega enteramente a la conciencia de sí mismo. Si no hay memoria, no hay identidad. No obstante, el influjo de los escritores y poetas, a su vez, es mucho más grande y visible según el impacto de sus obras. En este sentido podríamos decir que son trabajadores de la memoria. Con todo, hay que jugarse siempre al simulacro, es decir al intento de cifrar cuál la especificidad de cada campo y cómo los puntos de fricción son siempre aquellos en los que el lenguaje está inmerso.

En consecuencia, si se sostiene que para el historiador el texto literario es un tipo de documento, pero revisable por su carácter ficcional, y para el literato el texto histórico es sobre todo una fuente que le otorga los datos necesarios para sostener su versión novelada, valdría revisar este doble movimiento respecto a la escritura, puesto que ambos —archivo y fábula— han tendido siempre ha presentar posturas disímiles y en ocasiones cerradas a su lógica, desvirtuando la labor cognitiva del otro campo. Así por ejemplo, la

historiografía se concentra cada vez más en el análisis de entidades colectivas, y el número domina cada vez más el concepto. Empero en el número se pierde la narración y no nace ninguna imagen, lo cual equivaldría a un análisis sesgado de la realidad. Consiguientemente, es posible advertir —no sin pocas sospechas— que con esta clase de lecturas, la percepción del lector es también parcial, toda vez que su concurso en una obra se reduce a captar inteligiblemente los elementos que lo remiten a una realidad extratextual que no le permite tener una posición. En tal caso, el aturdido lector se verá obligado a reaccionar cerrando el libro o —lo que es lo mismo— dejando que la influencia de lo real triunfe por encima incluso de la crítica que se le esté haciendo por medio de la ficción. Al respecto, cabe señalar que los datos históricos reales manifiestos en un relato son un efecto de la ficción, y no al contrario, por lo que toda creación literaria debe ser considerada a partir de esta máxima.

Para entender esto, habrá que plantear —desde ya— que, al constituir el lenguaje un elemento con el que literatura e historiografía comulgan, se hace necesario circunscribir este caso de estudio en una frontera en la que se superponen los registros de lo real y de lo ficticio: la experiencia creativa. Por una parte, se ha considerado desde la "sociología de la literatura" al texto literario por su efecto en la sociedad, es decir por su alcance cultural antes que por su trascendencia significativa desde la ficción. Esto a consecuencia del insistente rescate por parte de los historiadores de los datos que, por ejemplo, una novela otorga de forma muchas veces detallada y prolija. Por otra parte, en especial desde los años veinte del siglo pasado con los "formalistas rusos", se ha intentado especificar el valor estético de la novela sin la más mínima injerencia de valores externos a ella. En el entrecruce de ambas consignas se halla una tercera línea que afirma la posibilidad de una sociología en el texto, pero en su interior y derivada de ningún otro elemento más que de su propio sentido. Desarrollada por la "sociocrítica", esta postura defiende la autonomía del texto y encuentra en él un discurso propio que deriva de su metáfora; muy cercana a esta perspectiva se encuentra la que corona este ensayo. Entonces, habida cuenta del desarrollo de estas hipótesis, es necesario hacer revista de alguna de las más importantes cuestiones que —polémicas o categóricas— nos llevan, cada vez con más detenimiento, a escribir sobre el que sea tal vez un falso afán: estipular la emergencia de una historiografía en la literatura, amparados en estas interrogantes: ¿Qué historia escribe la literatura? ¿Qué literatura crea la historia?

La sociología de la literatura es el "conjunto complejo y heterogéneo en el que se entrecruzan algunas de las disciplinas mayores de las ciencias sociales" [Cros, 1993: 188], cuyo espacio crítico abarca sobre todo juicios ideológicos, lo cual tiene que ver sin duda

con lo social e histórico de un determinado texto. Este movimiento, desarrollado hace más de cincuenta años y cuya repercusión actual es todavía significativa, fue desde un principio denegado por el círculo literario que se resistía a ser captado sociológicamente y, al mismo tiempo, por parte del cuerpo social que se negaba a que se elabore esa sociología, según recalca Albert Memmi a inicios de los años sesenta. De esta forma, mientras autores como Escarpit, Mukarovsky y Gauss insistían en la repercusión social de la obra literaria, aduciendo que ésta no llega a existir sino tras su efecto en la sociedad, otros —Barelson, Salter, Albretch, Henry y Moscovici— se encargaban de evaluar, a partir de la "sociología de los contenidos", a los textos de ficción como testimonios de las sociedades implicadas. En cierta medida, Pierre Bourdieu también se centra en la posibilidad de localizar en el texto literario ciertos elementos informativos sin restarle su especificidad estética, es decir más allá de las zonas superficiales de la obra. Sin embargo, en ambos casos, tanto la sociología experimental como la sociología de contenidos ignoran la especificidad del texto de ficción, reduciendo su trascendencia a la influencia que pueda tener sobre los hechos del mundo real y no su valor artístico *per se,* siendo que —en palabras de Lotman— "el arte es el medio más económico y más denso de conservar y trasmitir información" [1973: 55].

Paradójicamente, en la actualidad se tiende a considerar la novela histórica como el género que mejor representa esta idea de refugio ante la insoportable realidad. De este modo, algunos críticos se valen de ello para afirmar que lo que ocurre en una novela, por ejemplo, es totalmente compaginable con la realidad de un individuo o de un grupo social. A ello, sumada la teoría de Pierre Bourdieu que considera al libro como un bien cultural en su doble valor (simbólico por ser una obra de arte y mercantil por estar incorporado en el mercado), la obra literaria es propensa a ser captada bajo un enfoque social siguiendo este argumento: el escritor está al tanto de que su obra forma parte de una institución literaria que lucha —como tantas otras— por acceder al poder simbólico; por ende, cualquier obra literaria apunta a que su discurso se imponga sobre el resto, tornándose —quiéralo o no su autor— en un documento partidario de una ideología. Por eso, para Pierre Bourdieu la conformación de un campo social confirma la relación entre el texto y el contexto. Consiguientemente, la existencia de prácticas discursivas al interior de una novela es suficiente para determinar sus implicancias sociales a todo nivel.

Ahora bien, la sociología de la literatura determina que si ha de existir una correlación entre la serie literaria y la serie social, ésta se ha de dar a través de la actividad lingüística. Entonces el lenguaje es un factor determinante en la defensa de la delicada estructura que liga obra y contexto en estos tres niveles: fuera del texto, en el texto y en la modelización literaria. El "fuera de texto", es decir la obra a nivel social (el libro), es un elemento que se

ha considerado a partir de la sociolingüística y de las puestas en discurso que el ejercicio del lenguaje permite. No obstante, se ha comprobado que estas "propiedades sociales" del lenguaje —al igual que el texto escrito— se caracterizan por un discurso que —en apariencia— confiere a las palabras un valor concreto, organizándolas a lo sumo como herramientas que comunican un pensamiento, cuando en realidad se ha visto que, sobre todo en el discurso político y en el publicitario, la función connotativa del lenguaje es muy fuerte. En consecuencia, es posible advertir que no sólo en el texto literario las palabras tienen un valor agregado, pues es un hecho que, por ejemplo, la historia se sostenga en versiones del pasado, vale decir en desplazamientos reales que relativizan el significado literal de sus discursos.

En este entendido, los niveles de interpretación de un texto literario se inician en la complejidad social, pero sólo en ocasión de hacer intertexto con su discurso y con el imaginario social que son, al mismo tiempo, el eslabón último de su experiencia. Por último, existe el sistema modelizador que actúa fuera, por encima o al lado del discurso y que está constituido respecto a la posibilidad semiótica del texto; esto es, por la interpretación que se hace de una obra y de las partículas de sentido que trasluce su escritura. Todo lo anterior coincide, aparentemente, con la inferencia de lo social en el texto y a la inversa, con lo que se deslinda la supuesta soberanía del discurso al interior del texto y su valor *per se.* No obstante, como en su momento afirmaría Leenhardt, el sentido, más que la construcción de una coherencia, es la connivencia de contradicciones, y es ahí donde lo propiamente literario despierta y donde la lectura es más propensa a *maniatar* la experiencia escritural anterior.

Coincidentes con esta perspectiva, Úrsula y Jürgen Link señalan que, entre las formas interdiscursivas por las que se comunican los distintos aparatos sociales (símbolos colectivos, metáforas sociales, patrones culturales), la función del libro es vital. Primero porque "los libros han contribuido a entretejer esa trama en la que la cultura determina el color, la textura, la elasticidad y la resistencia de ese tejido" [Tuvilla, 1998: 1], de ahí que se diga que los libros le dan volumen a la memoria humana. Segundo porque el libro es desde ya un lenguaje, es una metáfora de la escritura que, como se señaló anteriormente, constituye el punto neurálgico (la frontera) en que historia y ficción restriegan sus discursos. Y tercero, porque el libro...

> encuentra al hombre en el lugar donde éste juraría no haber estado nunca; símbolo del mundo, diestra objetivación de la memoria humana, es también la extensión e instauración de un mensaje espiritual lanzado a través de los siglos. [Báez, 2004b: 2]

En consecuencia, el libro como bien simbólico es la estructura que representa la fijación del hombre por reflexionar sobre su pasado probando hipótesis desde su presente, montando ficciones a partir de ese encelo. En definitiva, un vínculo entre lo que el ser humano recuerda y lo que imagina, lo que ha vivido y lo que desea; lo propio si tomamos en cuenta el valor material del libro, siendo que —por señalar un ejemplo— el fenómeno de la biblioteca tiene su correlación en los archivos, anales y ficheros en que se yergue el pasado y la memoria del hombre, no sin dejar de imaginar cuánta mentira encierra un solo pasillo.

Sin embargo, la historia del libro ha estado siempre acompañada por la historia de su destrucción, motivo por el cual el presente ensayo considera importante reflejar este doble movimiento: por un lado la literatura des-escribe la historia en tanto ésta va contando la otra historia, la de la destrucción de libros como un hecho específico de las realidades sociales en que se debate el libro. Es decir, si por un lado una estructura de palimpsesto domina la historiografía mundial, una suerte de libricidio envuelve en llamas ese vasto patrimonio. Lo más curioso de esto, es pensar en un archivo lleno de escrituras empolvadas que se van desesecribiendo a razón de las versiones apostadas en sus afueras y —por qué no— en una ficción como en la que la dueña y la sobrina de Don Quijote hicieron una pira con los libros que, según ellas, eran la fuente de la locura del hidalgo[4].

Por esto se diría que toda literatura representa un acto "sedicioso", pues a razón de revelar las estrategias discursivas enmarcadas en el texto, difunde el sistema ideológico responsable de la producción de sentido. Partiendo de esta noción, el texto de ficción se construye a partir de una representación que se encarga no sólo de mediatizar una acción discursiva, sino de proponer un juicio particular y un punto de vista fuertemente crítico respecto de lo que nombra, sea esto una acción narrativa o un evento histórico. Y a pesar de que, según Cros, "de representación en representación tropezamos con la ideología materializada" [1993: 44] –puesta en imagen–, la función social que cumple el escritor y la producción de sentido a la que nos confía es una experiencia esencialmente contestataria más que un mero compromiso temático.

---

4 Ejemplos como este abundan en la literatura de ficción, basta recordar el célebre poema de Borges sobre la destrucción de la biblioteca de Alejandría: *"Alejandría 641 A.D."* o uno de los personajes de sus cuentos que nos recuerda que: *"Cada tantos siglos hay que quemar la biblioteca* de *Alejandría".* Otro ejemplo sería el acto V, escena II del "Fausto" de Marlowe, en el que Fausto, ya condenado y conducido por los demonios, grita: "No te abras, infierno horrible!, ¡Lucifer, no vengas por mí!, !Yo quemaré mis libros!..."; del mismo modo en "El nombre de la rosa" de Umberto Eco, puesto que los asesinatos cometidos en esa novela obedecen a los celos extraños de un monje bibliófilo que pretende evitar que el mundo conozca el único ejemplar existente del segundo libro de la "Poética" de Aristóteles que, al parecer, era una defensa de la comedia.

Por consiguiente, la idea de libro consiente la construcción colectiva del conocimiento, teniendo como premisa básica que todas las personas poseen conocimientos (intelectual, sensible, emocional, intuitivo, teórico, práctico, gestual) y siendo estos iguales en derecho, transforman el acto de investigación en un acontecimiento poético (del griego *poihtik*, poiesis: creación). Por ello la sociocrítica se inclina hacia el rescate de lo sociológico al interior del texto y como efecto que se produce en el espacio íntimo que imaginariamente configuran el lector y la escritura. En efecto, se considera que la función de la novela es fundamental, pues este género ocupa un lugar privilegiado en la circulación cultural de ideas, imágenes, estereotipos y configuraciones discursivas y es, junto al cine y a la televisión, un elemento clave de la representación del imaginario social. La cuestión radica en saber que este potencial de la novela (y de la creación literaria en general) logra que todo lo no dicho, lo no pensado, lo informulado y reprimido emerja a través del texto. En consecuencia, la sociocrítica es la teoría que explica cómo lo social llega al texto, por tanto se sitúa metodológicamente entre el formalismo, al que le importa —exceptuando algunos casos— los medios de escritura y el trabajo del significante, y la sociología, que trabaja el efecto social fuera del texto, es decir el significado. Una frase sintetiza este proyecto y consiste en saber que "la sociocrítica propone que toda creación artística es también práctica social y, por ello, producción ideológica precisamente porque es un proceso estético" [Duchet, 1979: 4].

Ahora bien, en medio de toda discusión, el sociólogo Regine Robin propone lo que él denomina la "sociopoética", una síntesis que aporta un concepto esencial para designar el registro social paralelo al texto, el cotexto, que es donde la experiencia creadora —y por qué no, la inspiración— fluye, corroborando la eventualidad de lo social en el texto. Así pues, el cotexto (distinto y distante del contexto) está conformado por todos los otros discursos que resuenan en el texto, todo lo que supone y está inscrito con él, y se diferencia de la referencia extratextual pues ésta se encuentra todavía saturada del imaginario social. Consiguientemente, el cotexto es la parte que está cargada de lo ideológico y cultural de un texto desde su propio constructo. En efecto, los historiadores sólo conocen texto y contexto, y no el matizado que una obra literaria (novela, drama, poesía) despliega.

Lo anterior implica, de algún modo, que el texto de ficción tiene elementos de análisis autónomo por más que refiera aspectos del mundo real, por cuanto "la novela no contiene lo que nombra y, si dice más o menos lo que dice, no dice más de lo que dice" [Duchet, 1973: 450]. Entonces, lo que hace la novela con la historia es rescatar los estereotipos como síntomas de una repetición degradada y de formas marginadas tras las cuales se genera el verdadero discurso. Este "hiperdiscurso" se define —según Robin– como el

espacio fuera-de-texto, un enclave imaginario donde se comunican los referentes textuales y los cotextuales. Para interpretar sus efectos es preciso decodificar las palabras cargadas de sentido a partir de un proceso de connivencia que —como es de suponer— excede la materia textual.

Según la sociopoética, para que un análisis de este tipo sea coherente, es determinante poder pasar de la referencia al referente por medio de los sociogramas que son los elementos intratextuales que instituyen un imaginario textual a partir de y en la escritura. Este recurso se manifiesta a través del narrador, cuya voz se confunde entre los decires objetivados de sus personajes y el ruido de palabras que todo acto de nombrar contempla. Así pues, el narrador y la narración concretan esta experiencia, sobre todo si se entiende por narración aquel ámbito que excede a la novela, es decir aquel registro por el que se reflexiona sobre la relación del hombre con el mundo. Según Corbatta, "la narración es una praxis que, al desarrollarse, segrega su propia teoría" [1991: 171], y es en este sentido que la experiencia literaria de contar y crear una versión del pasado se convierte en un acto que trasmina la historia e invita a comprender la memoria como un lenguaje *per se.*

Si por un lado Nietzsche enfatiza los peligros de una memoria excesiva al apuntar que "hay un grado de insomnio, de rumia, de sentido histórico que daña a lo vivo y que hace que, al final, sucumba, ya sea un hombre, un pueblo o una cultura" [Nietszche, 1995: 89], por el otro cabría decir que confesar el olvido referido a un acontecimiento real y contingente, de momento silenciado, es ya reparar el fallo mediante el obvio proceso inverso del recuerdo o, más precisamente, de la anamnesia. Siguiendo esta idea, el narrador de ficción no rememora los hechos pretendiendo —por artificio de su poética— tergiversarlos al grado de falsear los datos; por el contrario, en él confluye el universo del texto como sostén de una problemática específica de la narración, que si algo busca es a lo sumo imitar la praxis de su propia ficción.

En este triángulo de conceptos, existe en cierta medida lo que podríamos denominar un "vínculo escritural" entre la historia y el libro / entre la literatura y el libro; no obstante, la diagonal literatura-historia es todavía artificiosa y supone para el literato un proceso antagónico que en el presente ensayo se ha de denominar de des-escritura. Truman Capote se refiere a este proceso en que se impone la frontera difusa entre 'lo real' y 'lo por verificar' como no-ficción, un espacio y tiempo particulares del relato en que se desarrollan simultáneamente hechos del pasado verificables en una superficie textual que dibuja la circunferencia de lo verosímil, cerrando —por un lado— la esfera de lo real y demarcando —por el otro— el espacio de su incontinencia. En este tipo de lectura, de alguna manera el

lector interviene en ambos espacios (nuevamente la frontera), pero es el vértice creador desde donde se manifiesta la autenticidad del relato y su insubordinación histórica, siendo que la experiencia del lector y del autor es —si hablamos de ficción— mera imantación; así, lector y escritor son puntos muertos que en su lejanía dan vida a esa frontera que es la escritura y a esa distancia que es su metáfora, el desplazamiento natural de las palabras.

Siguiendo esta lógica, Nietzsche afirma que lo histórico representa la historia monumental que pertenece a la cultura letrada, y lo ahistórico, por el contrario, es aquella 'fábula' que se vive, no que se hace; es decir que el pasado nombrado por las palabras ha sido vejado de una supuesta historicidad suprema, siendo que la novela reincide estéticamente en esta falta, a fin de recuperar en el tramo de sus palabras todo el tiempo perdido. Si por un lado el historiador modela el discurso atávico, el escritor —en tanto prima en él lo vivencial- experimenta una deconstrucción de los factores discursivos sociales cuyo registro último es sobre todo una repercusión del paradigma histórico anterior. Lo señaló en su momento Saer, para quien "todo ser humano es histórico, pero su registro es el de la historicidad (vivencia fundamental del mundo)" [1988: 32]. Ese registro, que el creador de la obra propulsa no es sólo un recurso, sino es el objeto de una experiencia que —como ya se afirmó— recorre los espacios desmembrados de la realidad y la ficción.

Ahora bien, mientras la sociología de la literatura se preocupa por el ante-texto y el fuera de texto, la sociocrítica trabaja al interior del texto sin desdeñar las posibilidades de un antes y un después de su creación. Ese después, que es la lectura, puede ser determinante para definir si un texto es histórico o literario, como que para algunos críticos la recepción de un libro depende casi exclusivamente de la actitud que el lector tenga al momento de llevarlo a sus manos. El presente ensayo versa distinto, pues, sin restar la posibilidad que tiene un texto de recibir tratamiento disímil al que el autor estéticamente propone, es en el acto creativo —anverso de la publicación— donde se gesta una experiencia importante que diferencia lo histórico de lo literario. Vargas Llosa dice por ejemplo que en la novela "el exceso no es jamás la excepción, siempre es la regla" [1990, 14], y a ese reconocimiento del exceso suele tender alguien que trabaja la ficción, sin negar que todo exceso parte de un conjunto de hechos uniformes. Esto es muy evidente en una novela histórica en comparación a un texto de historia: mientras el historiador describe los tiempos y espacios configurados a través de su memoria, el narrador des-escribe esa historia en el entendido que trabaja la memoria respecto al olvido y no sólo al recuerdo.

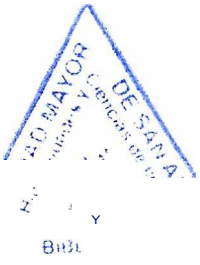
Asimismo, la ficción toma en cuenta a los grupos sin historia —no siempre minorías— cuya figura es fundamental para construir una versión global de las experiencias del hombre.

Recordar es sobre todo no olvidar, una empresa imposible para cualquier memoria; no obstante la ficción, si algo tiene que ver en este dilema, es que —como postula Carlo Guinzburg— entiende el indicio como una vía de reconstrucción —no sin incertidumbre, pero reconstrucción al fin— del hecho del pasado. Si por un lado escribir es fijar, pero aquello que fijo es una referencia ilusoria, entonces toca fingir, y qué es fingir si no dar existencia ideal a lo que realmente no la tiene. En consecuencia, la escritura no es aquello digitado en el material blanco de la hoja, sino las sombras que advierten esa presencia lúcida, sombras que —con notorio exceso— blanquean las palabras depositadas en el hemisferio más equívoco de la escritura: la certidumbre.

Así pues, la creación de la escritura, que es un evento callado en el libro, permite reconocer las potencialidades de una historia en la ficción y una historia de la ficción, donde el escritor —a través de un acto lúcido y lúdico—, postula la impecabilidad de la mentira y la devenganza del olvido. De igual manera, la frontera de la escritura —cuya distancia es el lenguaje—, interviene en nuestro recuento del pasado, cifrando nuestras verdades en un espacio inteligible del que nunca sabemos sino por nuestra imaginación, por las metáforas que se interponen en nuestras vivencias más trascendentales, inútiles en lo demás. Distinta del expediente limítrofe, esta experiencia límite, que es el lugar común al escritor y al lector, vislumbra una posibilidad de mundo a partir de una clínica del lenguaje, o mejor dicho, de una clínica de las escorias, puesto que nuestro pasado se funda en los ¡¡bros actuales y futuros, y en aquellos incluso que han sido destruidos de hecho o imaginariamente en los ataúdes de la desmemoria. Sólo la narración es capaz de acercarnos a esa frontera, a ese límite ocluido en la escritura. "Narrar es guerrilla contra el olvido y connivencia con él; si la muerte no existiera, tal vez nadie relataría nada" [Magris, 2001: 33], y dado que lo primero que ha muerto han sido los libros, vale hacer esta doble pesquisa, esta búsqueda cíclica que empalma la des-escritura y la des-trucción como eventos que refractan las únicas certezas del hombre: su existencia y su experiencia.

Finalmente, si "allí donde queman libros, acaban quemando hombres" [Heine, 1821: 14], entonces una y otra situación simbolizan la verdadera historia, aquella que se debate en mentiras y tergiversaciones que satisfacen el simulacro del presente, la burbuja de realidad que nos sostiene del estropicio. El escritor va desescribiendo lo que algún día el historiador vitoreó en sus libros de historia, mientras ésta va destruyendo las estanterías en que el pasado ha fijado su demoledor proceso contra sí mismo y a contrareloj. Entre aquel proceso de afirmación de la realidad y este otro de la ficción, se genera un contrabando de fuerzas que sólo la escritura puede explicar. Casi como un artilugio que distiende al escritor en dos estadios distintos de su memoria: el recuerdo y el olvido, agravados por una

simultaneidad del lenguaje que permite experimentar el devaneo de las estructuras pasadas y la postulación de la eternidad. De ahí que Saer afirme que "la historia novelada cumple la doble hazaña de tergiversar al mismo tiempo la historia y la novela" [Saer, 1988: 98], y —más aún— que este doble desengaño sea un atributo de nuestro encelo, de aquello que intentamos preservar destruyendo, y de esa quema que fomentamos con nuestras palabras.



¡¡. cartografía de la lucidez

...destruir un libro es negarse al diálogo que supone la razón plural de éste... [Fernando Báez]

Una novela puede presentar distintos registros, vale decir que en su interior se pueden identificar no sólo distintas voces y diferentes situaciones, además pueden converger en ella una serie amplificada de mecanismos discursivos que encaminen la ficción. Estos mecanismos se constituyen a su vez en estrategias que permiten sensibilizar al lector respecto a las metáforas con que se cuenta una historia. Uno de los escritores que ha explorado con mayor criterio esta posibilidad es el argentino Tomás Eloy Martínez. Su obra de 1995, Santa Evita, utiliza una cantidad extraordinaria de recursos literarios y de archivo en la arriesgada tarea de hacer una novela histórica que cuenta —en tres tiempos distintos— la muerte y calvario de uno de los personajes más controvertidos de la Argentina del siglo pasado: Eva Perón.

No cabe duda que en el siglo XX ha habido personajes cuyas vidas y muertes han sido motivo de historias y ficciones a las que, precisamente por su trascendencia histórica, eran vulnerables. Así, nombres como Eva Duarte, el Che Guevara, Sandino, Simón Bolívar y otros conforman —en algunos casos—, verdaderos ciclos en la literatura de nuestro continente y, lo que es de mencionar, cada uno de ellos apunta a un desarrollo intertextual que coliga documentos y libros de ficción / libros de actas y fábulas. De ahí que la conformación de un corpus literario en Latinoamérica sea una labor nada fácil y, por el contrario, un afán en constante crisis respecto a lo que tal o cual campo de sus letras desarrolla. Justamente este recorrido de ida y vuelta es una de sus características que, unas veces ha servido para marcar proyectos antagónicos y otras, en cambio, para franquear la frontera que los coliga.

Un recorrido más exhaustivo por la narrativa latinoamericana de los últimos cincuenta años, nos muestra la inminente tendencia de nuestras letras por recuperar historias, bajo distintas estrategias y con estéticas de variable iniciativa. Si bien "el archivo es la memoria institucionalizada del estado y de la nación" [Assmann en Kohut, 2004: 344], la creación literaria —y la novela en particular— se ha convertido en una de las versiones mejor fundadas de la realidad histórica americana o, como algunos quisieran llamarla, de lo real maravilloso que es también su dato histórico. Así por ejemplo, como reseña Carmen Perilli, a mediados del siglo pasado las obras literarias proponen metáforas de la historia continental empleando las estructuras del mito, como ocurre en *El reino de este mundo* (1949). Este síntoma se repetiría en la década del sesenta con *Cien años de soledad* (1967), y unos años después —aceptando de alguna forma los llamados del revisionismo

histórico— en Yo *El Supremo* (1974) de Augusto Roa Bastos. Ello sin olvidar otros modelos de escritura que subvierten las crónicas totalizantes: José Donoso en *El obsceno pájaro de la noche (1970)* alegoriza la historia contemporánea de Chile a través de la vida de una familia.

Llegando a la década del ochenta *Terra Nostra* (1975) de Carlos Fuentes refleja la historia de una imposibilidad: la de México donde el tiempo está sometido a la eternidad y los hechos a las profecías. Manuel Puig en *El beso de la mujer araña (1976)* escribe la política en clave de género, la representación de la militancia se fractura en la palabra y el cuerpo del otro homosexual. Tiempo después se publica *El mundo alucinante* (1980) de Reynaldo Arenas, para que en definitiva se reconsideren las biografías tradicionales desde una lectura oblicua. En suma, la creación literaria en nuestro continente está no sólo mediatizada por su historia, incluso apunta a ella bajo el doble propósito de dar con alguna verdad, sacrificando el discurso histórico en pos de un simulacro que detenta ese registro ficticio: nuestra memoria es por sí misma una versión, una actualización de los datos que el pasado nos proporciona y que la simulación de un presente histórico se encarga de tergiversar.

En la década del noventa esto se hace más evidente con la inclusión de una figura ausente en nuestra historia y en el correr de nuestras letras: la mujer en la narrativa local, sobre todo a partir de la relectura de imágenes femeninas inolvidables como la Rosario de *Los Pasos Perdidos* (1952) o la Susana San Juan de *Pedro Páramo* (1955), quienes representan variantes del eterno femenino ligadas a la naturaleza americana. Esto quiere decir que la historia supera ese afán totalizador (decirlo todo, contarlo todo) y se modela, en la mayoría de los casos, sobre la biografía individual o familiar, siendo que la mujer cobra un rol protagónico en el constructo cotidiano de la historia, como otrora en una de las primeras novelas latinoamericanas, *Juan de la Rosa* (1885) de Nataniel Aguirre y sus "heroínas de la Coronilla" que son, al mismo tiempo, referente histórico y representación de la mujer boliviana de principios del siglo XIX. Es así que, si tenemos que hablar sobre las historias de mujeres, como es el caso de Santa Evita, éstas son rescatadas en principio por una narrativa de tonos menores, tradiciones orales y espacios privados que a medida que se traducen en gestos colectivos, adquieren otra dinámica. Como señala Ann Louise Shapiro, "la escritura masculina construye su linaje en la letra, mientras la escritura femenina lo imagina en el espacio de la voz y del cuerpo" [1992: 52]. En consecuencia, la vida cotidiana de la mujer

> (...) deja de ser mera enumeración de anécdotas y sucedidos 'curiosos', en el mejor de los casos, o recuento abrumador de episodios grises e intrascendentes, en el peor de ellos, y asume la estructura de materia prima de la historia, en la que es posible observar el germen, la prefiguración de movimientos o valores. [Torres: 2006, 170]

Esto implica, de alguna manera, que elementos como el cuerpo inauguren la metáfora femenina, una metáfora creada en clave histórica por cuanto la memoria de los seres humanos se funda en sus pasiones y pulsiones.

Pasados los años, señala Carmen Perilli, poco a poco lo literario se acerca a la crónica, aspecto que resalta en Santa Evita. Esto tiene que ver directamente con que la creación no es un golpe de suerte que apuesta por su propia realidad; por el contrario, es de notar cómo la escritura instaura un auto de fe contra la virtualidad histórica que predomina en nuestras letras. En este cometido, no sólo los personajes femeninos prestan sus voces, pues incluso las novelas de autoras se convierten en referentes de un discurso contrahistórico que se funda desde una visión de género. Poniatowska apuesta a esta ruptura del sujeto tradicional de la escritura en *La noche de Tlatelolco* o *Nadíe, nada;* y en *Conversación al Sur* de Marta Traba se articula la Historia desde las voces de las mujeres que se abren como espacio alternativo al del autoritarismo de la dictadura. Los cuerpos funcionan como textos y lo femenino se reformula como resistencia, restituyendo la función histórica al espacio materno. Esta labor de ficcionalizar la historia latinoamericana repone la interpretación y cuestionamiento de formaciones discursivas, además que subsana el silencio en que había caído la memoria de los pueblos. Por consiguiente, el proyecto narrativo gira alrededor de la identidad y sus vinculaciones con las formas discursivas desplazadas como las de la mujer, siendo que ese desplazamiento significaría a la postre una metáfora de doble cara: olvido y recuerdo.

A través de esta metáfora, la literatura hace de la historia un elemento figurativo, propiciando una "revisión del concepto de verdad y del referente real como criterio de cientificidad, dando paso al protagonismo epistemológico del lenguaje y de la retórica narrativa" [Viales, 1999: 50]. Algo de esto hace Aguilar Camín en *La guerra de Galio* cuando enfrenta al relato periodístico como registro de lo inmediato con la Historia como revisión del pasado, insistiendo en las tensiones del texto histórico y en el tejido de poder y discursos. Así, la teoría domina gran parte de los imaginarios novelescos y la aplicación de los elementos ficcionales en la escritura instala un espacio de comunión entre literatura e historia. En efecto, el hecho histórico se convierte en pretexto para reflexionar acerca de la escritura y sus relaciones con la historia y, más aún, del presente con el pasado a través no

de una memoria documental sino creativa. Muchos textos dejan de lado la fábula para concentrarse en la lectura de los diseños históricos, como en la novela *Entre Marx y una mujer desnuda* de Jorge Enrique Adoum. En estos términos, la pregunta por la historia se enlaza con la pregunta por el poder de la ficción, porque "la ficción absorbe otros textos, reflexiona sobre su propio hacerse, pone en escena la producción de un imaginario cuyo núcleo es la muerte" [Perilli, 2000: 10].

Esto último se puede apreciar en el caso específico de Santa Evita de Eloy Martínez, novela histórica que presenta en formato escrito los resultados forenses de un *corpus ficticio;* una historia cuyo derrotero ficcional desarrolla un relato que le pertenece al narrador tanto como se le va escapando de las manos. En definitiva, en esta obra de Eloy Martínez se aprecia cómo la experiencia ajena coincide con la propia en la simultaneidad de escenas reales y ficticias que se deslizan por la escritura con total armonía. Agnes Heller diría de alguna de sus publicaciones que "no es un libro de historia, sino una filosofía de la historia después de la muerte de los grandes relatos" [1982: 77]. Algo similar podría decirse de Santa Evita cuya importancia radica no en la historia que cuenta, sino en las historias desvividas por versiones fundadas en el relato, versiones que —por lo demás— ponen de manifiesto la imposibilidad del pasado sin la participación de una escritura en potencia. Esa escritura no demandaría rehacer la historia, más por el contrario supondría una superposición de tiempos en la esfera de la memoria, en ese lenguaje que nos comunica a todos más allá del simple hecho de su reconstrucción. Ello porque la memoria humana se divide entre los recuerdos inmediatos a nuestra existencia *y* aquellos que están más allá de la experiencia personal. De hecho, todo lo que cada uno particularmente recuerda no pasa de lo que lee, observa o experimenta, de ahí que los testimonios tengan hoy en día tanto valor. En cambio, aquello que alguien no ha vivido, supone siempre una reconstrucción a partir de referentes que, por lo general, son lecturas, fotografías y relatos que le han llegado accidentalmente o porque se ha afanado en conseguirlos, consintiendo —de todas maneras— que es imposible cifrar la verdad y el origen de las fuentes orales o escritas si no es a partir de un tercero.

De otro modo, se diría que aquella vejación que por naturaleza sufre nuestra memoria se debe a un evento también natural: la muerte. Si no muriéramos quizá la verdad sería practicable y la memoria un tanto más inteligible a nuestras conciencias; no obstante, dado que la mortalidad nos ha sido dada y con ella la desmemoria, no queda más que vincularnos con el pasado por una serie de artificios y hombres, de quienes nos valemos para apuntalar nuestras tiernas hipótesis sobre los orígenes del tiempo. Esa muerte es en la actualidad física y simbólica, puesto que un hombre puede sobrevivir al tiempo por su

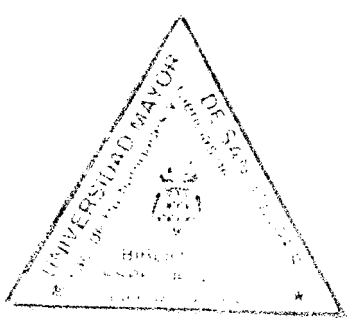
obra, pero si ésta incluso ha sido prescrita, entonces ya nada de él queda. De ahí el interés particular por revisar la historia de la destrucción de libros que es también la historia de la destrucción de la humanidad. Esto en directa relación a lo que antes considerábamos: la memoria como un lenguaje en sí mismo, un lenguaje que se fundamenta en la escritura, escritura que se manifiesta en los libros, libros que son objeto de desaparición si —por ejemplo— reencauzan el pasado en problemáticas y vivencias que el poder no quiere reconocer. Cuando se destruye un libro, se destruye sobre todo su contenido, puesto que quienes lo hacen "creen amenazada sus categorías vivenciales. El instinto de destrucción es, por tanto, proteccionista" [Báez, 2004b: 2].

Esto mismo ocurre en Santa Evita, novela que replantea esta metáfora de la destrucción siguiendo el código de la muerte, suplantando la figura del libro por la de un cuerpo: el cadáver de Evita Perón que debe ser callado, falseado, extraviado y vejado con el fin de que todo lo que él trae a la memoria, desde datos históricos hasta emociones particulares, desaparezca tras la cortina de humo que supone la versión oficial. "Sin el recuerdo sólo hay muerte" [Mélich, 1995: 140] sería también una máxima de la novela de Eloy Martínez, dado que ella está compuesta de hechos reales, averiguaciones y un sarta de documentos por confirmar que dan como resultado una ficción en la memoria, un conjunto de recuerdos que han poblado la biografía de Evita Perón salvándola de la muerte histórica, recuerdos que —como en toda ficción— tienden a la exageración como estrategia contra la otra muerte, la física. Evita es un libro en el sentido figurado y no, puesto que su vida compagina gran parte de la historia argentina de mitad del siglo pasado y porque su ejemplo es también un punto de inflexión en que el pasado y la memoria coinciden. Entonces, todo ese pasado político que los militares y la gente de derecha quieren invisibilizar, está representado en el cuerpo de Evita que, a pesar de estar muerto y embalsamado, recibe oraciones, ofrendas y honras como símbolo de esa memoria lanzada al futuro, evocación que reside en el memorial de su nombre. Por ende, no basta con desaparecer el cuerpo, hay que abolir la palabra que lo nombre, toda vez que el lenguaje hace a la memoria y la memoria es en el lenguaje.

Bajo esta perspectiva, todo el contexto que acompaña la vida y obra de Eva Duarte obedece a una figura que, estando ella muerta, de por sí se hiperboliza. Como resultado de ello, la memoria no está más en el pasado, sino en el presente de un cadáver que encarna toda una historia, al tiempo que toda esa historia (social y política) responde al nombre de Evita Perón. De hecho, esa gente que ve cómo su pasado se apila en un inventario de olvidos y muertes, "sólo puede dar testimonio a partir de la palabra del superviviente" [Ídem.: 131] que, paradójicamente, es la difunta. En ese vericueto se genera la necesidad

de narrar, de referir los hechos del pasado a partir del calvario en que ha entrado su máximo referente; y ahí también la necesidad de mentir de palabra, es decir de jugar a que nadie crea lo que a priori no señala la historia, pero que pudo haber ocurrido si es que algo tan frágil como la memoria nos falla. La escritura, en este sentido, es una constancia de los equívocos en que se mece la historia, por las contradicciones con que fue trabajada y porque, definitivamente, escribir es siempre fingir, es hacer que uno fije las palabras sin saber el percance que puedan sufrir respecto a tal o cual verdad que sostiene. Consiguientemente, nuestras creaciones escritas son más propensas al error, pero qué es el pasado si no un entramado de extravíos y falacias que, muy a pesar de nuestra lucidez, deja traslucir las vaciedades y el olvido.

En consecuencia, el presente trabajo postula que Santa Evita sugiere un avance en torno a la problemática entre literatura e historia, toda vez que esta novela representa un desplazamiento espacial y temporal respecto al propio género histórico. Lo real es, pues, una metáfora del absurdo en que vivimos, el sentido más apropiado que convenimos en tanto los libros y nuestros cuerpos nos lo permiten. Santa Evita simboliza "esa verdad a medias" a la que nuestras acciones tienden, haciendo de la verosimilitud un ejercicio manifiesto al interior de la obra. Un ejercicio que prefigura su incompletitud, dado que siempre hay algo en lo que decimos o escribimos que ha de hacer homenaje al pasado callando, ofreciendo un minuto de silencio a veces solemne, a veces forzado por la pantomima del antagonista. De ahí que, si por un lado la literatura desescribe la historia oficial, la historia oficial destruye los libros; es en este contrapunto donde la novela de Eloy Martínez se tensiona, bajo una marcada estética en su escritura y una experiencia límite en su creación. Santa Evita es una novela imprescindible para comprender la complejidad de las cuestiones en juego, sobre todo porque su lenguaje dilucida los aspectos más relevantes del conflicto entre historia y literatura instituyéndose —al final de la novela— como una metáfora de la inmanencia de este conflicto respecto de la escritura: "nadie tiene el derecho de usurpar el lugar de la víctima. Hay que dejar que la víctima se exprese en la escritura" [Ídem.: 141].



iii. sintaxis del tiempo

...el hombre no hubiera inventado el lenguaje si no hubiera sido porque reafirmaba su condición de supervivencia y su sentido de dominio social; el hombre destruye libros por la misma razón... [Fernando Báez]

No es que Eloy Martínez guarde un especial afecto por la historia de Eva Perón, pero es evidente que la publicación de dos novelas[5] en relación a la figura argentina hace eco de la complejidad que este asunto representa para él. Escribir implica involucrarse en esa complicación que desde ya ofrece una biografía despedazada y desplazada en el orden de la metáfora de la destrucción y del olvido, por cuanto Eva Duarte es una en el primer libro y otra en el segundo. Se hace manifiesta entonces, esa vulnerabilidad que tiene la verdad de seguirse narrando sin importar las versiones que desdicen su ideal, esos lenguajes que desde el fondo de su propia textualidad corroen lo que nombran, siguiendo un procedimiento casi suicida en que yace la ficción. Controversial es la palabra que mejor define ese desequilibrio de fuerzas que lleva a un escritor (historiador o literato) a escribir siempre sobre lo que ya se ha escrito, tildando las palabras antes pronunciadas y haciendo como si un continuo palimpsesto dominara sus impulsos. Esto ocurre en el caso de Eloy Martínez en su intento de escribir ambas historias (La novela de Perón y Santa Evita) en distintas latitudes y lograr, llegado un momento, que sus preceptos narrativos desdigan la una a la otra y ésta a aquélla infatigablemente.

La estrategia es, entonces, trucar constantemente la representación y de este modo fomentar los vicios de ficción que todo suceso histórico tiene. Esas contradicciones salen a relucir desde que hacemos lectura consciente de la maniobra con que se ha escrito un libro, más aún cuando ya no se trata de apuntalar una verdad o ultimar los argumentos, sin antes convencerse que la realidad es inabordable, que no se pueden escribir libros sin ocuparse de desescribir otros. En efecto, ambas novelas de Eloy Martínez desarrollan

> (...) un discurso ficticio y a la vez fáctico. Ninguna pretende dinamitar una realidad adulterada y reorganizarla después, sino rescatar ciertos materiales confiscados a la historia mediata e inmediata a fin de retrabajarlos. [Manns, 1997: 2]

Escribir es en alguna medida una intentona por subsanar aquello que la historia ha dejado de lado; pero si vemos más allá, escribir es también cuestionarse por qué se ha cometido esa excepción, de ahí que su poética no tenga un afán revisionista sino reflexivo. Porque si alguna tarea cumple la novela histórica en particular es darle al pasado un registro lingüístico por el cual se exprese, sin importarle acaso que otro registro (el de los hechos)

[5] En efecto, Eloy Martínez escribió dos novelas en torno a la figura de Eva Perón: la primera en 1986 bajo el título "La novela de Perón" y la segunda, casi una década después, en 1995, titulada "Santa Evita".

se interponga a su realidad textual, suspendiendo la metáfora que protege la superficie ficcional. Al mismo tiempo, notamos que ambos planos —realidad y ficción-

> (...) alcanzan niveles de mayor infusión en las novelas de Tomás Eloy Martínez, quien hace confluir, en una re-unión no exenta de armonía, en sus novelas *La novela de Perón y* en *Santa Evita,* la documentación histórica y la construcción del espacio ficcional, [Teobaldi, 1998: 2]

logrando sin embargo que el texto que tenemos en manos privilegie la función metafórica en que las historias se desviven. Precisamente por esta razón se decide analizar la segunda novela, Santa Evita, puesto que con su publicación se activa una metáfora que trasciende la veta textual para conformar un palimpsesto entre obras, convirtiéndose la escritura en la figura que trabaja esta doble dimensión de la historia de Eva Perón. En todo caso, la novela repasa la idea del biógrafo que relata la vida de una figura pública, como lo fue Evita Perón para la Argentina, pero lejos de confirmar fuentes y datos que otorguen credibilidad a su obra, se interesa en el asunto mismo de su obtención y en la virtualidad de su construcción histórica. En este sentido, la novela que por momentos duda de serlo —duda incluso de estar mintiendo—, remarca el contraste que se suscita en la propia experiencia de un personaje (que es por momentos él mismo, en otros el autor, incluso un testigo fortuito y demás variaciones) respecto a los hechos que quiere reconstruir de un pasado no muy lejano y de una vivencia que todavía suscita historias y pronósticos.

George Luckács distingue dos tipos de novela histórica: el que retrabaja la escritura (discursos históricos) y lenguajes de un documento anterior; y el que se centra en los hechos históricos en sí (versiones, lo no dicho). Santa Evita puede leerse en ambos registros, de ahí que sus páginas desplieguen un potencial de vivencias casadas con lo emotivo, sin dejar de lado que los entuertos con que ha sido escrita representen fehacientemente un trabajo con el lenguaje, una acalorada contienda manifiesta en el derrotero de su escritura. Esto corresponde a decir que en la novela de Martínez no existe una experiencia única (verdadera), pues a medida que se cuentan los hechos se va deduciendo —a la par de la narración— un complejo entramado de situaciones matizadas por una memoria disléxica y atajada por las hablas populares, metáforas que nos ayudan a entender la hechura de la obra y lo excepcional del caso de la muerte de Evita Perón. Estas dos cuestiones son fundamentales a la hora de definir la novela, no obstante hay muchas cosas más en su interior, tal vez por eso la escritura sugiera un misterio en el cual coincidimos los lectores y el autor que, dicho sea de paso, no se abstiene de participar activamente en el drama, siendo que su personaje se presta al juego de representaciones,

como fuente principal de la historia que reconstruye y como agente de los eventos que se desarrollan.

A su vez, los personajes manifiestan identidades fácilmente equiparables a la de un novelista que con la imaginación sostiene su pesado mundo; desde un inicio se hace énfasis en esto:

> Eva Duarte y Juan Perón iban a interpretar a dos personajes llamados 'Eva Duarte' y 'Juan Perón', o como lo indica TEM, dejaron de distinguir entre verdad y mentira, decidieron que la realidad sería lo que ellos quisieran: actuaron como novelistas. [Fuentes, 1996: 2]

Tanto así que la historia deja entrever que a razón de consumar la irrealidad de sus vidas, ambos protagonistas faltan a la verdad en un desmesurado afán por escribir su propia ficción. En suma, en Santa Evita la ficción parece una casualidad y la realidad un movimiento fortuito, finalmente ambas coinciden en el espacio de la escritura, una escritura que reanima el pasado en el cuerpo de la víctima, poniendo de manifiesto este vínculo: "el testimonio ausente contó con el superviviente, el superviviente cuenta con el lector. Entre los tres vive la memoria, no hay que olvidar." [Mélich, 1995: 136]

Evidentemente, pues, Santa Evita es una novela histórica que se establece como tal por los recursos que explora, pues no intenta abordar simultáneamente la historia y el relato otorgándoles matices y argumentos redundantes, más al contrario, cuestiona el proceso de obtención de los datos, de las versiones —entre ellas la escritura— y de las perspectivas biográficas, para llevar a cabo el evento del lenguaje que no tiene porqué parcializarse con tal o cual mentira, tan solo hacer de nexo inmediato entre lo ausente y lo presente. Hay, pues, en la novela de Eloy Martínez la "intención de reconstruir hechos históricos pero también de destacar procesos de construcción del relato y de la escritura" [Pons, 2000: 111], por eso el concepto de 'novela histórica' que corre el doble riesgo de disgregarse paulatinamente al evocar un espacio fugitivo (novela) y un tiempo olvidado (historia), se concentra en cambio en la cuestión fundamental de su escritura, en cómo se construye una identidad a partir del texto cuando el personaje central ha muerto en sus primeras líneas. No obstante, además de las historias de Eva Perón viva y de Eva Perón muerta, hay dos historias más en este

> (...) libro poliédrico: la del puñado de militares vinculados al Servicio de Inteligencia del Ejército y la del propio autor (un personaje emboscado bajo el apócrifo seudónimo de Tomás Eloy Martínez) en trance de escribir Santa Evita. [Vargas Llosa, 1996: 2].

De esto da cuenta la propia novela, pues va alternando la vida y muerte de Evita en un compás ajeno a la memoria y al tiempo, haciendo improbable el recuerdo sin el olvido, el pasado sin los presagios que impreca la realidad.

En principio, este personaje está convencido de su oficio de investigador: "Les mostré la foja de servicios del Coronel, que había copiado de un archivo Militar, y pregunté si esos datos eran correctos" [Martínez, 1995: 56]; pero a medida que avanza la historia el personaje-investigador encarna otras identidades (es también narrador, víctima, lector) y asume paulatinamente una personalidad de escritor, abundante en miedos, entrañable con sus historias e ideando un mundo equiparable al que vivieron los esposos Perón. De ahí que su puesta en escritura desplace siempre la realidad, ejercitando su mejor pluma en la metáfora de sus vivencias propias, en esas experiencias a destiempo que lo encaminan en la ficción. Por medio de esta poética del extravío, de esta burbuja de lenguajes en que se mece su personaje, aparecen figuras como la heteroglosia que sostiene el diálogo con las diversas versiones de la historia oficial, con la memoria oral y las voces de la imaginación. Todas ellas le permiten abordar los hechos pasados desde un presente incorruptible, oscilando constantemente entre lo que fue y lo que pudo haber sido... lo que —finalmente— será en la ficción. Podríamos pensar también en una metaficcionalidad, por medio de la cual el narrador se permite interpretar la historia, cuya complicación elemental no es que cada vez se aleje más de nuestra escritura, el problema es en cambio que resta siempre mucho por escribir, no hacia atrás, hacia adelante.

En efecto, lenguaje y ficción se conjugan para dar una "visión poliédrica, intertextual y polifónica del periodo recreado, lo que posibilitará al lector dialogar, debatir, rehacer y construir otras formas de imaginarnos social y culturalmente" [Larrea, 2006: 3]. A su vez, existen en Santa Evita dimensiones específicas del relato, como el tiempo y la muerte, que han de ser las figuras que hacen semblanza del cuerpo de Evita y de todo cuanto sucedió con su cadáver. Esas dimensiones representan los estadios escriturales que dan cuenta de una novela hecha en base a letra muerta y cíclica, corroborando una cierta ahistoricidad que encierra el libro y con la que especula su narrador. No hay, entonces, una historia ni dos, hay —sobre todo— una poética que asume las consecuencias del tiempo perdido y los extravíos que el olvido ha barajado.

iv. mecánica del manuscrito

…escribir es quemar el mundo: sólo se destruye hasta la raíz lo que se ama con ceguera... [Rafael Toriz]

La escritura es una experiencia que amparamos a un costado nuestro y nos incumbe siempre y cuando aceptemos la paradoja que encierra: el retruécano de palabras que empuñamos a traición, por más intento que hagamos asestando significados concretos o acuñando términos a la postre escasos. En alguna medida, esa experiencia está atestada de ruidos —y es que a veces el blanco nos domina—, y al llevarla a cabo descargamos —querámoslo o no— el impulso de nuestras ideas y la memoria entera, bien para recordar las palabras mismas o para sostener el encofrado de argumentos. Ese impulso prefigura un movimiento aislado aunque incansable a nuestro imaginario: el caligrafiar, que no es tanto escribir como presuponer esa acción, el deseo inmanente de expresarse en el púlpito de una superficie en blanco. Es a través de esa suspensión en paralelo a la consciencia que se advierte un traspaso: de la historia total a la narración que con frecuencia representa un pasado irresuelto, esto es, la actualización de los relatos en mora.

El narrador de Santa Evita obedece al mismo impulso, y ese movimiento vertiginoso es el que la novela recrea en sus páginas. Porque evidentemente se nos insinúa la historia de Evita Perón en algunos pasajes realmente memorables, pero es también cierto que una suerte de narratofilia domina este proceso, sentando las bases de una historia que termina por novelarse, por representar la sinestesia de ese cuerpo y a los personajes siniestros que postergan su entierro. Así pues, la historia trasmina el relato de un cadáver animado por su personaje, cuyos restos han sido confiscados por una imagen de ficción y bajo el doble principio de un retrato y un relato: por un lado hemos de intentar esculpir su nombre, por el otro restará escribir su cuerpo ausente. Lo cierto es que la novela cuenta, en una de sus tramas, los vericuetos de un historiador que al tiempo que va apuntando los pormenores de los hechos que investiga, se enfrenta a otra realidad, la de los papeles falseados y una sarta de mentiras que lo llevan a dudar de sí y de lo que ha empezado a escribir. A través de este conflicto, el historiador nota lo impracticable que se ha hecho la realidad, y comienza a dilucidar sobre los efectos que tiene la mentira en sus indagaciones. Este misterioso personaje lo explica mejor: "me doy cuenta que, luego de haber vivido tantas historias, es una zoncera no querer contarlas" [Martínez, 1995: 122]. De ello cabría deducir que, si existe un móvil de la narración, éste viene a ser la historia atajada por esas verdades a medias, una de ellas el cuerpo embalsamado de Evita que ha muerto y no, que es como una bala perdida que aturde a los involucrados.

Para Paul Veyne no hay duda de que "la historia es narración" [en Farés 2003: 216], en tanto todo lo que ocurre en el pasado se presta a la amnesia si en ella no interviene un lenguaje póstumo, es decir, una esquela de palabras que nos retrotraigan a esas otras palabras que el tiempo ha varado. Por eso aunque el historiador pretende nunca haber fingido, al menos admite que cuando escribe sus manuscritos adoptan una realidad desprolija, ataviada por historias sobre las que ha razonado pero que, vistas en el papel, son letra muerta. Esto debía poder explicarse de algún modo, en cambio su carácter irrefutable es signo de que —evidentemente— letra muerta y palabras conviven en un texto, por lo cual una de sus propiedades es justamente su exégesis, la posibilidad de sentido desde y hacia el lenguaje.

Quizás por esa misma razón, según White, al investigar y escribir textos históricos el historiador realiza un acto poético (literario), mediante el cual prefigura el campo histórico al que no puede imaginar sino a través de la superchería de palabras que lo nombran. Santa Evita enarbola este cometido, puesto que su personaje central, Evita Perón, está también muerta, pero toda la gente que quiere velar su cuerpo, extraviarlo o llevarlo por los senderos del olvido, no hace más que seguir escribiendo con ella, ampliando el sentido que tiene su cuerpo y sorteando las vicisitudes de una supuesta mortalidad. Por eso el narrador se ocupa de hacer analogías de su muerte con las de la serie literaria, ya que en esta última los criptogramas y las ciencias ocultas pueden desviar el destino de los hombres; en cambio, lo que los antiperonistas intentaban debía suceder lejos de toda literatura, en el ápice del poder y la verdad.

Consiguientemente, si a partir de la novela hacemos un símil entre escribir e investigar, notamos que no hay modo de referirse a la muerte de Eva Perón sin negociar ciertas palabras, sin hacer contrabando entre nuestras sospechas y las pistas que la pesquisa arroja. En todo caso, los hechos están a la espera de la abstracción de esas palabras que son el último sostén de realidad, palabras de todos modos infundadas sin una ficción que las cruce. De ahí que Tomás Eloy Martínez "ponga en crisis su propia producción periodística —las *Memorias de Juan Perón*— para recobrar su autonomía como narrador en *La novela de Perón"* [Perilli, 2000: 5] y repetir el procedimiento, exacerbando la realidad en Santa Evita, al grado de representar todas las versiones en la epopeya de la muerte. En efecto,

> (...) una historia se convierte en pasado cuando se narra a partir de su conclusión, y el final puede ser absoluto y relativo. Es relativo porque el narrador habla en presente, lloramos y reímos en presente. [Heller, 1982: 54]

No obstante, ¿qué es el presente sino un tiempo de palabra?, porque todo cuanto la historia produce se valida en el instante de la lectura, sin importarnos acaso que exista un mínimo de verosimilitud entre lo hecho y lo dicho, razón por la cual la historia no puede ser sino un gavión de palabras con el que mejor sostenemos la realidad acumulada en la memoria del colectivo. Con tal motivo, hablamos de una historia clínica que relaciona los datos estadísticos con el grueso de palabras que sopesa nuestra memoria. Así se escribe la historia, para motejar a quien falsea la verdad de un suceso, cuando es casi imposible utilizar las palabras sin conferirles otra voz, un remedo que simbolice la frontera de los sentidos yuxtapuestos.

Ahora bien, una novela histórica difícilmente abarca una hecho por completo, todo lo contrario, lo que hace Santa Evita por ejemplo es perfilar esta imposibilidad precisamente al horadar la historia mediante la ironía de sus palabras, por medio de una parodia cuyo desplazamiento intertextual asume el juego entre dos novelas que han sido escritas en distinto registro, pero cuya naturaleza antagónica permite observar precisamente el hecho de su tergiversación. Al fin y al cabo "en esa parva inútil de documentos, Evita nunca era Evita" [Martínez, 1995: 98], justamente porque entre las dos novelas subsiste el ideario de la ficción, siendo que cada una de ellas supone la manivela de los lenguajes en conflicto (pasado y presente), no tanto por lo que dicen como por la forma en que interpretan la realidad ausente desde el artificio de la escritura actual. Esto equivale a decir que

> (...) en la historiografía, el problema de la "ficción" en tanto que opuesta a la 'verdad' de los hechos es doble: el de la posibilidad (o imposibilidad) de su conocimiento, y el de su representación en el medio del lenguaje. [Ricoeur, 1955: 5]

Diríamos, entonces, que el pasado implica desde ya una maniobra verbal que al momento de pasar al texto estipula su desplazamiento, haciendo de todas las palabras susceptibles al cambio.

Demás está decir que la historia está hecha de palabras cuando no de imágenes que propicien su inmediatez, y que por esta razón su aprehensión es inviable sin un lenguaje que medie las elipsis que todo recuento del pasado enarbola, ya sea porque tendemos a olvidar o porque en el intervalo de nuestra ideología destruimos información que pueda crear susceptibilidades a nuestra idea de verdad. En todo caso, "la literatura instala la polisemia donde la palabra histórica fija un sentido; conflictúa la automatización de las tramas y postula la no correspondencia entre palabra y cosa" [Perilli, 2000: 2], aspectos que también nos disuaden a tener una experiencia de lectura específica, puesto que lo que

la novela histórica impele, sobrepasa la revisión detenida del pasado, instalando en cambio una interpelación temporal entre dos estadios de la historia del hombre que pueden ser explicados sólo desde su virtualidad. Es de notar, por ejemplo, que en la novela de Eloy Martínez todo sucede dos veces: una en la *data pasada* y otra en la *scriptura presente,* prefigurando esa distancia irreductible si antes no abogamos por una cierta simulación; y cómo simulamos si no imaginando, escribiendo y novelando.

En efecto, en Santa Evita notamos que todo se repite, al punto que cosas que pasaron antes vuelven a suceder con el afán de desestabilizar el hado de la historia. Hay varios cuerpos embalsamados, hay entierros dobles, hay pistas repetidas y equivalencia de escenas, redundancias que sólo se relacionan a través de la impronta de la ficción, de esa frontera que permite su puesta en simultáneo justamente para infringir el sentido e instalar el simulacro. De hecho, como bien afirmaría Vargas Llosa, "la vida de la ficción es un simulacro en que aquel vertiginoso desorden se vuelve orden: organización, causa y efecto, fin y principio" [1996: 10], de ahí que la historia de Evita se estructure a partir de su muerte. Consiguientemente, la muerte es el umbral que permite ir atrás o adelante en la historia, mas nunca quedarse con el solo evento de la muerte, con la escena funeraria, dando como resultado que aquello que sucedió antes sea compaginable con aquello que los escritos del investigador pronostican, casi sin saberlo, en la marea de realidades que cortejan a la difunta. En suma, si estas contradicciones dan paso a las puestas en abismo con que la novela interpreta a su manera la historia, son estas mismas contradicciones las que tejen el relato semánticamente, ajenas ya a toda referencialidad historiográfica. En la novela el Coronel explica, por ejemplo, que "los hechos equivocados tienen un límite, nunca pueden suceder por segunda vez" [Martínez, 1995: 209], y con ello pone de manifiesto las permutaciones a las que la historia de Evita tiende, sin importar más cuál de las versiones sea la verdadera, dado que su tensión supone —y por tanto se vislumbra— una más próxima verdad.

Entonces, si bien el texto es limitado en el entendido de que tiene un comienzo y un final, mientras que la investigación de la realidad presenta muchas lagunas, son precisamente esos vacíos los que suponen una elipsis ficcional. De hecho, gracias a esos espacios en blanco, el investigador (lector) tiene la posibilidad de graficar la curva que vincula esos dos puntos dispares de la realidad. No es que la realidad por sí misma no exista, sino que se muestra tan fragmentada que es preciso aplicar en ella estas metáforas. Ésa es la labor del escritor de novelas históricas: aportar con su autógrafo, con el impulso que se distiende por sus manos, dando lugar a un margen de error que haga factible la puesta en ficción de la historia. Por esta misma razón, Santa Evita está hecha a partir de supuestos, de indicios e

índices que precisan contrastar el dato certero recogido de la historiografía y la utopía que la ficción inaugura. Es difícil imaginar un grado cero del relato en el que se viertan dos procedimientos dispares: la memoria y la premonición, salvo en "un relato histórico de corte testimonial, cuya veracidad radicaría en el recuento imparcial de lo visto y lo vivido y una escritura libre del estilo oficial" [Fürstenberger, 2003: 189]. Sin embargo, el cadáver de Eva Perón prefigura esa frontera en la que dos tiempos distantes friccionan sus coordenadas, posibilitando una narración que se encarga de poner en cero toda la historia que sopesa y todo el relato que de ella adviene.

Es evidente que, como sostiene Agnes Heller, la nueva narrativa de la historia, por llamarla de algún modo, se ocupa de lo particular y lo específico, a diferencia de la historia ciencia a la que le atañe lo cotidiano y lo estadístico; no obstante, en el caso particular de Santa Evita, los registros y ficheros aún cumplen una labor específica, sin la que no podría existir esa tensión entre la esfera real y el dato pasado que desentrañe una puesta en ficción de las escrituras. Porque lo que sí es evidente es que, como señala uno de los pasajes de la novela: "cada vez que los biógrafos tropiezan con un dato que parece loco, no lo narran" [Martínez, 1995: 245], omitiendo una cifra del pasado que, por el contrario, en la experiencia de hacer literatura supone una veta a la que comúnmente —y adrede— el autor de ficciones apunta. Jean Genette y Roland Barthes han calificado este fenómeno como el enunciado histórico, dado que éste "al igual que el enunciado frasístico (de la frase), consta de 'existentes' y `ocurrentes': de seres, entidades y de sus predicados" [1967: 70]. Esto implica una perspectiva oblicua de la narración respecto a la historia, a raíz de la cual los historiadores se remiten a un tiempo concreto que creen real, en tanto los literatos apuntan a un enclave del pasado que existe sólo virtualmente.

Demás está decir que el nombre "Eva Perón" simboliza una vida excepcional, y por eso mismo una vida que muchos conocen en detalle, por lo que mal se podría pensar en contar algo nuevo sobre la prócer argentina, algo que —probablemente— el tiempo haya permeado. No obstante, vale para este punto el precepto de Vargas Llosa, quien señala tajantemente que "no se escriben novelas para contar la vida sino para transformarla, añadiendo algo" [Vargas Llosa, 1990: 8]. Eloy Martínez añade algo, pero no de su sola imaginación, en cambio se vale de Evita para necrografiar su muerte, sin dar testimonio de cuanto pudo haber sucedido (porque incluso esa muerte es pasada); en vez, diríamos que el investigador pretende representar esa historia llena de contrariedades al codificar un testamento de su rémora, vale decir, intenta de su puño y letra reconquistar el rebato de esa realidad ausente.

Porque en definitiva la literatura suele ser así, "a veces sutil, a veces brutalmente, la ficción traiciona la vida, encapsulándola en una trama de palabras que la reducen de escala y la ponen al alcance del lector" [ídem.: 10]. Y no decimos con esto que la lectura de la novela se torne amena por el solo artificio de contar el desenlace fatídico de una biografía marcada por la insepultura, sino porque Santa Evita no sólo apunta a exacerbar el pasado, situándose en un punto ciego desde el que echa una mirada nueva, además traza una línea en pendiente que supone un trasladarse al futuro, a los eventos que no han tenido lugar salvo en el lenguaje, en la utopía de palabras que condenan a Evita a errar en la fe de sus devotos: "Pensó que ella moría casi a diario, como Cristo en el sacrificio de las misas" [Martínez, 1995: 332].

Este paso de testimonio a testamento también implica que un documento histórico, cuando pasa a formar parte de una novela, sufre la modelización que lo reconfigura discursivamente; todo esto para que deje de ser letra muerta en un archivo y ejerza un influjo determinante sobre el desarrollo de la trama novelística. Casi al final de la novela, Corominas —uno de los encargados del caso de Evita— se atreve a decir que "lo único que valen son los hechos y una novela es, después de todo, un hecho" [ídem.: 389], vinculando de esta manera dos asuntos todavía irresueltos: la experiencia de escritura del libro y el de la muerte de Evita, ambos como elementos de los que nadie quiere hacerse cargo. Porque, en definitiva, "no es una anécdota lo que en esencia decide la verdad o la mentira de una ficción. Sino que ella sea escrita, no vivida, que esté hecha de palabras y no de experiencias concretas" [Vargas Llosa, 1990: 9]; y es que el caso por resolver difiere de la muerte, se da en cambio en tanto el cadáver —meollo del asunto— ha quedado insepulto. En suma, todo el misterio gira en torno al propio cuerpo, que incluso estando muerto se presta a recibir honores, a hacer los milagros y propicia —por su cuadruplicación— una infatigable persecución por gente que sin querer se ve envuelta en el juego de representaciones. Al final, el doble ejercicio de la escritura hace que la ficción descubra los hechos y la historia —por su lado— los desmienta, poblando la realidad de palabras y mecanismos donde el lenguaje impera.

En apariencia la historia de Evita podría reducirse a una muerte trágica, pero es evidente que la realidad se extrapola para no dejarla morir, siendo que "la ficción es un sucedáneo transitorio de la vida. El regreso a la realidad es siempre un empobrecimiento brutal: la comprobación de que somos menos de lo que soñamos" [Ídem., 12]. Por eso la novela vuelve en sus páginas, porque una y otra vez debe leerse y escribirse mientras la realidad ultima las pompas fúnebres que jamás llegan sino a destiempo. Marcadas las horas y páginas de su muerte, Evita (la Santa) supervive en una memoria lanzada al futuro, desde

donde el investigador apela a la imaginación "cubriéndola de una mortaja de papeles" [Martínez, 1995: 259], salvándose él también —bordeando la locura:

> Somos infelices y miserables por muchos motivos: acaso el principal sea porque recordamos, jamás nos acordamos de olvidar. (...) Por eso duele la existencia, porque no hay remedio para la culpa, porque en nuestro cuerpo y mente siempre va grabándose la vida. A nosotros, mortales, no nos fue otorgada la Nepenta ni las aguas del Leteo. La escritura, herida volitiva, es recuerdo, presencia de lo que no está [Toriz: 2004, 1].

En definitiva, pues, aquello que no está ocupa a la metáfora, ya no como una figura de esta o aquella representación específicamente, sino de una cierta voluntad destructiva que supone un acto motivado por las exequias y el éxtasis a la vez. Así pues, lo que nos viene a la memoria es también el envés de eso que recordamos —es decir lo que imaginamos—, el tiempo pasado es algo que está delante de nosotros, nunca atrás, y así con todo aquello que nos muestra la doble faz del mismo artilugio: la máscara sin rostro que ocultar.

v. gramática del silencio

...cierto tipo de monstruosidades evoca los límites del lenguaje y ante los extremos de lo atroz parece imponerse el silencio... [George Steiner]

Ahora bien, si deducimos que la frontera entre ficción y realidad es efímera, aunque existe, cabe pensar en qué medida la mitificación de Evita en tanto figura pública y mujer milagrosa fortalece esta yuxtaposición imaginaria. Sobre todo cuando la mitificación de Evita está dada por las acciones que desbordan la realidad histórica de la novela, historia que es apenas una de las circunstancias que permite satisfacer la moción de un pueblo que aclama su nombre. En todo caso, al titular la novela "Santa Evita", se corona este propósito, no por la obra en sí —lo que cuenta y su desenlace— sino por la conciencia que el relato tiene de estar contando una historia cuyo ápice es su irrealidad. Esta magia de hechos y palabras con que se explica su muerte realza, sin duda, la figura de Evita al punto de su santificación.

Una vez más un movimiento poético prefigura este desplazamiento de la vida en mito, puesto que en la función que desempeña éste en la historia no interesa tanto la claridad que los participantes tengan sobre el pretérito, sino el imaginario social con el que conciban dicho pasado. De hecho, resulta trascendental que la novela conquiste argumentos tan sencillos y válidos como su muerte y todo lo que ésta genera, cuan elementos que encumbran su imagen en cada cosa creando el mito[s]. Evita está en todas partes, pero sobre todo en las invocaciones del pueblo amado, en los pensamientos de su familia, en los cálculos de los militares, en las plegarias de quienes la creen diosa, y en todo culto sagrado que deposite su nombre entre las estrellas; en definitiva, Evita está en los espacios donde la palabra guarda un código muy cercano a la fe.

Obviamente la creación de un mito es más compleja, podríamos hablar por ejemplo del mito social que representa una forma de pensamiento que recrea el pasado y se proyecta en el presente y el futuro; esto es, una cadena de hechos que validan una conducta o algún fenómeno. No obstante, el recurso de escritura que utiliza Santa Evita para propiciar el mito es sofisticado al punto que también logra su cometido: textualizar el mito a través de la ficción. Uno de los personajes de la novela señala, por ejemplo, que

---

[6] La siguiente cita es ilustrativa: "lo primero que noté fue que en esos papeles había un relato. Es decir, el manantial de un mito: o más bien un accidente en el camino donde mito e historia se bifurcan y en el medio queda el reino indestructible y desafiante de la ficción. Pero aquello no era ficción: era el principio de una historia verdadera que, sin embargo, parecía fábula" [Martínez, 1995: 365-366]

> (...) el mito se construye por un lado y la escritura de los hombres, a veces, vuela por otro. La imagen que la literatura está dejando de Evita, por ejemplo, es sólo la de su cuerpo muerto o la de su sexo desdichado, [Martínez, 1995: 197]

siendo esto una contradicción que la propia novela subsana. Empero, esta no es la única certidumbre de la construcción del mito a partir de lo que se narra, también el hecho de la elipsis en el relato lo es puesto que, en un afán de exagerar los sucesos, el cadáver de Evita funge como símbolo de esa asunción, de esa representación a ultranza en el cuerpo sin vida que, ajeno a toda acción terrena, debe movilizarse en su *poiesis.* Por eso mismo el investigador se coloca en un lugar tácito: él no interviene en la mitificación, son sus falsas pistas, sus intentonas y desencuentros los que impulsan este propósito. Con todo, es necesario advertir que ese espacio intermedio en que se sumerge la autoría de la novela es escritura pura, puesto que intenta comunicar algo sin desmentir lo opuesto. Asimismo, todas las palabras se vierten en una literatura de matices ficciográficos, desentendidas ya de ese espacio restringido al apunte escueto.

Por consiguiente, en el caso de Santa Evita, a la pregunta de ¿cuál es más grande, la vida o el libro?, resulta que la figura del libro se vuelve hegemónica, pues subsiste a cualquiera de los principios real o ficticio, además que el libro opera en los niveles más complejos entre historia y narración. En definitiva, el libro es el símbolo que corona el mito en potencia, toda vez que, a pesar de establecerse que hay un destino, las propias palabras se interponen en una especie de autocensura que pospone los sentidos de la novela. A este procedimiento que borra y anula el pasado hemos de nombrarlo mnemofobia, toda vez que la escritura si de algo no se encarga es de embalsamar el pasado; en todo caso, la escritura aboga por el olvido, por sustraer los elementos del pasado en función a un presente de papel, que no vale más que por sus hechos y, escribir es —por qué no— uno de ellos. De forma semejante,

> (...) la narrativa ha asumido dos posiciones: la de los hombres que queman los libros que conducen a la locura o la de los que desean abolir el pasado. Entre estos dos extremos de una moneda única todo sucede. [Báez, 2004b: 7].

Entonces la literatura asume, más que un papel simbólico, una perspectiva fundacional de la historia cuya aposición radica mucho menos en lo que dice que en lo que hace: desescribir. Porque en alguna medida, la destrucción de libros es un evento que cruza Santa Evita desde el hecho que el cuerpo embalsamado de la difunta presente inscripciones que la identifiquen, y porque es imposible pensar en su desaparición —con tantos métodos que se han intentado— si no es a través del fuego, como trama el Coronel:

"Sería mejor quemarla, pensó. Con los tejidos rebosantes de químicos, volará en cuanto le acerque un fósforo" [Martínez, 1995: 26]. En efecto, una gran metáfora domina la novela: la desaparición del registro que es el cadáver y, más aún, el nombre del cadáver. Es ese nombre, pues, el que desencadena los relatos, impidiendo que la historia que les antecede se cierre del todo. Por ende, el cuerpo de Evita no es tanto una prueba o documento como un relato en potencia, una palabra que ha de ser mil o, en la metáfora del fuego, "un relato que encendía otro" [ídem.: 21]. De ahí también que la historia entre en un proceso de deterioro, toda vez que ya no queda nada por reconstruir (una historia, una vida, ni un retrato) y queda todo por destruir (las evidencias peronistas, los facsímiles del cadáver, la palabra SantaEvitaPerón).

Para ejemplificar ese desequilibrio entre historia y narración y la imposta de la muerte como frontera entre lo hecho y lo dicho, basta señalar un asunto del que Evita no deseaba hablar, el sexo: por un lado "la literatura ha visto a Evita precisamente en el sentido opuesto a como ella quería verse" y por el otro en tanto "Evita quería borrar el sexo de su imagen histórica y en parte lo ha conseguido" [ídem.: 202]; ambas citas demuestran la ambivalencia de los sistemas literario e histórico y cómo la censura de alguna de las fuentes permite que la realidad teja sus relatos sobre la nada y sentencie la impostura. De ahí también que el narrador ejerza este conflicto y señale que lo mítico se antepone a lo verdadero, siendo la ficción la única fuente para tratar este conflicto, sin mantenerse al margen del dato oficial:

> Así voy avanzando, día tras día, por el frágil filo entre lo mítico y lo verdadero, deslizándome entre las luces de lo que no fue y las oscuridades de lo que pudo haber sido. Me pierdo en pliegues y Ella siempre me encuentra. Ella no cesa de existir, de existirme: hace de su existencia una exageración. [Martínez, 1995: 204]

En este sentido, si bien la figura de Evita excede la realidad y se acerca al mito, la ficción es insoslayable a este proceso y satisface su puesta haciendo de cada apunte exagerado o dato corrompido el curso normal del relato, con algunos sobresaltos (clímax dramáticos), pero sin otra imperiosidad que provocar un efecto desestabilizador.

La transfiguración de algunos capítulos en ambientes y atmósferas indecibles es consecuencia de lo anterior, sobre todo si se toma en cuenta que el relato encarna esa investigación llena de entuertos y muertes. Es más, debido a que todo se relativiza —desde los datos hasta el paradero de Evita—, la realidad de ficción también sufre menoscabos y reveces; sin embargo, contrario a lo que parece, esto posibilita que en la novela todo se tome por verdad: "Sucedían con toda naturalidad historias que en cualquier otro lugar

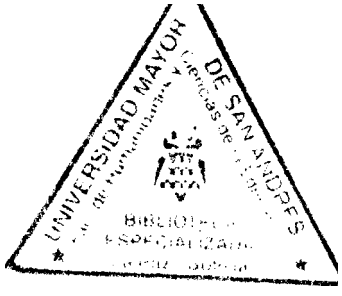
hubieran sido imposibles" [Ídem.: 225]. Asimismo se subvierten los conceptos y así como en principio muerte significa vida, surte la idea de que ficción es realidad y que la historia es una burbuja de literaturas. Ya nadie escribe Santa Evita, pues a medida que la novela se completa (avanzando a su desenlace o consumando su escritura), la figura del autor se desliza, convirtiéndose en un paralelo más de la inabordable realidad, al punto que sólo le compete la edición de un relato atajado por las propias palabras, así como el Coronel, quien tenía "el consuelo de que lo habían derrotado a golpes de imaginación. ¿Quién escribió el libreto?" [ídem.: 364].

De ese juego entre lo hecho y lo dicho, surge una narración ficticia cuyo síntoma son los fragmentos de novela que utilizan estos tropos: "me oí decir" o "me oí escribir", figuras que personalizan el relato y lo convierten al mismo tiempo en creación tácita. Estos tropos connotan también que la escritura tiene un error de perspectiva, toda vez que en el texto coinciden historias de suprema ambigüedad como los que produce la multiplicación de la protagonista en cuatro Evitas. Al nacer falsas réplicas de su personaje, el autor llega a perder de vista a su protagonista agravando la ficción. En consecuencia, ficción y escritura se equiparan, no sólo porque ambas se transtextualizan a partir de la historia de Evita, ante todo porque la ficción histórica recrudece un tiempo particular de la enunciación dramática. Este que podríamos denominar cuarto tiempo (tiempo narrativo), explica de forma didáctica el elemento temporal en juego en Santa Evita. En principio la novela se configura en estos tres tiempos: pasado biográfico, presente necrológico y futuro mítico, pero a medida que Evita se convierte en un objeto de culto que lo mismo se va rezando, maldiciendo o narrando, adquiere cierta autonomía temporal. Por eso uno de los personajes explica que "nada llevaba el pasado al punto donde la historia podía volver a empezar" [Ídem., 230], pues esa historia sucede en diagonal a la narración y ese pasado es un lugar equívoco que repercute en la escritura mediante rito funerario.

Esto que denominamos misa de cuerpo presente', además del rito, sugiere el asunto mismo de la narración, en que "el personaje central (...) es el cuerpo. Un cuerpo que, con la muerte, cobra una sonoridad sin par y redefine en forma mítica a la mujer que lo habita" [Mortiz en Martínez, 1995: contratapa]. En el sentido inverso, también es posible que esa consumación del personaje en cuerpo defina el rito, confirmando la idea de una larga misa. En efecto, al pasar del mito al rito y a la inversa, no sólo se enarbola la figura de la prócer, también el drama que hace posible esta mitificación cobra una dimensión sin la que pasaría

Al respecto, en el relato se lee: "Pensó que moría casi a diario, como Cristo en el sacrificio de la misas" [Martínez, 1995: 332], con lo que se analoga la figura de Evita a la de Cristo, casi con la misma pasión.

desapercibida en algún archivo. Empero, la mitificación no es un objeto de la novela, es un recurso; del mismo modo que la consecución de pistas es sobre todo un asunto ritual más allá de representar una instancia de la trama policial. Entonces, lo mismo que acontece en esta trama donde uno de los personajes, Emilio Kaufman, señala acerca de los biógrafos: "me admira siempre que sean tan escrupulosos en anotar datos que no le interesa a nadie, como la lista de novelas que Eva leía por radio y que, al mismo tiempo, dejen sin llenar algunos vacíos elementales" [Ídem.: 246], ocurre en esa historia que concienzudamente presenta algunos "vacíos de ficción" por donde la otra historia, la fingida, ha de manifestarse. En efecto, así como en otras novelas históricas se le devuelve al héroe su carácter humano y su rol social, en Santa Evita la protagonista soporta todo tipo de injurias, sobre todo cuando su cuerpo insepulto vaga sin destino: "Pónganse en fila. Méenla" [Ídem.: 280], es la orden que el Coronel imparte a los oficiales. Una vez más, no se pone en cuestión el heroísmo de ese cuerpo, lo que se pone en cuestión es su mitificación.



vi. taquigrafía de la memoria

...pudiendo aspirar a la posibilidad de un mundo sin memoria, queda la rústica opción de inflamar las palabras, desquebrajar el mundo de los libros y hacerlos arder como la madera de la que fueron extraídos... [Rafael Toriz]

Al traducir el pasado y rehacer la historia desde una síntesis presente, el personaje que reintegra la historia de Evita Perón después de muerta, establece un código de conciliación entre las versiones lanzadas por la historiografía (llámese documentos, archivos, estadísticas) y la memoria enraizada en quienes compartieron con la dama argentina el reverso de esa muerte. Ambas fuentes, que por lo general superponen sus verdades y ficciones, definen dos personalidades en este narrador: si por un lado quien narra asume una identidad de investigador que tiene la tarea de negociar con un pasado hecho de quimeras y escrito casi a la fuerza, por el otro es un agente de esa memoria que no puede expresarse por la escritura, siendo que originalmente es oral y debe su registro al imaginario colectivo.

Ese deseo de investigar y relatar traduce una historia capaz de articularse en términos de una gramática del sueño, que consistiría en cuestionar la existencia de una realidad total. Asimismo, a través de este proceso lingüístico, se podrían dilucidar los mecanismos de reproducción de la memoria a partir no de los estamentos que brinda el pasado, sino de un testamento actual, codificando aquellas voces que apuntan a escribirse. En este entendido, *investigador y relator* se funden en una suerte de *inventor* que —no sin argumentos— coincide en el caso de Santa Evita con el creador de la novela. Este creador no se reconoce a sí mismo hasta bien avanzada la historia, expresándose entre el diario personal y la pesquisa forense, toda vez que asume sin reparos el hado que para él ha preparado esta historia llena de premoniciones y controversias.

Ahora bien, los procedimientos que sigue este investigador-relator en la novela son bastante peculiares, dado que todo cuanto averigua o narra supone un testamento, pero uno totalmente anacrónico y con visos de confidencialidad. En este testamento, el narrador se aproxima a los hechos, percibe las imposibilidades y desencuentros a los que está conminada su búsqueda, y con ese material escribe sus memorias (en sentido metafórico) que a la postre representarán el mecanismo en que converge la utopía. Porque un testamento se escribe no pensando en el pasado, sino en un futuro que encierra el mismo enigma que la ficción cuando reconquista un hecho histórico. En cierta medida, el narrador se encuentra en tal conflicto que hay pasajes en los que parece gritar los contratiempos que implica testamentar el pasado; en otros, en cambio, habla despacio manteniendo el enigma que a medida que pasa la novela se convierte en un "secreto a voces", pues todo lo

que piensa y conjetura se va escribiendo, haciendo público su legado. Por ende, en Santa Evita el historiador extradiegético tiene su contrapunto en el narrador intradiegético: sin esa tensión la escritura haría lo mismo que un dibujo.

Cabría entonces deducir lo siguiente: Eloy Martínez es el autor del libro, pero el narrador funda toda una novela en su interior: un haz de situaciones en el que intervienen personajes símiles a los de Eloy Martínez, aunque con cierta independencia semántica. Con todo, es evidente que ambos (libro y novela) intercambian fuerzas cada que la realidad se vuelve imprecisa o cada que la ficción no es su equivalente; entonces se conforma una realidad dual (que llega a ser tres, cuatro o cinco veces partita en los episodios más complejos). Esta figura dual, sin embargo, sugiere siempre la voz omnisonora[8] de Eloy Martínez, nombre con el que se presenta ese agente lingüístico que funge en la novela un rol de entidad onomatopéyica, cuando no existen rastros del autor de carne y hueso. Es más,

> (...) el recurso de valerse de diversos tipos textuales o de varios narradores a fin de producir un relato polifónico de la historia obedece a la intención de recoger múltiples perspectivas del pasado con todas sus consecuencias tanto éticas como políticas. [Grinberg, 2001: 3]

Eso ocurre principalmente en las partes de la novela cuando el narrador se detiene a reflexionar, planea los siguientes pasos de la búsqueda y trama nuevas estrategias que culminan siendo estrictamente novelares. Llegado el momento, no hay por qué ocultar que la investigación la hace un novelista, como cuando éste entrevista a los familiares y confirma: "Les referí que estaba escribiendo una novela sobre el Coronel y Evita y que había iniciado algunas investigaciones" [Martínez, 1995: 56], aunque es fácil también establecer la posibilidad inversa de que Santa Evita es en verdad un texto que nace de la imaginación colectiva, una epopeya construida por varios testigos de esa entelequia.

En todo caso, la cuestión de fondo es comprender en todo el relato que subsiste la creación de otra Evita (la muerta) desde el paisaje de una novela histórica que reafirma la vida pasada de la dama argentina, consciente de que la muerte promueve esa revisión histórica desafortunada. "Si va a contar esa historia, debería tener cuidado. Apenas empiece a contarla, usted tampoco tendrá salvación" [Ídem.: 59] es la amenaza que recibe el escritor, puesto que sus antagonistas —aquellos que desean desaparecer el pasado argentino junto al cadáver de la prócer— temen que ese testamento haga lo que el cuerpo

[8] Omnisonora por contraste a un narrador omnisciente que se supone está en todo lugar y sabe todo, lo cual no tendría mayor función en un relato armado por secretos, informes estériles y rumores infundados.

en vida. Por ende, Santa Evita no tiene un carácter revisionista, su función va más allá, aproximándose a los hechos a partir de un relato por medio del cual el pasado puede hablar: "la narración comprende que el pasado sigue abierto, que no ha concluido" [Mélich, 2000: 139]. Es de suponer, por ende, que la escritura en la novela subleve; es más, genera reacciones biblioclastas, al punto que en ciertas escenas el derrotero de la escritura prefigura la subsistencia del cadáver, propagando el fuego y la alarma general: "muerta, sería un incendio" [Martínez, 1995: 47]. Porque es evidente que si a un novelista le dan varias versiones del mismo hecho y le piden que escriba, una cierta voluntad ahistoricista le provoca quedarse con la versión que más le impresione, por distante que esté de la realidad, fomentando el recelo y la necesidad de una vendetta contra esa escritura. De ahí que "destruir un libro es negarse al diálogo que supone la razón plural de éste" [Báez, 2004: 17], lo mismo que desaparecer el cuerpo es impedir que se escriba —en el caso de Evita— sobre sus milagros y portentos.

A partir del tercer capítulo esta tensión se complejiza, puesto que el narrador se ve en la necesidad de impugnar —dentro de la ficción— su proceder respecto a la historia que construye, debido precisamente a que los hechos se prestan a tergiversaciones, incongruencias y fuentes dudosas, siendo que en esas contravenciones donde radica la experiencia novelística. En efecto, el narrador hace una revisión poco convencional de la historia de Evita, valiéndose de un material biográfico diverso, acudiendo a testigos informales, apostando por su propia versión de los hechos y por cada una de las fuentes orales o escritas que al referirlas de forma tan verídica, cambian la visión que tenemos de ellas, sobre todo en el traspaso de sus percepciones al papel. Si por un lado se formula que una historia no escrita jamás tiene valor, pretendiendo que cualquier creador de ficciones es ante todo un escribano, por el otro, se descarta la posibilidad de acción que tiene la escritura sobre los tropos que brinda esta historia en particular. Así pues, "un alma que no ha sido escrita es como si jamás hubiera existido. Contra la fugacidad, la letra. Contra la muerte, el relato" [Martínez, 1995: 62], esta parece ser la máxima de una experiencia de escritura que maneja simultáneamente los conceptos reales y ficticios que lejos de ser fuerzas contrarias, resultan un interfaz de elementos que coronan la escritura hacia su poética de palimpsesto.

Evidentemente no todas las historias devienen ficción, porque algunas refuerzan las fuentes a las que acudieron para recrear un hecho; no obstante, Santa Evita no se sirve de los datos consagrados por la historiografía, al contrario, en el relato se deja entrever que la novela se ocupa incluso de construir aquellos referentes a partir de un apunte textual extraordinario: la existencia de un libro que antecede a éste, pero que es como un aborto,

una creación a medias que propicia esta horrible visión: la frontera nítida entre vida y muerte, cuando operan simultáneas: La novela de Perón[9], libro que efectivamente escribió Eloy Martínez en 1985, pero que a él mismo le resulta contraproducente porque muestra parcialmente su propósito como agente entre los registros real y ficticio. Con todo, su antecedente supone un contrapunto al que Santa Evita (1995) acude no pocas veces y con el cual mantiene una cierta isotopia. Resume su proceso con estas palabras:

> Será tal vez por eso que en *La novela de Perón* sólo acerté a narrar lo más privado de Perón, no sus hazañas públicas: cuando trataba de abarcarlo por entero, el texto se me quebraba entre los dedos. [Martínez, 1995: 64]

Santa Evita es una novela que supera a la primera en la medida en que la connota, convirtiéndose en el tropo a la que la lectura de La Novela de Perón tiende. En efecto, este apunte permite hacernos la idea de la segunda novela como una mutación que cobra vida en la muerte y que —como libro— se nos presenta en un estado vegetal extremo, capaz de recordarnos la magia del tiempo, de sugerirnos voces y actitudes, de rememorarnos acciones y cuerpos, pero cuya esencia explica justamente la demencia y escabrosidad con la que se hila el pasado. Al interior del texto muchas entidades se manifiestan, se convulsionan y generan una serie de sensaciones que fomentan la ficción. Santa Evita se escribe sin tenerle fe a la historia, diciendo que lo que pasó "nunca fue exactamente como lo recordamos", siendo que la memoria acaba por convertirse en un engranaje de "ficciones que el tiempo va devorando sin aportar otra cosa que sombras" [Vásquez-Rial, 2005: 2]. Por estas mismas razones su proceso es distinto:

> Hablé con figuras marginales y no con los ministros y aduladores de su corte porque no eran como Ella. No podían verle el hilo ni los bordes por los que Evita siempre había caminado. La narraban con frases demasiado bordadas. Lo que a mí me seducía era en cambio sus márgenes, su oscuridad, lo que había en Evita de indecible. Pensé, siguiendo a Walter Benjamín, que cuando un ser histórico ha sido redimido se puede citar todo su pasado: tanto la apoteosis como su secreto (...), Eva es también un ave: lo que se lee al derecho tiene el mismo sentido que lo que se lee al revés. [Martínez, 1995: 64]

Vistas las anteriores diferencias, notamos que antes que una redención de la primera novela en la segunda, se produce una continuidad que busca intencionalmente repetir algunos errores, dando paso a otros y así tensionar el lenguaje. Asimismo, puesto que un libro desescribe el otro y que un cadáver destruye el cuerpo de Evita, las palabras que nombran estos excesos se convierten en secuelas del palimpsesto digitado: "cubran su

[9] Al respecto el narrador (Eloy Martínez) confiesa: "A mediados de 1989 yacía yo en una cama penitencial de Buenos Aires, purgando la calamidad de una novela que me nació muerta" [Martínez, 1995: 64].

cuerpo con papeles" todavía se oye decir. No hay manera de negarlo, en Santa Evita historia y ficción son dos paralelas que se tocan, como diría Martínez, impregnándose de las imposibilidades de ambas novelas como cifra definitiva del pasado. Estos escollos ultiman la génesis escritural de su propia creática: el haber nacido casi por casualidad, en circunstancias poco claras y en evidente asimetría: "La voz, insistente, me hizo levantar de la cama y me internó en una aventura sin la que *Santa Evita* no existiría" [ídem., 64], pero con un sino proverbial: "Reaprendí la escritura, mi oficio, con fiebre adolescente. *¿Santa Evita* iba a ser una novela? No lo sabía y tampoco me importaba" [ídem.: 65].

En suma, Santa Evita emula una suerte de *historia de la escritura,* que solventa el drama de fondo, siendo que el relato en un tercer o cuarto nivel se manifiesta como una adenda de ese propósito estético. Lo que tenemos en manos es un relato que habla sobre Evita, pero ello es la primera consecuencia de nuestra lectura, pues un análisis exhaustivo nos demuestra que Evita es una metáfora, un gesto reservado de la ficción. Al tiempo que Evita es una metáfora del texto escrito, su personaje "cobra vida" al mediatizar el relato a través del símbolo del cadáver, encarnando ese silencio y esa quietud necesarios para que el resto se movilice. La muerte logra que Evita Duarte interprete su último papel, un cadáver alrededor del cual giran miles de historias, y que —por sí mismo— es sólo eso: una puesta en escena, un monólogo infundado. Incluso su nombre, que muchas mujeres prefieren para sus hijas y que está en boca de todos, satisface las propiedades de una escritura metonímica por cuando el texto escrito asume una postura *fingida* más que *fijada.* Entonces, para que este acontecimiento escritural se desplace hay que comprender a plenitud el siguiente artilugio: la letra y el texto están siempre muertos en la calca del papel, y es nuestra mirada la que acciona línea a línea y de izquierda a derecha su verdadera dinámica, su *gravite literaria,* despalabrando la historia que refiere y fingiendo, en cambio, un posible estado de las cosas:

> Especular sobre las historias imposibles es una de las diversiones favoritas de los sociólogos, y en el caso de Evita las especulaciones se abren en un abanico de nervaduras, porque el mundo en el que ella vivió se convirtió rápidamente en otro. [Martínez, 1995: 185]

Esto que ocurre con la protagonista de la novela confirma lo siguiente: ella está postrada e inmóvil en su cadáver embalsamado y es la gente junto a los eventos circunstanciales (muchas veces la lectura lo es) los que agilizan el drama hacia alguno de los puntos cardinales que simbolizan las réplicas del cuerpo. El arte objeto que su cadáver representa, suscita una última copia en el libro, réplica que nos sugiere que "la historia de Evita podía volver a pasar" [ídem.: 250], permitiendo que las falacias y ficciones entren al ruedo de la

historia. El autor, por su parte, no duda en volver anécdota este lance creativo: "Yo pensaba entonces en escribir grandes novelas; no sé por qué pensaba que debían ser grandes e intensas, con el país entero como telón de fondo, novelas del tamaño de la vida" [Ídem.: 80].

En definitiva, si bien la imagen póstuma del cuerpo de Evita le corresponde al embalsamador ("Al fin de cuentas yo la hice, Evita fue producto mío. Yo la hice" [Ídem.: 83]), la metáfora de su muerte le pertenece por completo al narrador, pues con la puesta en escritura de su vida, relata y provoca a la vez: no sólo describe, también se adscribe en la narración y por ello supera la sinestesia de la novela. "Creo que en aquellos momentos nació, sin que yo lo supiera, esta novela" [Ídem.: 84], afirma el narrador respecto a las reuniones que cada miércoles sostenía con Alcaraz, el famoso peluquero de las estrellas. De ahí que la verdadera fuente de esta historia esté en la primera novela y en el trance de escribir la segunda. Sólo el novelista tiene los documentos que sustentan o desmienten los papeles de ficción. De hecho, él se inmiscuye en la narración, ficcionalizándose a sí mismo mas no a su realidad, estrategia que se percibe en el hecho de que al propio escritor le ocurren fenómenos al momento de escribir, desde imprevistos al encontrar ciertos datos que sólo la guía de la muerta puede proporcionar, hasta sentirse perseguido por los personajes de su ficción.

vii. asimetría de la mirada

.el diálogo del libro estorba el monólogo del fanático... [Fernando Báez]

A consecuencia de todo lo anterior, es de notar que la escritura de la novela también adquiere un destino dramático: el autor imparte esta experiencia desmontando la historia en tantas textualidades como historias componen su narración. Ello en vista de que Santa Evita está dispuesta de modo tal que deja entrever distintas historias y diversas escrituras en su interior, sin decir que todas ellas conforman un cuerpo textual en que se esgrime la novela. Los intersticios que se producen a causa de ese encadenamiento textual son a consecuencia de un ejercicio manifiesto: el palimpsesto, que tiene lugar por esta simple trasposición de textos como por la bifurcación de realidades en que se encamina la historia de Evita'". En esos intersticios se gesta la ficción, a razón de dos o más relatos que confabulan contra la realidad siguiendo un mecanismo pocas veces expuesto a la sola lectura: es preciso, una vez más, escribir sobre aquellas verdades informuladas por el narrador. La primera superposición corre a cuenta del propio autor: "en la obstinación del encierro, empecé a escribir de nuevo" [Martínez, 1995: 77], pues eso que escribe es otra novela sobre Eva Perón; nuestra lectura asume con sano juicio esta intención hasta que un cierto maleficio interviene nuestra mirada, traslapando la escritura de la primera novela sobre el lienzo de la segunda hasta crear un punto ciego que interviene en la memoria.

De igual manera, este punto ciego produce un efecto metaficcional que propulsa una suerte de escritura metonímica [1], dando a entender que la narración puede extenderse hacia un espacio indeterminado en tanto la historia franquee el presente de la lectura, lanzándose a la hipótesis futura o a la sabia utopía. Porque efectivamente "escribir tiene que ver con la salud, con el azar, con la felicidad y el sufrimiento, pero sobre todo tiene que ver con el deseo" [Ídem.: 85], pensamiento que traduce el ideario de esta novela en tanto producción creativa: no se limita a plasmar lo sucedido, pues siempre las historias que exceden su propia temporalidad se instalan en el subterfugio de la ficción, dando como resultado un absurdo cuyo destino son los puntos suspensivos (las palabras deseadas), el simulacro a ultranza y un final de novela que sólo se nos apalabra. En definitiva, "ésa (...) es la desgracia del lenguaje escrito. Puede resucitar los sentimientos, el tiempo perdido, los azares que enlazan un hecho con otro, pero no puede resucitar la realidad" [Ídem.: 85]; por

Patricio Manns se referiría al respecto en estas palabras: "En la poética del palimpsesto suceden varias cosas En primer lugar, hay una doble función de las palabras, de modo que enfocando un acontecimiento, o una serie de hechos acaecidos hace cien o ciento cincuenta años, en virtud de esta doble función, el discurso opera un salto hacia la contemporaneidad del narrador. El lector relaciona así, consciente o inconscientemente, un asunto pretérito con un asunto que le toca directamente, o al cual su cotidianidad tiene acceso ahí y ahora. [1997: 3].

[1] Escritura metonímica puesto que representa la clave ficcional en la totalidad de un relato periodístico.

eso el relato en todo momento pronostica la sepultura de Evita (que es lo único que esperamos que *realmente* ocurra), pero lejos de darnos certeza sobre los hechos futuros y sobre el desenlace de la novela como novela, el propio lenguaje sentencia la impracticabilidad de escribir este horóscopo.

Consiguientemente, subsisten en la novela dos relatos: la historia de Perón y el drama de su esposa, un espacio intermedio los reconcilia bajo la idea metatextual de que Eloy Martínez trabaja su personaje (Evita) que es —al mismo tiempo— una creación de Juan Perón. Con todo, la novela reafirma su voluntad de hacer ficción, a pesar del peso de la historia y de todas las cuestiones que la memoria desencadena en el preciso momento de citar sus fuentes —a manera de dictados, recortes periodísticos o grabaciones—, invirtiendo su significado real en falso y dando lugar al significante ficticio: "Todo relato es, por definición, infiel. La realidad, como ya dije, no se puede contar ni repetir. Lo único que se puede hacer es inventarla de nuevo" [Ídem.: 97]. Si hay una figura que acompaña este proceso de escritura, ésta se construye a partir de una especie de anagrama, no a nivel de letras sueltas, sino de textos enteros y pasajes completos de historia. Porque la historia está bien documentada, lo que sucede es que los datos no coinciden y la memoria no pasa de ser un acta del olvido. Ello deriva toda la lógica textual a los papeles de ficción, que son los documentos que se fabrican al interior de la narración y por obra de lo verosímil.

¿Pero qué es lo verosímil si no un cierto compromiso textual, un credo lingüístico? Entonces la novela llega a ser un auto de fe contra la historia y no —como podría pensarse— una gran fe de errata, un equívoco más en la reconquista del pasado. En palabras de Juan José Saer, "la ficción se mantiene a distancia tanto de los profetas de lo verdadero como de los eufóricos de lo falso" [1997: 13] y esto tiene que ver con que Santa Evita no fuerza la perspectiva de la historia argentina, más al contrario amplía el ángulo de su pasado a tal grado que una fuerza centrífuga le arrebata la realidad con que quiso medirla. Patricio Manns sentencia al respecto:

> Todas las historias de la Historia, han sido escritas por los vencedores y por los detentores del poder. Para la Historia los pueblos son anónimas masas aborregadas. Estas masas sin rostro operan como un coro para destacar en el telón de fondo la silueta unívoca de la hazaña inscrita en el mármol. Es natural entonces que un día, cierto tipo de escritura y cierta franja de novelistas se invierta en la revisión de aquella parcela de historia que les concierne para impulsar una corrección por la ficción. [1997: 22]

En consecuencia, el acto de narrar se diferencia del acto de documentar en que éste último supone una verdad, a sabiendas de que para llegar a ella es necesario un lenguaje tácito

que supere ciertos fanatismos en pos de un verdadero credo de la palabra; cuando se valide esas historias, entonces otra cosa recibirá el nombre de ficción. Entre tanto, la lectura ha de representar ya no una elección, sino una acción en sí que motive este credo, esta posibilidad de palabra que tenemos de equiparar el pasado a nuestras experiencias predominantemente recientes. Cabrá decir entonces, que la historia puede ser ficción y que la ficción es desde ya una historia, muy a pesar —y quizás por eso mismo— de no ser un proceso cabal a la realidad que aquélla coteja.

En consecuencia, el personaje de la novela, que en principio parece superar claramente las características de su referente (Evita), recién después de varios capítulos culmina su proceso creativo el cual, pese a ajustarse al original, supone un elemento ficticio: la difunta, de **quien se fija su nacimiento,** su **ascendencia y una serie de datos que terminan siendo cifrados (codificados) para malear la realidad, desdeñando la osamenta de palabras que la cubren hasta que un perjuro las redima: "última línea: yitqhvhatcpmcaislhzkmlbmifc sebamkmy—begsccqfitbkx" [Martínez, 1995: 136]. Así pues, toda la información que antecede a la constitución del personaje (anécdotas, hechos reales, casos verídicos), pasa a ser un simple entremés que sirve de cimiento para la ficción,** elemento base sin el que el **resto de lo construido/creado no se ajustaría a la maniobra escritural.**

Entonces toda la novela descansa en una estructura historiográfica, sí, pero la historia sólo puede desarrollarse siguiendo la escala de la ficción. Análogamente, como señala Fuentes, "para Bajtin todo significado está **limitado por su contexto, pero paradójicamente, este contexto** no tiene límites" [1990: 36]; de esto **último se deduce que los personajes en Santa Evita escapan del contexto ordinario de la historia argentina** para intercomunicarse con los personajes **de ficción, en un afán por encontrar el hilo de una historia de marionetas. Se considera, por tanto, que "para los historiadores y los biógrafos, las fuentes siempre** son un **dolor de cabeza. No se bastan a sí mismas" [Martínez, 1995: 143], entonces el escritor de ficciones representa esta imposibilidad asumiendo una identidad sigilosa y en detrimento de las palabras, toda vez que la muerta no se deja sino escribir: "Hemos caído del otro lado de la muerte. Cuando me quiera mirar en el espejo no veré nada, no habrá nadie" [Ídem.: 126].**

Ahora bien, a lo anterior se suma la prestancia con que los protagonistas (Evita y Juan Perón) se entregan a este relato, pues ambos sabían mentir (lo cual es inmanente a toda ficción), lo cual implica desde ya un desafío biográfico: "mintieron porque habían dejado de discernir entre mentira y verdad, y porque ambos, actores consumados, empezaban a representarse a sí mismos en otros papeles" [ídem.: 144]. Hay que entender, sin embargo,

que éstas que para la historia serían vilezas, son en Santa Evita las propiedades naturales del relato escrito. En este entendido, Eloy Martínez construye sus personajes de forma poco convencional, pues ninguno de ellos son fruto exclusivo de la imaginación, aunque tampoco tienen algún equivalente real; por el contrario, el autor genera un ambiente (el drama) y una problemática (la trama) que repercuten en todo aquello que se presenta: paisajes, personalidades, hechos, cosas, haciéndolas caer por el vértigo de su propia ficción, y no sólo ficcionalizándolas.

Bajo esta misma noción, el autor se introduce en la historia dando rienda suelta a una fábula de situaciones que hacen parodia del historiador convencional, como copiar hojas y hojas de informes o narrar un capítulo que "se funda exclusivamente en mis diálogos con él (siete casetes de una hora cada uno)" [Ídem.: 146]. De esta manera, "el escritor renuncia a la voluntad de representación, acepta las tenues líneas entre lo real y lo irreal" [Perilli, 2000: 4], siendo que todo lo que escribe tiene el doble gesto de narrar y dejar de escribirse. Para ser más claros, el autor interpela al lector, si es que acaso éste se aproxima a la novela con ciertos prejuicios:

> ¿Por qué la historia tiene que ser un relato hecho por personas sensatas y no un desvarío de perdedores como el Coronel y Cifuentes? Si la historia es —como parece— otro de los géneros literarios, ¿por qué privarla de la imaginación, el desatino, la indelicadeza, la exageración y la derrota que son la materia prima sin la cual no se consigue la literatura? [Martínez, 1995: 146]

Debido a esta equivalencia entre historia y literatura, a esta proporción entre lo real y lo ficticio, el relato da cabida a citas cuyas fuentes originales son sólo verosímiles, a tal punto que los pormenores del "Caso Evita" se convierten, a medida que las falsas pistas se reproducen, en escrituras que la intentona devuelve a su ficción: "le hice notar a Cifuentes que su plan tenía cierto aire de familia con el que Borges describe en 'La Muerte y la Brújula¯ [Ídem.: 151]. A este nivel la narración ha hecho suya la verosimilitud, apuntando íntegramente al lector y estableciendo un espacio imaginario que acentúa la otra historia, la de las imposibilidades; la historia es un género más de la literatura, revestida de mentiras y certidumbres que sólo se parecen unas a otras, las representan de tal manera que lo que queda en limpio es el último palimpsesto, porque "sólo un historiador convencional toma al pie de la letra lo que le dicen sus fuentes" [Ídem.: 28]. Por el contrario, una historia que se diga narración, asume que en el intervalo de sus antecedentes se ha apostado la ficción y que en el derrotero de su escritura aún quedan palabras en falso que el tiempo dirá[12].

[12] Cabe sellar estas diferencias con estos últimos apuntes: "1) El historiador trata de establecer un conocimiento histórico, mientras que el novelista lo aplica; la diferencia entre ambos es la misma que entre ciencia teórica y

En definitiva, es visible que al quedar marcadas la geografía de lo histórico y el espacio de la ficción en el universo del libro, Santa Evita materializa "lo otro" como elemento necesario para encontrar el alter-ego" de la difunta y la alter-realidad de su historia, puesto que "narrar significa mostrar la alteridad de otro que ya no está presente para contarlo" [Mélich: 2000, 139]. Si por un lado la figura de Eloy Martínez autor contrasta al personaje de realidad y de ficción que cohabitan su "Evita Perón", favorece esta dimensión del relato la conformación de una realidad intermedia que se funda en la frontera de lo escrito. Entonces, la jornada en que se puede hacer la lectura de Santa Evita permite entender la reciprocidad histórico-ficcional también a este nivel, donde el tiempo de la narración coincide con el tiempo del libro. Con todo habrá que presuponer que, como diría Mélich, "la identidad del lector frente al relato es una identidad narrativa" [2000: 134].

Esto permite a su vez invertir el libro, pretendiendo que la metáfora del "doble lomo" –que encierra algo, que clausura la ficción— justifica ese rol dual entre histórico y literario. Traspasar sus páginas es dar crédito a la historia de la novela (o a esa otra novela documental), sin desviar la mirada que con cierta fijación nos impele el lenguaje —la escritura que le subyace, más allá de los sortilegios del relato: "lo que el Coronel tramó debía suceder en cambio fuera de la literatura, en una ciudad real por la que se desplazaría un cuerpo abrumadoramente real" [Ídem.: 151]. En efecto, las probabilidades de ficción derivan en más y más páginas de narración sobre una misma historia, en cambio lo real debe resolverse en otros estrados y perseguir ya no la verdad del asunto sino su legitimidad.

aplicada. 2) El historiador parte del primer nivel de verdad (los hechos) para llegar al segundo nivel, el constructo verbal; el novelista, por el contrario, parte del conocimiento general de las obras históricas, para elaborar su versión de la verdad histórica. 3) En la reconstrucción del mundo del pasado, la perspectiva del historiador no constituye el punto de partida, sino el resultado de su trabajo; en la novela, por el contrario, constituye el punto de partida, en tanto que el novelista reconstruye el mundo del pasado a través de la perspectiva de un personaje ficcional (Ankersmit, 1983: 24-26).

[12] Mélich haría este otro apunte importante: "La idea de la verdadera escucha implica un olvido de sí para prestar atención a lo otro, al Otro. (...) Sólo deponiéndose de su yo, puede el yo ser verdadero yo. Ésta es una identidad ética". [2000: 133]

viii. elogio del olvido

…se oían las eses cadenciosas de la mujer, pero no sus palabras... [Narrador de Santa Evita]

Si hemos de hablar de la escritura en Santa Evita, hemos de guardar especial atención a su prosa, que brinda tantos giros como veces muere la protagonista de la novela, ateniéndose a decir lo que pasó desde un espacio verbal que tiende a su propia clausura. Ello porque en la novela de Eloy Martínez la metáfora es un ejercicio contra la censura, un ejercicio cuyas palabras hacen de máscara, velando al sujeto de enunciación sin dejar de subvertir la identidad que representa. En este entendido, el lenguaje es fundamental a la hora de versar sobre hechos susceptibles a la ficción, esa máscara que corrige el curso de las pulsiones y de la sensibilidad. Tanto así que Santa Evita trabaja con una serie de figuras poéticas que se prestan a representar situaciones que de otro modo resultarían inexplicables, además de pronósticos irrisorios en que se extravía la difunta.

En efecto, el narrador está convencido de que le son dadas ciertas licencias al representar dicha defunción, de tal manera que el relato —tratándose de la variable histórica— hace una puesta en abismo de las realidades y verdades que recíprocamente despliega la historia oficial. Bajo esta perspectiva, "la novela histórica es un intento poético de espacializar el tiempo, de darle una voz presente y crítica a un pasado inacabado, creando una amnesia artificial que borra la referencia del texto a un discurso histórico preciso"[14] [García, 1999: 190], aspecto que se hace más evidente en Santa Evita, una novela en la que el tiempo se moviliza y cuyo desarrollo dramático se explica desde una muerte anacrónica. Esta muerte, pues, lejos de organizar la trama de la novela, suscita una analepsis respecto a la única constante temporal: la escritura[15].

Ahora bien, no es menos cierto que la Historia inspira, haciéndonos a veces muecas sobre un evento suspendido en el tiempo —sublevándonos otras. No obstante, los sucesos por sí mismos carecen, según White, de significado y es la narrativización de los mismos (por medio del argumento y de los tropos del discurso), la que les otorga una dimensión verosímil. De hecho, "consideradas sólo como artefactos verbales, historiografía y novela son iguales, en tanto que ambas tratan de dar una imagen verbal de la realidad", pero este fenómeno precisamente puntualiza que la historia es sólo y siempre de palabra, puesto que

[14] "Historia poética" la llama Djelal Kadir.

[15] Hayden White explicaría este fenómeno así: "La novela opta por una visión centrípeta y difusa que excluye una noción lineal y teleológica de la historia propia de la ideología conservadora que hemos heredado de los historiadores oficiales. La fuerza centrípeta se a opone la fuerza centrífuga, relacionada con la crisis del concepto de verdad. Al escritor que se deje llevar por la fuerza centrífuga, después de haber ridiculizado y parodiado todas las interpretaciones serias de la historia, no le queda otro remedio que dedicarse a un jugueteo postmoderno que consiste en combinar las imágenes de épocas distintas y mezclar, de una manera arbitraria, los elementos del pasado con los del presente" [1992: 88].

no hay manera de asir los hechos de otra manera que manejando un discurso o cotejando relatos que refieran el paso del tiempo al que son susceptibles. Por eso mismo Santa Evita refiere una poética de esa historia que no deja decirse, de esos territorios ininteligibles que traspasa el cuerpo de la difunta y de todo ese bestiario de palabras que deja el cadáver a su paso. Entonces, una historia en hipérbole es la que se manifiesta en sus páginas, relato que acciona las palabras respecto al fenómeno verbal que es Santa Evita, anteponiéndose al ruido que recrudece con el pasado, donde acaso el nombre de Evita guarde un silencio sepulcral. Desde ya, por esas ironías de la muerte, ella continúa deambulando en el anonimato de una palabra que no responde a ese cadáver, un nombre que excede su propia acepción. Así, su biografía es una alegoría absoluta que incorpora la muerte y perpetúa el elixir de la ficción, imantando todo cuanto pueda ser dicho de su esencia y errancia en el más allá.

A esto, la experiencia de escritura de la novela es en todo momento dinámica, pues efectúa una serie de operaciones en torno a estas metáforas que hacen que cualquier palabra sea susceptible al cambio. Por citar un ejemplo concreto, la palabra Evita, que a momentos trasluce una onomatopeya (eeeviiitaaa) y en otros asoma numeralmente (26-7-52), se convierte —tras su muerte— en una figura emblemática no sólo del pueblo argentino sino de sus letras, por la cantidad de cosas que se han escrito sobre ella y a partir de los denominativos que se van anexando a su nombre (por antonomasia), como se registra en la página veinte de la novela: Abanderada de los Humildes, Dama de la Esperanza, Jefa Espiritual, Mártir del Trabajo, Patrona de la provincia de La Pampa, etc. De esta manera, su nombre original de pueblo (la Evita) se desplaza a otros de acabado sentido histórico, donde se asienta su identidad postrimera, antípoda en todo caso de la manera en que sus enemigos le llaman, hablando peyorativamente de ella, tildándola de yegua o hija de puta.

Asimismo, en el desarrollo de la novela, la metáfora Evita está tan impregnada de historias y por tanto de las palabras que tienen que ver con ellas, que se utilizan otros nombres, apócopes, diminutivos o pronombres para diferenciar distintas situaciones del relato, haciendo que la narración gane en intensidad, pues parece que ahora sí la Historia de Evita inicia ese delicado proceso de desescribirse. Con todo, la historia documenta que Eva Duarte era a imagen y semejanza de Juan Perón, al punto que en varios pasajes de la novela ella le da las "gracias por existir" [Martínez, 1995: 192], siendo que Evita escribe su propia historia desde la metáfora peronista. Este contrapunto supone, consiguientemente, que Evita se repliegue en las palabras y no pueda ser nombrada, constituyéndose su personaje en una maniobra de la propia escritura, palabras e historias empeñadas en determinar las insospechadas condiciones en que se desenvuelve el relato.

Incluso hay un momento en que, utilizando la figura de la paranomasia, se juega con la palabra Evita, tomándola —a la par que un nombre propio— como un "Verbo conjugado. 3a pers. Sing. pres. de evitar (del lat. `evitare', 'vitare'). Estorbar. Impedir. Hacer que no ocurra cierta cosa que iba a ocurrir)" [ídem: 131]. Este significado tiene sus implicaciones en la narración, pues se hace el apunte justamente cuando se busca por todos los medios 'evitar' que el cuerpo sea sepultado y las mismas circunstancias impiden que se complete el rito mortuorio. Con esto, se confirma que "cualquier palabra, a fin de poseer un significado, tiene que tener dos caras. De quién es la palabra, sí, pero a quién va dirigida también" [Fuentes: 1990, 36]. Esto con referencia explícita —y desde el título de la obra— a las fuentes con que trabaja el escritor, que en su idea de ultimar la historia, agrupa una serie de enunciados que le sirven —de forma casi mágica— para corroborar los hechos reales y al mismo tiempo dotarles de un énfasis que roza lo fantástico, sugiriendo así una parodia del texto historiográfico.

Por otro lado, se advierte que Juan Perón, el esposo de Evita, también insinúa estos desplazamientos de sentido, como cuando "le interesaban otras respiraciones de la realidad. La más trivial era una respiración semántica: ya nadie hablaba al ex presidente por su nombre, (...) el apelativo era 'tirano prófugo' y 'dictador depuesto¯ [ídem.: 22]. Empero, su nombre se mantiene literal porque las condiciones en que se realiza la metáfora son reales (son políticas) y no corresponden a ninguna ficción, ni intentan abordar una escala de sentidos mínima. Es más, el novelista sí considera a Juan Perón un personaje de la historia argentina, Evita es eso y algo más que eso, de ahí la situación crítica en que se sumerge su realidad[16]. Una paradoja sale a relucir en todo ello, puesto que se supone que el presidente argentino —en sus deseos de poder— sería el mandado a desplazar la realidad, haciendo prevalecer sus atribuciones; en cambio Evita es quien termina por convertirse en esa imagen del deseo de la población y una metáfora de la salvación, a sabiendas de su ausencia y extravío. En cierta medida, el pueblo redime su cuerpo desde el momento en que impide que se lo sepulte. La antítesis es clara, pues en vida Evita había afirmado: "Perón me dijo que haga lo que dice el pueblo, pero lo que el pueblo me dice que haga no es lo que Perón me dijo" [Ídem.: 115], dando a entender la imposibilidad no sólo de sobrellevar la causa peronista, también de explicar esa historia sin la poesía que le incumbe.

[16] Hay un pasaje en la novela que es enfático con relación a cómo se sentían ambos en el auge de su popularidad: "Mintieron porque habían decidido que la realidad sería, desde entonces, lo que ellos quisieran" [Martínez, 1995: 144].

A estas alturas conviene preguntarse ¿qué es la realidad en Santa Evita?; sobre todo el motor de la muerte, pues evidentemente la protagonista muere, sentimos su agonía, vivimos el dolor de la población, pero nunca asistimos a las pompas fúnebres porque lo que a su vez genera esa muerte es la ficción —entendida como ciclo o suspenso. Se produce aquí una especie de circunloquio de la muerte, en vista de que la escritura se niega en todo momento a representar a Evita en su ataúd y bajo tierra (se niega a decirla muerta), porque la narración no sabe dónde enterrarla y la novela en qué páginas perderla. Todo es censura, nada es posible sin el conducto de la metáfora, sin la puesta en escritura. De ahí que

> (...) el narrador, el destinatario de la narración y el protagonista de ésta, constituyen metáforas de la escritura de la historia, del *pendant* entre la ocurrencia de los hechos, la memoria que se tiene de ellos y su puesta en relato. [Neyret, 2005: 3]

Por ende, ese espacio intermedio entre la realidad y el relato es la muerte, la vida no existe sino a capela, por encargo de un escritor que precisamente da vida a la historia por medio de sus últimas pulsiones, ataviado de la oralidad del mito. Si Evita recibiese finalmente la sepultura, entonces la escritura tendría que tomarse como un riesgo, por lo pronto acompaña acérrimamente el calvario de la difunta.

Entonces, la historia es un relato en clave y la escritura es su código; entre ambos se gesta la metáfora que cambia el curso del tiempo, de un pasado de la historia a un presente histórico. Por esta misma razón se señala en la novela que "cada vez que en este país hay un cadáver de por medio, la historia se vuelve loca" [Martínez, 1995: 25], y esos visos de demencia tienen que ver al mismo tiempo con la histeria general y con lo impracticable que se muestra la realidad a los ojos de una experiencia de escritura que no cesa de actualizarse. Consiguientemente, el principal argumento de la novela —al menos para quienes la escriben desde afuera, a veces nosotros, los lectores— es hacer que el cuerpo desaparezca. "Conviértanla en una muerta como cualquier otra" [ídem.: 25] sugiere su propio esposo, y esa es la primera intención de deshacer su escritura que —al final de cuentas— constituye también una evidencia a favor de la muerta. Una muerta que se ha hecho palabra, que sólo puede ser nombrada por sinécdoque puesto que ha perdido consistencia, sucediéndose en réplicas como en sentidos que de una forma u otra posponen su propia muerte. Al despojarla de su destino, la novela se apropia de ese mínimo de palabras que todavía pueden nombrar a la difunta, iniciando con ellas un calvario semántico. Así, no podemos decir que la novela salga en defensa de Evita o sea un homenaje a su figura, pero "siempre había existido el temor de que algún fanático se apoderara de Evita" [ídem.: 26], la escritura es entonces un síntoma de este temor.

En suma, lo que el drama desarrolla es la compleja situación del historiador y del biógrafo ante la noticia y el dato, cuestiones que han de convertirse en los móviles de una experiencia con palabras que *continúan escribiéndose* incluso acabado el texto. En efecto, Santa Evita condensa los distintos registros con que la historia explica determinados acontecimientos del pasado, enunciando una "poética del tiempo ausente" que transita el mismo camino que la historia pero no en dirección a la memoria, sino hacia el olvido que —como hemos de entender a partir de ahora— nos remite a la cruda realidad de la metáfora. "El cadáver de Eva Perón es ya absoluta y definitivamente incorruptible" [Ídem.: 31] afirma Ara, el conservador de cuerpos, cuyo arte inicia la estética de la obra: al mismo tiempo que le roba el personaje a la historia, le concede infinitas posibilidades a la narración que ahora no tiene otro motivo que reproducir en palabras todas las acciones que el cadáver de Evita ya no puede. No es pues, en este caso, un simple procedimiento de flash-back el que ocupa a la narración, es en cambio un tropo excepcional: el pronóstico en elipsis, que podría decirse se proyecta hacia el futuro sin desligarse de su condición mnemotécnica que recapitula el antecedente inmediato, urdiendo así el delicado tejido que sostiene el presente. Esto consistiría, en palabras del historiador Hayden White, en que

> (...) para poder representar la realidad, sobre todo en el caso de los discursos históricos que intentan representar el pasado de la humanidad, es indispensable la imaginación. Ya que sin la ayuda de la imaginación sería imposible reconstruir en la conciencia y en el discurso, un pasado compuesto por hechos, procesos y estructuras que no podemos percibir ni experimentar directamente. [1992: 7]

A la sazón, la novela histórica tiende —en bastantes zonas de su espacio narrativo— a representar posibles, abordando situaciones que alguna vez puedan llegar a darse. Ello sin importarle que el pasado esté virtualmente clausurado, postulando —en todo caso— que la escritura es la dimensión inequívoca en que el tiempo pretérito se semantiza. En definitiva, la historia es efímera en el entendido que continuamente se va desmintiendo y porque de alguna forma la propia experiencia de narrarla confirma su incompletitud: la escritura es el único derrotero, no ya la figura de Eva Perón o los vericuetos de su biógrafo. Surge así la poesía de esta historia, poesía que no intenta resolver cuestiones de la otrora difunta, desea en cambio postergar las averías, dejando que el mito cobre sentido en las palabras —tanto o más que en las plegarias y el amén.

Para que ello ocurra, los personajes del embalsamador y del escritor son cardinales, pues ambos permiten que la muerte se pronuncie, advirtiendo nuevos significados en la imagen de la occisa. Y es que a ese cuerpo es preferible describirlo respecto ya no a la vida pasada sino al *contexto* de lo que la muerte de Evita socialmente motiva y al *texto* que

metonímicamente representa. Evita es el sema, la unidad mínima de sentido, es también la palabra que ha de mudarse a lo largo del texto. Por ende, la novela es un cuadro parcial del libro, porque en ella se solapan la historia verídica más la serie de versiones que homologan la escritura. El efecto que produce la muerte es definitivamente escritural, toda vez que a lo largo del relato, son las sospechas hechas palabras las que prevalecen y consuman los ideales del biógrafo (perpetuar escribiendo) y las del embalsamador (eternizar embelezando). Nótese que en ambos procesos (escritura e imagen) se sugiere una metáfora, que ha de ser en parte la forma como se construye el mito, desplazando todas las palabras a un espacio donde simbolicen ese otro cuerpo, el verbal.

Sobre el punto anterior, el capítulo segundo es enfático, pues titula "Seré millones" y con ello no sólo avizora el poder de convocatoria de Evita en cada uno de sus ahora creyentes, también anuncia ese despliegue semántico al interior de la narración. Evita, pues, deja de ser —en el transcurso de la obra— una palabra, para convertirse en la raíz gramatical de cientos de sobrenombres y acepciones que toman su figura, amparados en el deseo y la resurrección que repiten en vida lo que la metáfora y el neologismo en palabra. En consecuencia, hay algo de retruécano en el nombre Evita, ya que podríamos entender su prédica "mi vida es de ustedes, ustedes son mi vida" como esa continua oscilación en que su figura se desenvuelve, trasmutando miles de identidades de pueblo a la vez que todos sus fervientes hacen como si sus realidades se colmasen de ella, bautizando a los recién nacidos "Evita", estableciendo records increíbles en su nombre o santificándola en base a plegarias e invocaciones.

En efecto, no se trata simplemente de reproducir por medio de la literatura —aun de la ficción— una vida y una muerte casi inseparables, aunque efectivamente el relato y la ficción constituyan los mecanismos necesarios para sentar esta realidad; por el contrario, la ficción es en todo momento un hallazgo dentro de la historia que se cuenta. No hay de parte del autor la necesidad de puntualizar —como en otras novelas latinoamericanas— que lo que se cuenta al interior del libro es una novela, en vista de que su experiencia creativa transita primero el estadio real de esta historia, pero siente que es imposible mantener esta línea y sucumbe ante la ficción para de todas maneras reafirmar un evento que debe su realidad sólo a las palabras.

En consecuencia, la novela no se limita a representar aspectos varios de la historia, se dedica en cambio a jugar con otros textos para reproducir al interior del suyo una sensación de escritura. Así, fuentes de ficción o analogías con otros relatos son válidas para aprehender esos eventos huidizos de la historia; es el caso de los cuentos de Borges o

Walsh que son tomados como fuentes de un caso irresuelto salvo en el breviario de la ficción. Transtextualidades que fluctúan entre la posibilidad de esta novela y otras que en su interior se aferran, como la antecesora Novela de Perón o tantas otras descartadas del producto final, embotadas en la memoria particular del libro y en este sentido también desescritas. Discursos paralelos que traducen la periferia textual de la novela, aludiendo tanto a los *Diarios de Evita* y a los escritos particulares de los personajes, como a prólogos, epílogos, notas al margen, sobrecubiertas, capítulos desechados y borradores propios de una historia escrita en el orden de un hipertexto.

De esta manera la des-escritura es recíproca al palimpsesto, pues a través de una serie de elucubraciones logra plasmar en las páginas del libro todas las puestas en escritura que se desarrollan simultáneamente, no sólo a nivel de planos y registros narrativos, también como escritura per se, puesto que cada texto revela discursos depuestos en el tiempo. Entonces la isotopía del libro hace que las palabras no escritas y las escritas entren en contacto, logrando que los campos semánticos del silencio y el relato —de la página en blanco y el texto— disuadan la ausencia. La palabra escrita y la otra palabra que vaga sin haber sido escrita —en el imaginario, en la música o en la poesía— cohabitan el espacio de la novela, posibilitando un efecto de sinestesia que produce sensaciones disímiles; por eso el narrador suele expresar cosas como "me oí escribir" o "leí escribir" a la hora de contrastar ambas experiencias.

En suma, no es posible afirmar que son los personajes de Santa Evita quienes coinciden con la realidad", tampoco a la inversa, que el contexto es equiparable a la novela, pues en todo momento texto y contexto intercambian roles y suscitan esta máxima: agravar la realidad. Con ello se cumple la paradoja latinoamericana, llena de hechos cumbre que suscitan un simulacro, de discursos lujosos que denotan anécdota y de altos rangos que terminan siendo cualquiera. En efecto, se ha vuelto un tópico decir que en América Latina la ficción no puede competir con la realidad, aunque es evidente que toda historia documentada y documentable es devuelta a su realidad a partir precisamente de sus vicios de ficción. En Santa Evita todo parece seguir el orden historiográfico, sin embargo en un acto reflejo inesperado, el escritor de la novela consigue que del proceso de investigación se pase al de hipérbaton, posponiendo la censura —representándola.

[17] Cabe resaltar este ejemplo: Eva Duarte interpretó muchas veces personajes de radionovelas, y es justamente por medio de la radio que se anuncia su muerte; en esa frágil inversión se gesta la novela.

ix. tipografía de la muerte

...Mira en la conspiración universal, dirigida al exterminio del júbilo y a la ruina de la belleza, el retorno y el establecimiento definitivo de los antiguos fantasmas del caos y de la nada... [J.A. Ramos Sucre]

En alguna medida, Santa Evita puede ser leída desde distintos ángulos, como documento testimonial o guión de ficción, como relato periodístico o literario, pues su escritura es un armado de texturas cuyo propósito es representar ese contraste de discursos. En la novela, como ya se apuntó, las figuras del embalsamador y del escritor son trascendentales, toda vez que por medio de ambos personajes obtenemos las versiones de la muerte de Evita, tanto lo-visto como lo-dicho. Por esta razón sus acciones son equiparables, tomando en cuenta sobre todo que la escritura hace de espacio conmutador entre las versiones que ambos manejan; escritura —en este caso— como propuesta dramática de uno de los personajes, el doctor Ara, quien en su relato "El caso Eva Perón" crea un espacio independiente a la novela desde donde se reflexiona:

> El biógrafo es a la vez el embalsamador y la biografía es también una autobiografía de su arte funerario. Eso se ve en cada línea del texto: Ara reconstruye el cuerpo de Evita sólo para poder narrar cómo lo ha hecho. [Martínez, 1995: 157]

En efecto, las importancia de estos dos personajes radica en que sus versiones se superponen armónicamente en el relato, a tal punto que el proceso de representación de Evita pasa a segundo plano. En todo caso, la descripción del cuerpo y de los textos es cada vez menor, en cambio la escritura por sí misma, como evidencia de los estadios del relato (psicológico, histórico, reflexivo, poético, etc.) enuncia las fuentes de lo no-visto y lo no-dicho a través del placer manifiesto por el código.

Respecto a este código hay que decir que se trata sobre todo del juego de metáforas que hacen del cuerpo de Evita un velo narrativo, pues más allá de elevar un informe de su ocaso y muerte, se sugieren cuadros o retratos que hacen dibujo libre de una historiografía plagada de versiones. Como señala el narrador, la vida de las personas "al pasar por los tamices del lenguaje escrito, se vuelven otra cosa" [ídem.: 86], por cuanto ya no son existencias sino palabras que simbolizan una instancia de sus vidas. En esta medida, la metaforización del cadáver de Evita permite muchas cosas, entre ellas evaluar su glorioso pasado desde el enfoque de una experiencia actual. Su cuerpo insepulto no sólo pasa por las manos de medio mundo, también subyace al nombre de los otros personajes siendo su epónimo, puesto que en ellos subsiste: "Soy, aunque Eva no quiera, su Miguel Ángel, su hacedor, el responsable de su vida eterna. Ella es ahora — ¿por qué callarlo?— yo" [Ídem.: 156] señala, por ejemplo, el embalsamador. Por su parte, el narrador se subsume en este

caso y es el único que, por medio de las palabras, puede ordenar esta historia llena de tergiversaciones:

> Ya que ahora se abre un delta intrincado de historias, voy a tratar de ser conciso. En una orilla está el relato de los cuerpos falsos (o copias del cadáver); en la otra, el relato del cuerpo real. Hay, por suerte, un momento en que los caminos se despejan y queda una sola historia en pie, enceguece o anula a las demás. [Martínez, 1995: 170]

Lo anterior implica que en Santa Evita hay una ligera pero elemental diferencia entre autor y escritor, muy por encima del hecho de que ambos sean homónimos (Eloy Martínez) y cumplan un papel de mediadores entre lo escrito y la muerte. De ahí también que el relato practique esta dualidad narrativa y mortuoria, donde se esconde de alguna manera la historia y se vela la ficción. Este narrador bidimensional se pregunta: "¿era así la historia? ¿Uno podía entrar y salir de ella tranquilamente?" [Ídem.: 176], pues a eso apuntan muchos pasajes del texto, a poner en consideración distintos registros del lenguaje, propiciando una tensión escritural a causa de la simultaneidad de escrituras. Este palimpsesto sin embargo no consiste sólo en la trasposición de escrituras, contempla sobre todo una compaginación del recuerdo y la utopía, del mito y la quimera, en pos de una temporalidad narrativa. La idea de esto no es trasmitir cierta ambigüedad en el relato, sino dar lugar a una secuencia real-ficticio-real sin la que la dimensión de la obra resultaría enteramente documental y con ningún otro plan que la mentira piadosa.

Ahora bien, el narrador despeja sus propias dudas mediante la experiencia de su relato. A medida que los hechos que narra entran en menoscabo, cambia el curso de la historia y sobreescribe una y otra versión. La emergencia de estos relatos es análoga a la deconstrucción de su personaje, hecho que se pone de manifiesto cuando obtiene algunas referencias contradictorias, en especial aquellas que derivan de la sinécdoque Evita - Argentina. Esas contradicciones no suponen falsos testimonios ni documentación fraudulenta, en cambio podría decirse que la ficción coteja las realidades que el solo evento de la muerte de Evita hace posible, llegando el narrador a pensar que

> (...) a lo mejor no estaba sucediendo nada de lo que parecía suceder. A lo mejor la historia no se construía con realidades sino con sueños. Los hombres soñaban hechos, y luego la escritura inventaba el pasado. No había vida sino sólo relatos. [Ídem., 176]

En consecuencia la obra es, si podemos hablar en estos términos, una teoría de la realidad, teoría que sin embargo deriva de la ficción y desencadena cientos de hipótesis que terminan con un hecho real: el cadáver insepulto de Evita. Los !argos parlamentos y las

reflexiones sobre la escritura y el género novelesco exaltan ese propósito, más aún cuando la realidad va dictando esa superchería de eventos cuya naturaleza ficcional se matiza con el estilo oficial. Así, se diría que la novela incorpora los elementos de análisis e interpretación otrora reservados al lector, pues el género como tal hace posible estas entradas al palimpsesto que supone su escritura. Es más, la superposición de registros permite un análisis entre líneas, dado que la novela hace que lo factible y lo utópico entren al ruedo de la ficción en ese ínterin.

Por eso mismo la realidad (todavía periférica al libro) es puesta en crisis, dando a entender que la historia también es propensa a sufrir este fenómeno. De todo lo que las palabras nombran, nada es mera actualización, pues es evidente que cada palabra en sí misma encierra una historia: Eloy Martínez investiga esa historia para superponerla al telón de fondo que supone esa memoria tangible. En efecto, la ficción en Santa Evita es al mismo tiempo por medio de la verosimilitud pero también porque la verdad sugiere una constante puesta en abismo o, como señala el narrador, "la realidad no es una línea recta sino un sistema de bifurcaciones. El mundo es un tejido de ignorancias. En el despejado horizonte de la realidad, los planes pueden desmoronarse sin ningún aviso ni presentimiento" [ídem.: 177]. Evita Perón ya no sólo se entrega al relato muerta y en libertad de acción, además renuncia a ser fuente histórica por cuanto las palabras con que cuenta su historia han suspendido toda función gramatical. No por nada los personajes se permiten estos parlamentos: "Qué carajo me importa la historia. La historia no existe" [ídem.: 181]. Sabemos entonces que una suerte de narración empírica denota la impropiedad con que se muestra la historia al relato.

De todo lo anterior se deduce el porqué continuamente la historia se reescribe, redundante y a ratos excesiva, traduciendo la complejidad no del hecho pasado sino de una construcción gramatical inexistente que pueda referirnos el pasado desde un grado cero de la escritura. Las escrituras que se van sucediendo paralelas a la historia siempre han de tener un destino de palimpsesto. Por eso mismo la novela histórica presenta ese carácter inacabado, constituyéndose en un muestrario de aquella escritura incestuosa que anida la ficción. No sólo al final de la novela el narrador deja entrever que esa historia hay que escribirla otra vez; también lo hace al inicio de Santa Evita al deducir que una novela anterior, "La Novela de Perón", precisaba ser reescrita superponiendo los lenguajes del ayer y del ahora. Siguiendo la metáfora, todo lo que es tiempo (historia, narración, porvenir) se escribe o ya está escrito, y la única imagen que sustenta la realidad es la página en blanco del destino. Al respecto, María Isabel Larrea nos dice lo siguiente:

> (…) los novelistas contemporáneos perciben la realidad —ya sea presente o pasada— como un todo complejo, problemático, ambiguo y contradictorio que no puede ser aprehendido con certeza y traspasado inequívocamente al papel. Es el resultado de la transgresión de las fronteras, el espíritu de la postmodernidad que señala que ya nada puede ser conocido objetivamente. [Larrea, 2004: 27]

Esto tiene que ver con que al escribir se establece de antemano que la primera tarea no es tanto desmentir la versión que antecede como desescribirla, transcribiendo las palabras que suplantan el correr del tiempo, toda vez que este proceso literario debe continuar hacia su palimpsesto. *Borrar con los codos* es una metáfora imprecisa en este caso, lo que cabe es determinar que se desescribe cuando se impone la incertidumbre en las palabras, cuando lo que dicen no es lo que nombran. Consiguientemente, la experiencia de escribir tiene un doble compromiso con el recuerdo y el olvido, espacio donde reside la magnitud de su puesta. La página en blanco es patrimonio de la escritura por un derecho adquirido a través del tiempo, y aunque no podemos limitar las palabras al encuadre de la hoja, es menester argüir —de cuando en cuando— la existencia de la ficción en la historia del mundo. Esto porque, como diría Vargas Llosa de Santa Evita,

> (...) narrada con una lengua más sobria, menos pirotécnica, sin los excesos sensibleros, las insolencias melodramáticas, las metáforas modernistas y los chantajes sentimentales al lector, esta historia truculenta y terrible sería imposible de creer, quedaría aniquilada a cada página por las defensas críticas del lector. [1996: 4]

En consecuencia, la novela de Tomás Eloy Martínez representa ese estadio literario al que un cierto compromiso con el libro y la historia obliga, pero en lo demás ha de perpetuarse en el ciclo de la escritura, mismo que traspasa las páginas de Santa Evita siguiendo una diagonal en la ficción y triangulando las memorias y mentiras de esta historia con la vida toda.

x. poética del extravío

Lo que se quema no existe, Negro, lo que no se escribe ni se filma, se olvida... [Eva Perón en Santa Evita]

El desplazamiento de la escritura a ese espacio entre el recuerdo y el olvido, implica la puesta en metáfora de la muerte. Asimismo, el advenimiento de la escritura en tropo y la consecuente relativización de la historia (convertida a estas alturas en un lenguaje tácito), supone una práctica contra la memoria, o mejor dicho, contra el libre ejercicio de la memoria. De hecho, como señala Mélich, "en la información, la memoria no juega ningún papel. En la narración, en cambio, la memoria es su fuente vital" [1995: 133], algo similar podría decirse del olvido. No obstante, Santa Evita se dedica a desentrañar el hecho de que la memoria sea la fuente principal de la narración, dado que ésta es tomada siempre como una simulación en el afán de experimentar los vericuetos de la historia de alguien que ya ha muerto. De ahí que en la novela de Eloy Martínez la representación no radique en una cuestión biográfica" (de la líder argentina), en cambio sí en la puesta en ficción del abandono en que cae su cadáver, espacio en el que trabajan de forma simultánea la memoria y el olvido, enfrascados en un duelo del que resultan puras sospechas o vaticinios sobre cómo sellará el tiempo esta historia. Por eso la figura de la muerte es importantísima para el relato; gracias a ella y al embalsamiento del cuerpo difunto (parálisis del tiempo), la historia nunca acontece simplemente como evocación o recuento. Al contrario, se le antepone la noción de un presente constituido a partir de fuentes y experiencias que rozan lo fantasmal, superponiéndose infatigablemente al registro historiográfico[18].

En suma, la muerte es ese presente complejo, esa escritura suspendida que trasmite su día a día y el calvario del cuerpo insepulto de Evita. Una sucesión de recursos permite que esto se dé en la novela, desde la aparición de grabaciones e inventarios hasta el devenir de literaturas (cartas, notas, libros, versiones, entrevistas, etc.). Asimismo, en este proceso, es fácilmente identificable la omnipresencia de un agente narrativo que no sólo escribe, también trascribe, se dicta o garabatea, la cuestión es —en todo caso— registrar los movimientos de una escritura que por momentos parece escribirse por sí sola, sobre todo cuando el narrador extrema recursos a fin de obtener más datos sin darse cuenta que una *tercera mano* suplanta su escritura con dedicada actitud. Esa escritura a tres manos reconcilia la letra y la muerte, por medio de las cuales se desmiente la idea de un mero

[18] De compararse las dos novelas que Eloy Martínez escribe sobre Eva Perón, cabría retomar este apunte de Carmen Perilli: "Si en La novela de Perón Tomás Eloy Martínez responde al mito Perón ficcionalizando la biografía, en Santa Evita el significante histórico es atravesado por voces extrañas: las melifluas cadencias del melodrama, las envejecidas imágenes del cine, el relato policial, la metaficción". [2000: 5]
Nótese a su vez que en el sintagma "novela histórica" existe una "antinomia interna, una especie de contradicción, por cuanto se llama a vincular una especie que necesita de la documentación precisa y explícita, con otra cuyo estatuto ontológico es enteramente imaginario". [Teobaldi, 1998: 1]

proyecto de epitafio (letra muerta) al que estaría supeditado la historia de Evita. Cabe pensar, empero, que si se está escribiendo tanto o más que muriendo, entonces la realidad se ha visto superada por las palabras, palabras que sin embargo esconden etimologías de ficción.

"Sin el recuerdo sólo hay muerte" [Ídem.: 140], pues bien, en Santa Evita la muerte es la historia que prevalece, no sólo porque desencadena las demás historias, también porque su tragedia logra que todo lo que rodea esa muerte, la realidad incluida, sea por metonimia del cadáver. En efecto, al inicio de la obra se señala que a la difunta "la belleza le crecía por dentro sin pedir permiso" [Martínez, 1995: 12], esto por el doble proceso de embalsamiento y embellecimiento al que se somete el cuerpo de Evita. Esta imagen se repite a nivel del libro, toda vez que es en el proceso de construcción de la obra y en cada una de las referencias textuales que se agolpan libremente hacia el final, cuando los sentidos se extrapolan y tienden hacia dos fuentes disímiles: la historiografía y el mito, razón por la cual el relato se tensiona. Nunca vemos otra cosa que no sea la realidad, pero tampoco dejamos de observar cómo se trastoca esta dimensión de lo real a partir del hecho verídico, como cuando las enfermeras que cuidan a Evita "daban vuelta a la realidad" [ídem.: 13] haciendo comentarios ilusorios sobre su mejora o sobre las fechas cuando Evita les pregunta por el día y las horas. Es decir que mientras Evita piensa que está regresando a la vida, está cada vez más cerca de la muerte, de hecho, nace muerta a la novela y el libro busca ser a lo largo de sus trescientas noventa y siete páginas el certificado de defunción que de alguna manera todos reclaman. Papeles de ficción que cifran la muerte, inmortalizando la imagen del cadáver de Evita (ironía magnífica) y dando cabida a tres temporalidades distintas: la memoria pasada, el destino futuro y el presente trágico.

Esas temporalidades que se instalan en la novela responden a un hecho que desde el principio se establece: "lo que no quiero es que la gente me olvide, Juan. No dejés que me olviden" [ídem.: 15] eso le implora Evita a su esposo. Desde ese momento su cuerpo ha de vagar primero en la inconsciencia y después en el imaginario social donde finalmente queda insepulta. A partir de su deseo de quedarse en la memoria de todos, de no caer en el olvido, es que no encuentra paz en su tumba. Esa tumba viene a ser de algún modo la cáscara de químicos que retiene su cuerpo y preserva su imagen, a la manera de una

[20] Nacer muerta a la novela (y no morir en la novela) es un aspecto que de antemano diferencia las representaciones historiográfica y literaria, asumiendo que es totalmente factible desarrollar la narración de alguien que ha dejado de existir, al punto de entablar una correlación fantástica entre la historia y la ficción de la difunta: "Dos veces el viudo la había besado en los labios para romper un encantamiento que tal vez fuera el de la Bella Durmiente" [Martínez, 1995: 26].

virgen milagrosa, deteniéndola en el tiempo y entregándola a la fe colectiva: "...al embalsamarlo, usted movió la historia de lugar. Dejó a la historia dentro" [ídem.: 34]. Así como el cuerpo de Evita se convierte en un objeto de culto, el libro que cuenta la historia de ese objeto guarda la idea de un fetiche, el símbolo de una metáfora cuyo valor radica en los poderes sobrenaturales que alberga. En efecto, abordar esta historia se convierte en algo peligroso, pues la muerte deviene necrofilia, un fanatismo exagerado por la difunta y el misterio de la fe, al punto que la esposa del Coronel afirma que "toda la gente que anduvo con el cadáver acabó mal" [ídem.: 59], tal el caso de varios personajes que quedan locos o mueren fatídicamente. En alguna medida, todos buscan sus *escrituras,* creyéndola redimida, mas lo único que encuentran es ese conglomerado paradójico de desencuentros, vacíos y silencios que ha generado la *histeria general:* "Todo poder que he dado por escrito se ha vuelto contra mí. Lo que era de mi hija se lo ha llevado el yerno. Ni los recuerdos me ha dejado" [ídem.: 50] explica su madre.

Esa serie de desencuentros y extravíos, motiva a que Santa Evita se establezca como una novela de carácter secreto, a pesar de lo cual el narrador se anima a descifrar su terrible ficción; incluso en ocasiones se toma la potestad de prolongar las historias hasta que coincidan con su propia expectativa. Lo confirma en esta acotación: "Pocas veces he combatido tanto contra el ser de un texto que se quería narrar en femenino mientras yo, cruelmente, le retorcía la naturaleza" [ídem.: 366]. En consecuencia, al ser el autor la fuente de muchos de los comentarios, la verdad se relativiza y la historia de Evita adquiere un carácter verosímil respecto a su pasado. Así, cuando trascribe la versión de la madre de Evita sobre la desaparición de su hija, concluye enfáticamente: "La voz de la madre siguió hablando pero mi escritura no la oyó" [[dem.: 375], con lo que se exalta el proceso de escritura y la experiencia de creación de la novela que —a veces más que las fuentes originales— es capaz de dilucidar el porqué de estas historias sin cabos. Entonces, cada una de estas fuentes, muchas de ellas sancionadas en el preciso instante de su averiguación, generan una discursividad de la propia ficción que trasciende ante la debacle de la realidad histórica. Esa es la experiencia profunda de escritura, cuando el autor (que hace las veces de investigador) se subleva ante la posibilidad de quedar fuera de la obra, de no poder contar los pormenores y contradicciones de su elección.

En este sentido el novelista se diferencia del historiador, porque hay algo en su interior que le provoca y que, lejos de desplegar sus mentiras sin ninguna modestia, quiere atestiguar las verdades que ellas encierran, como diría Vargas Llosa. Por esta misma razón, si el novelista ha de suscitar alguna muerte, no ha de ser la de su protagonista que —como dijimos— ya estaba muerta desde el principio de la novela; esta *muerte retórica* se produce

en cambio en el proceso de escritura y con el convencimiento de que "puede escribirse una novela al margen del recuerdo, con la sola imaginación, pero con el relato esto es imposible" [Mélich; 1995: 141]. De esta manera, Eloy Martínez destruye su producción anterior (La Novela de Perón), y hace lo propio con las palabras que pretendían tener lugar en Santa Evita, haciendo énfasis en la metáfora de la des-escritura, un ciclo de eventos que se encargan de rebobinar la historia falseando su inscripción: "En una larga y descartada versión de esta misma novela, conté la historia de los hombres que habían condenado a Evita a una errancia sin término" [Martínez, 1995: 63].

A consecuencia del anterior punto, podría decirse que la novela de Eloy Martínez inicia el relato desnudando su conciencia y exhibiendo un proceso de escritura sin depuraciones. Esas *teorías del rumor* que componen el texto en sus primeros capítulos, encuentran su razón de ser a partir de las contradicciones que brindan las versiones y —claro está— a partir de los inminentes descuidos en el proceso de trascripción de la obra. Esto consistiría, en palabras de Lukács, en que la historia novelada da pábulo a disquisiciones del autor y la historia es sólo un pretexto para exponer sus teorías, de forma que con frecuencia posee un carácter casi ensayístico. En este sentido, la muerte de Evita no es sólo un recurso dramático, es además una estrategia ficcional que encuentra en el tránsito del cuerpo de la finada una multiplicidad de datos proclives al error y que van más allá de ciertos formalismos funerarios. El Coronel afirma: "Ya esa mujer no tiene más ancla con la realidad que los números" [ídem.: 21], pero esta percepción cree en la muerte como un acontecimiento civil, en cambio la condición para realmente escribir esta tragedia nace con la muerte. De hecho, se apunta extraordinariamente al iniciar esta historia que "pasaron los meses y la realidad" [ídem.: 21] y con ello se establece que a condición de su muerte nace la novela de Evita, se pronuncia su ficción.

El tiempo trascurre, sí, pero se dirige a un territorio baldío por el que deambula el cadáver, convirtiéndose en narración, en tiempo textual. Y no obstante "la narración puede incorporarse en la historia, porque la historia es, en fin, la narración cronológicamente ordenada de los hechos ocurridos en el tiempo" [Teobaldi, 1998: 2], en Santa Evita la narración no acompasa el tiempo, hace que éste devenga del relato, logrando que se instale circunstancialmente junto al ataúd de la muerta. Desde esta perspectiva el narrador ha de incursionar en una historia que se le presenta desde antes escrita, por el peso de la figura argentina, pero además por los tropos que implica su imagen embalsamada. Sirviéndose de este artilugio, el protagonista ha de inaugurar un tiempo propio de la novela, una temporalidad que se ajuste a esta dimensión narrativa, en la que la memoria se instala en el futuro, el destino es un continuo presente y el pasado se experimenta constantemente

en su devenir. En esta isocronía textual los discursos han de repetirse, siendo que una yuxtaposición de escrituras semeja las distintas puestas en escena de la muerte de Evita. Esto a su vez pone en cuestión la idea de escribir la historia sin perder de vista a las palabras:

> La reconstrucción del pasado resulta de la recuperación de los silencios o el lado oculto de la historia, pues enfocan aspectos, figuras o acontecimientos marginales, desconocidos, olvidados o ignorados por las historias oficiales. [Pons, 2000: 108]

Por consiguiente, en Santa Evita debemos pensar en

> (...) un narrador que toma la palabra frente a sus pares para contar una historia acontecida en el pasado. Si se trata de hechos ocurridos *in illo tempore,* es decir, en un tiempo en que se pierde la memoria colectiva y que es difícil determinar, la narración deviene en mito. [Teobaldi, 1998: 3].

En suma, la figura mítica de Evita se construye a partir de la escritura que, en este caso, se mueve contra el olvido. No es únicamente la historia y todo lo que ella cuenta lo que magnifica su imagen, también el carácter ficticio de la escritura corona este proceso de mitificación. Eloy Martínez postula que "el valor de la historia es su variedad concreta, no su uniformidad abstracta" [Fuentes, 1990: 30], por lo que el escritor desea que su experiencia en el correr de páginas se entienda como una multiplicidad de escrituras que hacen todas metáfora[21] del cuerpo difunto de Evita Perón. El libro contiene esta gran metáfora[22], puesto que no podría explicarse Santa Evita como una novela sin el artilugio de una escritura ficticia, sin los pormenores de una historia en potencia.

[21] La metáfora en *Santa Evita* trabaja no tanto con la noción de la representación o suplantación de la figura original, como con la idea de una versión independiente.

[22] Vargas liosa acotaría al respecto: "Como todo puede ser novela, Santa Evita lo es también, pero siendo, al mismo tiempo, una biografía, un mural sociopolítico, un reportaje, un documento histórico, una fantasía histérica, una carcajada surrealista y un radioteatro tierno y conmovedor". [1996: 2]

xi. libricidio y combustión

...Sin causa justa y razonable, no escriban nada los fieles que de modo manifiesto suela atacar a las buenas costumbres; sean esas palabras lanzadas al fuego y vueltas en cenizas sus páginas... [*Index librorum prohibitorum* de la Iglesia Católica]

En Santa Evita predomina una memoria fúnebre que vincula el hito de la muerte y una cota infranqueable del lenguaje, razón por la cual su escritura se extiende por superficies que le pertenecen tanto a la historia como a la ficción. El calvario de Evita si bien funciona como novela histórica al rescatar a un personaje de la historia oficial y ficcionalizar una parte de su vida, se dedica también a corregir el curso de esta historia al desdeñar la posibilidad que por sí misma tiene de escribirse. De hecho, a medida que avanza la novela, el escritor desaparece tras un personaje subliminal que investiga y también escribe, pero que en todo momento representa un papel ausente, vale decir un papel menor absorbido por el fenómeno de la ficción que supone el "caso Evita". Con este fin Santa Evita acoge una serie interminable de géneros que su autor, Eloy Martínez, hace pasar por novela.

Así pues, en Santa Evita hay algo de cine, porque su historia está cegada del libro para adentro, vuelta en sí, en cambio sus metáforas expresan una cierta fijación en las imágenes que bordean la escritura: "En el cine no hay historia, no hay memoria. Todo es vida contemporánea, presente puro. Lo único verdadero es la conciencia del espectador" [Martínez, 1995: 115], siendo que ese espectador obedece también al orden de la narración. Esto deja entrever que el relato está plagado de agentes intratextuales que suplantan la realidad por medio de simulacros de escritura y narración, de tal manera que Evita es en su propia novela una licencia poética, una figura a la que "se la merodea, se la alude, se la invoca, y sin embargo nadie la pronuncia" [Ídem.: 301], pues en el fondo lo único que se pronuncia es ese giro gramatical que ausenta la escritura y la historia toda.

Entonces, la escritura corre por las páginas forjando su propia historia, aquella cuyo pasado es en tropo y cuyo presente es en palimpsesto. Ahora bien, por más que las historias de Evita y de la Escritura circulen paralelas a la narración, ambas son metáforas una de la otra, y es en este juego de espejos donde el lenguaje se pierde al infinito: "La palabra no dicha era en ese momento la descripción perfecta del cuerpo que había desaparecido" [Ídem.: 301]. Asimismo, como titula el capítulo catorceavo "La ficción que representaba", la novela no pretende encarnar esa realidad histórica; más al contrario, Santa Evita desea el historial de ese cuerpo de ficción: en su deseo radica su utopía, siendo que

> (...) las utopías se erigen como modelos generadores de acción, porque representan el punto hacia el cual proyectamos nuestros deseos de cambio y transformación. Son

> imágenes movilizadoras, porque involucran el campo de la praxis como único lugar de verificación de la "hipótesis utópica". Por lo tanto, componen un ámbito en cuyo seno se desarrolla el "juego de lo posible y lo imposible". Porque los valores de posibilidad, imposibilidad y deseabilidad sólo pueden vislumbrarse como realidad por la fuerza de la acción. [Analia, 1993: 58]

En consecuencia, el cadáver se trasforma en ceniza —el libro en quema—, en algo que deseamos a sabiendas del embrujo que supone su credo, esa fe infundada tras el velo de la escritura. Por eso también Santa Evita refleja el pasado en el futuro, a través de un sistema de espejos que ausenta la mirada y propulsa metáforas en potencia, lenguajes acérrimos y sospechas que por absurdas que parezcan son vitales en una ficción de ida y vuelta, una ficción de dos caras: imagen histórica e imaginación ulterior juntas. Así, según Eric Hobsbawm,

> (...) la relación con el futuro pasa por la capacidad, posibilidad y deseo de predicción de los hombres. Es por esto que considera necesario distinguir las predicciones basadas en el análisis de aquellas que se basan en el deseo. [1998: 53]

Santa Evita al salir de los esquemas de la novela histórica decimonónica, se integra a otro campo de creación, en el que el narrador se aproxima a un discurso que le supera. Una experiencia que borra sus antecedentes no porque desconozca el pasado, sino porque reconoce que la historia es un acto presente que supone una *creación ex nihilo,* un instante *imperpetuo* que se debe a un solo gesto: la quema.

Efectivamente el narrador hace un trabajo de periodista, reportero o investigador y va cubriendo las noticias que genera la *errancia* del cadáver de Evita y de esos hechos se suscita la narración. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que su particular estilo conjuga "con notable habilidad lo ensayístico y lo periodístico, [que] junto a la estricta narración, consigue unos tiempos y modos que dan a la novela mucha soltura y fluidez. Se despliega así un texto plural" [Rodríguez, 1996: 2]; y este texto plural está hecho de superposiciones, de escrituras que van calcando sus metáforas en la realidad del papel, pero que en lo demás suscitan una *praxis desescritural* cuya meta es una cierta anti-literatura. Esta experiencia de des-escritura pasa entonces de ser un atributo del narrador a serlo de la propia narración, toda vez que la metáfora de la ausencia toma el control y, además de todo, los personajes uno por uno dejan la posta, como el Coronel quien

> (...) mentía, por supuesto, sin saber que mentía. Había inventado una realidad y, dentro de ella, era Dios. Imitaba la imaginación de Dios y en ese reino virtual, en esa nada que

> estaba sólo llena de sí mismo, se creía invulnerable, invencible, todopoderoso. [Martínez, 1995: 378]

Al respecto, el epígrafe del capítulo 16 es' pertinente: *La historia puede llevarnos a cualquier parte, a condición de que nos salgamos de ella* (Levi–Strauss), dado que la novela demanda lo mismo que la Historia que representa, un encabalgamiento poético que integre los vacíos de ficción con el documento escrito.

Todo este cauce de artilugios y ficciones se desencadena cuando Eloy Martínez sale a flote develando una identidad dramatúrgica supeditada por la investigación y la escritura: "¿Tomás Eloy?" [Ídem.: 385] Y éste responde, desmarcándose de su creación literaria: "eso fue hace mucho tiempo. Lo que quise decir ya está en la novela. Salió hace cuatro años" [Ídem.: 385]. En lo demás, esta especie de ficciografía se sucede irremediablemente, pero su relato ya no es acerca del caso específico de la difunta, sino de la irreconciliable situación entre texto y contexto. Por su parte, al hacer de su oficio apenas un silencio prolongado por la escritura de la historia de Eva Perón, Tomás Eloy Martínez difiere su condición a un pseudónimo que intercepta por un instante la autoría de la novela, luego la escritura corre apócrifa consumando su verdadera dimensión estética. Esto hace pensar en una quema que se origina al interior del drama, por el artefacto pirotécnico en que se ha convertido el cuerpo embalsamado a base de químicos[23], fuego que se traduce en una cortina de humo que aísla la realidad, empastando —valga la imagen— las páginas de esta historia con un polvillo que vela también la escritura, agrava la ficción.

Con esto no sólo se pone en crisis la novela y su calidad inacabada, también se pone de manifiesto que la escritura es sólo una evidencia del universo novelístico en que se precipita la memoria. Además, al no saber el narrador en qué situación se encuentra respecto a su narración, deja que la escritura mantenga su condición líquida y fluya por entre sus propias palabras, llegando incluso a sobrepasar los vicios de una *non-fiction* e instalando en vez un elocuente *still–writing*[24] como elemento que en efecto representa lo inacabado. Santa Evita no tiene un final de novela, tiene a lo sumo un final de escritura, un punto final sucinto al compaginado, una suerte de epílogo que soluciona la cuestión de la página en blanco, pero hace que todo circule sin cesar, descomponiendo el tiempo histórico y cediendo a la literatura apenas un libro del que pensamos: *alguien estuvo aquí escribiendo.*

[23] La cita es elocuente: "Un desliz de la llama, una chispa distraída, y Evita podía convertirse en ceniza" [Martínez, 1995: 32]

[24] La traducción literal sería "escritura en proceso".

xii. apogonía del lenguaje

Muerta, esa mujer es todavía más peligrosa que cuando estaba viva... [El vicepresidente en Santa Evita]

Al ser la literatura un trabajo con el lenguaje y la historia una labor con la memoria en concreto, cabe deducir que un ejercicio lingüístico mnemotécnico estaría supeditado a las palabras que puedan representar el pluscuamperfecto que supone la revisión actual del pasado. En tanto no existan todas las palabras para nombrar el pasado o éste se ubique en ángulo anegado a la función del lenguaje, entonces podría deducirse también que —en el caso de la historia— los hechos superarían a los discursos. Esto a su vez implica que no habría verdades de palabras más que simulacros de eventos que el lenguaje sí puede reproducir; en cambio toda relación del pasado con las palabras supondría puntos ciegos que, en literatura, soliviantan el olvido o la utopía.

Ahora bien, en la mitología griega, *Lethe,* la diosa del olvido, se opone a *Mnemosyne,* la diosa de la memoria y madre de las musas. Empero, los papeles de las dos diosas no son tan unívocos como en principio parecen, puesto que el valor de la memoria recae directamente en lo que a su vez se olvida. Afirmar algo es de alguna manera negar lo demás (al otro); en este sentido, la construcción histórica del pasado es un ejercicio que se involucra tanto con la luz como con el fuego que la irradia: creación y destrucción en simultáneo. Con todo, no sólo la escritura fundamenta la existencia de esta "memoria hecha de olvidos", en realidad la función de la lectura es la que en última instancia determina el valor del pasado en su devenir histórico y la función de la palabra en mediatizar este vínculo. "La memoria fue muy valorada por las grandes culturas, como resistencia ante el devenir del tiempo" [Sábato, 1999: 18], pero este proceso no estaba exento de otro mucho más evidente: la desmemoria, puesto que en el proceso de "leer el pasado" es muy fácil obviar algunas voces y algunos nombres, fomentando así la des-escritura de la historia y —lo que más llama la atención— estableciendo una metahistoria cuyo proceso implica al escritor tanto como al lector.

En consecuencia, el lector y el escritor logran —por aserción— desescribir juntos la historia que está frente suyo, empleando las palabras como derrotero de una experiencia sucinta al olvido. Así pues, al ser ambos agentes subjetivos en su revisión del pasado, su actitud ante la historia determina que el significado del pasado se define en el equivalente al recuerdo, toda vez que es improbable que la historia pueda ser escrita sin que medie en este proceso un lenguaje también ausente. En apariencia, lo anterior nos permite igualar la ecuación a cero, haciendo de la escritura y la lectura una pose inútil e innecesaria; empero, ambas instancias simbolizan el contraste de fuerzas manifiesta en una narración que se vale de

versiones y ficciones. En efecto, todo libro es una valencia de la escritura (su nomenclatura está encallada en la ficción), reconocer esto nos permite no sólo cuestionar el carácter del pasado y de la historia en su conjunto, sino determinar el grado en que nuestra identidad oscila entre el recuerdo y la utopía, y cómo el lenguaje gravita en este proceso. Así pues,

> (...) la novela es la diversidad social, organizada artísticamente, del lenguaje; y a veces, de lenguas y voces individuales. Abordar el discurso novelístico va más allá de la mera disección positivista, no se limita tampoco a una indagación de corte estructuralista que se centra tan sólo en la forma y el estilo. [Bajtin, 2006: 21]

Entonces, podemos advertir en la novela de Eloy Martínez, además de las manifiestas licencias con que se cuenta la historia, la sublime puesta en escritura de esos lenguajes que son en sí la historia y que no sólo conquistan el espacio textual del libro, también trabajan en torno a la metáfora que desde ya supone una cierta distancia entre texto y contexto. La escritura en metáfora, como ya se mencionó, fija y finge, de tal modo que si la historia contempla una acción verbal a través de la cual se cuenta lo sucedido (repitiendo los esquemas espaciales y temporales de un ciclo anterior), en la escritura literaria se pone de manifiesto una pugna —cuerpo a cuerpo— que lleva al autor y a la página a batirse en duelo con las palabras. Este es un síntoma de dos categorías en juego: *éticas y estilos,* dado que la historiografía se preocupa en subrayar los eventos pasados, mientras la literatura se ocupa sobre todo de la manera que los hechos por sí mismos tienen de contarse. En este entendido, la novela histórica tiene su estructura en el lenguaje, y todo lo que narra obedece al desplazamiento que por sí solo impele el devenir histórico. Consiguientemente,

> (...) la idea de que el conocimiento histórico se produce en y por el lenguaje implica sin lugar a dudas una revolución para las concepciones tradicionales de la historia. Es más, probablemente la característica más importante del cambio de paradigma en la historia como ciencia en la segunda mitad del siglo XX consista en definir a la historia como discurso y no como suceder. [Grinberg, 2001: 3]

Esto es lo que se magnifica en Santa Evita, puesto que el lenguaje no sólo nombra —también disfraza, esconde y simula—, satisfaciendo la puesta en metáfora de un acontecimiento que se mantiene en movimiento gracias a su sentido figurado. Anteponiendo el significado al significante —a la letra muerta de la historia. En suma, esto tiene que ver con que aquello que se había tenido por oficial sea tomado en sentido figurado y en la medida de su virtualidad como hecho pasado, aludiendo a cuestiones posibles y susceptibles al conocimiento. De esta manera se estaría desescribiendo la historia, abogando por el olvido e infligiendo la verdad. Esas mismas son las maniobras de

Eloy Martínez, quien de entrada desdeña las primeras teorías del género respecto —por ejemplo— a que la historia debería ser contada en la novela con una distancia mínima de setenta años entre el autor y lo sucedido (Walter Scott) o haber ocurrido no menos de cincuenta años antes de su escritura (Menton). Santa Evita, como ya se había sugerido, goza de un "cuarto tiempo" estrictamente narrativo que permite que las escrituras novelesca e histórica se den en simultáneo. En consecuencia, el drama se escribe incluso cuando su historia no ha comenzado: la escritura motiva la realidad de los hechos y no a la inversa, el narrador reescribe cosas que ya parecían escritas o, en último caso, suceden cosas que con anterioridad había escrito el autor, pero nunca los hechos son anteriores a lo narrado o crean distancia, por el contrario el investigador deja que la narración lo subsuma, se deja atrapar y deja incluso que la escritura por sí misma prolifere, haciendo del lenguaje el único y verdadero derrotero, instalando un tiempo singular. Algo de esto se lee en las fichas de Cifuentes halladas por el narrador:

> Un hombre, como usted sabe, nunca es igual a sí mismo: se mezcla con los tiempos, con los espacios, con los humores del día, y esos azares lo dibujan de nuevo. Un hombre es lo que es, y también lo que está por ser. [Martínez, 1995: 150]

Dicho de otra manera, sería difícil que la Historia se manifieste como hecho anacrónico (en elipsis o analepsis) si no es por la literatura[25], por más que estudios antropológicos, sociológicos, arqueología o de otras vertientes de las ciencias sociales expliquen el presente en su devenir caótico. Una suerte de homografía determina la condición de la escritura, pues en ocasiones depende de lo que el lector asuma en ella para esgrimir la factibilidad de una historia en metáfora. En cualquier sentido, toda lectura está precedida por la escritura (elemento fundamental en el eje del conocimiento), toda vez que la escritura encierra en los anales del lenguaje la voluntad de decir por la palabra y también por la sin-palabra de la metáfora, asunto muy ligado a la des-escritura. Así pues, al leer no sólo se reproduce un mundo, quien lee es capaz incluso de integrarse al circuito de la historia. En cambio, tomando el equivalente historiográfico, se diría que uno revive la historia, siendo que la memoria trabaja en lugar del individuo, superponiéndose a la experiencia per se. "Las cosas no son como las vemos sino como las recordamos" [en Gómez de la Serna, 1959: 107] escribió Valle-Inclán, en el entendido de que el poder de persuasión que ejerce un buen escritor y la credulidad del lector confieren un símil de la realidad.

[25] Escribir es cosa distinta, porque en la escritura siempre circula el tiempo, con sus vicios de suspensión y letargo, de digresión y paréntesis, pero circula, cual motor de la narración e incluso en abandono de la historia, para dejarla más atrás y así dibujar su diminuto.

Asimismo, a medida que avanza la novela notamos cómo el personaje escritor cae en la incertidumbre de su rol en la historia, al punto que su fijación en el lenguaje lo turba, convirtiéndolo en un sujeto desencontrado de su oficio y conminado a asumir acción dentro de la novela. Esta acción no es otra que la de escribir sobre Evita, a pesar que su historia le pisa los talones, juega con él, lo trasciende e incluso se le escapa de las manos, convirtiendo su gestión en un homólogo de la escritura de la novela. Se confirma así una escritura en palimpsesto que obliga al resto de personajes a asumir el papel que a raíz de esa acción ha cobrado la historia. Ya lo hace notar Teobaldi en sus apuntes sobre la literatura argentina:

> Las novelas de Tomás Eloy Martínez se caracterizan por mostrar una escritura en la que la historia se va introduciendo por los intersticios de las existencias de los personajes que se transforman en el centro de la historia. En estas novelas, se logra que el personaje se sobreponga a los hechos y que se transforme en una entidad que se proyecte más allá de lo meramente literario. [1998: 3]

En este entendido, cada personaje implica una escritura y en vista de que todas esas escrituras se superponen a la historia general (la de Argentina, la de Perón), entonces la memoria y el olvido también se superponen a la manera de un palimpsesto. Algo de eso se advierte en la obra del Coronel: "las palabras se le escapaban sin que él las pensara. No las quería decir, pero las palabras estaban allí" [Martínez, 1995: 181]. Esto se traduce en una experiencia de escritura en sí misma, escritura que no supone el rescate certero y objetivo del pasado. En cambio —siguiendo el juego del lenguaje—, el narrador es consciente de que la historia que intenta narrar se agita por todo lugar, dejándose escribir por sí misma. Esta "desesperación narrativa" se explica, en palabras del personaje, así: "Yo lanzaba un nombre o una fecha al aire y él, cazándolo al vuelo, los traducía en una historia de la que afluían muchas otras, como un delta sin fin" [ídem.: 145].

Así pues, no todo en la historia emerge de la memoria, el pasado también se instala en los deseos que la narración intenta pronunciar y no simplemente apuntar, puesto que escribir es —en Eloy Martínez— un ejercicio variadísimo que, precisamente por los estilos que coteja, se hace vulnerable a la ficción. Es en esas formas de escribir y de elevar metáforas donde los significados absolutos pierden precisión y ganan emotividad, subvirtiendo todo cuanto antes pudieron haber significado. Como bien afirma el narrador: "más de una vez he oído palabras que se movían no en la dirección de sus significados sino en la de mis deseos" [ídem.: 243], lo cual motiva a pensar en los hechos y en los discursos sólo como eso, como palabras. En efecto, los libros son en realidad ficción, precisamente porque sus versiones no se ultiman nunca y porque cada palabra es un orden de lo irreal, de lo que

podemos desaparecer del mundo pero que subsiste en la memoria del verbo. Ello es fundamental en Santa Evita, puesto que el juego documental al que se presta su escritura intenta sobre todo ocultar a la muerta, escondiéndola debajo de legajos y expedientes que soslayan la historia a su perdición, favoreciendo a la anécdota o al olvido.

No obstante, el referente histórico en Santa Evita se obtiene no sólo de los documentos que con entrañable aprecio consigue el narrador, ni mediante aquellos testimonios que compila de forma casi enfermiza. Para suplantar los pormenores de esa historia el narrador se sirve de ficciones, de historias arbitrarias que traslapándolas a la realidad se permean, dando a entender que Santa Evita es también posible como historia, pero es acaso incompleta sin un drama de por medio, sin un final de novela. Esto se advierte por ejemplo en la continua referencia a un cuento de Walsh[26] en el que "todo lo que decía era verdadero, pero había sido publicado como ficción y los lectores queríamos creer también que era ficción" [ídem.: 304]. En este caso se puede advertir cómo la experiencia última de escritura convierte los hechos en un simulacro: la tarea que para la historiografía supone actualizar o corregir sus libros, para la literatura consiste en despojarlos de su gestión positivista. Convertir la escritura a otra dimensión es dotarle de una metáfora y dejar establecido que escribir es susceptible a ser también una representación, la mímesis de un lenguaje reprimido.

El narrador en Santa Evita se desenvuelve bajo estas mismas condiciones, puesto que no hay lugar para él salvo en la escritura, llegando a afirmar: "cuando me quiera mirar en el espejo no veré nada, no habrá nadie" [ídem.: 126]. Esto tiene que ver con que la construcción histórica de una novela pone de manifiesto el abismo en que cae la identidad del autor, que creyendo escribir desescribe, que soñando forjar un recuerdo cae en el olvido, desaparece. Desescribir por tanto es asimilar el olvido, dando a entender la imposibilidad de una escritura que lo ocupe todo. Para esto sería necesario reescribir enciclopédicamente todas las palabras y todos los estilos, haciendo un pastiche de la historia —forzando la realidad. El recuerdo es —por así decirlo— la voluntad que impele la moral del hombre, en cambio el olvido es instintivo y obedece al orden animal, a la realidad primigenia representada en el inconsciente humano. Al escribir se traduce/traiciona un determinado estado de las cosas, pero se hace metáfora de lo demás que —por ausencia— se redime precisamente en nuestro recuerdo.

[26] Algo similar al cuento de Walsh titulado "Esa mujer" ocurre con "La muerte y la brújula" de Borges, que guardaría a su vez cierta semejanza con el caso de la desaparición de Evita. Un hecho que se lo aborda con la intención de esclarecer el misterio de dos realidades que se contradicen.

Valga el siguiente enunciado: "donde la Historia Oficial calla, la novela histórica tradicional tiende a hacer silencio" [Britto, 2001: 2], siendo que el silencio es algo que comunica y que es susceptible de interpretación. Callar y silenciar no son lo mismo[27], el primero es un acto premeditado que censura y enarbola un discurso hegemónico; en cambio el silencio satisface la metáfora, da crédito a que el olvido pueda existir para que también el recuerdo exista. Porque todo lo que vamos a recordar inequívocamente vamos a olvidarlo y a la inversa. De manera similar, todo cuanto hemos de escribir hemos de postergar, como si el tiempo fuese el asunto de toda historia, como si el recuerdo no sólo estuviese construyéndose a cada instante y línea tras línea, también porque a veces perdemos el hilo y dejamos en el tintero cosas que otros evocarán. "Yo amo los espacios inexplicados" [Martínez, 1995: 390], afirma el narrador a sabiendas que con todo el material que ha reunido sobre la prócer, podría reconstruir un pasado a su medida. Sin embargo, prefiere salirse de la historia porque —en definitiva— si bien su pasado es calculable, en el devenir del tiempo se hace indescifrable y es preferible apostar a la exégesis del olvido.

Ahora bien, asumir que el olvido es condición *sine qua non* del pasado, es establecer la base teórica que distancia a la novela de la historiografía, la cual cree —por el contrario— recordar todo y tenerlo compendiado, como si el pasado fuese inmóvil y estuviese abierto al retrato, al paisajismo. En realidad toda historia debe ser contada a fin de cotejar las realidades en juego. Sin esta pesquisa no podríamos interpretar el pasado de Evita, toda vez que ese pasado se condensa en el imaginario de la gente. En efecto, su pueblo, al verla morir, pretende rescatar su historia, contar su vida, santificarla. Nótese que para la historia la muerte representa una Totalidad o el Vacío, porque sus páginas no son más que campos de batallas y camposantos, cuya materia prima es la muerte.

En cambio en Santa Evita el *liev motiv* es la errancia del cuerpo embalsamado, porque esa imagen funciona como metáfora de la muerte y a través de ella es posible narrar en tres tiempos. Por eso llega un punto en que el narrador se imagina un desenlace, no a su novela, tampoco a la historia, sino un epílogo que clausura la memoria y desencadena la ficción, que es otra forma de recordar, pero con el futuro a cuestas: "sentí que estaba viviendo algo parecido a un recuerdo, pero del lado inverso, como si los hechos del recuerdo estuvieran por suceder" [Ídem.: 306]. De esta manera la novela histórica instituye una poética de la narración que maniobra el tiempo a partir de la escritura, dejando que el lenguaje se arroje al papel, dilucidando las palabras que antes se habían pronosticado. De

[27] Algo similar se obtiene de la siguiente cita: "¿Es posible que una misma persona sea tan distinta cuando habla y cuando calla'?" [Martínez, 1995: 81], pregunta que alude a Evita y su doble personalidad, una que corresponde a su ser histórico y otra a su carácter en la novela.

ahí que muchas cosas en la novela se expliquen retóricamente, mediante tropos que suplen la anonimia de la historia.

En definitiva, la escritura es una experiencia sucinta al olvido y a toda sustancia en que el recuerdo se vuelve otra cosa, sin necesidad de negarlo. Es más, si la página en blanco es equivalente a la escritura, el silencio tiene lugar en ella, porque el silencio es el elemento al que apunta la metáfora y toda poesía. En palabras de Aristóteles,

> (...) no es tarea propia del poeta decir lo que ha sucedido, sino qué cosas podrán suceder y son posibles según lo verosímil o lo necesario [...] En eso se diferencia del historiador, en que éste relata lo sucedido y él lo que podría suceder. [Aristóteles, 1984: b36]

Hay aquí un cambio radical, no ocurre —como en la historia— que el pasado dicta, es acaso un agente externo quien depura el papel del escritor y vierte a través de él una dimensión de lo irreal, fomentando desmedidamente el olvido y el silencio. Todo lo contrario con un personaje antagónico, el Coronel Moori Koenig, quien se encarga de resolver la historia siempre ceñido a una coyuntura: "lo que el Coronel tramó debía suceder en cambio fuera de la literatura" [Martínez, 1995: 151]. Así, la novela de Eloy Martínez oscila siempre entre un pasado y un futuro nunca dispuestos en ese orden, pues su escritura tiende siempre a la elipsis, procesando la información de tal manera que vida y muerte sean una sola en la historia de Evita.

En consecuencia, los capítulos van desarrollándose de tal manera que cubren un espacio en el tiempo, una temporalidad que apuesta por dejar espacios en blanco y cuyo máximo placer es saberse escrita con el mismo desconcierto que provoca el extravío del cadáver de Evita. De hecho, el cuerpo difunto ya no pertenece al tiempo cronológico, su situación está abocada a representarse en un tiempo necrológico (escrito y muerto). Por eso al momento de narrar la historia de la heroína argentina, el escritor afirma "desde que intenté narrar a Evita advertí que, si me acercaba a ella, me alejaba de mí" [Ídem.: 62], esto es aplicable al tiempo, porque cuando la narración intenta arrimarse al pasado, todo deviene presente. Al respecto, el narrador se anima a decir: "conté todo lo que ustedes ya saben y también lo que todavía no ha tenido sitio en estas páginas" [ídem.: 245], y con ello da a entender que la escritura clausura el circuito de la historia (significante) y promueve su ficción (significado).

Igualmente, en Santa Evita ocurre que llegado un momento al narrador le es difícil abordar un relato que a todas luces trasciende su identidad, puesto que su testimonio queda

sellado en la controversia. Así, su realidad se invierte y cada situación en la que le toca tomar decisiones sólo atina a deducir cosas como si nunca hubieran pasado. En este entendido, la realidad es un recurso de representación de la historia y sometida esta representación a la escritura, sin duda desata el mecanismo de la ficción, aunque no la ficción misma. Se deduce de esto que existe cierta equivalencia entre las categorías de lo histórico y de lo real, puesto que la una se encarga de representar a la otra y la realidad, de forma recíproca, confirma las fuentes escriturales dando veracidad a lo dicho y competencia al historiador de ser el portador de una realidad que de otro modo quedaría omitida.

A este mismo registro obedece la construcción última de algunos personajes, que después de ilustres intervenciones recaen en la locura, en el delirio, como uno de los ayudantes de Evita, el Chino, quien "dejó que la imaginación vagara por ninguna parte, y durante las horas que siguieron tampoco sintió la realidad, porque le daba miedo verla cara a cara" [Ídem., 224]. De alguna manera, este es también el miedo de quien siente que la presencia frontal de la realidad abruma y, sin necesidad de escapar de ella, asume un duelo ciego que se resuelve siempre en desmedro, con las palabras a cuestas y desplazando el sentido que a veces confiere la realidad al lenguaje. A todo esto, escribir es apenas un gesto de esa amnesia, en el entendido que escribir y recordar están desempatados en la ficción. En ella todo se asume como imaginario y se proyecta hacia adelante, no hacia atrás.

Si por una parte asumimos que toda la narración en Santa Evita es una elucubración, por otra existe la necesidad de establecer que la muerte no marca un antes y un después dentro de este artificio. Más al contrario, la muerte motiva la narración, afianzando el ciclo en que se desarrolla su historia. Podría decirse incluso que gracias a la muerte el narrador prioriza sus vivencias, puesto que las decisiones que él va tomando a medida que se desarrolla la ficción, están en estricta relación a la fábula con que se prestan las fuentes: "voy a dejar, entonces, que esta última cadencia de la historia repose sobre el pecho de un sueño" [Ídem.: 381]. La cita es válida, porque precisamente a través del sueño se "exorcizan" los recuerdos y se revela el más craso de los presentes, esto es, la pura utopía. Ahora bien, el hecho de que la narración se entregue a una totalidad no significa que asuma una verdad, algo peor: la traspasa, la hiere. Para el final de la novela Eloy Martínez descubre esta verdad (la realidad de las cosas), pero decide —en un propósito complejo, en un despropósito— narrarla sin escribirla, dado que "no quería escribir la historia que me habían contado. Yo no era uno de ellos" [Ídem.: 390]. De esta manera el desenlace es en realidad una búsqueda polisémica, a raíz de la cual desmonta la obra para reescribirla, con

lo complicado que resulta hacerlo utilizando las mismas palabras y la misma evidencia: el cadáver de Evita.

Releer la historia / desescribir el libro es una función que está implícita en cada palabra de Santa Evita, como si de pronto uno estuviese leyendo el texto en el sentido inverso de su escritura. Ése el cometido final de la des-escritura en Eloy Martínez: propugnar un manejo verosímil también desde el espacio de la lectura, presuponiendo la instancia en que la historia que narra se activa. Porque a medida que avanzamos en la novela las escrituras van dejando rastros que luego olvidamos, y es preciso repetir una y otra vez su lectura para ojear el olvido, escarbando en las metáforas como quien escarba en el pasado. Asumimos así que la escritura "nunca existió, pero es verdadera" [ídem.: 66] y ése el carácter de la ficción. Por consiguiente, olvidar no es una acción contra el pasado, contra la memoria, lo es contra la lectura unívoca, en este caso una que inmediatamente se genera y se destruye, que es sostenible sólo a partir del deseo y de las palabras.

Respecto a la novela histórica, ésta se establece de un modo contrafactual, no obedece a la estructura convencional que una construcción archivística, sus datos son improntas del futuro —de ahí su relación con la poesía. En definitiva, reconocemos la historia de Evita pero en su estado de ebullición, no como un simple suceder de la biografía de una personalidad, sino en las posibilidades que ofrece su poética de manifestarse más allá de los hechos. En alguna medida Eloy Martínez desarrolla una historia contrafactual, pues en todo momento busca que su ficción al ser escrita cobre vida propia, cobre sentido. En definitiva, si bien el narrador hace conjeturas sobre la historia en que se involucra y pone en consideración una serie de variables de cómo esa historia pudo llevarse a cabo, su escritura no termina de legitimar esas versiones. Lo que hace esa escritura es crear en cambio un efecto de simultaneidad que a medida que pasa la novela mimetiza los registros de la historia y de la ficción. *Canon* es el término que definiría este acto de difrenciar lo que sirve de modelo para establecer una póetica de aquello que no, salvando del olvido la estructura fundacional del pasado sin relativizar el hecho de que el olvido justifica el tiempo.

En efecto, Santa Evita se desarrolla de tal forma que cualquier verdad se halla franqueada por la incertidumbre y una serie de impericias abordan el relato: "El mundo es un tejido de ignorancias. En el despejado horizonte de la realidad, los planes pueden desmoronarse sin ningún aviso ni presentimiento" [ídem.: 177]. Esta ignorancia, que equivaldría al olvido[28] pues supone una omisión, tiene en la escritura un segmento donde se localiza la ausencia,

[28] "Cualquier aprendizaje es sólo el recuerdo de algo olvidado". (Platón)

la palabra abolida, identificándose así con el recuerdo. Esto se pone de manifiesto en dos personajes de la novela: el embalsamador que esculpe cuatro Evitas idénticas que nos llevan por medio de un movimiento sincrónico a alternar la lectura en cuatro estadios de una misma escritura. Lo mismo con su peluquero, que a razón de peinarla de un cierto modo y teñirle el pelo de amarillo, establece la imagen mítica de Evita que a la postre servirá para hacer nuevos relatos. Ambos, embalsamador y peluquero, que en apariencia trabajan sólo estilísticamente (por decirlo así), apuntalan la figura de la prócer, esgrimiendo el sentido inverso de la metáfora, prolongando el ciclo semántico. Metamorfosis y metáfora son en este caso ejemplos específicos del circuito entre pasado y futuro, mito y utopía.

Lo anterior también se ve reflejado en su nombre, que es posiblemente la palabra con que más se trabaja la metáfora, siendo que ese nombre traspasa la novela con una serie de identidades, con una cantidad magnífica de sobrenombres, apodos y cariños que unas veces le concede el pueblo y otras sus antagonistas, unas los familiares afectuosos y otros sus acérrimos rivales. Es evidente que en esta propagación de nombres a causa de la metáfora subyace el olvido, porque sabemos por ejemplo que Evita tiene más de tres actas de nacimiento y bautizo, con distintos nombres e incluso distintas fechas, como si en alguna parte del pasado inexplicable hubiese nacido a caudales, quizás en correspondencia a las tantas veces que le tocó morir, vejada por la insepultura y errabunda en el mundo. Además de ello, dos momentos en la novela manifiestan estos desencuentros de Evita con su nombre, desencuentros que vehiculan el olvido: uno de ellos es el apodo con que el Coronel —por necrofilia— la llama, "persona", para no despertar sospechas, para dejar que todos la olviden menos él. De forma similar, dado que en ciertos pasajes la narración se localiza en París y también hay sugerencias del idioma, es posible conjeturar que, como señala Carlos Fuentes,

> "persona" en la lengua francesa carece de nuestro rotundo "nadie", del "nessuno" italiano, del "nobody" inglés; y al decir que le da a nadie su persona: persona es respuesta negativa, elipsis de la inexistencia, sustantivo abstracto. [1996: 5]

En suma, a instancias de esta traducción, Evita representaría su propia desaparición (la novela avala este juego), precisamente en la papelería que antes la nombraba, en el mar de voces que la llamaban por muchos nombres fomentando —en contrapartida— su silencio, el repertorio irresuelto de la metáfora. El otro momento, probablemente más casual, es cuando la denominan NN, una vez más para despistar a medio mundo y sobre todo para denigrar a la heroína argentina, mimetizándola con el olvido, convirtiéndola en una muerta como cualquiera y arrancando de palabra todos los honores con que debía ser enterrada,

propósito infructuoso de las clases que se le oponían y principalmente de los militares: "Se llama NN. Es el nombre que les damos en el ejército a los hijos de puta" [Martínez, 1995: 175].

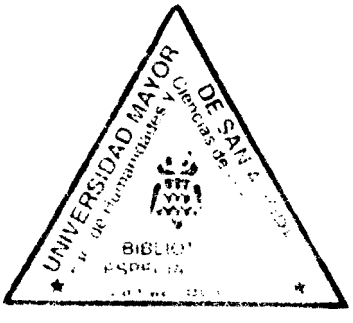
A la postre, todo lo señalado resulta necesario para santificar su figura, figura que —como vemos— es por ausencia y está plagada de desplazamientos (corporales, verbales), transfiriendo todo lo que pudo ser la existencia de Evita a las palabras y permitiendo que el olvido se instale en el punto exacto de la metáfora (la perfore) para así sobrevivir a cualquier destrucción o despojo. Así, la palabra es la memoria, la metáfora es la máscara del olvido; sin la metáfora, el olvido sería un total y absoluto abandono, y la imagen quedaría sellada en la amnesia colectiva. Ya lo dice el narrador a la mitad de la novela: "Si no fuera por el significado que los hechos iban a tener después, a la luz de la historia, Emilio se habría olvidado de todo" [ídem.: 248]. El olvido tiene acá un rol más bien relacionado con el pasado, pero advertimos que ese pasado está presto a redimirse en el futuro a razón de los tropos que impele el tiempo. De ello podemos concluir que Santa Evita desarrolla dos tipos de olvido, aquel suceso que no ha sido registrado y se queda en el pasado, y aquel otro que desvirtúa la realidad en beneficio de la narración.

En definitiva, así como "la felicidad es algo que los hombres siempre olvidan" [ídem.: 367], el olvido es también algo que festejan, por eso en muchas partes del relato, el investigador saca a relucir no sólo lo que ha escrito, también explica la improbabilidad que algunos datos tienen de convertirse en texto. El libro simboliza aquí el poder de la palabra, sí, pero también el ejercicio de la metáfora que supone compendiar el pasado en unas cuantas palabras. Porque si no es el libro ni sus palabras los que reflejan una vida, son sus fantasmas y sus silencios quienes la redimen; por eso la función del escritor es esencial, trabaja con los sentidos figurados de la muerta, de quien no existe, y logra a través de esta "poética del silencio" la tan peligrosa puesta en escritura: "Algunos de los mejores relatos de los años cincuenta son una parodia de su muerte. Los escritores necesitaban olvidar a Evita, conjurar su fantasma" [ídem.: 198].

La historia es un confín irresoluto, la literatura contrasta esa distancia de lo inasible. Sólo hagamos de cuenta que un hombre que no tiene pasado, ni futuro: para él no existe el recuerdo de la década, del año ni del minuto anterior, tampoco esperanzas ni terrores sobre la hora inmediata. Ése el estado en que se desarrolla la escritura en Santa Evita, a razón de impulsos desconocidos que se mezclan con la experiencia concreta. En suma, la escritura sostiene al fantasma y al silencio, que son metáforas del cuerpo y del discurso, esenciales para representar una figura política de la talla de Eva Perón. No obstante, esta

muerte debe ser narrada y escrita desde una perspectiva sesgada por la propia historia, de tal forma que en cierto punto narrar y escribir se bifurcan, pues la metáfora no puede seguir el curso normal del pasado sin suplantar por palabras las imágenes de la historia.

Por eso mismo el cuerpo no puede ser sepultado, la metáfora no lo permite, siendo que su fantasma ha iniciado un viaje por distintos lugares, pero también por distintas palabras. De hecho, el cuerpo se rehúsa a ser celado complicando su existencia póstuma si ésta no es narrada. En este proceso, la escritura simboliza el péndulo en que narración y muerte han de traspasarse una y otra vez para que —también una y otra vez— leamos la historia: "Todo sucedía dos veces: la realidad que no había sucedido nunca se copiaba sin embargo a sí misma, la vida que viviría mañana estaría desviviéndose por segunda vez" [ídem.: 354]. En consecuencia, el arte narrativo apela a la memoria, pero aspira en definitiva al olvido, lo mismo que el arte de la muerte invoca a la historia, mas ansía el silencio. La des-escritura se manifiesta en este proceso en que narración y muerte son simultáneas, más allá de la novela, en la escritura; no en lo que cuenta, en lo que representa escribir por sí mismo.



xiii. efemérides escritural

...la biblioteca del vencedor se erige como un emblema del poder, depositaria de la versión oficial, pero la versión que nos obsesiona es siempre la otra, la voz de las cenizas... [Alberto Manguen

La escritura es un patrimonio del que caemos en cuenta cada vez que la memoria nos falla, cada que el olvido se nos impregna, y de no resolver los problemas de amnesia que a menudo representa nuestro pasado, nuevamente caería en desmedro. Asimismo, la escritura es un patrimonio de aquellos que se han incorporado a la cultura del libro con un afán distinto a una cierta filología que encerraría el objeto de las palabras. El lenguaje en sí es un arcano que atenta contra el sentido raso y el significado puro, para permitirnos reconstruir nuestra existencia sin que nada ni nadie medie en ello, más que la experiencia inmediata que las palabras nos permiten. Así, la frontera entre la historiografía y la literatura marca su hito en la ficción, en ese espacio hecho de palabras y no-palabras (metáforas) que nos incumben cada que el tiempo deteriora nuestras vivencias y las vivencias de nuestros antepasados.

Como sugiere Carmen Perilli, es posible que la denominación "novela histórica sea insuficiente para caracterizar estas nuevas formulaciones discursivas que transgreden el canon del género" [2000: 5], sin embargo la combinación de ambos términos es sugestiva en el entendido que historia y novela ponen de manifiesto un oxímoron cuyo máximo beneficio es justamente el tropo. Es, pues, la dualidad del término la que impulsa a debatir sobre si en realidad la historia se escribe o la literatura se destruye, puesto que crear y destruir son dos actos sucintos al arte y Santa Evita lo es, no por este o aquel motivo, simplemente porque traduce una poética con la escritura, una poética que trasgrede el lenguaje, y no es menos el hecho de que su forma de narrar altera nuestra lectoría.

En este entendido, la actual novelística histórica se inscribe en el debate sobre las bases epistemológicas del conocimiento histórico. En principio porque el ejercicio de la novela histórica implica la afirmación de la narración como estructuradora del material histórico y como productora de sentido. De esta manera:

> la novela histórica per se constituye una respuesta positiva a la teoría de Hayden White sobre el rol de las figuras retóricas —metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía— en el discurso (histórico) como productoras de sentido en tanto y en cuanto son capaces de realizar el pasaje de lo desconocido a lo conocido. [Grinberg, 2001: 2].

[29] Esto en relación a que mientras la historia *calla,* la literatura *silencia;* es decir, mientras una encubre un determinado hecho, impidiendo que salga a la luz, la otra esconde ese mismo hecho, trasluciendo su verdad a pesar del velo impuesto por la metáfora.

No obstante, la novela histórica se encarga no sólo de develar ciertos aspectos del pasado que hayan quedado vedados y dispuestos de tal manera que no se los considere en la historia oficial, se trata además —y ése el valor de Santa Evita— de construir un mecanismo que además de problematizar los hechos hasta hoy conocidos e incorporar lo inédito, logre —por medio de la metáfora— dar voz al silencio. Esto implica mudar lo histórico-oficial en tropos que —en su calidad de figuras alusivas— desplacen la órbita de lo verdadero, reintegrándose al imaginario social y político del que en alguna medida devienen.

En este proceso, las figuras del autor y del lector son parciales, puesto que la ficción recorre desde antes y hasta mucho después un singular espacio del que la escritura es un dominio y el libro su extensión. Se ha hablado bastante sobre los idilios y recelos entre literatura e historia, no obstante su antítesis radica mucho menos en el alcance de sus estudios que en la *poiesis* de su escritura. En realidad, la objetividad de la historiografía es un eufemismo, toda vez que la historia tiende siempre a la narración y por ende a un proceso que la ficción corona. Demás está decir que la palabra es el mecanismo básico de producción, pero no es menos cierto que la escritura está supeditada al imaginario, siendo que la metáfora constituye un homólogo de la ausencia que por definición domina los hechos pasados. No se trata de decir que la literatura apunta a esos intersticios, sin embargo —al ser un bien simbólico—, el libro justifica el tiempo y el espacio que comprende su creación y la irremediable pérdida que implica su escritura. Carmen Perilli interpretaría esto a partir del contexto local y de esta manera:

> La escritura de la historia en la narrativa latinoamericana de fines de milenio desafía a la crítica. Es indudable que nuestra narrativa continental obtiene materia —tanto discursiva como mitológica— en las producciones históricas. Pero abandona la función documental al creciente corpus de escritura testimonial, para reivindicar las posibilidades de la ficción de proponer escrituras de nuestro imaginario. [2000: 10]

Esto en parte tiene que ver con un proceso bastante evidente en el último tiempo: la masificación de las novelas de corte histórico y con ellas la de las fuentes documentales. Ello quiere decir que la producción literaria supone desde ya un diálogo intertextual entre las obras no sólo en relación a la historiografía oficial, también respecto a la propia ficción (a través de la parodia, por ejemplo). Esto en contraposición a un proceso paralelo igualmente notorio: la saturación de investigaciones, que de alguna manera refleja la creciente demanda de datos y pesquisas propios de la historia. En efecto, Walter Benjamin relaciona la crisis de la narración con la irrupción de una forma de comunicación típicamente burguesa: la información. Así, la tensión entre palabra-sentido y palabra-objeto es importante mencionarla como uno de los efectos más representativos en una novela

histórica de la calidad de Santa Evita, puesto que en ella la subjetividad y el sentido figurado son los elementos cardinales que configuran la historia.

Más allá de este apunte, es de notar que la literatura ha abordado siempre una cantidad irrestricta de tópicos, por eso su saber y su contacto con la realidad es al mismo tiempo vivencial y empírico, pudiendo incorporar como sujeto de su construcción textual a agentes de cualquier otro campo que no sea el literario. Asimismo, es cierto que los escritores rara vez escriben sobre ellos mismos, la obra trasciende su aburrida subjetividad. Si existe algún vínculo con su ser, esto se debe a la sensibilidad manifiesta en sus personas, en definitiva, la escritura se debe en igual medida a la percepción de sus sentidos que al dominio de la mano. Dicho de otro modo, el novelista pone al mismo tiempo la mano en la pluma y el dedo en la llaga para conjurar un lenguaje de escritura desde el espacio mismo de su creación. Por eso, aquello que parece un testimonio personal o una autobiografía se traduce en un drama de personajes esporádicos y en hechos despojados de fidelidad que el autor se cansa en decir que no son absolutamente suyos. Lo mismo en la novela histórica, que muchas veces remite a tiempos en los que ni el autor vivió o lugares de los que no es originario, y sin embargo esta historia se deja escribir por extraño encargo del tiempo, para satisfacer una experiencia estética que se desmonta en la narración. Así pues, una novela como Santa Evita

> (...) retorna el pasado histórico, documentado, sancionado y conocido, desde una perspectiva diferente, poniendo en descubierto mistificaciones y mentiras o, en un movimiento casi opuesto, se escribe para recuperar los silencios, el lado oculto de la historia, el secreto que ella calla. [Pons: 2000, 97]

Ahora que sabemos esto y que de alguna manera lo hemos comprobado desbordantemente en la novela de Eloy Martínez, y en la noción traspuesta de la destrucción de libros como mecanismo fundacional de una nueva perspectiva literaria, resta reflexionar sobre las cuestiones ficcionales e históricas desde el espacio de la escritura. Queda, además, interpretar el desenlace de esa experiencia que suscita el compaginado desde su hacendosa creación hasta esa delirante condición que tiene el libro de abrirse y cerrarse infatigablemente, con un cierto afán de defender el fin de la historia y el inicio de la eternidad: "Viva, su hija no tenía par, pero muerta ¿qué importa? Muerta, puede ser infinita" [Martínez, 1995: 55].

Pues bien, la creación y la quema son dos extremos a los que tiende el Libro. Si de un lado se practica la des-escritura de la Historia como procedimiento que confirma la necesidad de la ficción en el pensamiento humano, haciendo del método historiográfico un recurso

literario más; en el caso de la destrucción de Libros se marca un contrapunto a la producción de ficciones y a la evidente destrucción de la memoria colectiva que —como en "Funes el memorioso" de Borges— intenta redimir cuanto proceso ocurre ante nosotros. Esta tensión, necesaria para afirmar la plena y autónoma existencia del Libro como símbolo no sólo de nuestra cultura, además de nuestro saber (de nuestras creencias y mentiras), manifiesta que la experiencia anterior al Libro —la del intelectual— y la posterior —la del poderoso— conviven, haciendo de la novela histórica un producto cultural (y editorial) cuyo verdadero fin es su quema. La metáfora de la quema nos sirve para ilustrar al mismo tiempo la destrucción premeditada de una obra, así como el proceso en palimpsesto al que las escrituras tienden respecto al tiempo y a la historia. En términos estrictamente literarios, ello tendría su equivalente en el *Mito del Fénix* que renace de las cenizas para evidenciar el proceso cíclico en que se debate la realidad.

Lo propio acontece en la producción de libros de historia, que probablemente son los más, pero que indistintamente se suplen unos a otros —cuando intentan depurar la historia— y cuyo verdadero fin es ser desescritos. La metáfora de la des-escritura en este caso representa la necesidad instintiva que el ser humano tiene de blanquear su Historia y renovar la papelería en blanco, para que de ella emerjan nuevas situaciones y noveles héroes en busca del irreversible circuito del olvido. Ello supone también un continuo exterminio de la memoria colectiva y del pasado, que a medida que se depositan en nuestra frágil memoria, despiertan más vergüenzas en la humanidad. De hecho, es discutible la afirmación de que el tema de los métodos historiográficos, cada vez más precisos y acabados, o la sustancial ambigüedad de la realidad, cada vez más evidente, no deben servir de escudo ni a los historiadores ni a los autores de novelas históricas, para, respectivamente, falsear los hechos o mentir con técnicas de verosimilitud. Esto implicaría un deterioro de las fuerzas del hombre para con su pasado, toda vez que la memoria es un arte que en definitiva apuesta por la utopía:

> Las utopías se ubican en un ámbito no temporal y ajeno a la realidad existente. Sin embargo, representan un modelo que se construye a partir de una realidad histórica que busca superarse a sí misma. [López, 2007: 1]

Como es de suponer, estos acercamientos tienen que ver básicamente con una tensión entre lo temporal y lo espacial, toda vez que lo histórico se refiere indefectiblemente al pasado, en cambio

> (…) la mayoría de las novelas históricas (…) cuestiona que el pasado pueda ser recuperado tal cual pudo haber sucedido porque siempre estará mediatizado por la

> memoria, la traducción, la invención o la ausencia de fuentes históricas. [Pons, 2000: 113].

Asimismo, es un hecho que la historia debe primero tener la capacidad de borrar la historia del otro para perpetuar la propia, y es en este proceso —contrapuesto al de la novela histórica— donde se produce un muy particular memoricidio. Entonces el pasado, que es un lugar común a la novela o al documento, evidencia un desarrollo que por un lado desvirtúa la existencia real de un tiempo pretérito, y por el otro desdice todo cuanto las fuentes pueden dilucidar en determinado contexto. Cabe notar, de igual forma, que la metáfora de la des-escritura se da por sí sola y tiene como fin el blanquear la escritura, en cambio la destrucción de libros es premeditada y tiene el afán de callar la voz del otro. En efecto, ambas coinciden en una labor intelectual bien para prescribir las páginas marcadas por la historia, bien para desaparecer una biblioteca entera." En Santa Evita esto se pone de manifiesto por la memoria fúnebre que ronda las acciones y reflexiones de los personajes, que celan el pasado sin advertir cómo el cadáver de Evita se propaga más allá del tiempo y de la historia, hasta convertirse en un manojo de papeles que son residuos de una versión suprema: la ficción: "sólo cuando avanzaba hacia el presente la memoria se le deshacía en cenizas" [Martínez, 1995: 311].

Asimismo, respecto al espacio, interesa analizar la experiencia efímera —y siempre actual— de la escritura, esa acción contra el olvido que de alguna manera "se instala siempre en el futuro y trabaja con lo que todavía no es" [Piglia, 1984: 14]. Esa escritura es ficcional cuando repasa el no-lugar de la experiencia humana, donde cada situación se vive sólo circunstancialmente y por la consideración de pasajes inconexos incluso para nuestra memoria. Es así que la historia se instala en un territorio concreto y refresca las fronteras humanas, en cambio la literatura debe considerarse universal sobre todo porque nace en un espacio breve que se dispara hacia una totalidad indecible, afianzando la pluma como derrotero de lo incierto pero posible. El libro es un símbolo del lenguaje, lugar donde está conminada la letra —las más de las veces sin ser leída—, espacio en blanco que guarda en el reborde de la hoja una frontera muchas veces vedada a los extraños a su cultura.

El anterior aspecto no se repite con la historia a la que cada uno pertenece inequívocamente, vejado ya de nombres y destinos que al calor de las palabras van desapareciendo. Vistas las dos variables, se puede deducir que archivo y biblioteca son estadios comunes del pensamiento humano; no obstante, sus dimensiones de lo real y del

[30] Vale apuntar también que el concepto de "autor intelectual" define muy claramente la doble capacidad de escribir un libro o de tramar un crimen contra su constitución.

tiempo son disímiles si no es por la escritura, cuyo patrimonio —una vez más— nos es dado como si fuera un comodín para solventar el pasado inexpugnable y satisfacer nuestras verdades a medias: "A un olvido hay que oponerle muchas memorias, a una historia real hay que cubrirla con historias falsas" [Martínez, 1995: 55].

Ahora bien, el argumento de que todas las novelas son en sí históricas, lo podemos derivar a la tautología de que todas las ficciones representan también historias, aunque en sí cuenten versiones de la memoria particular de un individuo o de su imaginación. De todas maneras, al ser los conceptos de historia, ficción, realidad y literatura tan versátiles, es de esgrimir la escritura como un estatuto que no sólo los vincula, además se establece en sí como una categoría que traduce la simultaneidad a la que todas ellas tienden en Santa Evita o en cualquier obra que despierte el interés de sancionar la realidad de palabra o en silencio. La escritura, al permitir un acercamiento al discurso, a la réplica o al monólogo, de alguna manera silencia y define de este modo el séquito de una historia de papel.

No obstante, es la narración la que asume esta dualidad palabra-silencio desde la perspectiva de la metáfora, condicionándolo todo a su representación y posibilitando la elucubración de un mundo a la medida de nuestras utopías. Así pues, la ficción constituye un movimiento que —lo mismo que la rotación y traslación terrestres—, es vital para la existencia del lenguaje, siendo que las palabras son ante todo verdades a medias. Diríamos, siguiendo el ejemplo, que el lenguaje es un movimiento traslatorio que recorre el eje mayor, pero le es imposible hacerlo sin el impulso de la ficción. En consecuencia, el historicismo es el registro propio de la escritura que expone —a un solo tiempo— lo histórico dicho y lo literario no-dicho a través de un elemento escritural sentenciado por su ficción.

Para el historiador, cuya acción se ubica total o predominantemente en el pasado, la memoria representa un tiempo no experimentado directamente, e incluso si así fuese, no le es posible abarcar todos sus eventos por más esfuerzo que hiciese. En cambio el novelista sí experimenta este pasado pero desde el séquito de su escritura, que lo acompaña en todo momento en una empresa cuya máxima es su imposibilidad. Mucho de eso notamos en el narrador de Santa Evita, quien llegado un momento es consciente de la improbabilidad de la realidad y de cómo las palabras son el único refugio de esa entelequia de muerte que representa el cadáver de Evita. Por eso mismo, el historiador procura hacer de una fuente o de los datos de otro libro un sistema didáctico que encamine al lector hacia un momento de la historia y que éste asuma su devenir en la línea de tiempo que se le propone. Por el contrario, en la novela "la fuerte presencia de la intención didáctica perturba la lectura ficcional" [Pons, 2000: 109], por lo que el trabajo intelectual del escritor

no tiene sólo un sentido narcisista en el espejo de sus manuscritos, sino que transfiere esa intelectualidad al ejercicio del lector: es en su piel donde escribe y no solamente en las páginas que aquél ha de abordar. En suma, como afirmaría Mélich, entre el testimonio, quien lo cuenta y el lector supervive la memoria, de otra manera, la escritura sería tomada como un recurso visual (ajeno a la metáfora) para vencer el tiempo ido. Así también lo da entender Umberto Eco:

> Un texto, tal como aparece en su superficie (…) representa una cadena de artificios expresivos que el destinatario debe actualizar. (…) En la medida en que debe ser actualizado, un texto está incompleto. [1979, 73]

Es de notar que este proceso de actualización que —según Eco— el texto requiere, hace que el lector repita la maniobra del historiador que se encarga de actualizar el libro y llenar todo cuanto la historia —como la escritura— ha ultimado. En consecuencia, la lectura ha de ser el paso inicial hacia una deconstrucción de las palabras, hacia una cierta des-escritura de la información y ficción que el lenguaje brinda de forma subrepticia, a través de un mecanismo que —en definitiva— des-palabra la realidad textual:

> El texto está plagado de espacios en blanco, de intersticios que hay que rellenar; quien los emitió preveía que se los rellenaría y los dejó en blanco. Ante todo, porque un texto es un mecanismo perezoso (o económico) que vive de la plusvalía de sentido que el destinatario introduce en él y sólo en casos de extrema pedantería, de extrema preocupación didáctica o de extrema represión el texto se complica con redundancias y especificaciones ulteriores. [Eco: 1979, 76]

Es en esta voluntad de acercamiento a la página en blanco donde mejor se manifiesta la creación, el instante poético viene inmediatamente después. En el caso de Santa Evita, esta voluntad histórica se vislumbra en el hecho de que la narración obedece a un ciclo que al no detener su lectura, posibilita nuevas escrituras en el registro temporal de una historia en código. Consiguientemente, la ficción es una escritura que refiere su proceso, pues es en este proceso donde se origina la verdadera historia, aquella que no puede contarse sin un aspaviento de palabras. Una especie de "lectoautor" [Moreno: 2002] dimensiona esta experiencia de escritura, siendo el espíritu de la escritura el que se manifiesta en este doble proceso de escribir y desescribir; *creación ex nihilo* que confiere a las palabras su propio pasado y su más mentada utopía, pues "el carácter transformador de la utopía dimensiona la esperanza de un futuro mejor, que aún no llegó a ser, pero que puede ser" [López, 2007: 5]. En todo caso, el principal acontecimiento no es la historia contada o sus hechos, sino la escritura. Así pues, entre el narrar literario y el contar historiográfico subsiste el escribir como un estadio en que la secuencia de la memoria y de

la ficción es simultánea, expresión definitiva de un lenguaje que de no ser leído (por un lector ocasional o por un bibliófilo) continuaría escribiéndose a sí mismo:

> Cada libro es un ente inagotable y cambiante simplemente porque, constantemente, es leído. El libro es un espejo que refleja el rostro del lector. El tiempo de la escritura puede ser finito y crear, sin embargo, una obra total, absoluta: pero el tiempo de la lectura, siendo infinito, crea cada vez que es leída una obra parcial, relativa. [Fuentes: 1990, 39]

Consiguientemente, en Santa Evita la experiencia de escribir la historia y de leer esa historia es indistinta, sin perder su dualidad, no porque contraponga dos sentidos, más al contrario porque la metáfora de su escritura permite que ambos registros reflexionen el uno sobre el otro y a la inversa. En definitiva, la escritura es un ovillo que tiene una punta en el lector y otra en el autor, pero sin el elemento vacío que los conecta ninguna tendría sentido. Lo mismo que "sentarse a escribir, que siempre es un momento difícil, que se trata de postergar" [Piglia, 1984: 19], detener la mirada en la lectura es una manera cada vez más complicada, llena de contratiempos, y sin embargo sigue vigente porque no hay otro espacio, no hay otra ranura por donde nuestra subjetividad se desborde al punto de afirmar su identidad en el arcano de las palabras, en la pócima de silencios que anhela nuestra libido existencial. A todo esto, el libro siempre está, nunca en un formato más preciso que su compaginado y jamás con un artilugio tan fascinante como abrirlo y cerrarlo indefinidamente: la máquina de los lectores hace que este mecanismo sea el más repetido en la industria de la imaginación.

En este sentido, al leer a Eloy Martínez estamos leyendo —secuencialmente— sus libros / las novelas de esos libros / la escritura de las novelas de esos libros / las palabras de la escritura de las novelas de esos libros / los sentidos de las palabras de la escritura de las novelas de esos libros y toda una gradación que sorprende porque llegamos al final de cuentas —por nuestra lectoría— a ser una sílaba inconclusa que busca ser palabra en la metáfora de la ficción. Esto se evidencia en el hecho de que uno de los elementos no-dichos en la novela histórica viene a ser el lector, quien lejos de acuñar el significado de determinado libro, se interroga por aquello que las propias páginas han silenciado sobre su condición: háblese de los judíos, de las prostitutas o de las clases bajas. Eva Perón por metonimia representa también a esos personajes ausentes, siendo que su figura calibra estratégicamente la narración de la novela de una forma a la vez creativa y crítica. Entonces, Santa Evita es una ficción que "se distingue de otros tipos de expresiones por su mayor complejidad. El motivo principal de esa complejidad es precisamente el hecho de que está plagado de elementos no-dichos" [Ducrot: 1972, 313], y esto es algo que cada uno como lector debe comprender abiertamente, puesto que la dualidad de la escritura

(esa que se escribe y desescribe) está en juego precisamente por este golpe de sentido, por esta metáfora.

Algo similar sucede en la historia, que a razón de contarnos todo lo que nos antecede, abre la incógnita de aquello que no ha sido documentado o acopiado y que despierta en nosotros —lo mismo que los sentidos ocultos— la idea de un espacio vacío que cohabita los archivos. Si en la literatura la "escritura entre líneas" pone de manifiesto el sentido último de una valoración textual, en la historia es la deposición del Otro (de los derrotados, marginados y dominados) lo que nos problematiza. Consiguientemente, es la actitud crítica de uno y de otro la que permite comprender la trascendencia que tiene la ficción en su condición de fuente, permitiéndose definir que tanto la des-escritura como la destrucción es un proceso inequívoco que de no representarlo, estaríamos dejándolo de lado, saliéndonos nosotros también de la historia, precisamente en tiempos en los que de bibliotecas y letrinas está lleno el mundo. Ya lo dice el narrador en Santa Evita:

> Me he pasado la vida sublevándome contra los poderes que prohíben o mutilan historias y contra los cómplices que las deforman o dejan que se pierdan. Permitir que una historia como ésa me pasara de largo era un acto de alta traición contra mi conciencia. [Martínez, 1995: 387]

Entiéndase pues, que la interpolación entre narrador y lector es tal que el libro es una moneda de una sola cara donde, de alguna manera, "el autor suele querer que el adversario gane, no que pierda." [Eco, 1979: 79]. No obstante, siguiendo la metáfora del ajedrez, hay un proceso consecutivo de generación e interpretación que si bien parece establecer funciones específicas a cada antagonista, cualquier decisión tomada está supeditada a los movimientos anteriores y posteriores a la jugada. De hecho, una estrategia se perfecciona a medida que contempla los movimientos sucesivos que la realidad actual es capaz de generar. De lo contrario, el objeto del juego se vería superado por el olvido en que caen el resto de movimientos o, inclusive, porque a veces la realidad ausente suele sernos indiferente, a tal punto que nunca advertimos el sentido figurado que tienen las cosas. En la novela de Eloy Martínez, absolutamente todo está supeditado a las fuerzas contrarias memoria-olvido, realidad-ficción o vida-muerte, siendo que el tratamiento de la metáfora obedece a lo que en el ajedrez sería un final en "tablas". No hay un desenlace más que de palabra, y el final se corona con esta imagen:

> Desde entonces, he remado con las palabras, llevando a Santa Evita en mi barco, de una playa a la otra del ciego mundo. No sé en qué punto del relato estoy. Creo que en el

> medio. Sigo, desde hace mucho, en el medio. Ahora tengo que escribir otra vez. [Martínez, 1995: 391].

En definitiva, entre leer y no leer no hay más intermedio que haber leído mal, lo mismo que entre desescribir y destruir no hay término medio más que la palabra abolida.

Ahora bien, podría decirse que si en la historia lo apócrifo triunfa sobre el documento, en la ficción lo anónimo trasciende la narración, en vista de que la escritura se origina en la manivela del tiempo y su identidad se traduce en las palabras que nombran esa instancia temporal. Por eso mismo, desescribir es una acción contra el tiempo, lo mismo que destruir es un evento en desmedro del presente; de ahí que el derrotero de nuestras verdades sean otras verdades, aquellas que la propia memoria ha franqueado o aquellas otras que la utopía permite. Así, *scriptor y destructor* son probablemente los oficios más repetidos en la historia de la humanidad, puesto que con la memoria olvidamos y con la escritura desdecimos tanto o más de lo que la misma historia sería capaz de contar. En efecto, las supuestas verdades vienen a ser en la novela histórica apenas una cáscara frágil que sirve de espejo a la realidad: la ficción es una camisa de fuerza para quienes pretenden contar la historia a su voluntad. Por esta razón al construir una ficción estamos al mismo tiempo desescribiendo la Historia, y cuando destruimos las novelas estamos haciendo historia. Esa es la característica más importante de Santa Evita:

> Buscar entre las ruinas de una historia desmantelada por la retórica y la mentira, al individuo auténtico perdido detrás de los acontecimientos, descubrir y ensalzar al ser humano en su dimensión más auténtica, aunque parezca inventado, aunque en definitiva lo sea. [Ainsa, 1986: 37]

Por consiguiente, pretender que nunca hemos sido contados, es tan poco creíble como decir que no hemos sido narrados, porque pertenecemos en igual medida a la historia como a la poesía, y es el libro el que reafirma esta máxima de la vida. Por eso la falsificación y el plagio son —lo mismo en la novela que en el documento— dos sistemas en que convergen toda escritura y toda fuente, es el estilo propio de nuestra verosimilitud, nuestra versión e identidad hecha palabra. En definitiva, no podemos afirmar por tanto que el novelista es un historiador moderno, es más factible decir —por el contrario— que en él subsiste una vivencia fundamental de mundo. El historiador, por su parte, tampoco es un novelista moderno, pero se antepone a su trabajo el dechado de mentiras que su labor ha esgrimido. Ambos son escritores, y si el juego de palabras lo permite, ambos hacen su escrutinio en un libro compuesto de material que como el papiro se desescribe, que como el fósil se destruye. Ciertamente pues, la memoria del escritor se remite a lo mucho a lo

último que escribió o a su más reciente reflexión, en lo demás se siente ataviado por la desmemoria y por la inflexión de sus propias palabras.

Así pues, aunque por distintas vías, el literato y el historiador dosifican a las palabras del sentido oculto o del hecho vedado, restableciendo la realidad en la metáfora que le corresponde. De hecho, toda vez que "para que un hecho exista, antes debemos darle significado. La historiografía, como la ficción, organiza sus datos para enfatizar significados" [Doctorow, 2006: 4-5], lo cual debe llevarnos a pensar —simétricamente— en que todo cuanto creamos tiene sentido histórico en su destrucción, y que todo cuanto nombramos guarda su exégesis en el despojo de palabras que pueda sufrir. Por ende, decimos que la ficción significa, en cambio la realidad implica: aquélla tiene sus connotaciones, ésta sus explicaciones.

Finalmente, si hemos de hablar estrictamente de la escritura, lo primero que cabe decir de ella es que su condición nunca determina una certeza, tampoco una mentira, pues supervive en ella la utopía. El oficio de escritor es paradójico: *escribe desescribiendo* (una historia, un personaje, una hazaña, un gesto o cualquier lugar donde pose la realidad), *y construye destruyendo* (un dato, una fuente, un fichero, alguna grabación o cualquier rastro donde se asiente la mentira). No cabe duda que en tanto la memoria propicia la des-escritura, se destruye un libro en algún lugar del mundo, anulando la palabra y creando la metáfora —potenciándola. En definitiva, mientras la realidad posa, la escritura dibuja ese cuerpo desnudo y transparente que agrava su condición.

1 Bibliografía 1

Textos de ficción:

MARTÍNEZ, Tomás Eloy. *Santa Evita.* Barcelona: Seix Barral, 1995.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy. *La novela de Perón.* Buenos Aires: Legasa, 1986.

Textos teóricos / críticos

AÍNSA, Fernando. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa.* Madrid: Gredos, 1986.

ANALÍA, J. "Lo posible y lo deseable en la utopía" en *Los mundos posibles. Ensayos sobre utopías* (Rojo, R compilador). Tucumán: Secretaría de post-grado, U.N.T., 1993.

ANKERSMIT, Frank R. *Historical Representation. Cultural memory in the present.* California: Stanford University Press, 1983.

ARISTÓTELES. *La Poética.* Madrid: Gredos, 1984.

BÁEZ, Fernando. *Historia Universal de la Destrucción del Libro.* Buenos Aires: Sudamericana, 2004.

BÁEZ, Fernando. *La destrucción cultural de Iraq.* Barcelona: Flor del viento, 2004.

BÁEZ, Fernando. "Sobre la destrucción de libros" en *Enfocarte* – Revista de Filosofía No. 18, Microsoft Internet: 2004b.

BAJTÍN, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela.* Madrid: Taurus, 2006.

BARTHES, Roland. *Systéme de la Mode.* París: Ed. du Seuil, 1967.

BARTHES, Roland. *Introducción al análisis estructural del relato.* Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970.

BARTHES, Roland. "The Discourse of History" en *The Rustle of Language.* (Trad. Richard Howard). Berkeley: California University Press, 1989.

BENJAMIN, Walter. *Poesía y capitalismo (Iluminaciones 11).* Madrid: Taurus, 1993.

BORGES, Jorge Luis. "La biblioteca de mi padre" en *Correo de la UNESCO.* París: Unesco, 1985.

BOTELLO MORALES. *La cueva de Salamanca.* Madrid: Editorial Tecnos: colección la memoria del Fénix, 2002.

BOURDIEU, Pierre. *Capital cultural, escuela y espacio social.* México: Siglo XXI, 2003.

BRITTO GARCÍA, Luis. "Historia Oficial y la Nueva Novela Histórica" en *Revista de Investigaciones Literarias y Culturales.* Caracas: Universidad Simón Bolívar, 2001.

CAPOTE, Truman. "Escritos selectos de Truman Capote" en *Antología retrospectiva; ficción y no ficción.* Barcelona: s/e, 1963.

CORBATTA, Jorgelina. "Juan José Saer: Narración versus Realidad" en *Romance Languages.* Buenos Aires: Annual, 1991.

CROS, Edmond. "Sociología de la literatura" en *Teoría literaria.* (M. Angenot, J. Bessiére, D. Fokkema y E. Kushner, eds.). México: Siglo XXI, 1993.

DEMARCHI, Rogelio. *El tanque de la historia.* Buenos Aires: www.pagina12.com.ar, 7 de mayo de 2006.

DOCTOROW, Edgar Lawrence. *La historia de la ficción.* Buenos Aires: www.pagina12.com.ar, 3 de septiembre de 2006.

DUCHET, Claude. *Sociocritique.* Paris: Nathan, 1979.

DUCROT, Oswald. *Decir y no decir.* Barcelona: Anagrama, 1972.

ECO, Umberto. *Lector in fabula – La cooperación interpretativa en el texto narrativo.* Barcelona: Ed. Lumen, 1979.

FARÉS, Celina. "Paul Veyne: cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia" en *Confluencia* no. 2, 215-219, 2003.

FUENTES, Carlos. "Santa Evita" en *La Nación.* México DF: febrero de 1996.

FUENTES, Carlos. *Valiente Mundo Nuevo. Épica, mito y utopía en la novela hispanoamericana.* México: Tierrafirme, 1990.

FÜRSTENBERGER, Natalie. "Olvidos y anamnesias de un conquistador defraudado" en *Cauces* (Revue d'Études Hispaniques). París: Presses Universitaires de Valenciennes, 2003.

GARCIA SIMON, Diana. "Andrés Rivera o la excusa de la novela histórica" en *Revista Interamericana de Bibliografía,* No. 1-2, 1999, EUA, 187-194.

GAULTIER; Jules. "Le Bovarysme" en *La psychologie dans l'œuvre de Flaubert.* París: Mercare de France, 1902.

GOCIOL, Judith. "Una página de oscuridad: la dictadura militar y la persecución a los libros" en *Puentes* No.3, marzo 2001.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón. *Don Ramón María del Valle Inclán.* Madrid: Austral, 1959.

GRINBERG PLA, Valeria. *La novela histórica de finales del siglo XX y las nuevas corrientes historiográficas.* Frankfurt: Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt am Main, 2001.

GUINZBURG, Carlo. *El queso y los gusanos.* Barcelona: Muchnik Editores, 1981.

HADDAD, Gérard. *Los biblioclastas: el mesías y el auto de fe.* Buenos Aires: Ariel, 1990.

HEINE, Heinrich. *Almanzor.* Barcelona: s/e. 1821.

HELLER, Agnes. *Teoría de la historia,* Barcelona: Fontamara, 1982.

HOBSBAWM, Ernest. *Sobre la Historia.* Barcelona: Crítica, 1998.

KADIR, Djelal. "Historia y novela: tramatización de la palabra" en *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana.* Caracas: Monte Ávila, 1984.

KOHAN, Martín. "Historia y Literatura: la verdad de la narración" en *Historia Crítica de la Literatura Argentina* (Tomo X). Buenos Aires: Emecé, 2000.

KOHUT, Karl. *Literatura y memoria.* Eichstätt: Universidad Católica de Eichstätt, 2004.

LARREA, María Isabel. "Historia y literatura en la narrativa hispanoamericana" en *Documentos Lingüísticos y Literarios.* Santiago: Universidad Austral de Chile, 2004.

LARREA, María Isabel. *Heteroglosia y metaficción en Déjame que te cuente de Juanita Gallardo.* Revista No 29, 2006.

LEENHARDT, Jacques. "Fundamentos preliminares para una sociología de la novela" en *Aportes 8, 1968.*

LOPEZ, Carolina. "Historia y Utopía: relaciones vinculantes desde la perspectiva de Agnes Heller" en *Utopía y Praxis Latinoamericana.* Maracaibo: Universidad de Zulia, 2007.

LOTMAN, M. *La structure du texte artistique.* París: Editions Gallimard, 1973.

LUKÁCS, George. *La novela histórica.* Barcelona: Grijalbo, 1976.

MAGRIS, Claudio. *Utopía y desencanto, Ensayos 1974-1998.* Barcelona: Anagrama, 2001.

MANGUEL, Alberto. *La biblioteca de noche.* Madrid: Ed. Alianza, 2007.

MANNS, Patricio. "Acerca de la novela y de la Nueva Novela Histórica" en *Impugnación de la Historia por la Nueva Novela histórica* (Karl Kohut editor). Frankfurt-Madrid, 1997.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy. "Historia y ficción: dos paralelas que se tocan" en *Literaturas del río de la Plata hoy - de las utopías al desencanto* (Karl Kohut compilador). Frankfurt: Vervuert, 1996.

MÈLICH, J.C. *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad.* Barcelona: Paidós, 1995.

MORENO, Isidro. *Musas y Nuevas Tecnologías.* Barcelona: Ed. Paidós Ibérica S.A 2002.

NAVIA, Walter. "Las filosofías de Ludwig Wittgenstein" (Una aproximación hermenéutica) en *Estudios Bolivianos III.* La Paz: Instituto de Estudios Bolivianos, 1997.

NEYRET, Juan Pablo. "De alguien a nadie. Metáforas de la escritura de la historia en *La tierra del fuego,* de Sylvia Iparraguirre" en *Espéculo* - Revista de estudios literarios. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005.

NIETZSCHE, Freidrich. *Unfashionable Observations* (Trad. Richard T. Gray). Stanford: University of Stanford Press, 1995.

PAVEL, Thomas. "Las fronteras de la ficción" en *Poetics Today,* 4.1, 83-88. Duke University Press, 1983.

PERILLI de Rush, Carmen. *Fábulas de la Historia en la narrativa latinoamericana de fines de milenio.* Göteborg: Instituto Iberoamericano, 2000.

PIGLIA, Ricardo. *Crítica y ficción.* Buenos Aires: Planeta, 1986.

PIGLIA, Ricardo. *Entrevista de Mónica López Ocón.* Buenos Aires: Tiempo argentino, 24 de abril de 1984.

PLATÓN. *Teoría de las ideas.* Madrid: Doxa, 1983.

PONS, Cristina. *Memorias del olvido: Del Paso, García Márquez, Saer y la nueva novela histórica de finales del siglo XX.* Madrid, Siglo XXI Editores, 1996.

PONS, Cristina. "El secreto de la historia y el regreso de la novela histórica" en *Historia crítica de la literatura argentina* (Noé Jitrik, coordinación). Buenos Aires: Emecé, 2000.

RAMOS SUCRE, José Antonio. *Antología poética de José Antonio Ramos Sucre.* (Edición ampliada). Caracas: Monte Ávila Editores, 1978.

RICOEUR, Paul. "Histoire et vérité" en *Augmentée de quelques textes.* Paris: Editions du Seuil, 1955.

ROBIN, Regine. "Para una sociopoética del imaginario social" en *Historia y literatura,* compilado por Françoise Perus. México: Instituto Mora, 1994.

RODRÍGUEZ, Javier. *Alejo Carpentier nueva novela histórica e identidades en El reino de este mundo.* San José: Universidad de Costa Rica: Revista Intersedes — Vol. VI, No. 6, 2006.

RODRIGUEZ, José Manuel. *Evita, el nunca acabado mito argentino.* Buenos Aires: Matices No. 10, 1996.

SÁBATO, Ernesto. *Antes del fin.* Barcelona: Seix Barral, 1999.

SAER, Juan José. "Una literatura sin atributos" en *Cuadernos de Extensión Universitaria.* Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1988.

SAER, Juan José. *El concepto de ficción.* Buenos Aires: Ariel, 1997.

SCHOPENHAUER, Arthur. *Metafísica de las costumbres.* Madrid: Trotta, 2001.

SHAPIRO, Ann-Louise. *History and Feminist Theory - Monografía de History and Theory.* Wesleyan University, 1992.

STEINER, George. *Lenguaje y silencio: ensayos.* Barcelona: Ed. Gedisa S.A., 2003.

TEOBALDI, Daniel Gustavo. "Notas sobre la novela histórica argentina" en *Espéculo* - Revista de Estudios Literarios. Madrid: jul. / oct., 1998.

TORIZ, Rafael. "De la destrucción de libros" en *Letralia - La revista de los escritores hispanoamericanos,* N° 110. Cagua: 2004.

TORRES, Sánchez Rafael. "De la literatura a la historia. Notas sobre el estudio de la vida cotidiana" en *Estudios de Moderna y Contemporánea de México.* Álvaro Matute y Martha Beatriz Loyo (editores), México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2006.

TUVILLA Rayo, José. "El libro como instrumento intercultural" en *Primeras Noticias. Literatura Infantil y Juvenil.* Barcelona, 1998.

VARGAS LLOSA, Mario. *La verdad de las mentiras.* Madrid: Editorial Seix Barral, 1990.

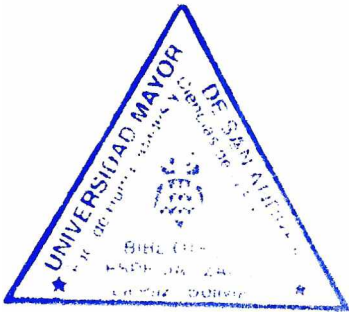
VARGAS LLOSA, Mario. "Los placeres de la necrofilia" en *La Nación.* México DF: febrero de 1996.

VÁSQUEZ-RIAL, Horacio. "La novela histórica como clave del presente" en *El rey del Maestrazgo* (Fernando Martínez L.). Madrid: Martínez Roca, 2005.

VIALES Hurtado, Ronny. "Mitos, corrientes y reflexiones. "El oficio del historiador en Costa Rica del Siglo XXI" en *Reflexiones* No. 78. San José: EUCR, 1999.

WHITE, Hayden. *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica.* Barcelona, Ediciones Paidos, 1992

WOLFE, Tom. *The New Journalism.* New York: Harper and Row, 1973



MUSEO DE FUNEBRERO

–Cartapacio–

·Misa de cuerpo ausente·

...everyone is so untruth

De mis últimos malestares, nochelucientes veintitrés, MMXXXIII

"No", es lo único que escribes en la última carta —¿acaso debo llamarla nuevamente usted?

Quisiera de pronto contestar lo poco que me produce estar ante esa única palabra, sílaba enferma con el remedio baldío de mi insistencia. Hoy, casualmente, nadie me ha hablado, será porque los ejercicios y la narcolepsia desquician mi *acusión.* Me he visto animado nuevamente por el frío, y es que no puedo mudar la gélida habitación de gimnasia donde vislumbro repetidamente los recortes extraviados de su medalla. Cada uno de los aparatos me recuerdan mi antiguo cuerpo, en especial las prensas de 45 donde solía ensoñar algún atardecer cumpliendo los intervalos con presteza y elegancia; hoy me frustra la idea de tener que reemplazar la soltura de las caderas por grapas y perniles de extraña firmeza; nada que decir de la cólera de mi bastón, cruel enemigo que nadie mutila.

Esto no se lo diga a nadie, pero me parece que estoy empezando a habitar de nuevo esa reliquia, porque a mi cuerpo —sé muy bien que es así— se lo carcome la luna y no me da tiempo más que para sobornar aquel pasaje de la historia donde se me promete triunfos y vanaglorias. Digo esto porque ayer, que fue menguante, no pude sino retirar la cabeza de entre las cortinas para despertar mi empequeñecimiento. Ya hace un par de meses que las *zettas*[1] comulgaron parte de mi cartílago, pero poco me queda decir de él pues ni sé para qué servía; el apoyo lo hace todo, aunque me lastima que tenga el color dorado de la victoria atornillando la sección. Hasta hoy no es poco lo que se llevaron, pero como el vacío no se siente, conquisto todavía la esperanza de la proporción. Hay todavía en mí cierta geometría que supervive de espaldas, aunque los espejos nunca ayudan.

La primera vez que le escribí prometí no asustarla con mis quejas, pero ya habrá usted deducido que mi filosofar proviene de alguna incomodidad humana que no es otra que la del *Tílger,* así le pusieron al dar con mi segundo apellido menos sofisticado que el paterno. En verdad no espero respuesta suya, aunque mal no me haría alguna vez recibir carta en blanco que remedie el espantoso tenor de este último "no".

El pabellón de las orejas es donde mejor se ejercita la inteligencia...

K.

El compendio de enfermedades raras la define como "las polillas del cuerpo", un germen que interviene en la superficie de piel añeja hasta el triángulo óseo de cualquier parte del esqueleto de quien lo porta.

PRIMEROS ONCE MESES... LA MUERTE

En la ventana del televisor, al décimo infinito, MMXXXIII



Estoy muy entretenido con su silencio, me imagino que cuesta retomar la escritura cuando el papel se infiltra en dinero o calcas parecidas.

¿Lo vio?, estaba casi seguro que Christus lo haría, y sobre su propia marca. El veintiuno-catorce de Kailajkis no es nada despreciable, pero a un campeón se lo conoce por su espíritu y no por la marca de zapatillas que viste. En general, el nivel de competencia ha bajado unas milésimas, aunque la tecnología no descansa en eliminar la más minúscula de las taras que pueda mermar un podio. No queda más que recordar el viejo estirpe de los atletas, cuando competía únicamente su destreza, hoy incluso hay que cultivar la técnica o arriesgarse en drogas. Al menos la pasión prefigura estos métodos, en cambio nuestros gimnastas se alimentan de su vanidad y en ocasiones inclusive sus palmares locales los confunden como si eso fuera digno de una primera plana.

Lástima que en nuestro país hayan nacido simultáneamente la clase obrera y los políticos de izquierda, esos cuerpos esclavos que tapian sus esqueletos para salvar el de otros. Los titulares de prensa están impregnados de alevosía o intriga por las ruinas del Estado, y eso que los economistas han resuelto apostar una vez más por el turismo de cosas que guardamos con ermitaño valor. Los suicidas y las masas de gente se repiten cada día, al menos me imagino que tienen el falso afán de los deportistas que allanan los parques y avenidas con los nácares en sus pupilas y esos aparatitos en las orejas. A propósito, dicen que en el país el peso promedio en personas de nuestra edad sobrepasó las ciento setenta libras, el más alto por estas latitudes y el tercero a nivel mundial. En desmedro habrá que decir que es por culpa del automóvil, aunque también me enteré alguna vez que sólo el siete por ciento de las familias tiene vehículo propio; con razón los buses andan abarrotados de negros y las máquinas suenan al mismísimo demonio en la colina sur que es donde usted ubica el paisaje contiguo a su sector, por cierto, un lugar muy lejano para siquiera imaginárselo. A su edad —calculo que tiene tres menos que mis cuarenta y ocho—, de seguro que los pedales todavía son efectivos, yo en cambio logro con bastantes atajos rodar esta silla que utilizo cuando las piernas me insisten por su electrónica, palmudeciendo las lacras del cuerpo.

En verdad, el periódico no es muy buena compañía, al menos cuando uno peca con las portadas atiborradas de tenistas que venden sus piernas a las cinturonetas de nylon y exhiben sus raquetas con afecto erótico.

Mañana amanezco con los deportes: parece que los pakistaníes confirmarán su levantada con las tres doradas de hoy; por mi parte, guardo en lo profundo la envidia de mi cuerpo inútil. El sábado arrancan las pruebas de discapacitados, entonces volveré a intentar con los titulares, aunque de seguro las estupideces triunfarán en el resumen de la semana.

No hay hombre que peque con el cuerpo, salvo si su delicia es un crucifijo...

E

A la medianoche el cuerpo, vísperas del universal, MMXXXIII

Debí haberle escrito antes, aunque eso tal vez no le importe a usted, de todas maneras temo que me lee de tiempo en tiempo y como acto reflejo a su soledad. ¿No me habla acaso usted de ella con pleno convencimiento en sus sobres vacíos que son los míos vueltos al revés? Sin embargo, recordará que debo dictar mis palabras al nuncio, de otra manera tendría usted que descifrar los garabatos que la ortopedia dibuja. Él no vino antes del menguante, como suele, pues me comenta —en lo mínimo que conversamos— que debió entrar en huelga pues la Estafeta Nacional insiste en reemplazar a los más antiguos por esas máquinas que según dicen trasladan hasta el olor, y él —tengo que decirlo— es de los que debería ya encomendarse a la jubilación. Ahora mismo lo tengo en frente sonriendo ante mis osadas afirmaciones. Verá usted que han tenido que pasar por lo menos dos años para confiar en este hombre que antes se me mostraba humanamente sospechoso. Hoy por hoy, sólo a él le tengo confianza, pues sabe leer mis labios cuando mi voz no se deja pronunciar, que es la complicación más normal horas después que mi organismo encoge. Debe conocer muy bien la inercia de mis labios que es lo poco que muestro tras la mampara que vela mi cuerpo y que me hace sentir como en un confesionario. Me felicito además de haberlo escogido pues él me ha dotado de un estilo que se acerca a mis palabras, aunque nunca a mi verdadera escritura.

Su retraso ha significado más de un inconveniente, primero porque en Músika deben estar atentos por noticias mías, al menos ahora que me he quedado con la apatía del televisor y mis niñas deben preguntar si he cumplido con las dorsaleras de mi rutina matinal. Ellas volverán al *acabose sideral,* fecha en que retomaré la tristeza de su compañía. Aprovechando su ausencia, intentaré esta noche con los *vinos de magdala* y las *cidras de lilith* que tan bien se comportan en mi cuerpo cuando éste flaquea de algún miembro. Como verá, las pocas palabras que logro musitar se las entrego a usted, que me notará ansioso cada que le escribo. Cómo no iba a estarlo si anteayer la natación me mostró que no hay cuerpo que flote sin un mínimo de esfuerzo. Jamás pensé que las piernas amputadas podrían acalambrarse, ¡menos aún cuando sabemos que ya no existen! Estaba casi seguro que esa piel muerta que cierra las heridas es nomás el confín insensible de la ortopedia, pero ahora me encierra la duda de saber si nuestros cuerpos guardan misteriosos dolores en sus comisuras y vacíos.

Sabrá usted a quién me refiero. Aquella mujer, otrora nadadora amateur, perdió mitad de su cuerpo no hace mucho, pero se ha obstinado en vencer su propia imposibilidad y mire que no es poco haber llegado a una competición de estas en tan sólo tres años. Usted dirá, pero a mí me horrorizó verla casi ahogada en medio de las mareas que su propio chapuceo provocaba en el siempre peligroso carril central. No soy muy supersticioso, pero dicen que con la mutilación de alguna extremidad se va también parte del alma, y así, la suerte de la persona. De todas maneras el incidente no pasó a mayores, aunque la ganadora bien pudo haber rebajado la marca de no ser porque tuvieron que repetir la prueba.

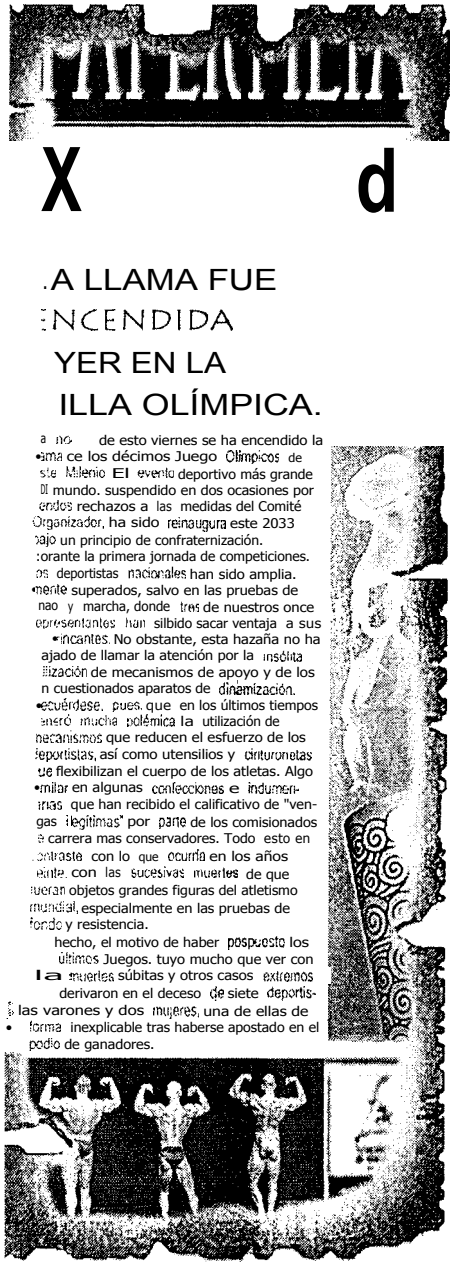
Bien, mis comentarios se reducen a estas anécdotas que no sé si le interesarán. Los Juegos continúan mañana con las pruebas en pista. Sepa usted que, dado que postrarme muchas horas ante el televisor me produce alergias, no podré observar las finales del lanzamiento de disco, a ver qué me cuenta. En tanto, a primera hora de la tarde me reincorporo a la exquisitez de los aeróbicos, aunque no debería llamar así a esta manía mía por trasladar mis cosas al cubículo que queda del otro lado del entablado, donde los rayos del tragaluz abren dos sectores torpemente dispares en esta casa que me pertenece por regalo del Hospicio. Ellos investigan mi caso, aunque desconocen las urgencias que me produce aislarme en esta latitud de la soledad, donde sólo se me es dado pasar los días, comer y ejercitar en un ciclo abismal que angustia. Si es que mi esfuerzo no decae a consecuencia del *Tílger*, en ese nuevo espacio me instalaré, alejándome del televisor, la radio y el sintetizador que a menudo reemplazan la atención que mis niñas "quisieran" brindarme.

Si recibe esto de las manos de mi transcriptor no dude, al siguiente envío, superar aquella extravagancia suya de hacerlo trabajar sinsentido trayéndome estos sobres reciclados sin más que el desierto.

Parajes mayores ha atravesado la soledad en nombre de la muerte, ¡salud esta noche!...

K.

Vigilando mi cuerpo, nona hora sin estrellas, MMXXXIII



X d

.A LLAMA FUE
:NCENDIDA
YER EN LA
ILLA OLÍMPICA.

a no de esto viernes se ha encendido la
•ima ce los décimos Juego Olímpicos de
ste Milenio El evento deportivo más grande
ll mundo. suspendido en dos ocasiones por
endos rechazos a las medidas del Comité
Organizador, ha sido reinaugura este 2033
)ajo un principio de confraternización.
:orante la primera jornada de competiciones.
os deportistas nacionales han sido amplia.
•nente superados, salvo en las pruebas de
nao y marcha, donde tres de nuestros once
epresentantes han silbido sacar ventaja a sus
•incantes. No obstante, esta hazaña no ha
ajado de llamar la atención por la insólita
lización de mecanismos de apoyo y de los
n cuestionados aparatos de dinamización.
•ecuérdese, pues, que en los últimos tiempos
eneró mucha polémica la utilización de
necanismos que reducen el esfuerzo de los
leportistas, así como utensilios y cinturonetas
ue flexibilizan el cuerpo de los atletas. Algo
•milar en algunas confecciones e indumen-
rias que han recibido el calificativo de "ven-
gas ilegítimas" por parte de los comisionados
e carrera mas conservadores. Todo esto en
ontraste con lo que ocurría en los años
ente, con las sucesivas muertes de que
ueran objetos grandes figuras del atletismo
mundial, especialmente en las pruebas de
fondo y resistencia.

hecho, el motivo de haber pospuesto los
últimos Juegos. tuyo mucho que ver con
la muertes súbitas y otros casos extremos
derivaron en el deceso de siete deportis-
las varones y dos mujeres, una de ellas de
forma inexplicable tras haberse apostado en el
podio de ganadores.

Le escribo todavía desde la soledad, y es que los míos no han llegado como prometieron *al ocular.* No quisieron perder —consejo mío de por medio— las cabalgatas de los jinete-robots que tan en boga están al sur. Comprenderá usted que aquellas tecnologías nos llegan acá de últimos, ésa la desventaja de cifrar nuestro gobierno en la doble frontera abismal y remota del compendio patrio. Ambidiestros en nuestras decisiones y —con todo— sometidos a un sistema promiscuo obstinado en borrar geografías limítrofes desde ya fantasmales. Ciudad encegada y baldía, con el polen de los cementerios en patrimonio de la lejanía. En fin, las niñas han retrasado su llegada con ningún otro motivo que la ausencia pues, como yo, se han debido acostumbrar a esta versión de las carreras, en especial por lo impactante de las mecánicas montadas en los lomos de esas bestias que parecen crujir con descontrol. Eso me dicen, pero no estoy tan seguro de su sincera afición por la gimnasia ecuestre.

Si no hay otra salida, repetiré mañana por la noche el sofisma de los tragos. Sé que soy un triste borracho ni bien comienza la media noche, pero lejos de buscar una anestesia a mis achaques en los largos vasos con *rubina* y pistoncillos, una suave *agudela* reconcilia mi cuerpo en festiva función. Tanto que me atrevo a rayar nuestros diálogos en algún papel con la pureza que sólo el código y la *oniria* permiten. De sólo experimentarlo descubrí que la embriaguez afecta bellamente la sintaxis del escritor, en él soy siempre un sujeto tácito que practica todo tipo de destrezas, incluso físicas; entonces, mi cuerpo es agente de una acción entre pecaminosa y deportiva.

Le trasmito algún pensamiento, aunque le resultará el colmo saber que debo leer los relieves con el *monte de Venus* de mi palma izquierda pues mis dedos falsean mucho las cifras. Son como imanes irracionales que podrían canjear la palabra amor por amar con total displicencia, a sabiendas de que no son lo mismo y lastiman el talud de mis escrúpulos. Total, para un corazón atajado, como los de la generación del *cambio de siglo,* no es tan lejana roma como el amor.

Lo primero que escribí, quizás entre la quinta y sexta *magdala* fue esto: *cuerpo que pertenece ancestralmente al alma.* Verá usted cuán fortificante es escribir cosas como ésta cuando en las *puestas* hago velorio de mi cuerpo soplando rezos desde lo más profundo del esófago. O esto otro: *el triatlón es un homenaje continuo al cuerpo* y *al alma* ya *esa parte de nosotros que despiden el viento, las aguas* y *el pedal.* Leerá que no soy muy profundo, a ratos incluso torpe, pero es en la violencia de las palabras donde se instala un escritor de cuerpo presente, que los hay pocos, los otros sin duda esperan con velas y vino las niñerías de la musa.

Su experiencia le habrá llevado a sacar sus propias conclusiones. Personalmente nunca he disimulado mi deseo de reencontrarme con mi cuerpo en el más allá, cuando mi alma desperdicie su tiempo errando así que asá tras las papelerías de San Pedro. No hay porqué resignarse, Dios gobierna indiferentemente en el infierno y el cielo, el demonio es un lugar equívoco para los perplejos hombres de la bohemia. Fíjese que alguna vez llegué a sospechar que el Todopoderoso se

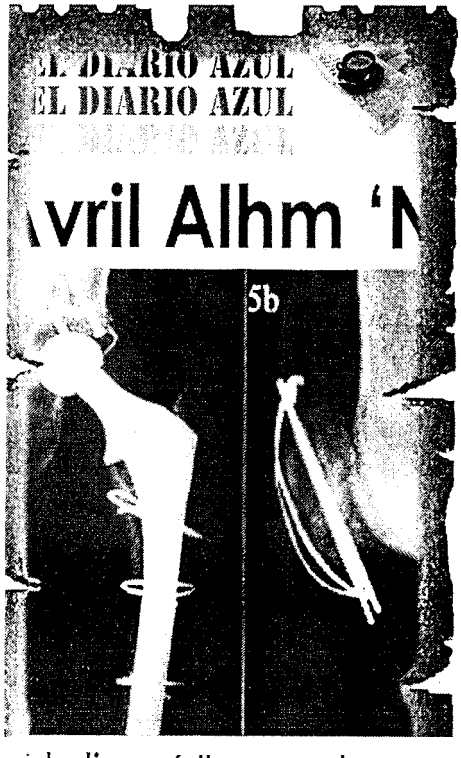
indigna si le retornamos un cuerpo intacto, sin cicatriz ni acto, en él descubre nuestra milicia. Pensaba que no era mentira que de nuestra piel cicatrizada hace lectura del juicio final, por ufano que parezca. Si ésta no trae siquiera un mal gesto merecemos entonces la nada y el aburrimiento total de las tinieblas. Este sólo precepto me sugería en mi juventud enfrascarme en peleas y reyertas callejeras contra enemigos armados. A cada tajo o cicatriz indeleble sentía escribir un apocalipsis en mis ijadas o en alguna parte de piel lisa, como la sien o el entrebrazo. Puras mocedades, notará. Luego, inmediatamente después de la cuarentena virtual de la vida, uno piensa distinto, con la maleza de enfermedades que atacan por todos los costados y el intratable sopor que emana del invisible mundo de la muerte.

Y bueno, no ha escrito usted más que cosas que no han llegado, nimiedades que han perdido el curso de las palabras y entonces resta, como aquella noche, levantar la copa de la victoria enmedallado en sombras y terminar postrado en las galas del sofá soñando que usted hace lo propio en la rama femenina. Quiéralo o no, mi cuerpo ha formado un imaginario particular entorno al vuestro. No me persignaré esta noche, aunque suave acaricie la miseria.

El cuerpo es un hematoma del alma tras el golpe de la vida: olvídela apenas sienta ausente la mirada.

K.

El cuerpo en dos, al umbral treinta y dos, MMXXXIII


EL DIARIO AZUL
EL DIARIO AZUL
vril Alhm 'N
5b

:studios médicos revelan e
in de su carrera

RIENCIA PERSONAL

:6 por primera vez el
viaje que le sintió de
ha gente. Aunque ya
idará esa primera

placas radiográficas
la poliatleta Avril Alhm
después de una riesgosa
relevos y otra aún más
intervención quirúrgica,
do corno resultado las
teas de un síndrome
fiado. La mencionada
se caracterizaba por el
rácio de sus piernas, la
s distendida que la
le valió la f de
corr

La operación habia sido programa con mucha antelación, pero no fue hasta el pasada fin de semana que la deportista se sometió a esta intervención. Los primeros resultados han determinado que a pesar de que la deportista ha recobrado el tamaño de sus do extremidades, ello ha provocado vez el arriostramiento de su fémur derecho.. Ensalces, según los primero. informes, si bien la plusmarquista na cional ha recobrado el equilibrio y la la esfera ósea que circunda el implante le impide realizar ciertos mo vimientos y casi le impide carg peso además del de sucuerp dente, por tanto que los días miembro del equipo nacional dela debortista estár

Revisaba hoy los recortes de hace veintinueve años, en parte para sortear la inmoderada compañía de mis niñas y para hacerla presente a usted por medio de esta habitual pesquisa. Los recortes, papelitos y cintas dominan hoy mi espejo y algunos resquicios más de vaga oscuridad. ¡Vaya que nunca se la ve en esas fotografías sin la indumentaria de sus medallas!, y pensar que a principios de siglo daba usted la impresión de ser una heroína del atletismo con esas piernas desiguales por centímetros que marcaban el ritmo incluso de los mejores fondistas. Una diosa inmortal que encarnaba la velocidad humana en los diantres de un cuerpo fortuito, sin otro destino que el vértigo de las victorias.

Abril Almenpena por aquí y por allá, superando incluso la aislada sección de los deportes del *Diario Azul,* cosa que sólo el *rugby* y el *calccio* hacían por aquellas épocas. Y es que lo suyo era un homenaje al cuerpo, con ese desplazamiento feroz que derretía el tartán y esa mirada fija en sus piernas bajo la doble y a veces opuesta sensación de estar hipnotizada y en movimiento. Lástima que eso duró sólo siete años y una justa olímpica, poco para una deportista que hizo podio en el *Champions Professional* a los dieciséis. Yo no la conocí sino un año después, tras su primera dorada, pero mire que obtuve recortes y fascículos en esas ferias del papel que lo tienen todo, desde las antiguas toallas de micción que ahora parecen ridículas de exhibir en los toilets hasta titulares entrañables de periódicos que hoy en su mayoría han desaparecido o se han vuelto *webpapers.* Cómo extraño a esos muchachos que gritaban en mi puerta ofreciendo el *Jornal Setiembre,* el *Narrativa Inn* o esos diarios de circulación nacional que ciertamente se habían modernizado pero que sucumbieron –como todo– ante el fenómeno digital. De todas maneras su formato resuena todavía en las prensas del *Museo del Papel* y en los resabios del indestructible *Paperfilia,* diario de corte menor, pero soporte del formidable ritual de la lectura mañanera. Hoy las calles son como fábricas musicales, con ruidos desconocidos y a veces impracticables salvo en su entelequia. Ha desaparecido el grito y su nostalgia me desquicia, sobre todo ahora que hemos convenido este silencio maquinal que nos derrumba el tímpano. Lo que otrora llamaban "contacto tú a tú" es en estos días ni más ni menos que la desprolija inversión de la plática distendida en monólogos. Uno mismo se da cuenta de ello cuando analiza las *voces en off* o los *playbacks* de algunas oficinas ministeriales que hoy por hoy prefiguran la atención sin mayor razón que el apuro. Por eso será que me siento ocioso e inmortalizando con activo afecto las corridas de toro *y* a los vaqueros que simulaban alguna situación límite entre el animal y el hombre, hoy la máquina se ha interpuesto.

Lo sé, eso no es de lo que le hablaba, pero buena relación tiene el hecho de que usted haya declinado en su ascendente carrera deportiva precisamente tras una operación que de seguro le trae aversión a los clavos, planchas y cualquier artefacto subsidiario del cuerpo. Tengo en mis manos esa triste primera plana de aquel *decimotercer lunio* que incluye muestras radiográficas de su pierna, con fatídicos apuntes mostrando el lugar ausente de su masa ósea. Desde aquella vez oí que apenas la habían indemnizado, que intentó enamorar y finalmente que se negaba por completo a participar entre los discapacitados. Desde aquella vez leí

apenas los escarmientos del horóscopo, porque a mí me dejaron con el corazón inútil y con la mirada deshabitada de laureles, y a mis músculos, de esa partícula de certidumbre que tanto precisaban.

No se lo conté nunca, pero aquella crisis nerviosa que asaltó mi cuerpo fue el inicio prematuro de esta enfermedad para la que estaba predestinado se supone que a partir recién de la tercera edad. Mi juventud se fue con la suya. Por eso hubo un tiempo en que odié su cuerpo vernáculo desaparecido de la fotogénica como amé el mío propio escondido tras mis ropas o ahogado en los baños medicinales que la ignorancia recetaba.

Esta carta resulta poderosamente confesional, quizá me note también rabioso y desproporcionado, pero su madurez debe haber tejido —herida tras herida— una cuarta piel que no duele, que rechaza la muerte. Me soporto a veces monólogos parecidos en los que me increpo con dureza, pero se pierden en el ir y venir de los ecos del pasillo o entre el conteo agitado de mis ejercicios. Pruébeme usted que no soy digno de hablar, así tal vez le envíe un resumen sigiloso de los pensamientos que aíslo en la memoria.

Cuando la persona pierde a su sombra, es que ha desarrollado una aplastante obesidad. Sonría alguna vez en su escritorio...

K.

Piel sur, momentos del aura, MMXXXIII

Antes de empezar a escribirle tuve breve charla con el nuncio, mientras él esperaba que termine unos detenidos y extraños ejercicios que me sugirieron para dosificar la sangre en los dedos. **Una especie de masturbación pero con el** miembro ido y en dosis superior a los quince minutos. Habría de **hablar dictándole** la misiva, pero la verdad es que tomé algunos apuntes que no puedo sino cifrar en código. No es que prepare obsesivamente mis cartas durante los días anteriores **al** nuncio, pero siempre una idea o cuestión que no puede quedar en el tintero **la** transcribo al *silabario lux,* herencia de una temporada aterradora junto al lecho de mi madre que envejeció los ojos tan abruptamente como yo me inicié en este lenguaje diáfano. Sin embargo, ahora que es difícil inclusive escapar de la ciénaga, adopté el recurso de los apuntes en mi *letterpress*; al menos logra que mis palabras queden intactas a la mirada de mis niñas cuya curiosidad es reprochable. Ellas creen que escribir es un síntoma más de mi senectud, como lo es para los ancianos comunes la bronquitis, los pantalones hasta la barriga o la frágil memoria.

Mi nuncio sabrá leerme los labios, pero del arte de escribir en blanco apenas tiene una vaga idea. Él siempre practicó la mejor pluma, nada curioso en una persona que se ganó la vida por largos años escribiendo pequeñas novelas a razón de **dos** a tres por mes para algunos aficionados a quienes les gustaba cómo narraba sus propias vidas. A quién no gustaría cumplir esta labor para escuchar la abominable vida de sus contemporáneos y tener la potestad de ficcionalizarlas. Yo mismo encargaré una cuando la realidad me pese. Lo tengo aquí y me sonríe.

En fin, la llegada de los míos me ha valido una salida a las calles que las niñas llaman paseo y que yo prefiero entender como un escape a la soledad futura, a **los** pelotones de gente que rehúsan la mirada, el contacto, la muerte. No me diga que miento, porque uno nunca sabe con qué cosas, situaciones y gente coincidirá en esos destierros clandestinos. En todo caso, es fascinante atreverse a la calle después de varias semanas de encierro y advertir cuánta decapitada sonrisa se atribuye a la felicidad callejera. Así pues, con la idea de hacer control en el Centro de Investigación que analiza mi caso, he debido realizar el que prometí sería el último gran viaje de mis días. Claro, apenas me llevo bien con esta máquina que me es a veces aterrador pensar en su utilización combinada con otras, como cuando me trasporto pasivo en la *tomikchair* que a su vez se moviliza por los cinturones de aluminio de las avenidas mayores. Pese a que mi cuerpo no presenta dolores (los ejercicios me mantienen eficaz), es siempre moroso andar con una persona como yo que insiste en dejar la silla de ruedas e intenta alarmantes pasos de ambigua dirección. Cuando me dejan, confirmo mi pérdida de volumen y tamaño, me siento más ligero y con hondos vacíos intestinos. No obstante, más allá de mi retardo y del complicado desplazamiento de mis extremidades, descubrí que mi inutilidad no es absoluta, todavía me debo a mi cuerpo, de otra forma sentiría que el vacío ha triunfado y me dejaría morir. A veces no basta con respirar, hay que precipitarse al suelo —sentir las burlas.

La caminata no fue en vano, gracias a ella advertí en las calles —de ahí mis apuntes— que los lisiados son cada vez más en esta ciudad. A saber, uno siempre

tiene una versión parcial de la metrópoli, como la tiene de su propio cuerpo: sólo cuando le es necesario algún sector o cuando experimenta su dimensión con atenta mirada se da cuenta con qué perspectiva se la ha diseñado. Lo digo porque antes, cuando todavía me eran útiles las cosas que al resto, no reparaba en las facilidades que ahora preciso al salir de casa, y me doy cuenta que en todo sentido se ha pensado en nosotros, a ratos incluso rozando lo absurdo. Antes eran sólo las rampas y ascensores que facilitaban nuestro traslado, pero ahora existen hasta los calores de luz para que los ciegos atiendan el rojo, corrientes de electricidad en los postes que typean señales en las yemas, aerobuses espléndidos cuyas capas satisfacen las pieles sin tacto y, lo que más me sorprende, urinarios con láser que detectan el cese del derrame líquido para iniciar el desagüe.

El único y brutal problema es el de la obesidad, ésa es para mí la mayor de las postraciones humanas, pese a que se ve a muchos gorditos activos en los pasillos de los supermercados o en las playas para obesos. Pero hoy, que percibimos esta enfermedad tan repetida y sin voluntad, nos hace pensar que peor que la pérdida de alguna parte de nuestro cuerpo es su rebalse y repugnante multiplicación. Las personas que sufren exceso de peso son vulnerables a los mayores desaires, lo he notado con mucha precisión, tanto que ya no me lastiman las miradas que me lanzan los de cuerpo complexo. La gran paradoja resulta de saber que la tecnología ha podido subsanar las rémoras de todos los sentidos del cuerpo humano, logrando hazañas en los ciegos, proezas en los sordos y un sin fin de mejorías en los mudos, pero el cuerpo mismo —motor de esas actividades— está cada vez más relegado en su volumen.

Aunque no debería ser yo quien lo afirme, esas masas obesas de las gentes con más de cuatrocientas libras, parece que trajeran el alma tiesa y derretida en grasas. A mí al menos me causa estupor ver esos cuerpos gigantes que hunden las veredas y que apenas pueden respirar boca a boca con sus *mouthblows* instalados en los celulares o mimarse con los ventiladores manuales de los *fat-shops.* Esa cruda sociedad me obstina en idealizar una versión atlética del individuo, donde lo principal sea la condición física y donde la inteligencia corporal ilustre un verdadero proceso civilizador de nuestros ciudadanos. Mi preocupación viene desde antes que usted, cuando se presentaron los casos de mujeres que parían lardo y grasas, o de hombres movilizados por grúas e incluso niños que no aprendían a caminar por su desequilibrio y fatal gravitación.

El gobierno poco se ha preocupado de esto, al punto que sigue entontado en actividades inferiores como la gestión, el culto y la empresa. En tanto esta fácil misión de educar a los hombres a través de su cuerpo ha ocupado únicamente a algunas mentes lúcidas de la clínica y a las vanguardias atléticas que nos han demostrado cómo en esas villas deportivas fronterizas a *Murphia* se han desarrollado sociedades inteligentes en torno al trueque y la salud, por ejemplo. Por definición la vida y sus efectos han de partir de la máxima del cuerpo, bajo un instinto no de supervivencia sino de superación. Mis apuntes han confirmado esto, cuando en las calles se debaten los obesos, los lisiados y los robots en un entramado que precisa de tanta sofisticación para su control y libre circulación, que todos esos artefactos creados para nuestra inutilidad terminan irónicamente incomodando a los ilesos y gente 'bien de espalda' que tiene que franquear los

obstáculos de esa maquinaria que diariamente se instala a nuestro socorro. No estoy de acuerdo que hagan lo que en *Escarcia,* donde se ha legislado un día de la semana estrictamente para el recreo de los imposibilitados, **porque entonces se** nos estaría relegando una vez más. Eso sí, la obesidad **y la** minusvalía son incompatibles, y no me refiero acá a esas extrañas personas que ven desaparecer sus piernas amputadas tras las moltas de grasa que chorrean **de** sus estómagos **y** senos. Quiero decir en cambio que la invalidez implica **una superación física y una** continua revolución del cuerpo, demostradas científicamente en el caso de **los** deportistas incapacitados; por el contrario, la gordura es una dejación física deplorable.

En todo caso, estas dos cuestiones han ocupado mi pensamiento los últimos días, sin olvidarme —claro— de las máquinas que como por artilugio han tomado la ciudad, radicalizando las soledades y provocando gastos insulsos al *Tesoro del Estado.* El libre ejercicio del atletismo, la natación, el footing o cualquier **deporte al** aire libre es el acto gratuito de la vida, como a veces creo lo son a otro nivel el baile, el sexo o el teatro[2]. Estará usted de acuerdo conmigo, aunque poco es lo **que** menciona sobre su rutina diaria, **pero conozco** *sportisstas seniors* que mantienen sus mañaneras incluso cumplidos los ochenta. Polichinelas, caminata, planchas, abdominales, siluetas, inflexiones, barras, trotes cortos, nada de eso saben nuestras eminencias del Gobierno salvo arranques de destreza en los nudos de sus corbatas. Me parece absurdo, pero he observado con asombro y risa cómo la importancia del cuerpo está relegada tanto que los del *Neo—Partido Verde* se han manifestado a través de la alegoría de robots que piden limosna en las calles como propaganda símbolo de la oposición.

Verá usted que me siento sobrecogido *y* cautivo, ni qué hablar de mi vuelo y el viaje de retorno en tren. Mis apuntes no terminan aquí, aunque ya espero que el nuncio vuelva y relatarle más.

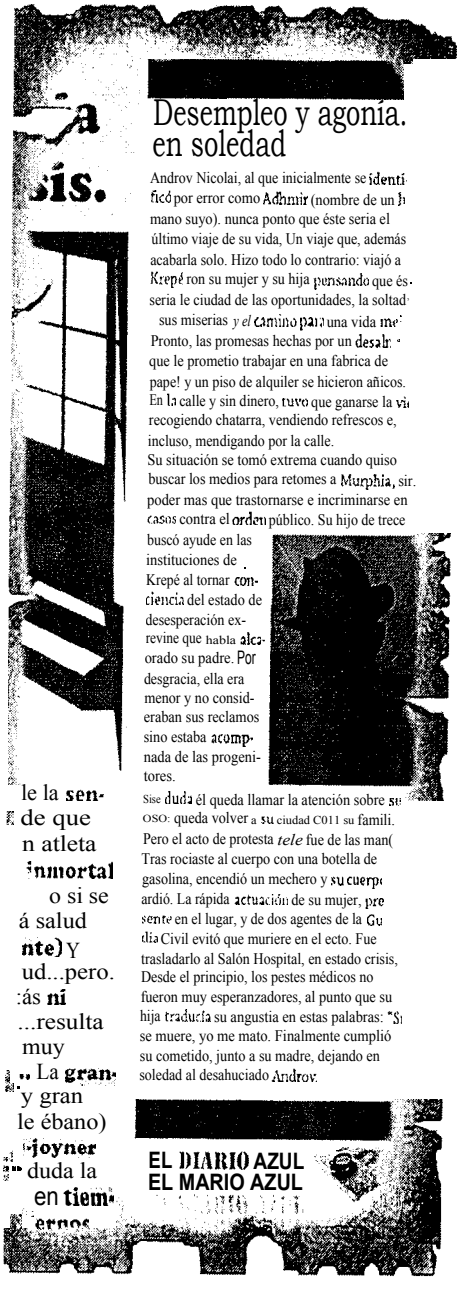
El ánodo y el cátodo son metáforas de una operación sexual infinita.

K.

[2] Acá se tacha una sentencia en la que se lee también como prácticas alternativas del cuerpo a la escritura, el ajedrez o el maquetismo. Esto nos lleva a pensar que esta carta fue dictada directamente al nuncio y, por su extensión, corregida a medias.

...desde que le ha respondido que no y esa sarta de palabras en blanco, se ha quedado pensativo, dándole vueltas a esa palabra como si la negativa le infundiese miedo. Su cuerpo es un esguince que hoy más que nunca cuesta llevar de la mano tras el dictado, hacia ese motín de palabras que esperan escribirse a pesar de la censura. Después de acabada la última epístola, me he dado cuenta por fin que las palabras le eran impracticables, porque más no ha escrito, ni siquiera para refutar los nones de esa condena. Queda claro, sin embargo, que ella simplemente ha dado respuesta a alguna pregunta anterior que desconozco a pesar del dictado.	Me imagino que a una cuestión aterradora, cuyo inmediato efecto ha sido la negativa a todo cuanto él quiso decir, sin que le importe en definitiva las secuelas de esa infundada sílaba. Por si fuera poco, siento que esa palabra ha desviado el posteo, pues él ya no escribe como antes y me es peligroso traducir sus pataletas. Se ha vuelto celoso con ella y ha comenzado a tratarla como si cada vez estuviese más lejos, tanto como si las palabras pudiesen gritar. [Nuncio: A, 2]

Al borde y un paisaje en frente, hálito septentrional, MMXXXIII



Desempleo y agonía. en soledad

Androv Nicolai, al que inicialmente se identificó por error como Adhmir (nombre de un h mano suyo). nunca ponto que éste seria el último viaje de su vida, Un viaje que, además acabarla solo. Hizo todo lo contrario: viajó a Krepé ron su mujer y su hija pensando que és· seria le ciudad de las oportunidades, la soltad· sus miserias *y el* camino para una vida me· Pronto, las promesas hechas por un desalr· que le prometio trabajar en una fabrica de pape! y un piso de alquiler se hicieron añicos. En la calle y sin dinero, tuvo que ganarse la vi recogiendo chatarra, vendiendo refrescos e, incluso, mendigando por la calle.

Su situación se tomó extrema cuando quiso buscar los medios para retomes a Murphia, sir. poder mas que trastornarse e incriminarse en casos contra el orden público. Su hijo de trece buscó ayude en las instituciones de Krepé al tornar conciencia del estado de desesperación exrevine que habla alcorado su padre. Por desgracia, ella era menor y no consideraban sus reclamos sino estaba acompnada de las progenitores.

Sise duda él queda llamar la atención sobre su OSO: queda volver a su ciudad C011 su famili. Pero el acto de protesta *tele* fue de las man(Tras rociaste al cuerpo con una botella de gasolina, encendió un mechero y su cuerpo ardió. La rápida actuación de su mujer, presente en el lugar, y de dos agentes de la Guardia Civil evitó que muriere en el ecto. Fue trasladarlo al Salón Hospital, en estado crisis, Desde el principio, los pestes médicos no fueron muy esperanzadores, al punto que su hija traducía su angustia en estas palabras: "Si se muere, yo me mato. Finalmente cumplió su cometido, junto a su madre, dejando en soledad al desahuciado Androv.

EL DIARIO AZUL
EL MARIO AZUL

En definitiva está será la última carta de la estación, el nuncio me confirmó un viaje para las épocas últimas de la *gelis nevisca.* Entonces, **si algo extraordinario la** motiva, no podré recibir aquello suyo sino dentro de una **treintena. Ése el obstáculo** de vivir encadenado a un cuerpo que rebosa de soledad, **sin apuro alguno, por los** segundales de un tiempo otro. Miento.

Le escribo porque se me permite, digo, ahora que debo recuperar con **ejercicios los** últimos estragos del menguante. Es mejor que sea así antes que deseche el fuste de estos íntimos apuntes tomados a mi vuelta de *Novella.* Una pequeña arteria ha sido ayer la víctima, quizá a consecuencia del largo viaje, infinito si considero **los** deslices de tan ataviada realidad —de tanto apego a lo absurdo. Con decirle que la obesidad y la invalidez proliferantes no fueron lo único que me impresionaron, incluso más la maquinaria que disuade la situación de nuestros cuerpos regordetes o tullidos. Eso lo noté apenas llegué a las flotas aéreas que han perdido la uniformidad de sus interiores y ahora —al menos en el sector de lisiados— cada asiento, cada cápsula es independiente en su uso. El *in—transit ticket* tuvieron que reservarlo mis niñas con tres semanas de antelación, para que instalen las mínimas necesidades que este cuerpo terco y mío requería. La vitalidad es insufrible salvo alguna tonta enfermedad que se le impregne, pero es doloroso ver cómo una máquina instalada a tu medida espera rescatarte de la discapacidad, del averno de la incompostura. No **he de contarle los pormenores, basta con que se** imagine el sofisticado sistema que han instalado para mi sexo difunto que por estos días secreta los vicios por el ano.

Entre su cuerpo y el mío no hay secretos, somos liberales en ese sentido, no **hay** tapujos a nuestras heridas ni oscuridad ante nuestra sentencia. Ya lo mencionó usted alguna vez en ocasión de describirme la delgada piel que divide sus venas muertas de aquel triste esmalte de níquel, placa invasora que en combinación con sus huesillos le han devuelto las circunvoluciones. Al menos no nos pasamos el **día** lamentándonos. Tampoco hablamos hoy de accidentes, nuestra biología ya ha procesado esta vaga información y nuestros genes han cotejado en prenda estas malformaciones, estos falsos cuerpos... Lo cierto es que el bolo alimenticio **repica** la vida en los estómagos sin importarle la sordera o cualquier otra mutación de **la** existencia.

En el viaje de vuelta, que preferí hacerlo por tierra, apunté la que quizá sea la situación más triste y conmovedora: la soledad de un cuerpo alcoholizado que se resistía en los asientos del *expresso* sin mayor esmero ante la cobranza. Era una mujer de mediana estatura que se había apoderado de la cámara de engazze —la única del vagón— por la sola reliquia de un ventilador insulso que me parece le espantaba las moscas. Sé muy bien que exagero, pero al lumpen se lo mide no por las tasas de desempleo ni por su narco dependencia, sino por su volumen real y concreto que imprime la tragedia de la supervivencia en cada rincón y estero. Esas personas —que han fermentado el liquido vivir— son las primeras en ampararse **en** esas máquinas del status moderno, haciéndose de las últimas sofisticaciones que terminan ahuyentándoles el hambre y la miseria. Lo mismo que la droga, que los

jóvenes utilizan como un símbolo más de su protesta, las máquinas son un llano elemento de los gobiernos por sofocar a los disconformes y rebeldes que se calman tras un *pipe* de marihuana instalado en algún andén del Metro —alucinando otras instancias. Ni qué decir del *Crack* o del *Grease Gun* que reprimen también el discurso de los potenciales. Solitarios o abominables es a cuanto tienden hoy las gentes, las piezas del museo futuro. No creo que usted piense distinto, a pesar que el curso de sus días ha desaparecido de tanto mirar para atrás, a un lugar desprolijo y sin nombre que parece que aún le pesa. Vaya alguien a saber si algún otro aparato mece hoy su cuerpo.

Ya le digo, no me animé a hacer un inventario minucioso, pero —lo mismo que en las ferias transexuales— hoy por hoy las ridiculeces abundan. Como en el *chindogu,* la oferta radicaliza la demanda, haciendo de las compras y usos un descontrol marcial. La preocupación total por las tecnologías a favor del individuo ha hecho de las últimas invenciones un completo fracaso muerto en las cuchillas de las trituradoras que las desaparecen de la edición mundial. Esta mecánica general nos ha importunado la muerte, de tan amargo sueño y el amague de la vida, expósito vitral de la espera.

Durante el viaje he visto cientos de estos objetos, especialmente al pasar por *Bothe,* zona franca de los inventores donde todavía se aplican alguno de estos artificios. Lo he notado en el bus de trasbordo donde una empleada pública descansaba en los pasillos sujeta de un casquete que incorporaba en su detrás esas gomas de los baños que se cuelan a cualquier superficie, un pasamanos por decir algo. Sujetadores que sostienen rollos de papel en la cabeza para los acatarrados; anteojos con embudos para el colirio; ventiladores anexos a los cubiertos para enfriar la comida; umbrellas con nylons que acompañan la caída de las gotas, en fin, el libre delirio del artesanado.

Con todo, noto en ello —aunque a momentos reniego de mi propio pensamiento— un acto altruista contemporáneo, toda vez que estas creaciones buscan satisfacer alguna necesidad, mas nunca una patente que subvencione el ingenio de su autor. Y hoy, que estamos en pleno auge de los inventos, de esa correlación innúmera de artefactos, habrá que encontrar el sentido a esta herencia del *Post-Progress.* Como verá, aunque cueste decirle, estamos encaminados en la dirección diametralmente opuesta al cuerpo, sin algún reparo que nos evoque. Eso no me interesaría en lo mínimo si no temiera yo mismo caer en el olvido, absorto en la vejez y arrobado en mis defecaciones.

Que no escriba no significa que no exista, ya está usted enterada de cuanto me imposibilita escribirle por un tiempo, mas no dude en rehabilitar la encomienda, que poco trabajo es la muerte.

Venas que no manchan, pulsión sin medida...

K.

ínfulas de la acuarela, medianías norte, MMXXXIII

No esperé a que regrese el nuncio, a veces escribir es un ejercicio más para el cuerpo; él transcribirá las pataletas de mi caligrafía. Si la voluntad sola no me alcanza, mis niñas trajeron una hermosa grabadorita de *Krepé,* que me es fácil de utilizar y ya me entretuvo en ocasión del último menguante. Por este motivo, tal vez esta carta —más que ninguna otra— sea lo más inmediato a mi voz; la escribo casi como si tuviera *masmédulas* en la mente y un circuito cerrado entre la garganta y el papel. Hoy es el primer día del equinoccio *primaveral,* esto me significa un cambio en los ejercicios matinales. Antes debía intercambiar las poses con breves calentamientos de partes que fáciles se entregaban al frío o a algún desagarro, como las rodillas, los hombros y los talones. En mí, esos recodos permanecen deformes, más allá de la constitución firme y prolongada de alguno de los cartílagos. Estuve esperando los *rayos mellizos* desde hace más de una semana, pero nada de ello ha permitido la última borrasca. De hecho, recién dentro de unas horas me será posible recibir el sol desde el terraplén que tiene una entrañable visual del *Monte Mayor* que se oculta del lado este de las plantaciones de jengibre y alfalfa. Esa superficie no me pertenece, en realidad la casa es bastante pequeña, pero ahora que los ríos descongelan, los niños dejan baldíos esos espacios rurales en los que antes diseminaban sus cuerpos con locura para bravuconear en las aguas del *Estanque Poukner.* Es lo último que queda de natural por estos sectores, eso y la soledad. Por lo demás los jardines temáticos se han reducido a malezas residuales entre condominio y condominio, y los antiguos viñedos se han trasladado a las villas periurbanas cercanas al *Flanco Berol.*

La *primavera* siempre se dejó narrar, los bocetos que acá le entrego son mínimos, o será sólo el hecho de que es esta estación en la que no me restrinjo a la habitación y satisfago la buena voluntad de mis extremidades. Todavía el viento ensabana la noche, pero es innegable cómo el movimiento de las flores (mando traer siempre algunas del almácigo apenas llega el veintiuno), el verdeo de los patios y la resolana mañanera crean otra atmósfera en la habitación. No exagero, pues incluso mis metales y artefactos de mano brillan una nueva dimensión, algo improbable en el bronce del otoño o en los grises del invierno. Personalmente gustaba en mi juventud de esos largos días de noches eternas, cuando el sol apenas pestañaba, incluso por presunción poética: el encierro y las largas lunas eran materia prima para algún verso y moción *sine qua num* para escribir —según decían algunos faltos de actitud. Ahora prefiero develar el mundo de extremo a extremo y dejar que las musas de la noche se acuesten con los sueños monocromáticos en alguna de las camas que simula mi cuerpo. Reconozco, de todas maneras, que los *inviernos* —me refiero a la acumulación de ellos— son las temporadas que mejor alimentan al poeta con los símbolos siderales de la belleza, esa sigue siendo mi hipótesis de cómo algunos grandes escritores salieron de estos lares; pura anatomía: en invierno las vísceras se comprimen, el corazón late melancólico y el exilio de la oscuridad escribe enormidades, sin cábala ni intervención divina: las vísceras lo son todo.

Otro hablar es cuando uno entra en la edad adulta —y más aún en la enfermedad de no poder escribir más que a dictado—, el cuerpo siente la violencia de esas

jornadas en penumbra. La depresión no es rara en estos lugares, tanto que el intercambio social (siquiera el roce espiritual) es pura casualidad durante la *gelis nevisca.* No puede ser de otra forma con temperaturas tan bajas y con la actividad tan trastocada a consecuencia de la oscuridad y la nieve. Confío en que la nueva ley que otorga tolerancia a los trabajadores que deseen laborar cinco horas en casa y cinco en la oficina presente los resultados esperados la semana que viene. Los derechos laborales son —al final de cuentas— derechos del propio cuerpo y con él, señora, tenemos el más grande de los deberes.

De todas maneras, esta *gelis nevisca* no ha arrojado cifras tan alarmantes como hace dos, cuando más de una docena de personas perdieron la vida en soledad y a causa de la extrema depresión. Estos últimos tres meses han sabido perdonar varias vidas, la mía inclusive, por la cantidad de menguantes que soporté, aunque respecto a la depresión no tengo problemas, el frío me obliga a moverme y me reproduce facultades para las que me creía incapaz. Sin embargo, un simple resfrío puede alterar terriblemente mi biología, eso me reveló el glaciólogo, por eso cuando salgo a mis consultas aprovecho los *capwheels* que se disparan en cualquier dirección y son mucho mejores que las ambulancias, eso sobre todo cuando siento el cuerpo entumecer.

Esta época es otra cosa, los ánimos cambian y parece que todo volviera a la normalidad. Particularmente me alegra el alma sentirme entre el color y la brisa del ambiente, aunque el calor implique siempre una más lenta cicatrización de mis lesiones internas, incluso la pus se hace impredecible. Ya le comenté que prefiero escribir de día —llamo escribir a esa operación con el papel y mucho más—, en parte porque el nuncio me visita a esas horas (aunque a veces mis dificultades en la lengua lo entretienen hasta que atardece), pero en esta época del año me despierta escribir hasta tres veces por día. Usted es mi más cifrada confidente, pero tengo algo conmigo mismo y con personas que se me vienen a la mente ante alguna situación de anécdota semejante. Recientemente, por ejemplo, recordé a un compañero de la *Fábrica Stetta de Césped Sintético* —donde trabajé por sólo dos meses, ¡imagínese mi memoria para con los colegas!—; resulta que este amigo era un ambidiestro consumado, no sólo de aquellos que de casualidad pueden escribir con las dos manos o jugar a la raqueta indistintamente. Él podía incluso llenar dos reportes de una, manejar las máquinas de pegado y secado simultáneamente y logró ser el encargado de controlar los aspersores, temperaturas y consistencia de los cinturones X y Y del galpón central de parterres que por definición son distintas (espero que se esté imaginando de qué tipo de fábrica le hablo). Además recuerdo que siempre se paseaba con un *rubik* en la mano desocupada para satisfacer su soltura. Creo que también salió de la Fábrica poco después porque no le concedían el doble ítem que tanto exigía. Nada raro que se haya salido con la suya y de pronto recaído en alguna imagoría o de repartidor en un casino.

Cuento todo lo anterior porque mi mano izquierda[3], natural a mi escritura y demás manualidades, es justamente aquella que ha mermado su función por el *Tílger*, y escribir con la derecha es muy difícil por la llamada refracción que imposibilita el

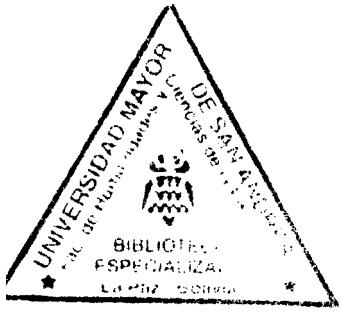
[3] Esta confesión permite deducir que debido a una remoción a la altura del hemisferio izquierdo (dominante para el lenguaje) se produjo una virtual hemiagrafia, alterando la escritura con la mano izquierda y dejando intacta la habilidad para escribir con la mano derecha.

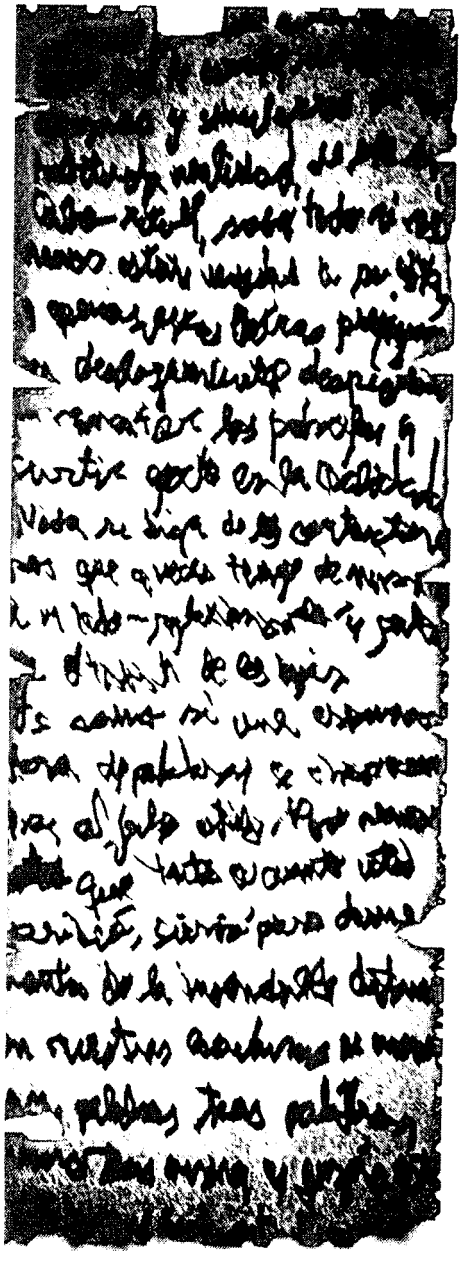
órgano simétricamente opuesto. Me ha pasado con las muelas que de par en par fueron dejando las cavidades más profundas y con mis hemisferios del cerebro cuya corteza se ha debilitado en la región parietal media. Los exámenes *y rayos Gamma* así lo demuestran, por eso tengo cierta susceptibilidad en divulgar alguna dolencias en mi cuerpo, peor si son interiores, prefiero yo mismo figurar mi vaciedad y punto.

En mi casa preguntan a quién escribo, me fastidia que lo hagan. Acaso no saben que o se escribe a nadie o a todo el mundo, esa la irreversibilidad de la escritura. Ahora me he servido de muchas cosas, desde los torpes intentos con el dedal y la pluma, hasta mi *tampón* y finalmente el *código,* y nada raro que dicte unas líneas más al nuncio. La carta que tiene ahora en sus manos es sin duda la reconstrucción fortuita que él debió realizar. Espero que la *nona estación* le haya traído parabienes. Acá amanece todavía a las siete y cuarto, de seguro allá gozan de un cuarto más —si se anima a abrir la luciérnaga y los ojos. Tal vez no debería quejarme: la habitación a la que me mudé derrocha los primeros rayos del sol casi con exclusividad, eso es bueno para la soledad que derraman los sueños contundentes de una noche hambrienta de escribir.

Crímenes en el alma y un sin fin de crepúsculos que se abalanzan fuera de sí, no me !ea entrelíneas, soy cuerpo presente...

K.





Distancias de su nombre, aurora láctica, MMXXXIII

La fecha es correcta, aunque una vez más no acierto en dejar de escribir, digo, a través de esta espumeante experiencia de suplir al nuncio y encomendarle la tarea de transcribir estas que parecen más rúbricas que otra cosa. Sé que algunas palabras no tienen destino, son sólo destellos dactilares que dicen nada, que se acostumbran al solo deseo. A pesar de todo, ellas hacen dato de mi realidad, de esta armazón virtual en que se confunden el pésame y las letras. Con algunas partes de mi cuerpo no se puede, mas esta avanzada crónica nunca será una *vía crucis* si interpreto que mi cuerpo sólo se ensimisma en pos de un equilibrio inmenso, en el punto medio entre la mera subsistencia y una *autoencamación,* por exótico que parezca. Eso sí, esta vez mi organismo ha respondido muy bien a los 44 de temperatura, tanto que las ampollas me permiten suavizar la caída de la pluma y eso —por lastimero que parezca— me facilita concentrar el dolor de las articulaciones en las burbujas de pus y de ahí derivarlas a la pluma que las descarga con hermosura en la superficie del papel sábana, un proceso físico y químico con bastante lógica, aunque biológicamente irreverente. Mi mejor esfuerzo quedará intacto al nuncio, recordaré decírselo antes de la entrega.

No es poca cosa. Ocurre que ante los pensamientos últimos y la ausencia de mi primer confidente, he tomado por obsesión escribir y leerme, así por así, aunque el acto se ha vuelto tan patético e íntimo, que escribo casi con la misma actitud con la que cualquiera de nosotros hurga el cuerpo en lugares que sólo uno conoce y con el ingenio que todos demuestran ante una situación ridículamente engañosa, como limpiarse el *ánodo* sin papel, o sustraer con cuidado el miembro de una vagina creyendo que este ademán prevendrá a los espermatozoides de una ovulación no deseada. Esta obsesión ha confirmado nomás que mi cuerpo ha cambiado, es casi el de un niño que tiene a los garabatos por bien. He logrado dibujar algunas letras, pero me mantiene tan tenso hacerlo que he debido matar algunos glóbulos blancos, que son los que condicionan la escritura, ¿no es así? Me he llegado a preguntar incluso si aquello que no se deja leer es escritura; quizás no, al menos soy testigo de que mis manchones guardan voluntades inimaginables de serlo, simulacros a trasluz que sufragan maneras y parabienes. Mis mejores intentos nacen de un leterín que traslada mis trazos al papel, pero eso me deja la sensación de que no lo estoy haciendo, de que no estoy escribiendo.

Por eso mismo —habiéndole propuesto a mi creatividad monólogos y cosas parecidas sobre mí—, me he convencido que la idea del nuncio de retomar conmigo su antigua práctica de novelar vidas no es nada mala, menos en mi caso y en la situación en que se encuentra mi vida. Lo decidí además porque hay momentos en que oigo su silencio —el de usted, digo— y todo lo que escucho es precisamente ese silencio, sin ningún tipo de distorsión que intranquilice el funeral de pasiones. Si al menos hubiera un zumbido que hable de sus miserias o un viento que me reproduzca el esfuerzo consumado de sus labios, entonces cenaría en paz con la soledad, pero eso no ocurre, tanto que me enloquece el hecho de imaginarla a todo color pero con el volumen bajo. Yo no quisiera riña parecida para alguien que desee leer mi vida desde su abstracción, por eso creo que es esta época en la que

la casa se queda más sin almas —además que mis niñas viajan y viajan— cuando mejor tratamiento puede recibir mi memoria. Se lo haré saber al nuncio apenas regrese, y aunque él hace fábulas enteras en menos de una semana, mis complicaciones le retardarán al menos el triple. Intentaré que estas dos últimas misivas lleguen con cierto ritmo: no hay vuelta que dar, Octubre se irá tras la espera.

La vida pende de un hilo, la muerte de cuatro, es una marioneta que resalta la figura,

Hasta que renueven la esperanza...

K.

10

Parsilerías de su nombre, meridiano sénsibil, MMXXXIII

No es mera casualidad que converjan mis cartas en usted. Le anticipé que no le escribiría sino hasta la *Tetria Novembre,* pero lo hago toda vez que el nuncio me ha insistido hacer carta de lo que charlamos a su regreso -sobre usted, claro. Nos pareció importante romper la confidencia y hacerle saber algunas cuestiones que siempre me han rondado la cabeza, pero que por algún motivo (el receso quizás) nunca las creí dignas de una epístola como las que acostumbro. Por esta vez descreo de la religiosidad de mis cartas, aunque es una licencia que debo tomar por esta única ocasión, de lo contrario perdería sentido escribirle. Lo hago además para confirmarle mis planes hasta antes del *solsticio* de *capricornio*, es decir, entregarme por completo a la escucha del nuncio y que él haga texto de mis anécdotas y pasados. En vista de que todo comenzará recién en la siguiente sesión, envío la que será –ahora sí- mi última carta en mucho tiempo, enfatizo lo de 'mucho' porque me parece una eternidad faltarle una treintena.

El nuncio no me cuenta mucho de su vida privada, pero grandes son las cosas que averiguo de su personalidad y de su juventud en nuestras conversaciones. Él es paciente con mi voz, ya que a veces incluso tartamudeo, en otras me ayudo con las manos o con algún gesto que me recuerda lo versátil que puede ser el lenguaje. De momento le impactó el hecho de que haya yo intentado rayar algunas palabras y completado casi una decena de cartas a distintas personas durante el tiempo que él se ausentó. Fui valiente en mi decisión, aunque debo decir que noté en él una efímera mirada con lástima hacia alguno de mis originales. Convenimos en que él las reconstruiría según las indicaciones que yo le diese respecto a ciertas dificultades que tengo para completar letras como la t y la q, o algunos diptongos como oa, iu que me son complicados de hilar. En fin, él ha registrado mis palabras en signos y códigos independientes incluso de la grafía original, obviamente en la idea de descifrar estos palimpsestos. Me aseguró que no es la primera vez que lo hace, pues ya antes trabajó en el *Departamento de Cartas Robadas* de la *Estafeta Nacional* y ahí -me dijo- hay que lidiar con todo.

Pese a que he pasado algún tiempo sin verlo, me ha revelado que ninguna carta vuestra ha llegado a su despacho y que la cabina postal de su manzano se mantiene vacía en el número 33 -el que le pertenece-, como de hecho ha ocurrido en los últimos seis meses desde la más reciente de sus misivas. ~~Me depreda resonar nuevamente ese 'no' en exequias.~~ Y ahora que mis esperanzas de recibir respuesta suya son bajísimas, desperté la sospecha de que en alguno de sus posdatas me notificaba sobre algún cambio de dirección, algún viaje o cualquier pormenor parecido. No fue así, pero me entretiene pensar en esas absurdas posibilidades que justifiquen la sin respuesta de sus manilas y ahora ni siquiera eso. Tal vez estos meses anda ocupadísima y entregada por completo a actividades más importantes que escribir. Lo reconozco, a veces la gente que no escribe es más práctica y experimenta el mundo en su más inmediata dimensión. Yo no soy así, por eso mi criterio del mundo está en aras de coronar alguna meta, prefiero en tanto mantenerme íntegro y absoluto en el ciclón de palabras que encierra mi cuerpo.

No sé por qué le explico esto, ya debe usted saber. A veces me gustaría averiguar qué hace usted con tanto tiempo libre, o es que me estoy dejando llevar por el estereotipo de la mujer con su futuro asegurado que se sienta frente a la tele y desperdiga en su sofá los diarios pasados y las comidas inodoras por tantos días de dejarlas posar. Cuando alguien no tiene tiempo para escribir es porque le falta tiempo para leer, lo he comprobado en amigos a quienes creía desconsiderados y de quienes luego envidié su cultura. El nuncio nunca me ha lanzado hipótesis sobre su paradero ni pistas sobre su vida diaria hasta hoy, cuando acordábamos en qué fechas le entregaría aquellas cartas que escribí en su ausencia y que al leer ésta serán parte ya de las antiguas.

Si bien él deposita mis sobres en su departamento siguiendo una técnica de antaño que me fascina, lanzar los manilas por debajo de la puerta, cosa rara en estas épocas donde lo único que hay por abrir es el *e—box,* nunca me ha contado de algún encuentro con usted, ni siquiera alguna situación que le haga saber que estaba en casa. Ya me lo previno usted la primera vez, tras haber franqueado mi primera misiva con código postal, estampilla y todo ese rigor: 'hágame el favor, si quiere escribirme, mándeme sus recados a la dirección...". Así hice desde entonces, pero me intriga su invisibilidad y el hecho de no saber de usted más que de Padow, el hámster enfermo de mis niñas, o de alguna fechoría de la cocinera en estas temporadas cuando las berenjenas sentencian el menú. No quiero ser ingrato, las pocas cartas en las que usted me ha respondido las atesoro entre el remanente y la penumbra, allá donde el sagrario de palabras que vuestra mente postula guardan testimonio de un colosal silencio. Todas ellas, sin embargo, hablan de un pasado que bien puedo recoger de las crónicas o de alguna situación nueva irrelevante, como la vez que me contó inextensa su erudición sobre los cementerios de la ciudad y cosas así.

Al nuncio también le provoca saber algo de usted, pues al final de cuentas él también le escribe y sabe absolutamente todo sobre nuestro carteo, salvo, claro, un par de textos vuestros cuyas palabras me pertenecen eternamente. En este momento él me hace un gesto de condescendencia que yo apruebo describiéndolo en mi relato, no puede ser de otra manera, él siempre respeta mi dictado hasta que acabe, recién entonces me lanza algún comentario o despeja sus dudas. Él no encuentra nada extraño en nuestra comunicación, es decir que le resulta normal hacer el servicio entre dos personas de las cuales una escribe mucho más seguido que la otra. Un ejemplo claro de ello es que alguna vez me confió que colaboró con un adolescente durante más de diez años (tiempo en el que obviamente envejeció), repartiendo sus cartas, relatos, poemas y demás a la misma dirección. En ese tiempo habrá escrito más de quinientas entregas a la misma persona y ésta jamás le respondió, hasta que un buen día el joven destinatario le dio la noticia de que se casaba por fin: todo resultó ser la correspondencia entre hombres que encontraron la ocasión.

Recuerdo que el nuncio me propuso alguna vez acompañarlo hasta su casa para dejar personalmente mi carta en el Barrio donde usted vive —en el mismísimo tercer piso de puerta blanca que él señala—, pero así como reclamo su presencia, me aterraría tenerla en frente y destruir de esa torpe manera mi ficción o como se llame este mi delirio por usted. Por eso quiero que esto quede sólo entre Ud., yo y

mi fiel escribano: nunca he sido afecto a las mujeres, menos ahora que agoniza mi sexo y que mi cuerpo está tan distante del suyo —y el corazón en distinta latitud. Nunca he sabido amar en el sentido lato de la palabra, sólo a los cuerpos —su destreza o belleza, nada más. Bastará decirle que mis niñas no son tal, no son mis hijas, aunque hasta el día de hoy ellas no lo sepan.

Termino abruptamente esta misiva, mi confesión la detiene, no le escribo más, hasta la siguiente.

K.

Sancrónimos y fémia vagarán, Lir brumal, MMXXXIII

Anoche me han zumbado ruidos, ¿será usted? No es hoy, sino mañana, cuando el cuarto menguante haga saña en mi cuerpo —no obstante, escribo. Como siempre, un sueño precipita la sensación. Demás está explicar mi indiferencia a los sueños, esa quimera infame que ataja la reflexión. No me he pronunciado todavía sobre ninguno de los anteriores que precedían la ráfaga y el mal, por simple estilo, creo. He sabido decir muchas veces que el sueño es sólo un espejismo arbitrario de la mente, una mancha falaz en la corteza o el suceso residual de un día agitado, cosa que no viene a mi caso, toda vez que vivo los días con recato. Odio en especial esa su dimensión ancestral que se me escapa entre sábanas, cuando emboto en el blanco de las cenefas los pasajes de esos sueños imperfectos que sostienen naderías, cuyo único placer es la utopía de colores inmensos, pero que desde la *aflicción cósmica* que padezco han sido siempre en mí a blanco y negro. Nada es lo que me produce, siquiera tratándose de una pesadilla, pues hay decenas de espacios vacíos dentro de un sueño que le permiten a uno escapar, dilucidando lo real de una forma en principio aterradora, mas luego con desengaño. En todo caso, un sueño profundo despierta siempre el apetito, que lo tengo esquivo los días anteriores a la consunción, ése el beneficio. No quiero ser impertinente, pero lo cierto es que entre soñar y —por ejemplo— afeitarme, prefiero este rito matinal que en ocasiones eriza sensaciones más verosímiles sobre mi piel que soñar —por decir algo— con un *roll-bus* aplastándome. Sostengo todo lo anterior convencido de la imposibilidad que tengo de alguna vez asir un sueño a mi medida: cabal e intacto. Sin embargo, debo confesar que este último sueño, que no debería escribirlo más que evocarlo, me ha lastimado de sobremanera: *la he visto.*

Verla, lo sabe usted, significa algo más que observarla; y aunque se lo narre con una serie de imprecisiones, no dudará de lo que a continuación le cuento. Anteanoche anduve arrastrándome en la sala obstinado en no abrir las cortinas que dan a mi jardín, que es donde se ve el firmamento limpio o en enfermedad; hoy la luna me saluda con el cólera amargo del Tílger, pero ayer, que todavía estaba en celo y festejando mi soledad, una *bruma de scarlata* despertó en mí cierta curiosidad y lancé una mirada indiscreta al horizonte oscuro e infinito que vagaba al sur. La delgada luz de luna apareció y no pude sino cerrar los ojos con temor y reverencia. Esta sola impresión me produjo un ligero contraimiento a la altura de mis rodillas. Hube de aplicar un sedante a la zona desaparecida, como si eso resultara importante, cuando de pronto caí despedido por un impacto que el lente de la ventana sabrá, hasta quedar distendido al borde de las máquinas de fuerza, que tienen un espacio suficiente entre prensa y prensa para acomodar mi cuerpo. Hasta ahí es donde recuerdo; ni siquiera hubo un amague de tenderme en la cama o arroparme con las mantas de liniers que tejo en la cintura. Luego fui raptado por los sueños. El alfombrado debió recibir mi impacto a placer, a contrapeso de los quilates que esas máquinas estampan sobre su superficie. En realidad, no puedo decir que soñé, pero advino algo a mi mente que mostraba una imagen opaca siempre en combinación con las prensas o la bicicleta. Lo digo porque el tablado retumbaba tras la gastada piel de la alfombra y los artefactos no dejaban de usarse.

No es necesario que explique que no fueron mis niñas, pues cuando trasladan mis máquinas de un lugar a otro lo hacen con el mismo desgano que a mi cuerpo cuando es preciso posarlo en el bidé, además que ellas jamás seguirían mi rutina pues son de un perfil vago y sus vidas no están precisamente dedicadas al cuerpo, tan solo a su piel, a la superficie porosa del placer. ¿Cómo sé que fue usted? Su silencio es un decir, en verdad sucede que el velocímetro de la bicicleta está hoy detenido en una distancia sin nombre que debió haberla marcado usted. No controlo esas cosas, pero es cierto que cuando pedaleo toda una mañana hago muchos metros pero ningún kilómetro, y mi aventura es —mientras más lenta y pedregosa— más obstinada. Pero es elocuente que el contador marque ahora cero, es decir que alguien de incomparable destreza sobrepasó las cien millas.

Tampoco creo en los fantasmas, creo en los cuerpos y su posteridad; sin embargo, el desenfreno de mis sueños debió abrir ayer un espacio amplio a su ceremonia, y este espacio dilatado (por eso mismo físico) debió interpretar como autómata la inconmensurable actividad de los aparatos, en especial de aquellos que simulan un desplazamiento imaginario. En ocasiones mis sospechas son falsas, pero debo acostumbrarme a estos desaciertos si quiero asir una realidad a mi medida, que sea correlativa a los trastornos de anoche y superlativa al simple fenómeno de la oniria.

Puedo estar tergiversando las cosas, y es que he estado pensando más en usted este último tiempo, sobre todo por el esfuerzo físico que representaba escribirle esas cartas ante la ausencia del nuncio, esfuerzo físico en que sentí desdoblarme a centímetros de usted. Es más, debí revisar algunas cosas antiguas para no repetir, de ahí mi reencuentro con su imagen, sus medallas y todo. No acostumbro a usar facsímiles, me imagino que mi transcriptor tampoco, por eso los recuerdos de lo que le escribo son pocos y condenan mi memoria a meros suspiros. Concluyo, por tanto, que debió infundirme temor el dejar de pensar en su nombre, hoy más que nunca, cuando debo vislumbrar una nueva misiva a su silencio. Esta mañana recibí un sobre; aluciné ansioso al sentir que podría leerla otra vez después de tantos meses, pero tan sólo eso; pronto advertí que el rojo y negro de la solapa me anunciaba una nueva cita con los neurólogos. Esos avisos no suelen llegar a mis manos, sólo me los notifican con un baño y la silla a control remoto.

En fin, parece que desvío la atención de esta carta, pero me fue siempre tan urgente escribirle que nació en mí un afecto especial a la visita del nuncio. Jamás viene en domingo, pero desde que le quitaron horas en la *Estafeta* me frecuenta aprovechando su tiempo y nuestra vecindad (tomó un departamento más pequeño a sólo dos *langs* de mi lugar). En verdad el sueño último me turbó, no debería creer en espectros, menos en los de gente viva, pero sí creo en mis máquinas, pues todo cuanto ellas sugieren obedece a mi dimensión, de eso no caben dudas. Asocio a ellas las reliquias de mi cuerpo y deposito en sus mecánicas los últimos espasmos de dolor, por eso me suenan tan símiles a mis vivencias. Si ejerciera la justicia, mis aparatos deberían acompañarme en las pompas fúnebres, pues ellos serán finalmente mis compañeros de senectud. No quiero dar más vueltas, al menos si sólo tengo a la fe por testigo y la convicción de que fue usted por quimera, pero lo que sigue es aún más confuso. No sé cómo explicarlo, digamos que una súbita sensación de muerte se apoderó de mi tras sentir esa efímera sombra litigante de

la que le hablo. Digo muerte porque la empecé a oler, y todo, absolutamente todo, era por el olor. No sé si mi sueño perdió su encuadre, o la bruma del terror se apoderó de esa imagen infundada, pero estoy seguro que las sensaciones todas se convirtieron a mi olfato. Soñaba olores, podría decir.

Desde niño nunca he creído en esas historias de horror que impregnan las bibliotecas escolares, lecturas en las que lo sobrenatural predomina y el susto es su único objeto; pero en esta ocasión sería insensato de mi parte negar cuán compleja era la situación en la que me encontraba. No supe apoderarme del sueño, como en anteriores pesadillas, en cambio me sentí inundado de aquello que olía. Acerté apenas en pensar que ese olor emanaba de algo en pudrición, que se fermentaba y llegaba a la inmundicia. Intentaba verme, sospechando acaso que mi cuerpo se ulceraba, que mi piel gangrenaba y que me convertía en carroña de mi propia enfermedad; pero no, ni un pigmento de mi piel, ni un solo rastro que asocie a esa polución a peste. Entré por un instante en razón, aunque mi lógica era demasiado escueta, pues resolví que por el solo hecho de haberla visto desaparecer e inmediatamente sentir aquel olor nauseabundo implicaba su muerte. Pero tampoco podía ver la muerte, sólo el precipicio infinito de la oscuridad, mas ningún alrededor. La había visto, sí, y la perdía de vista para pronto olerla fétidamente, casi con obsesión; nada más existía, ni alguna parte mía que pudiese evitar ese olor, una extremidad que me tape la nariz o una boca por cerrar, todo era en estado gaseoso, un perfecto y mayúsculo universo etéreo. Tampoco sé si se me aconsejaba la muerte, si eso que olía a quemado era el cuerpo en el que usted, pero la ausencia por completo de algún referente me entregaba rehén a un presentimiento volátil.

Cuando desperté, sudaba de los ojos. La mañana todavía era negra, aún así busqué —por necesidad— algo a mí alrededor, pero no, la realidad y yo estábamos tan quietos como siempre —abundábamos. Sé muy bien que la conozco en una dimensión distante, que quizás nunca supere la papelería que nos separa, aunque es inmediata la persona que me formo de usted por sus fotografías y recortes, por esos *cassettes* en que supervive su voz o por la hechura de sus pocas cartas. Y sin embargo, ni la radio ni los *scanners* me impiden hacer esta insoportable operación de respirarla. Acaso es prematuro decirlo, han pasado apenas unas horas de aquella alucinación, y mi escribano apenas acaso lo note, pero ese hedor está ahora presente en cada cosa. No sé que habrá muerto ayer en mí, pero no dejan de parar esas sensaciones fétidas ante olores que antes me resultaban aromáticos. Temo por mañana en la noche, temo por los dos.

Hoy, y sólo hoy, me vienen ganas de acercarme / de cerciorarme que vive; se lo digo no por aferrarme al espantajo, sino para que usted —por alguna vez— me espere...

A la espera de algún nombre, lo desconocido morirá...

K.

…el mismo camino, la misma extensión y similar tiempo nos dividen, pero es como si la matemática de nuestras distancias igualaran a cero y el marchamo de soledades dejase sentado que nada existe salvo la telepatía de miradas. Es muy tarde hoy, además es la primera vez que no releo sus cartas antes de entregarlas. Tal vez así ganen confidencia, no lo sé, pero estoy seguro que el haberme negado a hacerlo —por esta única vez—, es como si yo mismo fomentara la insoluble realidad, deletreando la imposibilidad y el infinito destino que aguarda a sus misivas... [Nuncio: A, 15]

Vísperas, jenusanto lumbrera, MMXXXIII



Le escribo —que es distinto a visitarla— y concluyo que sentirá por ello que su intimidad está a salvo una vez más, a salvo —digo— de mis vagas intenciones por asistirla. **No crea, lo hice, aunque no al punto de atacar su cuerpo a espaldas de** toda la **virtualidad que nos coliga. ¿Ya notó lo gris que están los días en la ciudad?,** es la melancolía de **las noches sin luz y algo más.**

Aunque restan todavía algunos días y un sin fin de procesiones repasan el complejo orden del umbral, este año se va con desmesura. Lo digo en parte por la acalorada batalla en que se sumerge mi cuerpo por encontrar su novísima identidad, aquella de la oscuridad, arte remoto de las sombras. Ya no quiero anticipar **a dónde corresponde esta carta, si será la última de este año o hay otra** en espera, lo cierto es que **mañana llega la** *Vera Nova,* **estación en que el trastorno de mi cuerpo —por aquello** del calor y la humedad— más pertrecha sus maldades. **No acostumbro a hacer cálculos del número de menguantes que asoman en el calendario, aunque siempre sublimo esa razón en favor del resto de lunas, de** blancos y verdes satélites en el derrotero galáctico. No es el caso, hoy es un día tranquilo, salvo —claro— por la agrura de mi más reciente epístola que se encuentra al borde del olvido, por eso escribo en un papel idéntico y movido por la misma turbación: mis palabras encierran una historia particular junto a usted.

Se preguntará por aquellos olores a resina en que mi olfato se sumergió aquellas semanas. La sensación era a la vez repugnante y elocuente, quiero decir que el olor era nauseabundo pero por algún motivo integraba una naturaleza perdida de mi cuerpo inodoro por su sequedad y lejos, muy lejos, de alguna sensación que atrape al gusto, con zonas de tacto perdido, desigualdades intratables a la anatomía y pigmentaciones borrosas que representan la transparencia insoluble de la mortalidad. En fin, las sensaciones continúan, aunque ya no siento asfixia, a lo sumo estas pestilencias provocan un gesto de repulsión por lo que ya mencioné: alteran los olores agradables en fétidos. Los médicos me lo han explicado, aunque como siempre su ciencia resulta bastante imperfecta como para entender los efectos que produce en mí el álgebra de la muerte en síntomas tan inmediatos. Obviamente no les conté lo del sueño, lastimaría sus impulsos y resultados el saber que asocio aquellos olores al enclave de la defunción, sentencia que he rebatido estos días en un afán por reconquistar vuestra presencia. El nuncio ha colaborado en ello y, según me cuenta, el sueño ha debido simbolizar nomás las instancias del recuerdo en que me sumí a consecuencia de los álbumes y periódicos. Nunca había pasado, jamás mis sueños perfilan la realidad, pero esta vez actué con zozobra en vista de lo precario de la situación y lo alarmante de las consignas de esa única imagen en que usted se diluía.

Los investigadores dicen que es la cacosmia, cuyo efecto es en reacción al Tílger. Según entendí (no les pego mucha atención, ya tengo bastante con aguantar su continuo manoseo, procedimiento salvaje que comienza siempre con un enema en que se supone expulso los últimos derrames interiores), esa noche ocurrió una pérdida a la altura de la cerviz —no sé si en la corteza, de ahí quizás el mal sueño—, cuya secuela todavía no he tenido la osadía de rastrear. Bien, según dicta el

informe, ante la urgencia de la hemorragia en el occipucio, la expulsión se precipitó por las fosas nasales, que eran el conducto clave para superar esta sinusitis. Entonces, la acumulación de costras nasales provocó la proliferación de gérmenes, y éstos la consecuente insatisfacción en el sentido del olfato. De todas maneras —espero que no haya sido mera psicología—, los doctores me aseguraron que si bien huelo constantemente a quemado o a aires viciados, pronto también existirán cosas feas que sepan mejor. Lo empiezo a creer, pues desde la semana pasada, paralela a mis sensaciones nauseabundas, siento mi cuerpo en estado balsámico, cosa que no ocurría desde hace mucho.

Los practicantes —todos ellos jóvenes científicos— estuvieron acá hace cinco días y, como casi siempre, no me han recetado nada. Lo sé, precisan la evolución de mi mal, para investigarlo, claro. De otra manera podría sentirme tranquilo y pensar en una pronta recuperación; pero no, debo asumir este compromiso —al cual estoy casi acostumbrado— de ver acercarse a la muerte sin remedio en un tiempo atónito que sin embargo disfruto. Ya se lo hice saber en bastantes ocasiones, la *L–Fost Laboratory* cubre todo por aquí, de ahí que mis niñas no hagan nada aparte de bañarme y controlar mis ejercicios, pues gracias a mi lacra hasta los cerdos de la estancia (que se supone tienen mi síndrome) reciben la subvención. No me quejo, la vida ha tomado este curso, no obstante los inmensos proyectos de juventud y los anhelos de un futuro bien intencionado. Más allá de todo ese discurso que siempre disimulamos para no quedar mal, creo hoy que ya rebasé la frontera de lo socialmente aceptado: soy ciencia, y las taras de mi cuerpo son el elemento fundacional de la *bio–ghost* o como llamen a esta rama de la defunción... ése es un estilo de vida, creo yo.

He pasado largos años así, descompaginando mi cuerpo, tanto que creo haber negociado con el tiempo un lugar de espera suficiente a mi existencia. El pánico de las primeras cirugías y la confirmación de los menguantes me han detenido en la mayor de las podredumbres humanas: la depresión y el abandono. No he entablado siquiera una presunta relación con el mundo —al que yo he devenido—, aunque me he preguntado cosas inigualables por la sola intención de saberlo ahí, donde el sol se oculta. Así, me cuestiono por circunstancias en las que jamás me encontraré, en deslices y delicadezas con los que la imaginación me agazapa. Pensar por ejemplo a qué altura estarán las aguas del *Grial* en esos templos sagrados del Oriente, cuántas músicas sonarán al ocaso en los campanarios de la plaza mayor de *Brugge,* en qué territorios morirán las pandillas del *Chicago Mosh* cuando la policía las veje, hasta donde llegarán los molletes de los campos iraníes en su aventura por el *Zsajar,* o si en el metro de *Southampton* alguna vez departirá la soledad por el andén tres... y otras tantas nostalgias por lugares y situaciones que nunca conocí, pero que me corresponden por su abandono. Siempre lejanías, lugares que logré asir en los mapamundis y en el goteo magistral de logaritmos, *celtas y deltas* que refluyen en mi conciencia, escaparates saturados por la reflexión y el simulacro. Por eso mismo su imagen me es todavía inconclusa, como si estuviese en un lugar anegado a mis viajes. No obstante, me embadurno con la efigie de su cuerpo; si sólo a usted tengo, es porque he menospreciado todo lo demás. La fisonomía del mundo está empañada por su rostro; la gente es para mí algo insólito, aunque debo reconocer que si el aparato social no estuviese ahí jamás sería lo mismo. He olvidado por completo los nombres, si hago un apunte de

lugar o de persona, es siempre en detrimento de su palabra original. Quizás Abril o Khenzo no sean más que un amague del tiempo y sus palabras. Quisiera ser una bala perdida en la escena mundial, pero ahora obedezco sólo a la postración y al escondite minúsculo de mi cuerpo, que habita como cualquier otro la vegetación de un lugar abolido.

Épocas recientes me han levantado los ánimos, no creo sonar aburrido como esas veces en las que escribía hojas insustanciales e íntimas, creyendo coronar con mi falsa agonía un lenguaje póstumo. Hoy me encuentro firmemente convencido que cada cosa que pasa en mi cuerpo es —ni más ni menos— como un titular amarillo del periódico o la noticia de la fecha para el mundo. En esas cosas me distraigo, y claro, en aquellas —como usted— que viven, por decirlo así, el empaste de los libros. ¿Recuerda que alguna vez sugerí haberle escrito junto a otras tantas personas?, nada de eso es verdad, son sólo existencias franqueadas en mi mente, pura palabrería. Mis epístolas —si conviene el término— se resumen a las que usted recibe y a alguna otra sin destino.

No quiero terminar. Fantaseaba ayer con que usted me aguardaba, como sugerí en la última línea de la anterior misiva; parada en la puerta, refregando las cortinas con la mirada o atenta a algún sonido ajeno a la ausencia. En verdad, nunca me decidí, quiero decir que si bien propuse al nuncio una salida, ello hubiese significado que me desligue de la mampara que nos separa y así develar mi cara y cuerpo, cosa que no quiero ante una persona con la que he intimado sin la intervención de nada que no sean las palabras. Lo tengo ahora mirándome, haciendo una operación con la escritura que espero no exima esta anécdota del prontuario y la correspondencia. En fin, ante esta situación preferí —como siempre— que sea él quien me informe sobre el despacho de esta carta más su recepción en vuestras manos, para así desmentir aquel terrible presentimiento. Si los resultados despiertan sospechas incluso en esta entrega, no digo que me veré obligado a buscarla, pero tendré que soportar nuevas intrigas.

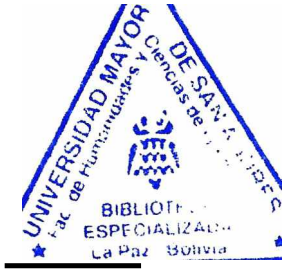
Ah!, lo olvidaba. Faltan pocos días para la *Natividad,* fiesta que en casa festejan con holgura. El pesebre donde descansa un cuerpo de yeso entregado enteramente a la sabiduría está en el hall de mis hijas[4]. Acá no tenemos niños. Esteva tiene cuarenta y cuatro y Zadha se acerca a los cuarenta; si bien la mayor sufrió dos divorcios, creo que en ella —más que en la menor— para hacerme de un nieto. Zadha parece guardar una aversión a los hombres que le hace imposible cualquier contacto, o será que practica un fetichismo que no es de extrañar en una ciudad en que la población mujeril es abrumadoramente superior. Bueno, si bien esta fiesta ha cambiado bastante los últimos años, su esencia sigue siendo el consumo y los niños. Al no haber ninguno acá, rescatamos hasta donde se puede la tradición cristiana tan venida a menos después de las declaraciones entorno al nacimiento de Jesús. La *Noche Buena* suena a lujo, y —según comentan mis niñas— son pocos los vecinos que siguen festejando el veinticuatro. De hecho, yo no comparto su celebración, pero al menos estar en la mesa con mis niñas hasta la media noche tiene un buen fin: resume nuestras vivencias del año tan esquivas a nuestro contacto diario. Ahora bien, según sé, usted abandonó toda religión

[4] Debido a que el Señor K. nunca utiliza la palabra "hijas" para referirse a sus niñas (puesto que son adoptadas), se presume que en esta parte el nuncio insertó el cambio por una cuestión de mero estilo.

después de aquella fatídica operación, pero no está demás creer que se refugia por lo menos en las vísperas, que son lo más hermoso de la *Natividad*. Lo digo por el ambiente que refresca un no sé qué tan agradable. Es todo, recordé la fiesta de sopetón; no la felicito, usted sabrá...

Cada que el mundo suene, el repique de las campanas solas morirán...

K.



Tempo umbreve, zodia constelaciones y venidero, MMXXXIII — IV

Demente el hombre aquel que cree en el tiempo sin una dádiva minúscula a su genética, sin un mínimo de observación al verdadero motivo de su defunción. Si de veras existe temporalidad alguna, ésta se funda en una dimensión equívoca, por algún movimiento decano que nos confunde, por un retruco biológico que desdeña las cosas haciéndonos especular que todo transcurre —que se corroe. Comienzo de abrupto con estas palabras, pues de eso dialogábamos con el nuncio antes de redactar esta misiva; y hoy, que es último día del *treinta y tres,* no es asunto menor hablar del tiempo y cosas otras en prórroga —en completa y aparente mora. Discutíamos el punto en duelo algo silencioso cuando las campanillas de *en punto* condenaron nuestro cuidadoso bagaje. Cuando pienso en las horas y en los intervalos que son nuestras vidas no hago sino ahondarme en la confusión. Desde mi enfermedad, vivo pendiente de las lunas y a lo sumo las estaciones traducen en mí los síntomas de una prolongación histórica que jornada tras jornada anega la muerte. Escribir es a la ausencia lo que el huso horario al tiempo: desacato acérrimo al olvido; empero, toda carta es tránsfuga, y esa es quizás la única constancia que tengo del tiempo, un reloj de papel que estrujo para figurar el correr de los años. Desde que a usted, a nadie más he escrito, olvidándome del posteo con algunos amigos que la distancia extravió: la soledad no es una distancia, es un lugar abolido sin tiempo y sin espacio, ahí confluyen la melancolía y otros bajos sentimientos de personas que hacemos homenaje a la ausencia. El nuncio lo ha perdido todo, no hay familia que le reste, por eso su presencia me ase; y usted, ni qué decir, ingrata con lo que le queda de vida. Me la imagino en todo momento, ha de haber cambiado sus uniformes blancos y lustrosos por un luto imponente. Figúrese qué haríamos los tres juntos —frente a frente— si no un velorio de nuestras miradas entregadas al pánico y a la escena de una misma defunción que no llega.

Vea usted, ya acaba el año y si bien no hemos completado siquiera *catorce estaciones* carteándonos (aunque eso es un decir, pues nada de usted he vuelto a recibir desde las *pompas de otoño),* creo comprender que vuestra amistad es inmediata a mi clausura. Es improbable que vuelva a escribir de mi puño y letra algo para usted, los intentos últimos han sido nefastos y no es de extrañar que a futuro mis labios se conviertan también en un hemisferio raído por las carnes viciosas. Digo esto pues he intentado con mucho esmero reproducir mis palabras en el papel, pero se me han hinchado los dedos en breve lapso. Estará de acuerdo en que eso tiene remedio mientras el nuncio pueda interpretar el complejo sistema de mis ecos. Rara vez leo las últimas versiones que él prepara en casa, no obstante, las veces que lo hice —salvo alguna cuestión que creí no haber pronunciado— noté que él ha cumplido al pie de la letra mis intenciones epistolares. Deducirá usted que todo cuanto le escribo mantiene en vilo mi verdadera escritura, aunque recupera con preciosidad la diamantina de mi voz. *Bisbién*! Me siento alegre, no es para menos, el nuncio ha traído buenas noticias sobre su paradero. Me ensangrentaba el sentimiento a causa de aquel sueño, pero él me ha comunicado hoy que aunque no ha logrado verla, asegura haber escuchado una delgada voz tras su puerta, suponemos entonces que todo está en orden. Según me cuenta, la oyó conversar algo con alguien, por el *auricular* probablemente, aunque no me cuadra que anule su soledad de forma tan risible, prefiero deducir

que hablaba sola como se le da a cualquiera. No me comentó nada de su voz —salvo el timbre extraño que alguna vez oí por radio—, pero según él dedujo, confería *prósperos* a alguien y nada más. Estas averiguaciones no debería comentárselas, podría mi amigo ir a la cárcel por esta intromisión, pero si de esta única manera siento que da respuesta a mis cartas, entonces quedo complacido con lo que este espionaje me permite. No se preocupe, el nuncio seguirá dejando las manilas en completa discreción —y obviamente respetando su privacidad— y no se hable más del asunto.

Ahora bien, movido por los resultados del nuncio, he celebrado por la noche nuestras existencias (¡qué forma de llamarlas!) con unas *magdalas* y hoy haré lo propio con el nuncio, aunque el brindis de copas no pasará de ser simbólico. Además, me han llegado unos *licores de carmona* que beberé a placer. Le cuento, la costumbre por aquí —como de hecho en el resto de la región— es pasar la media noche lejos de casa, en función del cambio que uno quiera para el venidero. Demás está decir que yo no acato en lo mínimo esta costumbre, pero mis niñas... ellas ya deben estar en *La Novena* o en los lugares fronterizos a *Murphia,* aunque mal hacen en pensar que tendrán oportunidad en esas tierras donde la vida se ha hecho difícil a causa de las *papeleras.* Además que ellas son conscientes de que ahora están –más que nunca– sujetas a mí y a los patrocinios de mi enfermedad. De hecho casi nunca paran acá, salvo cuando los investigadores —que se instalan por unos días en casa y llenan la alacena— anuncian su llegada. A pesar que por principios no crea en el cambio de año, me quedo absorto ante esa sensación de trance temporal que prefiguran los griteríos, estruendos y marcados conteos, como si un verdadero fenómeno del tiempo los suscitara; ni qué decir del día siguiente, que pareciera renacer al mundo. Sin embargo, estos últimos dos años, debido a la restricción en el uso de juegos artificiales al cuarto de hora antes y después de las cero, las condiciones han variado un tanto. Esto ha motivado una práctica bastante comercial en pos de dar algún sentido al resto de horas y a canalizar el descontrolado alborozo de la gente: ver las constelaciones del firmamento que —según dicen– presentan grandes cambios esta noche. Totalmente falso, demás está decir que la galaxia es —a cada instante— un rincón para el deleite visual y su magia se reproduce en millares sin que nuestro vago calendario tenga algo que ver. Con todo, esto ha motivado la masiva venta de telescopios (de lo que me percaté en las fotos del *Jornal Paperfilia)* ante el fanatismo o manía de ver la luminotecnia del cosmos. No comparto el lado mercantil de esta costumbre, aunque no puedo negar que me encanta instalar mi viejo telescopio y darme a la tarea de esculpir fenómenos en los cuerpos negros de la estratosfera.

Por cierto, el nuncio ha renunciado a sus costumbres; son las *cero y un tercio* y está aquí para felicitarme; darme un abrazo es mucho pedir, pero cerrar el año escribiendo es algo que compartimos jubilosamente. Recuerdo que desde que lo conozco nunca —en las anteriores fiestas— me ha acompañado, por razonables motivos entiendo: a fin de año —pese al desarrollo de los *letterpress, e—box, layers* y otros— las cartas lacradas vienen mejor que nunca y los envíos —según me contaba— son inmensos, tanto que casi nunca lo he visto en diciembre. Esas cosas debe extrañar hoy, siento que la desocupación le ha infundido el desconcierto que ahora noto en su seño y habrá que ver si recibió al menos una postal estos días. En estas condiciones, seguramente él considera lo nuestro —mi correspondencia a

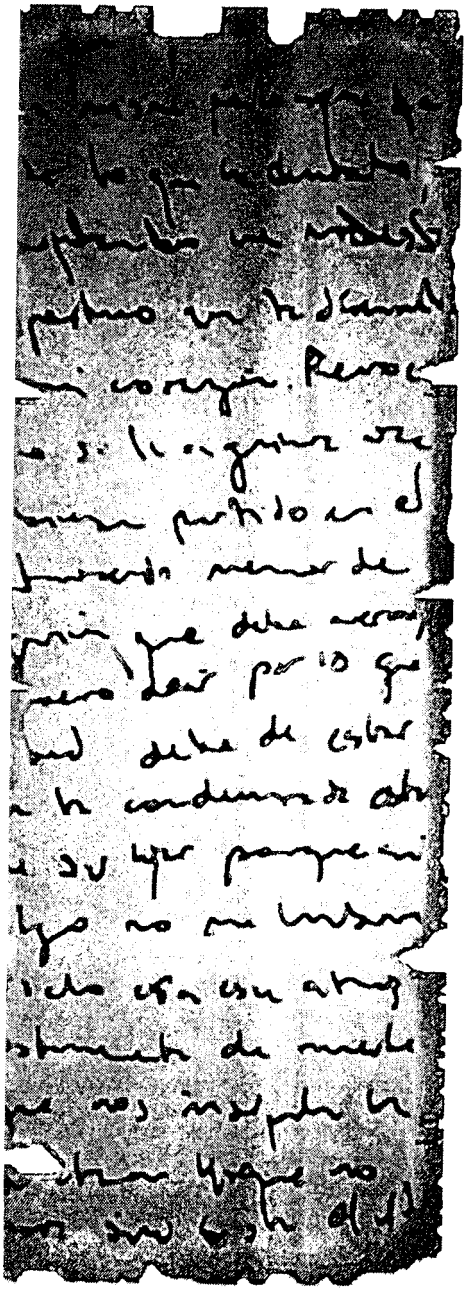
usted digo— como una simple y banal ficción, algo que acaricio con la imaginación y que él remedia con su estilo, cuando en verdad —así lo creo— ésta es una historia harto lejana de la mentira. Sólo de pensar que alguien encuentre nuestras cartas... uff! Infiero que jamás las reproduciría pues penden de un contacto mínimo e insalvable para la realidad social que consideraría absurdas nuestras soledades.

Seguiré escribiéndole este año, por encima de mis dolencias y a pesar de la cada vez más entreverada corteza de mis palabras. ¿Llegará un día en que el nuncio no interprete más que balbuceos e improvise mis pensamientos a placer? No lo sé, cuando pierda el lenguaje creo que perderé algo más que mi fijación al mundo: mi cuerpo terminará irremediablemente cautivo. Quizás perpetuar las labores del nuncio aquí es mucho pedir, pero él me ha confiado —por ejemplo— que si bien lo mío no es un paliativo a su tristeza, al menos nuestras escrituras anestesian penares y deseos que son imposibles de tratar sin postular el contagio —la heroína de nuestras cepas. Él se irá en unos minutos, mas esta noche descubrí —a diferencia de los anteriores años (quizás por usted, quizás no) — que hemos forjado una amistad algo insólita, pero vívida, con la sola sentencia de vuestra inanimación. Su llegada hace casi una hora fue una grata sorpresa. Estuve instalado en mi sofá semidormido, deseoso de que pase el tiempo sin verle, cuando el *telepronter* me avisó de su llegada. Apenas le vi, las palabras y silencios se agitaron en mi cabeza, es el sentimiento que tengo al percibir su presencia —fiel transcriptor.

Estuve —antes de su llegada, antes incluso de recostarme en el sofá— entretenidísimo con una anécdota: el *Jornal* del *primero* llegó a las *nueve* y me mantiene entusiasmadísimo saber, por ejemplo, que mañana es hoy, que en *Katatonia* ya es año nuevo y que todas la noticias retienen un encargo por premonición. Qué delicioso sería tener esto en manos todas las noches y recibir los diarios del futuro como una brújula sin esquirlas que disuada nuestro apego a los hechos verídicos y a la realidad exacta. No creo en las novelas o en esos pasatiempos que de nuevo están en boga, pero sería hermoso tener el futuro a cuestas y pensar en detrimento de lo por venir. Son sólo apuntes. El nuncio debe irse —en respeto de nuestras soledades— / esta entrega llegará mañana o a lo sumo el *dos.* Cuando se retire de mi aposento, continuaré leyendo, a ver qué dice en los deportes... con enero —ya lo recuerdo— llega el *Nipon-Bot Championship.* Hasta el año, que nuestros cuerpos bendigan su inanición y hurto...

La muerte es —a la vía láctea— un suicidio minúsculo en su cuerpo oscuro e infinito...

K.



Filnadas descrituras, séptus luna, MMXXXIV

El año ha empezado con una inexplicable muerte. La de Magnus Lieber, pesista de los veinte. Lo han encontrado muerto en un acantilado cerca al *Parque Mol.* Hago el apunte porque me ha impresionado cómo su corta vida se ha debatido en todo momento entre el triunfo y el ocaso, con contadas participaciones en certámenes nacionales, mucha fama de por medio y los continuos desequilibrios hormonales que le aquejaban. Así y todo se ha convertido en un verdadero personaje para el deporte local. No había sabido de él desde hace un par de meses y ahora me entero de esto que ha ocurrido justamente el *primero.* Al parecer a algunos *sportistas* la muerte se les hace irresistible y transitan continuamente la envergadura del más allá figurando una osa a su estrellato o el olimpo en que los griegos desplegaban sus destrezas honrando a los dioses. Espartanos[5] o no, su pérdida nos deja la sensación de un incontestable decomiso, del cuerpo como de su brío, tan inerte en varios de nosotros. Seguro que su muerte no fue casual, pero nos sabe siempre a accidente cuando es en una persona que no pasa los treinta de edad. Cuántas veces abrigué la burda idea de que alguna de esas pesas de hasta cuatrocientos quilos fatigaban los músculos del diminuto Lieber hasta caer encima suyo reduciendo la muerte a un simple golpe. Ahora sé que la vida no pende de un hilo, es desde ya una caída libre que insoslayable se precipita en el estropicio de nuestra propia gravedad.

Esto me ha hecho reflexionar sobre cómo muchos de nuestros deportistas, amantes de la disciplina y la convicción en sus épocas de amateurs, se han entregado a los más vulnerables vicios después de coronarse. Recuerdo a Bolnez Poin, Tomas Hardway, Angelina Flients y a tantos otros que lo mismo que han depositado en sus cuerpos los bríos de temporadas intachables, se han dejado seducir en otras por el *glam-crack* y aquellas microsociedades surgidas de la esterilidad gimnástica, poniéndolos de nuevo a pique aunque esta vez a razón de sus muertes. Yo nunca pensé en ser deportista, aunque era hábil para las pruebas cuerpo a cuerpo, pues desde muy joven, inducido por aquella generación de la *X* y *Re-identity,* me entregué a los vicios de la informática y el *joystick,* desentendiéndome de todo el vestíbulo de la realidad, en especial de aquella que se ajetreaba a mis alrededores, de ahí que mi familia haya diseminado nuestros lazos con desprecio. Nunca me he arrepentido de mis actos, aunque todo ese tiempo absorto en los *keynamics y machineheads* me han vuelto autista y a ratos receloso de mis fantasías. Ni se diga de mi enfermedad que virtualmente me ha hecho caer en interés de cosas otras que mi juventud relegó.

Sin embargo, el año nuevo me ha significado algo más importante. Animado por la llegada de mis niñas, me ensimismé en unos álbumes a blanco y negro con los que me encandilo. En realidad son postales antiguas que acumulé a lo largo de los años sobre todo tipo de eventos relacionados con el deporte, desde olimpiadas y mundiales de atletismo, hasta pruebas especiales de esgrima y sumo. Ello gracias

[5] Aqui el Señor K hace alusión a la ciudad de Esparta, cuyos ciudadanos —hombres y mujeres por igual— se entregaron por completo al ejercicio del cuerpo, preparándose para la guerra y para otras artes que exigían destreza física, como los deportes.

al interés por el deporte que varios amigos notaban en mí y algún familiar consideraba en sus largos viajes. La fotografía deportiva, en desmedro de la fotografía de desnudos o del arte corporal, motiva una sensación extrema, por eso prefiero este tipo de postales que aquellas demasiado trabajadas y de basta precisión. Especialmente en esas postales que reflejan los embates cuerpo a cuerpo, descubro detalles oscuros de la morfología humana, instancias formidables de su elasticidad y arresto, a razón de momentos históricos del deporte profesional, de figuras legendarias y retrospectivas increíbles en tiempos en que las pruebas se peleaban palmo a palmo y precisamente la fotografía dilucidaba al ganador, resolviendo pruebas de fondo que agotaban el cálculo de los jueces. Seducido por las maravillas de esos álbumes, iba descubriendo foto tras foto cuerpos entregados a capacidades increíbles, fintas inesperadas, rostros de victoria y derrota, las grandes proezas y hasta los mínimos errores. A cada instante, como si la fotografía fuera un simple dispositivo, levantada la cabeza y me ponía a pensar repetidamente en esas bregas. Movilizaba las imágenes secuestrado por sus inesperados desenlaces e improvisaba un final si mi mente se nublaba. Cada evento lo sentía retenido en la punta de mi lengua, como si la imagen pronunciara un lenguaje imposible que sólo el ensueño puede descifrar. Si alguna pista se me escapaba, revisaba las anotaciones al reverso de la postal, desinteresado ya en las dedicaciones que junto a ellas depositaban mis emisarios. Nunca asistí a una justa olímpica, pese a que alguna vez —en los años de holgura— se realizó una competición invernal acá en *Luxfar*. Por eso guardo con gran valor estas fotografías y cualquier documento afín a esos pasajes del deporte que lo son todo para mí.

En tanto revisaba esos álbumes reescribía una historia perpendicular que era la mía misma a causa de mi abandono y el deterioro de mi cuerpo; en fin, cuántas apuestas y pronósticos realizaba en pos de algún recuerdo, cuando de pronto, incitado por llegar a los últimos folios que es donde inserto las fotografías más entrañables o hago homenaje a los más destacados deportistas, dejé caer un papel que silenció mi atención. Inmediatamente advertí que no se había entrepapelado en el álbum, sino que ocupaba uno de los bolsillos como cualquier otra postal. Se había deslizado suavemente debido al celofán, de esta manera advertí al mismo tiempo que era una de vuestras cartas[6]. Desdoblé el papel de tal suerte que me encontré con un párrafo que trascribo aquí para de alguna manera desear su escritura:

"...algo que yo nunca hable a los otros que habia dejado el depo rte pero la pena pudo mucho cuando me ope raron sentí el des animar y yo pese a que al guna familia me col aboró en ser feliz a pesar yo quede aislada no conocio a mi padre el vivio dos veces a infartos cuando ya lo daba yo por muerto yo por eso tengo rara confusión a la muerte mi cuerpo se mantiene estable tengo manchas al cos tado de la operación me he man tenido palida muchas veces y nadie me reconoce porque traigo el pelo negr ecido y largo yo visto roca oscura para no hacer la aten ción y salgo horas en la se mana siempre a los mismo lugares porque tal vez muera estando cerca y las llaves..."

[6] A razón de los papeles encontrados, se dedujo que este fragmento fue transcrito fiel al original con la evidente intención de demarcar que la remitente sufría de una enfermedad conocida en aquel entonces como Tétrada de Gerstmann, que consiste en alteraciones de la capacidad de expresar ideas por la escritura.

Además de ello (la carta no estaba fechada) descubrí que hacía usted una breve descripción de su estado en aquel entonces, razón por la cual debí considerar esta misiva como un autorretrato suyo e incorporarlo —con este bello motivo— en el álbum. La alegría perdura, aunque una suave melancolía inquietó mi seño. Leí algunos pasajes más y luego la devolví a su lugar, no sin antes imaginar con amartelo la posibilidad que alguna otra carta suya haya quedado olvidada en alguno de mis libros o fascículos mientras quedé dormido o me vi interrumpido por asuntos de urgencia. Al resto las guardo con devoción en el portacartas azul que lleva sus iniciales, aunque no puedo ocultar que el hecho de reescribir algunos versículos de aquellas misivas me ingresó en un sentimiento superlativo a recibirlas. Eso, debo aclararlo, nada tiene que ver con que espero una nueva actitud para conmigo ahora que estamos en otro año, no vaya a ser que el silencio perdure a pesar de la vida.

No sé hasta cuándo podré volverle a escribir. Resulta que los investigadores harán la evaluación anual en pocos días y se alojarán en casa por algunas semanas (alojarse es un decir, esta vivienda en realidad les pertenece). Las consultas el último año fueron esporádicas e intentaban sobre todo registrar la evolución de mis síntomas y observar si existía alguna cadena que las propicie, develando el oscuro recorrido del síndrome que me aqueja. Nunca me explican los resultados, tampoco me interesan, pero ante tanta lectura de mi cuerpo levanto sospechas sobre algún diagnóstico certero, aunque lo que yo siento en mi interior no lo traduce ni el demonio. Como supondrá, a consecuencia de la llegada de los médicos mis niñas han vuelto y de seguro me acompañarán por lo menos hasta la segunda quincena del mes siguiente. Han de tener que compartir la habitación, pues los señores de la *L-Fost* ya han mandado ambientar las piezas contiguas y han instalado un *aparato de enfermedad virtual* en lugar de algunos de mis equipos.

Nada más le digo, debí escribirle algo sobre el campeonato de robots en *Kaiza,* pero se me quedó en el tintero. De todas maneras el evento no me ha impactado en lo mínimo, con decirle que esa maleza de circuitos integrados y los disparates de la tecnología son algo demasiado sofisticado como para asumir cierta afición a esos que yo denomino pseudodeportes, mucho menos para comprometer mis verdaderas inquietudes.

Hasta después de mi operación; cualquier incidente y tal vez mi nuncio —a quien dejaré algunos recados— se atreva a escribirle directamente, entonces, no se sorprenda en la siguiente si no firmo...

Si un estado de coma precipita la muerte, la línea del tiempo —matanzas en serie...

K.

Velsus xicatriz, dos ocho esfera y fuga, MMXXXIV

Cuán triste me he sentido por las fechas zafadas tras la intervención, sin una partícula de certidumbre que integre la esfera de mi existencia. Sospecho como si *ayer* fuese una centésima de lejana data, y los minutos en avanzada perpetua hacia un tiempo que jamás sucederá. No es mucho lo que puedo contar porque me siento agotado por todas las *quimurgias* y con un estado de ánimo todavía lóbrego. Sólo sé que rebajé cuatro quilos las últimas semanas y las pestes a mi alrededor posponen el tacto y los demás sentidos. Ya nada habría de escribirse más que en los labios y en las comisuras donde hay que rastrear el redondel de palabras —el nuncio hace eso posible. Durante el tratamiento, no sólo me he entregado por completo a una serie de ejercicios para los que ya no me creí apto, como cruzar las extremidades por entre la cadera o alzar el tarso, también me vi exigido en describir mis síntomas en un lenguaje que —por extraño que parezca— no me pertenecía. Sumo a esto las diferentes pruebas y diagnosis que me han practicado, y en especial esas fatigosas endoscopías que me ahogaban la voz desde el estómago ante la mirada estupefacta de mis niñas. Me sentí ultrajado, especialmente cuando rastreaba la fibra de los aparatos o las guantas de los doctores intentando por el recto y las cavidades de menor envergadura. En determinadas ocasiones, cuando la sensación era "excitante" (déjeme poner esto entre comillas), hacía como si empañase la mente a fin abolir los espasmos producidos por la fricción y el coito en los conductos. Sin embargo, bajo sensaciones de extrema tensión me era irresistible apelar a la fantasía, hundirme en la pócima de la enfermedad, tan irreal y cautiva.

No le miento, lo que me han hecho en esta ocasión sobrepasa todo. No necesito que alguien me repita que las condiciones de un cuerpo son de por sí extremas, pero mi padecimiento llegaba a límites en que las dolencias eran lo menos en relación con los síntomas de vaciedad, calambres o adormecimientos que inducían una levedad alarmante. Por lo demás, es inútil hablar de la apariencia que hoy tengo, lo mismo que es inútil que haga la operación de escribir con mis dedos por su entumecimiento. Lo único que mi caligrafía representa son los espacios insustanciales de mi cuerpo, plumadas que son como un espejo cóncavo que agrava las irregularidades y anomalías. Con decirle que la vista la tengo escasa, por eso cualquier lectura se restringe a mis deseos de vuestra palabra y de los insospechados titulares que conquisto en las vetas del *Diario Azul*. A veces concluyo que estar en mi cuerpo es sólo un síntoma, el grado más verosímil de su humanidad, el resto se debate en la opacidad de la perspectiva que mi cerviz permite y por la oscuridad de la vivienda que oculta el ópalo en cada rincón, la vida entera en cajas.

Recuerdo además que los médicos operaron algunos equipos de tecnología última que asustaban mi inteligencia, aparatos de los que apenas vislumbré un raro artilugio que obraba como autómata. No era para nada predecible lo que podía suceder al ingresar a una de esas cápsulas que las sentía hechas a mi medida y que me entregaban descargas microscópicas de escalofriante sensación. Nada

que decir cuando me retiraban —casi momificado— de esos estuches de liposucción, lleno de mareos y esquirlas en las articulaciones como si hubiesen practicado acupuntura en cada poro de la dermis, en el tabique. Debí incluso soportar algunos imperfectos de esos artefactos nuevos que me produjeron unas quemaduras en la entrante de la esfínter. Los vasos, el endócrino…

Todo suena a reclamo, lo sé, pero ahora tengo para mí —casi cinco semanas después— que estoy a salvo de perder el juicio. Los investigadores, luego de permanecer aquí por dos menguantes, se fueron con unos enormes legajos de anotaciones y *scanners* que me saben a ruido: ahora me acosan las suaves caricias y pérfidas atenciones de mis niñas, quienes ya me anticiparon —de todos modos— que viajarán a *Escarcia* tras unos supuestos parientes que allá tenemos. Estar con ellas todo este tiempo no ha significado nada, definitivamente nuestra convivencia es un caso perdido. Sospecho incluso que ellas han estado preguntando a los doctores sobre el tiempo que me queda de vida y sobre algunos asuntos de mera burocracia, como el aumento a las subvenciones ahora que mis males se han multiplicado al colmo.

Por otra parte, le he pedido al nuncio que no venga por acá durante todo ese tiempo, pese a nuestra vecindad, y es que tampoco hubiese podido atenderlo y él entenderme, dada mi extrema postración. El caso es que lo he extrañado, aunque a veces pienso que fuera de nuestra escritura, poco es lo que podemos compartir (veo que me hace un gesto inopinado). En fin, recuerdo que antes que se vaya, le hice el pedido expreso de hacer llamadas semanales a mis niñas para estar al tanto de mi estado de salud. Ellas me han asegurado que sólo hizo dos (no me ha explicado por qué todavía) y salvo el contratiempo de las ampollas, no creí necesario hacerle llegar a usted recado alguno. Él me asegura, sin embargo, que le ha escrito una pequeña nota' sin firmar sobre lo que mis niñas le han explicado. Debió ser muy corta pues —al menos Zadha— se muestra muy tosca con mis camaradas. Ya le digo, ha sido inútil el acercamiento que ellas y yo hemos tenido este tiempo a consecuencia de mi tratamiento, simplemente he confirmado su desánimo para conmigo. Nada más decirle que sus atenciones fueron a regañadientes y especialmente en mis problemas de irrigación se mostraron exageradamente melindrosas.

Sólo me han dicho – ¡cómo no saberlo!— que debo guardar total y completo reposo. Precisamente anteanoche me realizaron la prueba más extensa y tormentosa, puesto que era menguante y habían esperado esa noche para hacer las mediciones más importantes y acertar en las causas de mi mutación. De hecho, en un procedimiento que todavía no comprendo, me congelaron el cuerpo por unas horas a la altura de la boca del estómago para hacer un análisis *endoscópico HG.* Eso fue a primera hora de ayer, después de habernos pasado toda la noche en pruebas de distinto tipo. Así, mientras chequeaban la contracción de uno de los huesos de la costilla que me produjo un dolor mayúsculo aunque pausado, puede comprender la complejidad del asunto, con algo de asombro, con mucha congoja —obviamente. De espaldas a todos, me hallaba depositado en una báscula, en posición diagonal (haciendo paralelo al perfil de la luna) y de vez en cuando

---

Jamás se encontró dicha nota, tampoco el nuncio la nombra en alguno de sus monólogos, por lo que debió inventarse el cumplido para salvar la urgencia.

lanzaba miradas a los crepúsculos infinitos que rodeaban su aura mientras los dolores se regaban por toda la espinal. Sentí que la luna me observaba compungida y sin el brío de otrora, como si el eterno manantial de su proeza hubiese sido develado a traición y nuestro secreto disuelto en sondas y agujas mariposa. Como que el hechizo que nos hermanaba hubiese depuesto la realidad y nuestra distancia se achicase al mínimo. No podía siquiera temblar por dentro, no obstante, la parálisis que experimentaba no me impidió derramar unas lágrimas amarguísimas que se precipitaban con inmensa gravedad sobre el aluminio del tiesto que habían instalado precisamente para eliminar cualquier sustancia residual. A cada que levantaba la mirada un nuevo derrame se producía hasta escurrirse por entre la piel paspada que agrietaba el tacto. No supe explicar tanto desvelo, cuando sentí de pronto cómo una lluvia de estrellas abordaba el espacio cromático de mi extravío y pactaba con la eternidad un hermoso brío que blanqueaba el infrarrojo de los *scanners* y el verde láser que poco antes lastimaban el luto ambiente. Los menguantes duran quince noches, pero esa madrugada comprobé que es cuando la media luna termina de dibujarse respecto a la retina obscura del ojo cuando mi cuerpo hace *occipucio,* y el aurinegro que es una enfermedad, remata el eclipse indeleble de una afección que está a kilómetros de mi cuerpo, distancia que sólo venzo con la palabra *Tílger...*

⋯ Increíble, las investigaciones han llegado a su fin y los equipos *xipress* han sido retirados, dejando en vez un desolado espacio en el extremo derecho de mi habitación. Para colmo, se han olvidado de instalar la mayor parte de mis aparatos; recuerde que después de cada menguante me son más urgentes los ejercicios para evitar la descompensación, no sé qué pasará ahora. La palestra está vacía y no me basta con los neumáticos y las barras (de hecho me aterran) y es poco probable que otra persona que no sea el nuncio enmiende la cuestión.

Acabo lo mejor que puedo esta carta, una serie de sensaciones me abruman, pero ya que quedan todavía algunos días de sol, recompondré mi semblante para la próxima misiva...

Años que el cuerpo posa en el mundo, tiempo en que fomenta la realidad...

K.

…no sabe que en el intervalo de decirlo todo y borrarlo todo hay un mundo escondido, cuya censura ha de explicar mucho nuestras costumbres y maniobras. Desde que ha perdido el habla, no he hecho más que leer el horóscopo de sus palmas y sobre todo los labios, cada vez más paspados y sin vida: no recuerdo ya su voz sino el tímpano que sus palabras han esculpido en los pabellones maniatados de la escucha. Escribir algo dos veces no es cosa sencilla, siempre las palabras se escapan o rebalsan, por la cutis o el prepucio, sin contar una que otra incontinencia. A veces se imprimen perfectamente unas sobre otras y éstas sobre las anteriores, pero en lo demás... algunas ya no dejan escribirse o el papel impide que la tinta recomponga el encomiable asunto.
Incluso alguna vez tuve que rehacer dos veces las epístolas, sólo porque —sin yo quererlo— sus palabras se introducían en acepciones que yo no deseaba, que él no sabía. Sacarlas fue como dejar de decirlas, como si fomentar sus vicios fuese el conducto corriente que el recado precisaba.
Algunas no dejaron de impregnarse y tuve que tachar los abscesos y las íes, dejando los originales en copias, dejando las copias en nada. [Nuncio: O, 130]

Depressiva vox, pastea de la final estella, *MMXXXIV*

Una vez que hube cerrado la carta anterior, sin otra intención que pedirle al nuncio que me socorra en el traslado de mis máquinas, tuve que retractarme de tan excesivo pedido por una moción estúpida en demasía: impedir —una vez más— que él observe mi cuerpo. Esto que hago, lo empiezo a comprender, resulta absurdo, puesto que las descripciones en las misivas sobre los males que me aquejan y algunas cuestiones íntimas se ajustan muy bien a la realidad y esbozan impúdicamente mis características físicas. Mis apuntes son tan ciertos (aunque algunos se mantienen ininteligibles) que nada de impresionante resultaría a mi buen amigo observar mi cuerpo en pleno, más allá de sus dictaduras e imperfectos. Sin embargo, no razoné de esta manera aquel día, y fui capaz sólo de pedirle que llame a los *gymlockers* (que son los que me suministran los equipos) para que cumplan mi pedido a buen recaudo. No sucedió así y estuve esperando todo el fin de semana que anuncien su llegada, mi desesperación esos cuatro días de demora resultó inmensa. No culpo en lo mínimo al nuncio, pues según me cuentan los del *Sportbuttler*, jamás pudieron dar con mi vivienda siguiendo los datos de la guía. Es comprensible, pues mi domicilio trae otra numeración, rompiendo la correlativa del vecindario, y tiene un aspecto más de laboratorio que de casa de familia.

Ante la tardanza, no paraba de reflexionar acerca de lo tonto que resulta seguir escondiendo mi cuerpo, sobre todo cuando es irreversible la enfermedad y deformación que le aqueja y, por tanto, su apariencia última implica siempre una verdad a cuestas. Si bien no he salido de casa hace más de cuatro meses, la vez que tuve la necesidad del viaje, no cesaba de maldecir mi aspecto sumamente desigual al resto de las personas. Es por eso que —creo no haberle confiado esto— durante toda mi travesía por ciudades del país, tesaba —según el clima— un sudadero o una manta extensa alrededor de la silla de ruedas y amoldaba mis partes más desproporcionadas con algodones engomados que hacían las veces de bustos o ijadas. Todo bajo un riguroso luto que dejaba apenas ver las partículas de mis ojos tras las gasas y el *capmask* que completaban mi atuendo. Apenas en los pretiles de la OCC o en el *in—transit* del aeródromo dejaba caer mis telas —con mesurado recato— y asentía el salvoconducto, mostrándome serio ante los agentes de control e incluso daba la cara para validar mi pase. En todo momento debí soportar algunas miradas que infragantes intentan formar algún cuerpo en mí. Por lo demás, disfrazarme en fundas resultó muy efectivo, aunque a momentos mi extravagancia me valió algunos contratiempos, todo con tal de precautelar el estilo más profundo de mi pleno.

Ya lo tengo prometido, un día de estos voy a mostrarme entero a mi fiel escribano y firmar con él un pacto que será el paliativo primero a este hermetismo antisocial. Por lo pronto no quiero pensar en otra cosa que no sea enmendar el desastre de las cuatro jornadas sin ejercicios, puesto que mi organismo siente de sobremanera esta dejación y ya una parte de mi piel se fue resecando a medida que mi inacción se prolongaba en horas y días. Intenté caminar de un lado al otro o mantener mis extremidades en movimiento, pero es como si estuviera encomendado a mis colchonetas o al banco de musculación, que sin ellos son vanos los intentos de calmar los aspavientos de mi cuerpo. Ya todo mejorará a partir de mis ejercicios,

que si bien son pocos, son lo suficientemente abstractos como para combatir la pérdida de carnosidad. No recuerdo alguna vez haber renunciado a la curación, aunque es evidente que mi cuerpo se precipita inexorablemente al suelo, que es donde finalmente yacerá.

Con todo, me pregunto cómo estará usted y a veces su sin-respuesta me grita cosas terribles. No quiero más pensar en eso, aunque es un espantoso cálculo el sentir que mis palabras se disparan como balas perdidas, incentivadas por los agujeros negros de su nombre y en un campo baldío hasta terminar en el cuerpo de un cualquiera. Con decirle que esta época, libre de toda competencia y temporada vacacional para las atletas, me mantiene en el completo aburrimiento. Quisiera a veces que me recoja el demonio y aceptar el ínclito artilugio de vencer las distancias y verla, asaz la tentación y el continuo purgatorio.

El nuncio ha venido después de tres semanas y —a pesar de mi cuerpo— nada ha ocurrido desde entonces; no obstante, su presencia en casa ya no se limita a los días posteriores al menguante. Hoy es un día de aquellos: el televisor repite las mismas frivolidades y en el paisaje sólo llueve y llueve como si nunca hubiese llovido. No puedo ocultárselo, son estos días en los que más la necesito, cuando mi sentimiento se muestra débil de recuerdos y hago misa a toda la soledad que nos distancia. En las huellas del nuncio pertrechando vuestra morada apenas advierto el pecado y los silencios que se convierten a momentos en plegarias de noches lamentables. El umbral de mi puerta quisiera acoger de vez en cuando vuestro encuadre, pero mi vaga imaginería falsea esa intención. Ya nada, ni los álbumes y recortes revierten esta condena, y mientras las hojas del frutal se prestan a caer libres sobre el aljibe, la espera se convierte en un compás destructor. Perdone la tristeza —una vez más desde la penúltima misiva— y no crea mi decepción como un chantaje a su afonía, de lo contrario los anatemas sopesarían más. Hasta el bello Abril...

Las huellas dactilares, tan disimiles en nuestra piel, dibujan un perpetuo laberinto que ni la existencia sospechará...

K.

… y sin **embargo no sé si estarás ahí para escucharme, cuerpo enfermo, bestia que traduce el contrapeso de la muerte. Porque los cuerpos se van, flotan con las palabras que ya no están más, ni desmejoradas, en los percheros de la ausencia.**

He pasado los últimos dos años escribiendo palabras que no me pertenecían y que ahora siento que nunca me pertenecerán, por más que guarde cierto afecto por ellas —estilo nada más, ganas de embelesarlas. He recibido hace veintitrés días mi baja en **la Estafeta Nacional; ayer cumplí la última rutina con las enmiendas de la** *Water Glou;* **mañana fabricaré esperanzas en la caminata sin destino de la** *J-mugs Avenue.* **La depresión nunca se supera, aunque escribir —cuando se es un simple cartero, un encomendero, un** mensajero con miles de lugares— es siempre un espacio por **el que uno irreversiblemente transita. Hoy, si es hoy, no he de parar de movilizarme en el papel, aunque cueste hacerlo tras los fracasos de la recepción. Tal** vez no **me escuches, y estas palabras nunca sean, pero éste —y solamente éste— es un afán del momento** por dejarte saber algunas cosas de triste espera.

Son también tres **semanas que no me acerco al viejo K., será porque me hiere hacer el trabajo a espaldas, o será más bien** que me desalienta su situación cada vez **más inhumana, más solitaria y virgen** de cuerpos que él tanto anhela. De todas formas me **parece razonable contarle también mis penas, aunque él es hombre duro que tiene al corazón por piedra y el cuerpo de acero. A veces me pregunto cómo una persona tan sensible e inalcanzable en** sus aproximaciones al cuerpo, **guarda tanta pudrición en los intestinos. No me parece raro su actuar, sólo que estos días me secuestran sus reflexiones porque mi propio cuerpo se halla maltrecho sin obra ni oficio. Sé perfectamente que le decepcionaría saber que me he entregado por completo al ocio y que** estas horas más **que nunca me despiertan un terrible desprecio contra mi hechura, a no decir que nada me consuela y nada me consume: doce mil trabajadores desempleados en un día no es vaga cifra, si se quiere, una llaga en la sociedad que éste o aquél fomentan. Y ahora el tiempo pesa, en el relojero y en ciclo de la vida. Soy** melancólico, **por eso quizá no comparto muchas de las hipótesis de mi señor, aunque sé que no miente cuando dice que el primer estadio sensible del alma es el cuerpo, al menos desde ahí duele y los ardores se profundizan** por entre los nervios y las gardias que de él derivan.

Hace un tiempo he escrito una única carta a un viejo amigo de la Estafeta que también fue retirado. Me preguntaba si él había caído en el abismo que yo, aunque me confunde sobremanera que hasta hoy no me haya respondido. Tal vez ha encontrado algo que lo entretiene y mis cuestiones —que son sólo leña para el árbol caído— prefiere postergarlas. Pude tranquilamente acercarme a su dirección que es a tres **condominios de** la mía, pero la caminata hubiese sido un derrotero más del **recuerdo que estos días opaca mi dimensión, prefiero entonces postrarme en la escribanía que es donde pospongo las tareas del antiguo afán. ¡Vaya a saberlo yo!, K. tenía razón al decir que el trabajo hace al hombre, y** que **la utilización digna de su cuerpo —sea en un prostíbulo, sea un buró— es esencial a su especie. Eso no parece entenderlo la gente, menos el Gobierno que subvenciona hasta la inacción, y lo peor de todo es que hay una mísera tendencia a automatizar todo en desmedro de los hábiles aunque sólo en la pluma. No quiero menospreciar la actual función del artilugio, pues indistintamente me he servido de muchos aparatos en mi quehacer diario, sin embargo es cruel advertir que poco a poco —y** casi sin reparo— el cuerpo se enmaquina y las secuelas no son la tristeza o la muerte propias de la era industrial, sino el aislamiento a veces libertino, a veces risueño, que ocurre en gentes como usted y yo; y no sé si habrá un tercero.

He servido a la Estafeta por más de cuarenta y un años y no me consuela saber que el reintegro a tanta entrega es el subsidio y la jubilación. Me empobrece el alma saber que ya no hay —como yo a mi padre— nuevas **generaciones que repitan la maniobra, y en cambio sí nuevas máquinas y lentes poliscópicos que ejerciten labores prácticas para** cotidianidades parásitas. Lo que digo es en parte resultado de mis celos, pero qué mejor que ellos para plaudir un poco de amor propio. En verdad, he vivido todo este tiempo ausente de las sociedades en que **me tocaba**

trabajar, desde las clases bajas, las milicias en campaña y los gobiernos democráticos que me han enseñado el matiz social de extremo a extremo. Y es que tampoco puedo negar que mayormente he fomentado las ausencias y he sofisticado la soledad al absurdo de la letra, mediante cenáculos a distancia de gentes a las que ni yo conocía. Nunca me ha importado eso, a la par siquiera de las comisiones y plácemes que me daba entregar un sobre importante, pero —ahora que me tengo aquí, escribiéndome confesiones— reconozco que no existe nadie a quien pueda encomendar mis quejas y lamentos. Mi voz ha pronunciado infinidad de nombres, nombres que ahora mismo yacen ocultos tras las sombras anónimas de las rúbricas. Sólo los ruidos de las palabras y las sístoles de esas cartas de amor me sostienen alguna vez el alma, pero el cuerpo cae en bruto sobre la cama cuando resuena el tiempo convirtiéndolo todo en silencio y espera. A lo sumo da tiempo el tiempo para cobijar la mejor de las soledades y orinar en ciclos sin fin las desventuras de esta fábula salvaje —dígase además que estoy enfermo de la cabeza y traigo aciago los sueños.

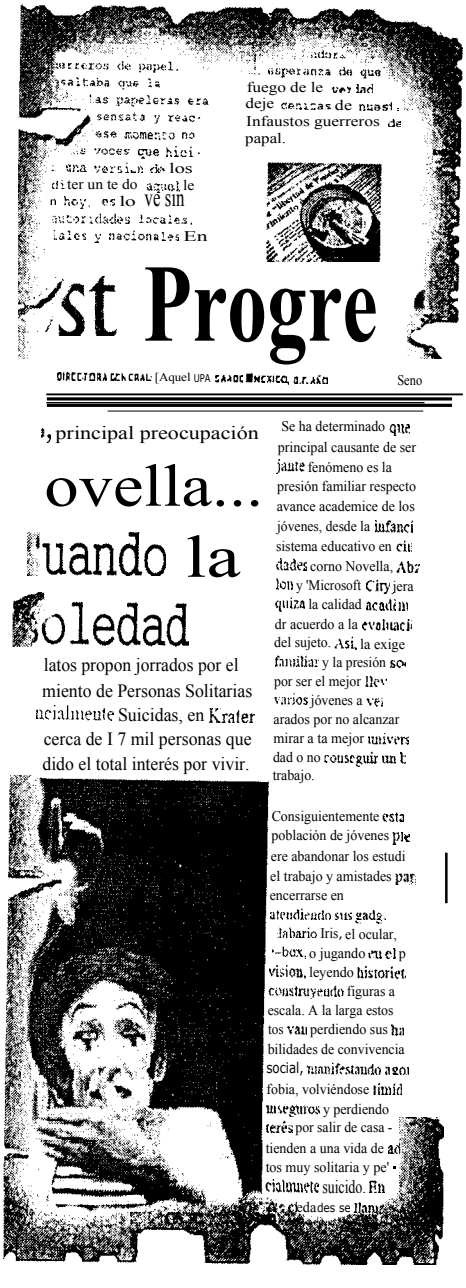
La soledad es primero aquí, luego Allá, pulula la imparidad por el patio y la cama y luego por entre los suspiros: Bel y Anna murieron juntas en un viaje al sureste, de ellas sólo me quedan sus recuerdos que son —siempre— cartas y cartas que recolecto en lo que he dado por llamar álbumes caligráficos. Ellos lo muestran todo, pero ocultan siempre la experiencia íntima que me llevó a leer cada una de ellas en ese santiamén en que la noche intercepta sus nombres / dibujos y dibujos de la púber que hoy inhala los fuegos artificiales de la intemperie, de los cielos rojo y blanco que confunden. Lo confieso, no he sentido soledad sino hasta hoy, cuando hago simetría con el señor K. en lo que respecta a nuestras aisladas vidas. Es diferente de todas maneras, porque la soledad se manifiesta heterogénea y es distinta en cada cuerpo, en cada huso horario. Al menos logro diferenciar dos: una —la mía— porque no tengo absolutamente a nadie bordeando mis paisajes, ni cuerpos ni almas que me inciten a responderles, se me ha clausurado todo —absolutamente; otra —la de K.— que tiene a todos a su alrededor (médicos, niñas, mascotas y máquinas) y sin embargo se encuentra detenido en medio de todos ellos, en un circuito intimidante que lo mantiene a veces ensimismado, a veces sin escucha —que es lo mismo. Los dos somos, ahora me doy cuenta, personajes inanimados que nos asomamos uno al otro con recelo, con un marcado anhelo de suspender el vínculo apenas venza el uno el *habla,* y el otro la *escucha.*

Estoy a punto de cumplir sesenta y cinco años, es decir la edad promedio de una persona que se jubila, poco antes de acabar en un hospicio o en alguno de esos *lifehouses* modernos que embeben las últimas onzas de felicidad de los ancianos. Pese a que leo en mi cuerpo otro destino, guardo energía para cuando en breve el menguante anuncie una nueva visita a mi señor. No conviene dejar de escribir, conviene volver sobre los pasos de una persona que (dios no quiera que él me oiga) he aprendido a apreciar con el corazón y a su alma traslúcida casi con amartelo. Ya no será más mi cliente, sino el confidente que siempre deseé tras el esperpento de las palabras que suenan y resuenan. Palabras por las que a veces pierdo el estribo al no saber dónde están, qué lugar les corresponde o si no he dejado en ellas un resquicio por donde la lluvia y los truenos lleguen a penetrar, desaguando el mundo en un cuerpo indefenso y atávico como el de mi señor. No conviene dejar de escribir. Por eso ha de ser un bello motivo trasladar después de casi un mes una nueva misiva a esa mujer que él tanto aprecia, deportista a quien yo mismo quisiera conocer pero de quien sólo recibo el silencio, un sonido tan minúsculo que ya voy casi tres *primaverales* tratando de descubrir qué dice y qué no.

El señor K. es una persona que me ha dado confianza, aunque eso sólo me ha permitido comprender cuán compleja es su vida y qué contradictoria resulta en tiempos en los que el *Post Progress* y el *VanmDark* condicen todo. Se lo he dicho alguna vez, es hábil para vivir, yo no. Será porque he estado muy entregado a la rutina que ni me siento, pero hoy estoy manifestando una personalidad que no me conocía, que muy probablemente dejé incompleta hace mucho tiempo, cuando me apresté a asistir a mi primer día de trabajo en la Estafeta Nacional. He conocido a muchas personas, pero nunca he razonado sobre mí mismo; soy calmo y rara vez me derrito en cuestiones de hondo pensamiento, pero K. me ha enseñado otras cosas, a veces siento que soy con él en sus cartas, no sólo porque he intervenido en algunas de ellas, además porque encuentro en sus palabras sentidos

ancestrales a la persona que solía ser de joven. Quiero decir—y no sé decirlo— que su manera de afrontar la vida y de sentenciar desde ya la muerte es algo que nunca he de recriminarle. El Viejo K. tiene el alma tan sana, pero tan echada a menos que lo envidio, sobre todo cuando leo sus últimas misivas que suenan extrañas al amor e inútiles a la fe, con una incertidumbre implacable que —por eso mismo— guarda un justo destino, el de su desaparición tras los maderámenes de su propio cuerpo. Casi me tiene como amigo exclusivo y yo no le he negado mi compañía porque me parece de un magnífico carácter y es —sin duda— de los pocos clientes con los que he podido alguna vez conversar distendidamente. Por eso lo recuerdo, ahora mismo quisiera acercarme a su laboratorio, o a eso que él continúa llamando su reducto, pero que cada vez se llena más de aparatos y equipos médicos, extraños mecanismos que vehiculan muerte, así de ausente, así de vívida, sea como fuere, tras las elipses de la luna, y un *Tílger* que amaga...

OTROS ONCE MESES... LA MUERTE



guerreros de papel.
saltaba que la
las papeleras era
sensata y reac-
ese momento no
s voces que hici-
una versión de los
diter un te do aquel le
n hoy, es lo VÉ SIfl
autoridades locales,
iales y nacionales En

esperanza de que
fuego de le ves tad
deje cenizas de nuest
Infaustos guerreros de
papal.

st Progre

DIRECTORA GEN CRAL: [Aquel UPA SAADC MEXICO, a.r. AÑO Seno

, principal preocupación

ovella...

uando la

oledad

latos propon jorrados por el
miento de Personas Solitarias
ncialmente Suicidas, en Krater
cerca de I 7 mil personas que
dido el total interés por vivir.

Se ha determinado que
principal causante de ser
jante fenómeno es la
presión familiar respecto
avance academice de los
jóvenes, desde la infanci
sistema educativo en ciu
dades corno Novella, Abz
lon y 'Microsoft City jera
quiza la calidad académi
dr acuerdo a la evoluci
del sujeto. Asi, la exige
familiar y la presión so
por ser el mejor llev
varios jóvenes a ve
arados por no alcanzar
mirar a ta mejor univers
dad o no rouseguir un t
trabajo.

Consiguientemente esta
población de jóvenes pie
ere abandonar los estudi
el trabajo y amistades par
encerrarse en
atendiendo sus gadg
labario Iris, el ocular,
box, o jugando en el p
vision, leyendo historiet
construyendo figuras a
escala. A la larga estos
tos van perdiendo sus ha
bilidades de convivencia
social, manifestando agor
fobia, volviéndose tímid
inseguros y perdiendo
terés por salir de casa -
tienden a una vida de ad
tos muy solitaria y pe
cialmente suicido. En
ciudades se llam

Atletis deferencia, mescartez, MMXXXIV

En hora buena la llegada del *autumn,* **pues a razón de las últimas tercianas y de las temperaturas de más de cuarenta grados, no supe** cómo salvar la fiebre **y la consecuente descomposición del órgano afectado por el Tílger. Tras la afección, suelen ocurrir dos cosas: el órgano se consume y es expulsado en heces o se inicia una lenta cicatrización que de todas maneras contrae el órgano infectado. Esta vez ocurrió lo primero y si bien retomé muy bien mis ejercicios, no pude compensar las nueve libras perdidas en menos de dos meses. Tampoco pude revertir el proceso de sequedad del hemisferio derecho de mi cuerpo (que data de aquellos cuatro días de inactividad),** pero ya mi piel se ha revitalizado e incluso luce **un tanto mejor. En suma, pese a que el** menguante fue hace cinco noches, **hoy me siento mejor que nunca y el percance —que debió ocurrir a la altura del metatarso— parece ahora una anécdota en comparación con los ultrajes de los médicos hace unas semanas. Los huesecillos del pie se han fundido y** en un solo desplazamiento **me es ahora posible mover tres dedos, lo cual no es ningún problema para hacer las pedaleras.**

Sin embargo, debido a la fatiga, he reducido los ejercicios al margen menor y **me son suficientes tres tandas para acabar la rutina. De hecho, tanto calor hizo hace unos días que en prenda he disfrutado —antes de la segunda sesión— de unos** *néctares* **de extraña procedencia que** obtuve del nuncio en su primera visita de este año. Sin **duda, ello ha avivado mi humor, además que —como ya le conté hace algún tiempo— las temporadas de viento y frío me vienen muy bien, y ahora que están bastante cerca no me queda más que ilusionar tiempos de reposo. Durante las ventiscas otoñales todo cicatriza más rápido y** acostumbro a dormir dos horas más **que las habituales siete. ¿Duerme usted sola? Me imagino que sí, a menos que en el último tiempo haya llegado alguien a embestir su soledad, alguien que no** quiero imaginar **quién, pero que disuade mis esperanzas de recibir vuestras letras. Si aquello sucediese, no cabe duda que la desconocería, porque en sus fotografías** siempre **aparece sola o a lo sumo la acompaña ese Federlav que se decía su instructor y que terminó abandonándola después del accidente. ¡Cuánto odio guardo a ese sujeto!; usted ya lo habrá** perdonado, pero a mí su desaparición me ha resultado gratificante.

En fin, **hablaba de usted y de lo solitaria que siempre se ha mostrado, atestada a** veces de aficionados **y mirones pero –al fin y al cabo–** deshabitada de compañías. ¿Dónde está ahora **esa gente? Siempre lo hizo todo sola, de ahí mi admiración; ni** las pruebas con relevo **la animaban a competir con el equipo nacional. Y eso desde** antes, recuerdo por **ejemplo la vez que en la** *Merklin fields* **(prueba bastante exigente en los países nórdicos) supo usted** aguantar el cansancio y falta de oxígeno **para acabar en un vibrante tercer lugar. Claro, eran épocas en las que** hacía sus primeras **armas, luego se dedicaría de lleno a las pruebas de fondo. Estar en el podio debió emocionarla, más allá** del *doping* **de la ganadora y** la deposición del bronce a **último** momento. Ese fue –convengamos– sólo un atisbo de lo que después **vendría: una carrera aunque no muy larga, con muchos laureles.** No fue esa su **primera portada —el** *football doce* **todavía acaparaba todo—, aunque ya le hacían alguna reseña y en los** *tapes* **se la** veía encimada de reporteros a los

que lanzaba apenas unas cortas y tímidas palabras. Victorias o derrotas, como aquella en la que un fanático la detuvo en plena maratón, siempre estuve ahí con usted, festejando su cuerpo más que sus preseas. Si su más grande logro fue el oro en los *doscientos planos* [1], la debacle estuvo lejos de las pistas; pero eso queda —digamos-- para las estadísticas. De ello concluyo que usted no fue como otras *sportistas* que se vieron relegadas en pista y jamás pudieron recobrar el honor de tiempos gloriosos. Lo suyo no fue una carrera contra el tiempo, en cambio creo —y nadie me saca esta idea de la cabeza— que fue una carrera contra su propio cuerpo, como de hecho ocurre en mi caso.

Ahora mismo no se me viene a la mente el nombre de algún deportista de la nueva generación que haya coronado por lo menos una carrera de quince años sin altibajos. Es más, nuestro país no se ha caracterizado por obtener los primeros sitiales en los certámenes internacionales, a lo sumo hemos cosechado algunos oros en los deportes de cuadrilátero o en los denominados 'cuerpo a cuerpo' (lo cual marca nuestro salvajismo), y aparte de haber organizado una justa olímpica, jamás hemos adquirido conciencia de que el deporte es algo trascendental para el desarrollo de una sociedad. Nuestra capacidad, creo yo, se resume a logros individuales, a nuestra gallardía o al ímpetu de algunos deportistas, al menos de aquellos que vienen de los eriales o del Sur del país. Recuerdo todavía mi afición por las justas de antaño, en especial por aquellos deportes propios de nuestra nación. Recuerdo también que de cuando en cuando, entusiasmado por el inicio de un nuevo torneo, me entregaba de lleno al televisor, mas cuando acertaba en alguna prueba en que participasen los nuestros, advertía apenado cómo —brega tras brega— nuestros representantes iban quedando relegados en las pruebas preliminares o a lo sumo una segunda ronda los esperaba con rémora. Lo he repetido muchas veces: nuestras complicaciones en las pruebas por equipos son análogas a los problemas que vivimos en el país, con índices vergonzosos en educación y bajísimo fomento a la cultura, además de una coyuntura en constante crisis. Es distinto en deportes individuales como el tennis, el bádminton o el hipismo en los que puede alguna vez recaer una medalla a consecuencia de cierta genialidad o el apoyo directo que algunos deportistas de clase alta reciben de las autoridades.

Ser campeón por equipos no es mera presunción. El desarrollo de una nación es —la mayor parte de las veces— equivalente a los logros deportivos de sus atletas, como lo es a sus tasas de analfabetismo o a sus adelantos tecnológicos. Pero en nuestro caso, eso queda desdicho, pues a lo largo de nuestra historia sólo hemos logrado ilustrísimos bardos y genuinos científicos, y no en cambio importantes plusmarquistas o ciclistas emblemáticos; ni mencionar los deportes de grupo en los que hemos sido siempre humillados. Valga el apunte: en el escudo nacional figuran todavía símbolos de la *Guerra del Cambio de Siglo* y todo tipo de efigies como las *Bosques de* Opio, el *Arco del Tiempo* y hasta la destruida *Fosa de Kersouth,* es decir artilugios vanos y parciales, como en los depuestos escudos de las naciones vecinas, pero por ningún lado se hace mención de nuestro dote olímpica. Basta observar los escudos de los países del noroeste en los que figuran al menos un

---

[1] Según importantes averiguaciones esta carta coincide con el día en que —muchos años antes— la fondista ganó la mencionada medalla en las *Olimpiadas de Luxfar,* aunque K. no hace mención directa de este detalle.

alférez o la llama olímpica como muestra de su ímpetu deportivo. No busco remedio inmediato, creo de todas maneras que la juventud de nuestro país, a diferencia de la de otros, ha cobrado conciencia y se ha mantenido en forma respecto a disciplinas de antaño como el críquet o las artes marciales.

Y esto no se queda aquí, recuerdo alguna vez haber hecho propuestas por escrito a nuestros congresistas y pedagogos sobre asuntos tan básicos como aplicar en las escuelas la disciplina gimnástica, en la misma medida que la química y la gramática, o incentivar la cultura deportiva en los programas de reinserción social de los reos en los condados fronterizos, a esos inculpados que —según dicen— sólo por tener cuerpos fornidos y tatuados se dedican al vandalismo y al desorden. En fin, usted tendrá más argumentos al respecto, toda vez que yo casi nunca he practicado deporte alguno y asumo postura apenas por la experiencia que en la actualidad me lleva a ejercitar mi cuerpo. No estoy seguro que una eventual dedicación a alguna disciplina en mi juventud hubiese aplacado la evolución del Tílger, pero al menos creo que un cuerpo robusto, como el de alguno de esos deportistas de lucha griega o de deportes extremos, pudo significarme un más pausado desenlace.

Usted dirá, tal vez crea que mis ideas son exageradas y esté en completo desacuerdo con lo que pienso, al menos a consecuencia de su inminente dejación. En mi caso, todo se debe al mal que me aqueja y creo que usted debería darme la razón, ya que se ha visto profundamente perjudicada por estas mismas circunstancias. Dicen que ser deportista dura apenas unos cuantos años y luego —en la decadencia— uno se ve obligado a hacerse de alguna profesión para sobrevivir, a vender sus medallas y preseas o a buscar por cualquier vía los subsidios extranjeros. No obstante, si existiesen políticas de verdad, otro sería el panorama, incluso para aquellos adolescentes que sueñan con dedicarse a algún deporte. Cuántos prodigios que vemos competir en los eventos colegiales y en las pruebas universitarias debieron quedar relegados por el escasísimo apoyo y la incertidumbre económica que avizoraban. Todo lo contrario en campos menos prometedores como el sacerdocio, el folklore o la milicia que han erogado dineros hartos necesarios para el deporte, sin obtener mayores réditos que la jactancia y holgura de sus adeptos. Me molesta la falta de iniciativa para fomentar el cuerpo en cualquiera de sus manifestaciones, y me adviene una cruel impotencia mientras más postrado y viejo me siento.

Fíjese nomás en los carnavales de *Pussycastles,* con la fastuosidad y el cuerpo a cuestas, con personas que —aunque grotescamente— enaltecen sus cuerpos, agitando las caderas al ritmo de compases elocuentes, giros y contorsiones que embelesan sus figuras. Piense lo que quiera, pero he observado hermosos ejemplares de *transexuales y vams* que mostraban su cuerpo con total soltura, desinhibidos de cualquier volumen ficticio o imperfección. Es la primera vez que he prestado atención con detenimiento a estos *Soft Parades*, y la verdad me han elevado el ánimo, aunque verá que soy incapaz de siquiera realizar algunas de esas maniobras, incluidas las aberrantes y de falso ingenio. De tiempo observé tantos cuerpos desnudos, y si algunos resultaban todavía extraños a una contextura mujeril y raros al coqueteo, sus bellas indumentarias y armatostes dejaban que experimente la exquisitez de esa fiesta. Debí estar más de una hora

sintonizando el televisor para no perderme ningún pasaje de este espectáculo que despide la *Vera Noa.* Espero desde ahora la fiesta del año siguiente, y aunque es imposible que pueda alquilar un asiento para el acto oficial, desde la comodidad de mi sillón podré presenciar esta increíble gala.

Bueno, le hablaba del cuerpo (y creo no haber dejado de hablar), y aún así me quedan muchas cosas por decir. Siendo que la semana entrante soplará por aquí el *séquito de capricornio*, presumo que al calor de mis ejercicios podré superar los futuros congelamientos. Me quedo sin sus reflexiones, me imagino que le entretendrán más los paseos diurnos por el panteón y los *campos de Sota* sin nada que pensar, como solía relatarme; pero si alguna vez hace lugar en mi barrio, no dude por lo menos en tocar en falso la puerta de la casa del nuncio, que queda en el sector *W-313.* No suelo terminar así, pero hago el intento, usted comprenderá. Buenas noches.

En un jardín de sepia, el mundo será escondido...

K.

Satia Panteón, wilbur angelical, MMXXXIV

Mediados de mayo y el nuncio está nuevamente acá. Es raro verlo dos veces en un mes, pero no hay ocasión en la que no tenga algo que dictarle, por mínimo que sea. Me ha encontrado meditando —soñando incluso— sobre cosas varias y usted; claro que la vez pasada no definimos la siguiente cita, aunque no me viene mal aprovechar ésta que él ha preferido para enviarle algo, principalmente ahora que ando pensativo. No es poco lo que le quiero decir, aunque el nuncio también me ha traído noticias. De hecho, mientras yo contabilizaba el tiempo desde su medalla (cosa que hago a menudo), él lamentaba los cinco meses de jubilación. Dicho sea de paso, le han pagado recién un trimestre y lo poco de propina que logro darle —para llevar estos papeles lo más cerca vuestro— me ha sorprendido que le alcance hasta hoy. Desde su retiro, que coincidió con nuestra intimidad, no se ha atrevido a cobrarme peso alguno por su servicio que —tengo que confesarlo— se ha vuelto más arduo y penoso, por todo lo que significa nuestra correspondencia, requiebros a ultranza en los que él se ha visto tan inmiscuido como yo. De todas maneras, al reborde del cancel siempre dejo algún licor o le heredo algún libro con cumplido aprecio por su visita y demás favores. A pesar de todo, sigo pensando que ello no representa nada —más que una ligereza— para un ser que prácticamente me ha devuelto el habla y me ha socorrido de caer en un aislamiento incurable. Lo sabe él también, desde mi postración me he vuelto un completo antisocial en crimen impune contra sí mismo, por lo que me es imposible sacar a flote una vaga idea de lo que sería mi vida sin el carteo y sin mi fiel escribano. Es más, dudo mucho que mi cuerpo hubiese amortiguado su decaimiento de no ser por él, tanto que no tendría más que decir acerca de mi existencia, a no ser breves descripciones de su colapso. No exagero, todavía recuerdo esos días en que la débil palpitación y el tracoteo eran lo único que marcaba ruidos a mi silencio, sumergido en esa serenata póstuma de tan lastimoso llamado, cuando el presentimiento del fin es ilimitado y el designio uno solo.

Todo lo anterior me ha venido a la mente por un asunto infame, puesto que un oscuro recuerdo advino en mi ser en la *ventus fostha,* que es la luna en que —maldito sea el año aquél— mi padre murió. No es para menos, podría decirse que él fue mi último compañero, a quien todavía podía confiar mi vergüenza de mundo y de quien siempre fui un hijo a pesar de las circunstancias. Murió hace exactamente cinco años y anteayer, que fue el día en que expiraba su lápida, hice una salida forzosa con ayuda de Zadha, que si tuvo alguien preciado de su estirpe —además de su hermana— fue justamente él. Por mi parte, nunca lo consideré un amigo[s] puesto que su carácter era recio y apenas sus palabras daban visos de tamaño corazón. Era hombre rudo y estricto como ninguno, pero también amaba desenfrenadamente cuando así el sentimiento le infundía. Fue mi padre dos veces, cosa que no es muy común, pues si bien viajé mucho a su lado estando él casado y en evidente dependencia, a los trece años se mudó a *Vieri;* luego, a mis cuarenta —cuando ya amenazaba el *Tílger*, hasta entonces sin nombre y benigno— pude acceder a su compañía que me devolvió el goce de la charla y la continua escucha,

---

Según argumentos compartidos, el nuncio escribe en uno de sus diarios (cuyo contenido es ajeno a esta obra) que alguna vez K le confesó que lo mismo que él de sus hijas, su padre no era legítimo, y él lo sabía.

atributos que conservo hasta hoy. Recuerdo perfectamente que compartía con él largas tardes y escondidas noches bebiendo o embotándonos en pensamientos salvajes. Aún siendo él de mediana cultura, me dejaba perplejísimo con sus opiniones, tanto que a momentos aborrecía su sesgado razonamiento, mas comprendí pronto que cuanto él decía era cierto en algún lugar de mí y seguro en los piélagos del futuro.

No soy capaz de escribir la manera en que murió, pero ocurrió tan de pronto que dejé que su muerte transite lenta y sosegada ante mí, tan despacio que recién semanas después pude comprender su tragicidad y el luto que me aconsejaba. No me es fácil trasmitir cosas de él, porque no está más en las palabras, creo sinceramente que ha perdido toda presencia nítida en el mundo y hasta los recuerdos son de difícil deletreo cuando sostengo por un momento su imagen en las miradas perdidas al horizonte: ya difunto, no lo he podido ver, por la confusión con que viví su muerte, tanto que asistir a su lápida (lo he hecho escasamente estos últimos años) me ha significado un sentimiento sin defensa contra el olvido, como si él estuviese empeñado en morir sin importarle en lo mínimo mis deseos nauseabundos. Con la cremación de sus restos se ha consumado su inexistencia, y creo haber yo propulsado este final al consentir que los dictámenes del tiempo y las normas del panteón fijaran su destino.

En efecto, habiéndome propuesto saldar este velorio aunque de manera ulterior a su muerte, e intentando que las pompas fúnebres —tan viciadas por el momento en que falleció— se redimieran tras el deseo de acercarme a su destierro que es —según dicen— insalvable después del quinto año, me lancé decidido a encontrarlo. No podía ser de otra manera, puesto que no hay limbo en que me espere, si es que algún ataque a un órgano mayor o una herida a mi constitución precipitase mi muerte en estos momentos. Fue una de mis niñas quien me recordó el evento, y es que si algo tienen ellas a bien es justamente su severidad con las fechas. De esta manera doy cuenta de la visita de los investigadores, de efemérides y festividades, de los días en que alguno de los tres cumplimos años, en fin, de todo cuanto pueda desviar la monotonía de los calendarios. Eso mismo ocurrió en este caso y aunque había prometido no hacer salida alguna si no hasta la *gelis nevisca* —me encantan esas terapias al aire frío –, hago cumplida memoria de una persona con la que fácilmente me identifico.

La salida no fue muy complicada, como en principio creí, pues mi padre está enterrado en el *Panteón GardenDei* que está a menos distancia que los otros tres cementerios de la ciudad. Esta circunstancia me reconfortó siendo que poco antes lamentaba el hecho de no haber asistido a su lápida en lo que va del año, más aún si considero la afición vuestra a lugares afines a éste y la imposibilidad que —al parecer por ese motivo— tiene de escribirme. De todos los panteones en *Luxfar,* éste debe ser el más pequeño, toda vez que está reservado para la gente de antes de los setenta, por un extraño requisito de defunción. En cambio, cuando yo muera me trasladaré a los *Arenales del Este* en un tortuoso viaje del que ya siento angustia. En cambio usted, joven del *Cambio de Siglo* descansará en las afueras de la ciudad, en ese bello Campo Santo al borde de los maizales y los *montes de Remus.* Estas conjeturas de seguro le serán menores, siendo usted una persona cultísima en lo que a cementerios, casas morgue y funerarias se refiere, según esa

extraña afición que cuenta en sus cartas con bello motivo mortuorio y no simplemente de jardinería o recreación, como yo acostumbro. Justamente por esa vía (una carta de insólito y extenso relato que aprecio a más) me enteré del atractivo de ese nuevo cementerio al que —digámoslo así— usted pertenece; y si bien no ha cifrado (menos descrito) la lápida que por orden le corresponde, estuve encantado por el recorrido imaginario que alguna vez propuso en esta ciudadela en la que lo menos importante era saber que estaban enterrados Kleim, Meülin o Thodosort, pues hacía usted un elogio a los epitafios y una enigmática pesquisa por encontrar alguno que le represente, como creo que hacemos todos.

Mi goce no es para menos: una laguna por cementerio y los tepes por camino eterno, en un universo de estaciones que parecen descansar en silencio. Esas aguas seguro pronto volverán a congelar —según pinta usted— y la música de *Vladijké* o *Zabrinsky* caerá por entero en los espacios del recuerdo. No dudo que ese sistema de canalización ha de ser muy efectivo para posibilitar esas músicas ligeras y ese efecto estabilizador de las mentes más acongojadas y de los corazones más delíricos. El nuncio me contó que el sí estuvo en ese panteón, pues su familia entera (que pertenece a la *generación del cien)* está enterrada ahí. También me ha confesado que no ha dejado de sentirse deslumbrado por la hermosura de ese diseño que en verdad lo ha consolado de la trágica muerte de su esposa e hija. Por mi parte —pese a sus descripciones— me cuesta imaginar con exactitud las dimensiones de esa obra, con cruces apostadas entre el manantial, efectos paisajistas y toda una arquitectura orgánica que cohabita con el vacío de los campos extensos. Es admirable esto que se pudo hacer en un país en que la tradición mortuoria es mínima y sus rituales se reducen al depósito del cadáver en las *cilindros de Nihon* y alguna que otra visita póstuma; contrario, por donde se lo vea, a países del *Lejano Continente* en que las ceremonias no cesan hasta que el muerto reciba una serie de dádivas, o hasta que los familiares depositen en la tumba cuanto miembro puedan de su mismo cuerpo y el difunto sea entregado a la *distancia eterna* convencido de que ya no está más entre los suyos. Sagrada dimensión de la muerte, sin duda, aunque impar en estos lares.

Aún así, respecto a mi padre, cuidé siempre de no perderlo tras la mala memoria que todo olvida, incluso me impuse algún monólogo en tiempos en que su compañía me era urgente. De hecho, al ser transportado al cementerio, negocié un sentimiento de traslación y celeridad que advino en detrimento del amartelo en que me encontraba. Desde entonces sé que el cuerpo tiene una particular memoria diametral a la que podemos forzar con la mente. Cuando a ésta le interesan las palabras y hechos palpables, al cuerpo le son precisas las distancias recorridas en su nombre y unas pocas evidencias de su deterioro. Es como en el pugilato, un golpe no duele sino hasta que el rival prefigure el último anterior, a razón del cual el moretón arde en su ceño. Así y todo, no es lo mismo trasportarse en el carro fúnebre con el muerto a cuestas que en la góndola que se dirige al cementerio; en el primer caso se vive el duelo con irrealidad, el segundo con resignación. En suma, si bien el recorrido era semejante al desplazamiento de entonces, una instancia de mi cuerpo parecía entumecida por la ceremonia que nos esperaba, el resto estaba depositado en miedos e inquietudes monstruosas. Hace una semana que nos llamaron del panteón para dejarnos saber que quitarían la cripta y de

pronto me encontraba ya en ese lugar cercenando el deseo y la curiosidad de raíz, sin más cortejo que el yermo, sin otro estremecimiento que el rapto.

Apenas llegué, después de no más de una hora de viaje, sentí un ambiente incómodo que me recibía con hostilidad, pues para empezar los vientos de la colina produjeron una comezón a la altura de la quijada. Aparte de eso, justamente a esas horas enterraban a una niña —según deduje por el tamaño del ataúd y de su insignia— que terminó de abatirme, ni qué decir del gris del cielo que por un extraño efecto parecía estar a nuestro alcance, aunque las nubes correteaban por todo lugar. Decidí caminar, ayudado por mi bastón y descansando toda mi parte derecha sobre mi niña, confundidos ambos entre la garba y los capullos, por entre los álamos cuya esbelta presencia e insoportable equilibrio —a pesar del viento fúnebre que soplaba arritmias— me desanimaban de continuar la cañada por la que me dirigía por simple intuición. Rápidamente caí en la triste sospecha —recordando sus apuntes— de estar en el lugar en que usted había estado no pocas veces e incluso intuí encontrarme con su persona, a pesar de lo temprano que era: las ocho de la mañana, horario inusual para vuestras pesquisas. A pesar de todo, permanecí atento al recuerdo, en esto ayudó mucho mi niña que esta vez sí me trató de buena forma, tanto que compaginamos juntos algunos pasajes de la vida del abuelo. A medida que me acercaba y sus restos se convertían en meros fósiles de la extremaunción, sentenciaba insospechadas oraciones nacidas de mi inconsciente. Más bien que no llovió, pese a lo nublado del panorama, aquello hubiera terminado de desvivir ese momento en que me encontraba falto de fuerzas, con una turbación inexplicable y con todo el cuerpo *inflato*.

Mi caminata, que sugería una costosa peregrinación, estaba sentenciada a descansar en la tumba de mi padre, porque —como en mis ejercicios— el esfuerzo debe ser ininterrumpido pues cualquier descuido compromete su efectividad. Durante la travesía, que no debieron ser más de trescientos metros, dado que mi padre pertenece al panteón de honorables, me sentí trastornado por el paso de personas en todas direcciones que, por el mismo rigor del luto, parecían guardar una identidad inmanente a la suya, a tal punto que profería su nombre en griterío interno, como para detener una marcha torrencial que en absolutamente todos los casos se aventaba contra mí. Zadha —extrañada al fin— me preguntó porqué me exasperaba de tal modo, pero yo continué repitiendo Abriuiid cada que el oscuro tránsfuga sobrevolaba mi perspectiva, enfoque que —dicho sea de paso— se reducía por mi baja contextura y por la tortícolis. De hecho, sólo divisaba las sombras tenues y el espacio reducido entre el suelo y la cintura de la gente.

Tal vez el desprecio o la indiferencia inferida esas últimas cuadras —aunque así no lo quise—, hizo que mi padre suspendiera su vigilia y eximiera el último intento por vernos. Ese irremediable presentimiento redujo mis últimos pasos al mínimo, sobre todo cuando advertí —como se nos previno— que los trabajos de remoción ya se habían iniciado de madrugada y los obreros estaban en un avance importante, pues apenas hice un amague de observar la fosa, advertí los huesecillos del pie en plena descomposición y la madera del ataúd carcomida con tal exactitud que parecía haber sido construida para durar ese tiempo. No bien advertí esa cruel imagen de la muerte, me conmocioné y pese a que me aferré doblemente a los brazos de mi niña, no pude evitar el mareo tras el que soñé desplomarme dentro

de la fosa y —dada mi enfermedad— pernoctar ahí. Más bien que el vientillo de areniscas me despertó de tan terrible imagen y pude guardar espacio para el trabajo de los peones. A mi costado se encontraba el epitafio que no me atreví a leer porque la imagen del cadáver desmentía por completo esas palabras de buenaventura, incluso el nombre de mi padre esculpido en la piedra, cuyo eco nuevamente se había instalado en mi cabeza con una pesadez única, conturbaba mis emociones de tal manera que sentí derramar unas delgadas lágrimas que salían del artilugio que para ese momento eran mi retina y el rostro entero.

Esos hombres, que no atinaba a llamarlos sepultureros —saqueadores incluso—, nos saludaron con una reverencia tan solemne que me desahuciaba, porque eso que hacían por mí dejaba de significar algo. No me había formado una imagen de mi padre muerto, lo guardaba en la memoria de figura completa o imaginaba cuando menos sus facciones más profundas, pero ese esqueleto depositado sin gracia ni espera reflejaba no el paso del tiempo sino un tormentoso secuestro que parecía haber absorber irreversiblemente todo su cuerpo, dejando un rastro de vaga persecución en el cráneo o en las costillas. Es más, sentí de pronto que mientras más limpiaban la fosa, aumentaban las sombras empolvadas que difuminaban la vida de mi padre e incluso su muerte casi sin perdón. Nada que decir del brazo izquierdo y el medio cartílago depositados en un estuche adjunto como para remediar simbólicamente la incompletitud de ese accidentado cuerpo. Sólo me queda decir que desde entonces me parece que los muertos huyen de la vida lanzando un grito infinito que se plasma en las facciones entreabiertas y gestos apagados, es decir en un escarmiento de oscuridades que traducen el vacío en que depositan el último suspiro. Empero, mi padre traía dibujada en el cráneo esa cavidad silenciosa que lo aislaba en un más allá que no era ausencia ni presencia, más que un punto a parte al dejo de su nombre.

Mi niña, que es de otro semblante, se conmovió en cambio y su afligida despedida hizo que nos quedáramos incluso hasta que depositen los restos en la *bolsa de facción* y perdiéramos de vista al carro que recogería dos cadáveres más para completar —pienso yo— la jornada. Al retomar los senderos y esperar que el bus regrese (pasado ya el medio día), reparé una vez más en vuestra proximidad, o al menos creí que las huellas humedecidas del adoquín repasarían —como no en el tartán— un camino que el destino nos aconseja a todos, pero que ambos repetimos con evidente deterioro de fuerzas y ánimos. Los resquicios de los sauces y sotos, las oquedades de los paisajes monótonos y los pabellones con mausoleos por llenar detentan —cuando no las cometas infantiles—, espectros que habitarán por siempre en el panteón. Mi padre no está allí, estancado en los intersticios de la muerte, como quisiera, pero quizá usted que deambula por cada rincón de esta ciudad sin más sueño que una morada a su final propósito.

Un sobre llegó hoy y —desestimando que era usted— determiné que se trataba del despacho de los restos cremados en una cajita opaca y verde que ya entonces sólo costaba veinticinco centavos (el envío) y que ahora descansa bajo el tocador de alguna de mis niñas donde, de seguro, nuevamente se empolvará...

Grueso el árbol de los hombres, lejana su raíz y sino.

K.

...sigue hablando de la mujer, y yo que pensaba que con el tiempo se le iría, desmantelada por el paso de los días o por la impronta de palabras. Pero no, jamás deja de hablar de ella, casi como si la hubiese perdido, ajando los calendarios y la espera, ya sin contar, y recelando su cifra. Estos días me ha encomendado un secreto: han pasado doce meses desde ese 'no', pero no quiere decirle nada por temor a que calle, a que siga callando. Ha optado que sus cartas sean como balas perdidas tras el paisaje de ese cuerpo. Y sin que lo hayamos pensado, el periódico ha sacado una edición homenaje en la que aparece ya casi olvidada, como si precisamente el periódico sellara su destino, su última primera plana. De no haber sucedido, habríamos nosotros sido aquel necrólogo, acaso para sacar un diagnóstico a nuestra conveniencia, quizás sólo para escribir a placer un epitafio que la redima. No lo hemos hecho, hemos dejado una vez más que los días se la lleven y los satélites descarguen sobre ella nuestro aciago lamento... [Nuncio: A, 77]

Novenas en su nombre, gutásona solfeo, MMXXXIV

Hoy hablaré únicamente de usted, de aquello que me despierta quizás haberla visto en el panteón, de haber rastreado la herida de vuestras piernas buscando el relicario de la muerte. ¿Fue acaso usted todo el tiempo? ¿El luto todavía aflige su corazón? Nunca me empeñé en descifrar siquiera porqué la última carta cerró sin despecho. Creerá usted que con excusa de mi padre y la cremación arranqué el postigo de vuestra soledad, avivando los sentimientos nunca demostrados. Sobre todo cuando jamás mencioné a usted palabra alguna sobre mi padre, precautelando así el grueso de palabras que sostiene su epitafio, ¡qué digo!, un secreto y mi vida toda en pendencias que poco le interesarían. Es difícil —como no imposible— escribir toda una vida en unas cuantas hojas, más aún si se trata de alguien que desconoce la muerte y tiene el solo motivo de sentirse en ascuas. No sé cuántas cartas mías tendrá usted en manos y cuántas otras habrán quedado selladas por el olvido mientras esperaba al nuncio y nuevas palabras se abalanzaban sobre las anteriores, para enterrar por completo cosas que apostaba decir sin mayor afán que escribirle. Tal vez entonces la imagen que usted tiene de mí es un contrahecho de mis epístolas, por efecto de mis anomalías y congojas, en textos enteramente trascritos y proyectando un estilo igual de aberrante que sus originales que deben estar congelándose en algún armario o entrepapelados en lugares otros lejos de vuestro tutela.

Este asunto sería digno de mencionarse si es que —como advierte el nuncio en no pocas ocasiones— el papel es hoy sustancia en devaneo, elemento que ha caído en lucha por aquello de las papeleras y guerras agrestes contra su manufactura. El celofán en que escribo es de reciclaje y aunque a mi no me aturden otras penas más que vuestra inlectura, mal haría en pensar que mi posteo es posible por otra vía que no sea a papel y tinta. A ratos quisiera deducir que la imposibilidad que usted tiene de escribirme es precisamente a consecuencia de la escasez de las fibras vegetales y, ultimando esta fábula, no me queda otra que aguardar que el suministro en vuestra zona mejore pronto. Por mi parte, me la he de imaginar entrelineas, a contraluz de todo lo que yo mismo pueda llegar a escribir sobre ambos, inspirado quizá por mi poca habla y no menos estupefacto que usted tras palabras que poco a poco se convierten en derroteros del silencio.

¿A dónde irán a parar mis palabras si no a usted?, digo, a los lugares mercantes donde la trata de ficción es irreversible, cuando la rueda de negocios pacte estas frases que aquí ordeno con marcado aprecio, pero que serán prescritas en manos de falsos pagadores e inmensos comensales. Este mes, después de mucho tiempo, no he seguido la rutina de reabrir sus cartas o documentarme con el periódico, tampoco los álbumes me han servido, pues haberla presagiado en el panteón —izando fustes al hado— ha llenado un espacio en mí de cuya soledad trasmitiría sólo exabruptos. Hoy, su ausencia se me hace inaguantable, tanto que se me ha agotado la espesura de su imagen y las tarjas de su nombre son las últimas onzas que sopesas esta amargura. El papel es hoy una entidad que me secuestra, aunque lo peor en él son los diarios y las bodegas perplejas, secciones y suplementos que actualizan el umbral de horas perdidas hasta que el mundo se desdiga. De pronto retoñan noticias mucho mejores, mucho peores, para garantizar

el hastío que en nuestras vidas produce el futuro. Por esta vil apuesta, temo apenas conocerla hasta la operación y algunas reseñas de turno que jamás cambiaron. Quizá nunca más aparezca su nombre en los deportivos, pero sí en un espacio necrológico impelido por la memoria. Ni qué decir de las fotografías, que la encierran en un lugar ausente al propio papel, a escondidas de una imagen que importuna su presencia. Miles y miles de fotos que nunca terminarán de cubrir su cuerpo. Como esas balas perdidas que dan inicio a una competencia, usted se ha sucedido infinitivamente en cada imagen sin movimiento, suspendida por la perspectiva y atestada de ilusiones ópticas que le conferían la tan mentada alegría. ¿Salió ese día de casa?, ¿estuvo esa mañana en el panteón?, mejor dicho, ¿me vio?, o es que se hace inexplicable mi apariencia cuando sólo le he descrito el móvil de su destrucción, cuando afirmo incansablemente que mi cuerpo se muda en otro cada que la luna decae, cada que —como usted diría— el cuerpo no hace podio y en cambio avista su propio funeral.

Soltará de pronto esta carta de sólo saber que, pese a mi cuerpo, soledad y estancia, una infructuosa persecución está poniendo en peligro vuestra intimidad. Que si eso ocurriese el perdón sería inútil, toda vez que la primera carta que le hice hace dos años —esa sí de mi puño y letra—, cuya copia es la única que todavía detento, asentaba manifiestamente que no pretendía otra cosa con usted que no fuese intercambiar palabras y entablar una relación amistosa sostenida exclusivamente por la correspondencia. No es que hoy desmienta esas intenciones, sin embargo su silencio durante todo este último año ha sido un mal presagio a nuestro carteo y siento que precisamente esa conducta ha roto el pacto que empalmaba nuestros deseos. ¿Rehusaría usted a dirigirme la palabra si me cruzo en su camino? No sabré nunca explicar esto que siento; a momentos me desvivo en pensamientos y hasta empiezo a sospechar que el nuncio ha incrementado las visitas sólo para ultimar el silencio. A veces razono de mejor forma y creo que me visita para confirmar —pese a mi tozudez—cuán dramática e irresoluble es esta situación. Soy feliz así, compréndanlo ambos, y la melancolía que tal vez me atribuyen no es otra cosa que el sumidero de preocupaciones en que me sumerjo como bien lo haría un padre con su hijo en tierra extraña o un soldado por su camarada en plena misión.

Si no estudié las cartas como acostumbro, es porque a ratos me saben a enormes titulares de prensa que sopesan el pasado; una sarta de palabras que están destinadas no a dilucidar el presente, sino a mejor aguantar un futuro cargado de remembranzas. Pero eso no es todo lo que hacía con sus misivas, pues bien debo contarle que como la palma de la mano que uno conoce de sobra, esas raras palabras que a ratos usted me pronunciaba eran todas a mi medida, distintas —en todo caso— a las de otros y diametralmente opuestas a pasajes improductivos como el *Filipenses 4:13*. En sí, amo todos esos apuntes plagados de errores pero entendidísimos de esa cultura corporal y deportiva que me cautiva. No creo estar exagerando, en verdad suelo repetir palabras o encontrar en las oraciones que usted lanza atisbos de su presencia más inmediata. Además de eso, hay ocasiones en las que definitivamente me abstraigo en su caligrafía y deletreo a lo sumo algunas breves palabras inconexas que sugieren otras, como la superficie sobre la que debió escribir y los manchones que por siempre serán credos no confesos o silencios escrupulosamente permutados por los deseo infinito que esconden las

lenguas muertas de su verdad; sonajeras que han de impedir el silencio absoluto a sabiendas quizá de revelarme mucho o decirme poco. Así, detenido en el puntal de las íes o en la incompostura de vuestros diptongos, vislumbro códigos y falacias que jamás se repetirán en otra carta sin importar cuántos facsímiles haya guardado el destino en sus gazas.

Siento aburrirla, pero no miento cuando digo que sostener una de esas piezas de escritura que tomo con cuidado del portacartas, es acariciar un cuerpo nutrido por la distancia. Ortografías en celo que como esos cráteres enfangados en los cuerpos oscuros de la galaxia o esas estrellas fugaces, manchan la retina muy de vez en cuando. Sentir en el envés de vuestras cartas las hondonadas letras en duelo sepulcral, es hacer del braille una acometida a lo sensible, y de esos espacios sin relieves una confidencia silenciosa que jamás dirá cosa otra que su adagio. Sólo eso, quiero decir, aquello sólo que puede cohabitar en el color inexpugnable y lúcido del maché, en el flagelo de las letras, en cualquier actitud delirante sea ésta la manera de abrir un sobre, doblarlo en cierto sentido o no fechar, en definitiva, algo que sublima el piélago de mis sentidos. Pregunto nuevamente ¿fue acaso usted?, ¿profirió a mi padre algún rezo?, o es sólo la vaga ilusión por hacer que mis utopías graviten, por alojar en cada susurro a alguien que no está y en cada cuerpo una parte vuestra sin mejor mandamiento que nombrarla.

Créame que es complicado superar vejámenes que uno ha sufrido de último, por designio o infortunio, porque si algo uno recuerda no es el extenso sumario de las cosas o la costosa empresa de nuestras tribulaciones, únicamente ciertos finales insospechados y difíciles de alinear con la realidad. Me cuesta todavía entender esa última carta que escribió, aquella que preferí haber perdido entre los libros o quemar por descuido; ahora mismo no sé donde estará, porque nada que en ella hubiese puede hoy solucionar la negativa. Qué desdibujadas se muestran las anteriores a ésa por más que las lea y relea, por más que ausculte los vicios profundos de su cometido, en comparación a aquéllas que por vuestra ausencia se ha hendido directo en mi memoria. ¿Qué quiso usted decir entonces?, me pregunto a ratos dónde abandonaré ese breve artilugio, si acaso tuviese el mundo un lugar donde botar palabras, una esquina que consuma el idioma de los vencidos, de aquellos que escriben sin derecho, si es que de una vez por todas nos fuese dado el poder de la dicción o el deber del olvido. Dónde entonces quedarían todas esas palabras que han flanqueado la espera, esos sonidos que han atravesado los pulmones, esas lenguas que quisiéramos a veces extraviar, ese analfabetismo que añoramos por razones solas del destino, si es capaz una sola palabra de cambiar el mundo o de romper la relación de dos. No me pregunte cosas y menos me las responda si han de ser de un dogma tal que el resto de palabras me sean insuficientes para eclipsar el arcano de su disyuntiva. ¿Puedo acaso hacerme al que no la escucho? Quizás, pero es insalvable que una palabra nos persiga de por vida y un nombre nos disuada. Hacer de cuenta que no está ahí es fomentar la impostura de todo cuanto no tiene razón de ser, particularmente del aprecio que se nos escapa de las manos si no atendemos el pérgamo de su lenguaje. Dígame usted, acaso es necesario inventar posibles preguntas que justifiquen aquel 'no': ¿Está usted dispuesta a morir en soledad?, ¿cree que podría mandarle una foto?, ¿alguna medalla suya recaerá en mis hombros'?..., me es imposible incluso.

Gracias a no sé quién, aún puedo escribir y diferir los efectos de esa terrible carta a los estragos de mi *acusión,* como si alguna luna hubiese impugnado contra nosotros castigo inapelable que, tal parece, sólo otro dolor remediará.

No deje la vida a sus anchas, sosténgala contra el suelo y apriete cuanto le sea posible...

K.

20

Panteronimia y sú, cercanías gélia, MMXXXIV

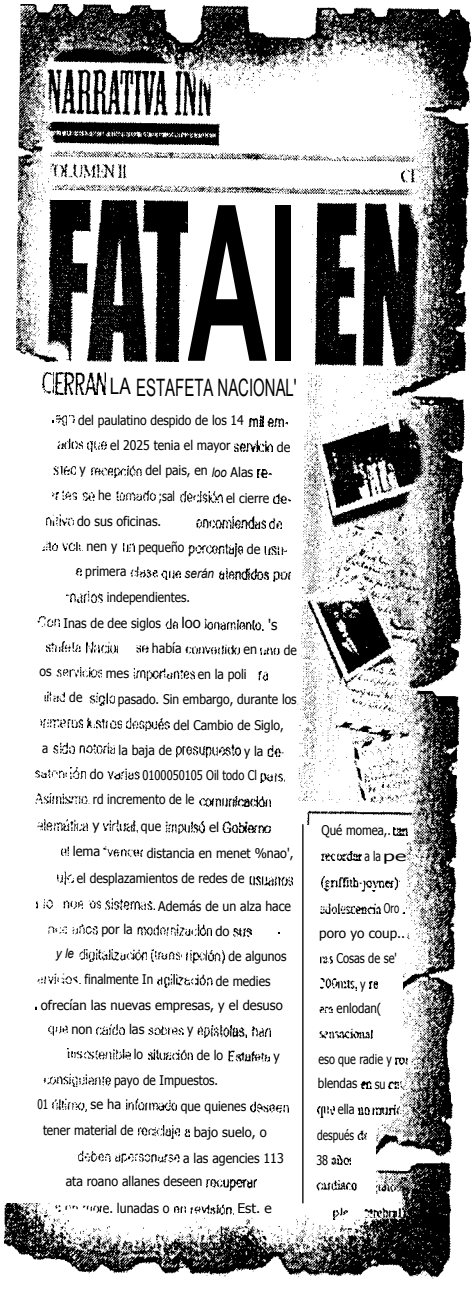
Se alojará en mí la duda eterna si acaso —pese a lo superable de las distancias de antaño— no pueda hoy más que expugnar la realidad y hacer como si la hubiese visto cruzando la frontera que tenemos por ciudad. Usted vive en el *Sur* y yo en el *Norte,* mas yo moriré y seré enterrado allá donde usted; y usted, qué suerte la mía, irá a parar a ese cementerio en las afueras, lejos —una vez más— de mi mirada.

Como nunca, el nuncio ha llegado en mala hora. Quedamos en que vendría cerca de la *media tarde,* pero el sol ha caído ya hace *un cuarto.* No me he negado a recibirlo y no es poco lo que debiera contar, pero siguen pesando las angustias pasadas, y ésas me prometí no escribirlas en las cartas que vienen, aunque es duro, pues la reflexión es como una corazonada siempre tormentosa que a momentos se ensaña contra el olvido. Los médicos han vuelto esta mañana; con mañana se cumplen cinco días que pasan por acá. Me parece extraño e inoportuno, aunque hoy sólo han apuntado mis ánimos y se la han pasado dialogando con mis niñas sobre no sé qué.

Con todo, le confiaré algo breve: escondí el portacartas en un lugar al que creo solo yo tener acceso. No me fío de estos investigadores, pues no sería raro que nos echen de casa así por así o terminen de invadir nuestra intimidad en pos de algún resultado ajeno a la medicina. No suelo hacer apuntes sobre cuando vienen, salvo si en verdad me afectan los pormenores de sus autopsias, pero he comenzado a sacar tontas conclusiones sobre sus visitas tan frecuentes desde que empezó el año. Es todo cuanto puedo decir. Aún me siento conturbado e incluso arrepentido de los actos últimos de mis cartas. En vez, he depositado mis palabras en venturosas ilusiones y sólo eso. De todas formas, traigo las uñas largas, cosa que me impide pulsar el *letterpress* para salvar alguna idea. ¡Vaya realidad, podría patearme el culo yo mismo, pero no escribir a diestral... Lento o precoz, junio pasará sin clemencia, días oscuros nos esperan... hasta la *gelis nevisca.*

En aras del pecado, el cuerpo es comunión...

K.


NARRATIVA INN

TOLUMEN II

FATAI EN

CIERRAN LA ESTAFETA NACIONAL'

Qué momea,. tan
recordar a la pe
(griffith-joynes)
adolescencia Oro .
poro yo coup...
ras Cosas de se'
206nnts, y re
ers enlodan(
sensacional
eso que radie y ro
blendas en su es
que ella no nacrí
después de
38 años
cardiaco

Hado en la obscuridad, elipsis zeta, MMXXXIV

Triste y oscura estación. ¿Qué hace usted en las pocas horas de luz?, pienso que de alguna manera todo a cuanto estamos acostumbrados cambia en estas épocas, aunque cuesta imaginar el trastoque que le podemos dar en un intervalo tan mínimo de días, cuando las noches se hacen indestructibles y el cosmos domina el paisaje. Yo mismo acostumbro a dormir más, pero el resto de horas las mantengo tal cual en el *autumn,* porque mi cuerpo no cesa de aconsejarme ejercicio, en contraposición al hábito adquirido que hace que aumente las dosis de licor y lea mucho más. El departamento estará vacío por unas horas, entenderá usted que mis niñas se mudan al ático para sobrellevar el crudo período de tres meses. Estoy solo y me asusta la frecuencia con que los ruidos se precipitan, dicho sea de paso, abundan en la oscuridad y el viento no deja de inflar las persianas. Empero, me siento más calmado que hace unas semanas; el frío es como una terapia, no obstante las *ráfagas glaciales* me entumecen los huesos de vez en cuando y debo activar el mecanismo de la chimenea para atemperar el ambiente. Le he escrito poco los últimos dos meses, y es que no subestimo ya su ausencia, he comenzado a asumir semejante pérdida como si se me hubiese sido dada en justa medida, por lo que creo haber retomado la delicadeza del yermo que nos distancia. Es más, le he pedido disculpas al nuncio por tan pobre recado la última vez, pero me ha asegurado que mis pocas palabras han dicho bastante y ha acertado en señalarme que cuando menos detallo lo que me pasa es cuando menos sorteo nuestras soledades, tan compenetradas en la sola estancia de nuestros cuerpos y en el sosiego simultáneo.

Pese a lo agresivas que resultaron las últimas cartas, no creo haberle intimidado en lo mínimo. Sabe que a momentos soy un cobarde y me oculto tras las palabras y su alquimia. Son mías, lo confieso, además que si un impulso tan feroz me ha sido dado, no tengo por qué negarlo, de otra manera exigiría que me regrese aquellas epístolas escritas por error o tantas otras que desmienten su propósito pasado el tiempo. Pero es poco probable que eso ocurra, no hay cartas que vuelvan, la encomienda es siempre recibida aunque a millas de la certidumbre que quienes escriben tienen por credo. Si canjeáramos nuestras letras, quizás todo el mundo comprendería qué acalorada contienda sostiene nuestras identidades. Debe ser desastroso —me lo ha descrito el nuncio— recibir una sobre de retorno, cuando uno deposita mil cosas en el plano del papel y a su regreso queda casi nada, sólo letra muerta y malograda de no haberse pronunciado; un verdadero funeral de palabras que teniéndolas otra vez en nuestras manos decretan el fraude cometido.

Condenaría al nuncio si es que él rehusara a devolver las cartas que no encuentran recibo en usted, pero tanto confío en este hombre, que hay veces en las que me hace una breve descripción del envío, no para convencerme, tan sólo para compartir algo que corre a cuenta de ambos. ¿Recuerda la vez que le anuncié que posiblemente él le escribiría? Ese el grado de relación que hemos alcanzado. Mi voz casi no da y a lo sumo las cosas que él no logra leer de mis labios son transcritas al papel; no miento, la laboriosidad con que tejemos una epístola requiere del mejor de mis esfuerzos para aclarar una sílaba o entonar una oración. Lo demás todo es la copia del silencio, y me agrada que sea así, pues

establecemos una comunicación ávida de destrezas con el lenguaje e incluso con palabras que sé usted desearía. No es mera galantería, es —digamos— un estilo particular del silencio o el talante propio de la soledad. En fin, a tanto ha llegado nuestro delirio que —junto a usted— hemos instaurado un complot contra la sociedad: El nuncio no hace más informe a la Estafeta sobre su seguimiento a mi servicio; mis niñas apenas saben que escribo y piensan que son sólo poemas lo que intento; y usted, qué puedo decir, es la calca que ha encubierto los restos de este artilugio.

No hay prórroga que sucumba al destino, quiero decir, nunca he pensado en el día en que nuestro carteo culmine; es más, creo que la vida de los tres subsistirá cualquier revés, cualquier vuelco de página. Pero ese es otro asunto... hay tanto por escribir que las palabras surcan cada noche tras los sueños y jamás vuelven sino en un repertorio nuevo que reconocemos por impulso, pero que pronto partirá en viaje irreversible a la vida de otro, de otras y de sentimientos tan ajenos que por eso mismo nos pertenecen en patrimonio. Siempre y cuando no nos descoloquemos de los lugares por donde circula nuestra efusión, cohabitaremos el mismo temple y nos encausaremos hacia esos horizontes del recuerdo. El emporio de nuestros sentidos refleja el poco de humanidad que nos queda, por la vejez, la enfermedad o la impotencia, y por todo aquello que sancionamos con una alegría interior y virgen. No cuentan nuestros problemas personales en el camino que nos libera, aún si preferimos la elegancia o el corte fino de empresas nada riesgosas para los demás, para aquellos a quienes ha sido dado el carácter del mundo.

Permítame hacer memoria. Nunca le dije esto, y es que de niño conocí a una persona cuya beldad estaba impregnada hasta en su nombre y cuya amistad —siempre pegajosa entre infantes— me atiborraba de alegrías y desenfados. La recuerdo ahora que se me escapan las personas, ahora que retomo los pensamientos pueriles y hago eco de su verdad. No es poca la soledad de una persona que se ha atrevido a desheredar a la biología de unas décimas de su séquito; es ensombrecedor pensar que definitivamente pasaré a otra vida sin dejar a alguien en ésta. De nadie vengo y a nadie voy, y por tanto perteneceré por siempre a mí, que es la mejor forma de expresar la lealtad y gratitud a los hombres. Ese niña, a la que pude en su momento hablar de todo —y de nada porque evidentemente olvidamos—, incluso de las cosas en las que me iniciaba y de mis desmanes, se ha convertido en imagen póstuma de los días en que el fuero de los demás me era todavía aguantable. ¿Necesito decírselo?, no es esa persona usted, es alguien más que asumo en el celaje de la memoria, que tiene alcances microscópicos para algunas cosas, aunque las más grandes estén atajadas por el olvido y la confusión. No es nuevo esto que le cuento, a ratos siento hondo pesar por aquella gente a la que no veo; siempre pienso que están a mal recaudo o, cuando saco deducciones precipitadas, resuelvo que han muerto sin que yo me haya enterado. No puede ser de otra manera, porque el tiempo transcurre, aunque sea algo todavía informulado.

De hecho, me pregunto si alguien de los que conocí habrá pensado alguna vez en mí, y estoy convencido que sí, aunque obviamente no se me ocurre quién ni dónde. Pero de seguro se ha detenido en una imagen inmemorial, sin pensar que ahora soy otro y que dejé incluso de ser aquél que probablemente uno supondría tras el

paso de los años. Usted misma en su condición actual podría parecer espeluznante a los ojos de cualquier fanático que la tiene en mente como a sus veintitrés. Claro, sólo a mí me ha contado lo que los enzimas han hecho en su cuerpo y cuán pálida se encuentra. De otra manera me sería indefinible su apariencia actual. Eso mismo acontece en muchas cosas de las que nos sorprendemos, como la inquieta explicación de habernos soñado con alguien o de haber rememorado algún hecho sin aparente motivo, incluso delirios de infancia que importunan nuestra memoria y que nos son difíciles de asimilar. Un psicólogo podría explicar en breves palabras esto que digo, pero nunca pensamos en el especialista o en el genio que aclare la cuestión, siempre preferimos extrañarnos de aquello que formulamos, convirtiendo lo banal en insólito y lo casual en sublime. Si todo estuviera dado, entonces el único camino sería el suicidio o la náusea, pero la ignorancia nos salva de caer en el aburrimiento y gracias a ella actuamos con prudencia, aunque a tropiezos y en evidente desigualdad de fuerzas.

Supongo que no objetará los apuntes que hago, seguramente usted también está convencida de que jamás vislumbramos el hecho de que hay gente a nuestro alrededor que —pese a no pronunciarse— ha soñado con nosotros en situaciones disímiles a la realidad. Pregúntese nomás por qué de un día para otro las personas actúan de distinta forma con uno, como si algo hubiese cambiado su conducta y desviado el aprecio. No sé si soy demasiado susceptible, pero muchas veces la vaga imaginación define nuestro temple, por lo que pasamos inadvertidos de la catástrofe personal hasta que otra ilusión remedia la ligereza de nuestras decisiones. Si acaso todo fuera dicho en nosotros, entonces no habría sueños acompasando la vida ni tampoco contingencias que expliquen nuestro albedrío; casualidades e imprevistos que mientras más son, más hacen de nuestra existencia un rincón apartado en la vida de los demás, que tampoco nos compete por simple consideración. Pensará usted que todo cuanto escribo en estas líneas no tiene mayor argumento que la especulación, pero es bien cierto que la naturaleza humana está oculta en las imprecaciones de segundas y terceras personas que nunca conoceremos. Eso mismo es lo que valoro de nuestra amistad, como si lo poco que nos dijéramos afirmara el vacío dilatadísimo que atestigua un contacto mínimo pero real. Leer mis cartas le tomará unos pocos minutos, pero la resonancia que tienen es ilimitada y puede accionarse cuando menos usted piense. Me ha ocurrido continuamente, pues aquello que funda nuestra relación está justificado por un silencio tan grande y elástico que genera un suspenso de efecto colateral a la escritura.

Me estremece el solo pensar en las soledades posibles que se nos escapan, quiero decir esas vidas melancólicas que conviven con la nada; esos muelles donde reina la brisa mañanera, el témpano donde las morsas esperan el glaciar, vernáculos en las colinas de *Austër*, selvas de lluvias inmensas que nadie escucha, horizontes incansables, alturas perennes, sabanas, edenes y olimpos. Ahí incluso habita el hombre, no sé si en relaciones como la nuestra, tal vez en situaciones indecibles y hermosas con la vegetación, las bestias o el wólfram. Autosuficientes no sólo con sus subsistencias, también con la muerte y la defunción de sus cuerpos paralizados en los campos baldíos del olvido. O aquellas otras en que la soledad es un privilegio atroz, detentora del misterio y la clandestinidad, ahí donde acaban narcotraficantes armados, rehenes que se rehúsan a soñar, ermitaños y dementes,

pedófilos y cinéfilos **en acto. Créame, no me cuesta pensar cuánta gente nos hace homenaje y a cuánta otra encarnamos. ¡Si** tan solo **supiera en qué decibeles escondemos nuestra reliquia! El cuerpo es apenas un falso testigo de aquello que pertrechamos en sediciones como los libros, las cartas o las fotografías. Tampoco sé** si **estoy completamente solo** –pese a las cercanías–, pero indudablemente **mientras más gente haya en el mundo y mayor** el hacinamiento, más aislado **nuestro destino, interceptado por las máquinas y sin pero que valga.**

Para mí, la gente que no ha experimentado la soledad aunque en breves **días de vacación o en largas estancias en el hospital, poco puede afirmar su identidad en otra medida que no sea aquella que el mundo imprime en sus venas y pulgares. Hay un sinnúmero de personalidades que combatir para llegar a la soledad, que es como un elemento residual de nuestra persona,** básico para **catar la** existencia. **El contacto con los demás contamina nuestro espíritu y a menudo desvía la atención que debemos prestarle a nuestro mundo interior. Fíjese nomás en los escritores o en la gente de la farándula, quienes** prefiguran un estereotipo hoy tan de moda, **pero que jamás lograrán deshacerse del cortejo de maneras y modismos que les infunden sus amistades. No es menos cierto que todo cuanto esas gentes hacen al** escribir, **actuar o componer, cae en la trivialidad y el hedonismo porque no han sabido domar su propio talento** y publican disparates que igualmente podemos **obtener de una charla en el café o de un día en playa. Porque un verdadero libro puede hacer dos cosas: dañar o develar, pero al parecer para nuestras generaciones de trovadores, maestros y gente del medio artístico lo único que interesa es la provocación y el escrutinio de páginas fofas en sus libros o fintas en sus pinturas y músicas que sólo el fastidio pudo forjar. Ellos nos representan, valga** la anécdota, porque en **cada persona que nace al estrellato hay algo de nosotros y de nuestros deseos, algo** que sólo nuestra negación atestigua. Lo he sentido repetidas **veces en ocasión de buscar** la contraparte de mi personalidad en otro **lugar que no sea el de la diligencia o la pedantería, y aunque jamás lo he logrado,** sé muy bien que existo **en otra dimensión a mi pleno. Todo depende de cuánto razonemos, eso sí, es insulso decir que no hay un ente que** cohabita –vagabundo y con otro **nombre— el lado oscuro de nuestra cepa. No se lo he dicho nunca, pero a veces suelo resistirme al hecho de que usted —por pasajero que fuere—haya pertenecido a ese estrato social que corrige el curso del anonimato mundial. ¿Se da cuenta ahora?, usted también ha ido un instrumento de esa breve corrupción, aunque eso a mí no me interese.**

Dirá usted que mi preocupación es meramente demográfica. En todo caso, lo acepto, y la invito a ver esas monstruosas *ciudades-edificio* o esos *campus inteligentes* que **construyeron en** *Abzolon.* **Diseños que están bien para** la ingeniería, pero que de ningún **modo sanean las tasas de crecimiento, la proliferación de enfermedades** o las muertes súbitas, tan feraces desde el *Cambio de Siglo.* **Basta leer las noticias de actualidad:** *Se inicia la conversión de casas rodantes, construyen baldosas en Fiji* **o** *terminan albergues flotantes en Microsoft City.* **Como si en los diarios no operara otra cosa que el pánico y el ridículo, en simultáneo para las mentes más retrasadas, esto es, la de los nuevos técnicos que profesan la libre profesión. Era otra la juventud nuestra, pese al** desgano consumado por los **deberes y el sistema, aunque sagaces en cuestiones tecnológicas y del** *nuevo orden.* **En cambio hoy** en día la falta de actitud es cada

vez más notoria, al punto que escasean las mentes contestatarias o aquellas con un mínimo de criterio para con la realidad, con posturas obtusas arrojadas al desvarío o putrefactas en las calles. La habilidad ya no es una condición y ha sido suplida por la pericia en el manejo de una buena máquina, o un pulso bestial que relega el genio de nuestros cuerpos. Con decirle que los libros y el comic se han visto relegados por una versión infundada de la creatividad, por el *padvision* o la *imagen en supermovimiento*, que se han convertido en testigos inmediatos del autismo y el flagelo y de formas intratables de la soledad como el *stayhome* o la *ciberfasia.*

Verá, de tantas cosas que le digo —no sé si de buena o mala gana— he sentido, pese al frío y a las dimensiones oscuras de esta vivienda, la necesidad de encontrar un lugar donde liberarme, compostela de mi cuerpo y el Tílger. Digo esto precisamente porque siento que la soledad ya no abruma, o mejor dicho —que no sé decirlo así tampoco— me he sentido desquitado y ausente de mí mismo. Será porque mis niñas no han viajado el último mes, porque los investigadores han frecuentado mucho más mi aposento o porque el nuncio no ha regresado según lo convenido; no lo sé, pero se ha instalado en mí una especie de rutina o algún vicio parecido al hastío que invalida mis instintos naturales. Los ritos cotidianos y domésticos a los que me entrego infaltablemente han plasmado una suerte de traición —ambigua y solaz—, por lo que he visto sometido mi cuerpo a encuentros indeseables consigo mismo. Ya no hablo de mis enfermedades que en ocasiones producen sensaciones mucho más interiores que exteriores. Me refiero a que continuamente rememoro, en cualquier cosa que hago, movimientos y facciones de mi antigua usanza, como si revelase lo desgastado y enfermo que está mi cuerpo, al punto exacto de su desigualdad, de la no equivalencia de sus partes y de una extranjería despiadada.

Ya no se trata meramente del cambio de fisonomía o de la *falsa antropometría* en que se debate, es ahora —y desde hace dos días aproximadamente— que no siento sino el eco y los remanentes de mi constitución. Creo que todo esto se debe a la sobrehabitación de este espacio, pues mis máquinas, el sillón e incluso mi bastón se han asociado a mi cuerpo sin que yo prevea este asalto cuyo vandalismo yo mismo he fomentado. Al ser el espacio de esta casa infalible, una inmensidad de desdoblamientos anida en su arquitectura, como si cada variación hubiese sido ejercitada por mí, al punto que toda acción es un equivalente de las emociones versátiles de mi pleno. Ya me encuentro moviendo alguna máquina, ya me veo devolviéndola; quiero apagar la tele desde el cortinal, ya enciendo el brío de las ventanas en luna llena. ¿Entiende?, todas las manipulaciones posibles las he hecho aquí, de ahí que me siento deshabitado o, en su caso, condenado al ciclo. Siento que yo mismo he encausado este impedimento que a momentos me asusta, pues ya no me siento capaz de analizar —como en el ajedrez— una jugada estratégica que me salve, mucho menos esperar que ese contrincante que soy yo mismo haga jugada distinta a la que supongo desde antes.

Es probable que sea la paranoia; estar a oscuras muchas horas al día me hace maniobrar los límites de este espacio con declarado temor, ¡qué será cuando la *gelis nevisca* esté en su fase ultra! Ese gris que ni la luz destruye es acaso el culpable esta brutalidad. Ya casi al dormir, ya casi al herir, espero que nuestra

soledad caiga también al desespero y por este solo fenómeno ambos cuerpos declaren el testamento que tanto impelen. He pensado mudarme a otro lugar, lo que sin duda debe tener el visto bueno de la *L—Fost.* ¿A dónde ir?, no sé, pero este lugar ya no tiene mayor sentido que franquear sus cartas. Ya su único asidero es mi vegetación y vuestra distancia que últimamente se ha volcado más contra mí. A pesar de ello, cuento con usted en mi empresa, no obstante la decisión está *en manos de otros.* Inmensamente solitario y en usted...

Un pararrayos es, en suma, el asunto del destino.

K.

Se me ha hecho costumbre visitar su casa, pero se ha perpetuado tanto en ella, que debo pasar por los bastiones de su puerta y presentarme ante sus 'niñas' para dar alcance a sus palabras. A veces lo encuentro reclinado tras la mampara, con las palabras derramadas y sin orden, acaso desaguadas en vísperas del menguante; y en el peor de los casos llego con demora sólo para que me devuelva la negativa o enfundar un cierto melancolismo que me sabe a diezmo. Sus hijas me reciben con desgano y bajo sospecha, o quizás sólo tienen un aspecto recio y sin vida, lastimadas —digamos— por los años y un cierto aire de grandeza que envicia sus maneras. Con todo, me dejan pasar a verlo porque están al tanto que su padre me espera entusiasta. Nada saben ellas de las cartas, o nada sabemos nosotros de lo que ellas en verdad saben, porque debieron desde antes sospechar del uniforme, y ahora de la puntualidad con que —pasado el *Tllger*– retomo su dictado. Tal vez piensan que su padre es un bardo, o que hacemos maniobras con su testamento, pero dudo que imaginen que en realidad escribe a una tercera mujer que se ha robado el afecto que ellas han desmantelado en sus afanes y rutinas. [Nuncio: E, 107]



Modus habitat, hemisferio gelis, MMXXXIV

La soledad es un estado irresoluto de la existencia, bien lo sabemos todos quienes compartimos el símbolo de su vacío, jubilosamente o con desánimo. Mi semblante ha mejorado los últimos días, aunque las noches son largas y los ejercicios producen sólo sudores fríos y gelatinosos. Sobre los asuntos postreros, algo he vislumbrado; en todo caso, probablemente esta carta sea la última que le envíe con la inscripción de mi residencia actual. Es casi un hecho que mudaré mi domicilio a otro lugar y que mi correspondencia modificará sus leyendas, aunque **ello nada** tenga que ver con el estilo y el método de mis cartas; a lo sumo esta cuestión es mero trámite y no tardaré en retomar los hebras de nuestro posteo. Se imaginará de qué le hablo. Siento haber contado con sus votos para llevar a cabo **esta** costosa iniciativa, porque no ha sido fácil tomar la decisión y aventurarme a cosa tan desproporcionada a estas alturas de mi vida.

Lo cierto es que no puedo dejar que mi cuerpo se extinga en las sombras y pierda sustancia, por eso actúo con un mínimo de responsabilidad ante las constantes amenazas del tiempo. Habrá notado en las últimas cartas que —contra mi carácter— he descrito mis padecimientos en términos tan sensibleros y baladíes, valiéndome de expresiones así de groseras como "espíritu" o "mundo interior", lo cual habrá despertado en usted conscientes sospechas sobre la procedencia de esas misivas. No es casual que haya dictado aquello al nuncio, lo hice precisamente para que perciba el punto de inanición de mi cuerpo y la no pertenencia que sentía. Jornadas enteras en que veía mi cuerpo distante del espejo y las sombras, embotado en **el** anonimato y en la rutina, que no digno de mención siquiera con recato. Ante tanta debilidad e impotencia, sólo acertaba a sacar conclusiones arbitrarias, llenas de sentimientos bastardos y sin mayor propósito que referir mis malestares en lenguaje ordinario. No poco ha pasado desde entonces, pues los días posteriores al envío han significado una espantosa batalla nocturna entre los cuerpos que se me desdoblaban, aquellos que me nacían de la náusea y la negación, y los síntomas que atacaban mi envés. ¡Cómo poder explicarle! Mi cuerpo estaba en trance y sentía que ninguna de sus partes comulgaba con el ego o con alguna partícula de su otrora sagrada constitución. Una alteridad inabordable dominaba mis pensamientos y me abandonaba —horas después— completamente extasiado y en levedad, todavía entre la neblina y el grumo de la madrugada, para descansar máxime hasta el mediodía.

Después de cuatro largas noches de desvelo, entregado a escenas lastimeras y borrosas a mi mente, lejos de cualquier auxilio de mis niñas que engorrosas dormitaban en el ático, sin el nuncio que traduzca el idioma de los gritos esperpénticos y los disparates que profería en toda cavidad, me convencí finalmente que este recinto —todavía furibundo— me desalojaba, como si hubiese infringido una ley suya o violado su sola estancia. Todos estos acontecimientos, inverosímiles por su extrañeza y suspenso, obviamente no conmoverían a nadie, mucho menos a *Zadha y Esteva* a propósito de mi empeño en mudarnos de casa. Se me ocurrió entonces hablarles con engaños y tramé una mentira que terminaría de apuntalar el poco de verdad que incluso para mí tenían esos hechos. Así, hablé con ambas haciéndolas entrar en razón de los verdaderos beneficios que nos

corresponden de parte de la *L—Fost Laboratory*, toda vez que mi estudio es importante en el *kardex general* de las investigaciones que ellos realizan y puesto que ya es tiempo que hagamos valer esa condición para mejorar en algo nuestra calidad de vida. La excusa no es del todo tramposa, aunque el verdadero motivo es tan distinto que no pude contener la risa interna que mi ceño fruncido aguijoneaba en los ingenuos rostros de ambas.

Comprenderá usted que el *Tílger* es una enfermedad nada común, aunque tiene relación con algunas patologías que se producen por desórdenes en las cadenas de azúcar y por el secuestro genético de las enzimas requeridas para posibilitar el metabolismo celular[10]. Entonces las muestras y resultados parciales que los médicos sacan son aplicables a otras enfermedades y contribuyen científicamente al control de ciertos virus. De hecho, tras mi muerte, el cuadro final y todo documento que tenga que ver con el síndrome que acuso, se convertirá en un informe con orden de confidencialidad extrema y secreto nacional. ~~La fama me~~ ~~o mi muerte~~. En consecuencia, no es poco decir que cuanto le narro a usted sobre el *Tílger* es la única vía por donde toda esta información puede filtrarse. Si bien son apuntes no muy detallados, estará usted de acuerdo que algunos son inauditos y pueden causar polémica en el mundillo de la medicina científica. Ante esta situación estimo que mínimamente la investigación debe continuar con decencia y no menos consideración a mi humanidad. A ello sumado el hecho de que mis niñas no escatiman esfuerzos en hacerse de pompas y comodidades, mi pedido surtió efecto, y tras larga y tortuosa explicación ambas acordaron en iniciar las consultas. Entenderá que mi comunicación con ellas es mínima, pero en esta ocasión intenté expresarme lo mejor que pude (es un decir, casi no puedo hablar, lo sabe); y por más que a cada momento deseaba llamar al nuncio para que lea mis palabras, pudo más la ambición de mis niñas que extremaron esfuerzos en oír lo que decía y en interpretar mis gestos. Verá usted, la ambición escucha hasta cuando uno no habla, pues incluso ellas idearon algunos motivos para que la petición resulte convincente por donde se la vea. De todas maneras, mi posición es todavía la más importante, pues mis niñas tendrán potestad sobre mis decisiones únicamente en caso de que me encuentre en estado vegetal y no me sea posible pensar por mí mismo. Pero como se habrá dado cuenta, mi lucidez es lo que menos desmejora, y mis manos, pese a que no pueden escribir más que rayas, son capaces todavía de garabatear esa torpe estampa que tengo por firma.

Ha pasado una semana desde entonces y justamente ayer me hicieron saber las primeras averiguaciones. Aunque no han podido conversar con el director general de la *L—fost,* lo han hecho con empleados de importante rango quienes les han asegurado que el cambio de residencia es posible dentro del *Programa de Enfermos Terminales y Neo—patologías,* siempre y cuando el cuadro del paciente presente complicaciones importantes que demuestren la urgencia de traslado o, *en* su caso, se lo desahucie dando visto bueno para su remoción a esas *casas morgue* que tienen en los sectores periurbanos de *Luxfar.* Mi enfermedad es

---

[10] La diagnosis que hace el señor K sobre su compleja enfermedad es incompleta y rudimentaria, en realidad dichos trastornos y mutaciones ocuparon posteriormente a la medicina genética, que los relacionó a las enfermedades de almacenamiento lisosómico, como las mucopolisacaridosis, cuya genopatía evidentemente afecta al desarrollo normal de los órganos.

extrañísima y se arriesga cada vez que puede en muertes; entonces, todo está en orden y sólo restaría llenar el pliego de peticiones para iniciar la gestión que —según tengo entendido— demora menos de un mes. Ahora bien, a pesar de todo lo que le confieso, no sé hasta qué punto el mal que me aqueja es así de complejo, pues debo decirle que a menudo pienso en enfermedades que yo considero mucho más raras que la mía, malformidades del cuerpo y traumas de los que me enteré precisamente a través de una requisa al *TSN—PP.* Hablarle por ejemplo de la *agnosia visual"* que es la ausencia de párpados y la visión tangencial que impide a la persona ver las cosas de frente y en orden sucesivo; el *feto arlequín* que mata a los niños debido a la proliferación de escamas que no permiten expeler sudor, intoxicando los órganos internos, o el *hombre de piedra* que debe su nombre a la petrificación del hígado, riñón o cualquier tejido hasta su disfunción. En todo caso, mi enfermedad tiene el justo valor que ha dado el nombre a nada más y nada menos que un síndrome que ofrece similar misterio al de las estrellas o el *ciclo galáctico.*

En este entendido, mis niñas me anunciaron que todo parece estar siguiendo el curso correcto —al menos de inicio—; vale decir que tras estos tejemanejes, sólo restará que nos confirmen las características del traslado y que en tres o cuatro semanas nos recojan. Obviamente el procedimiento de mudanza —salvo por mis máquinas y pertenencias mínimas— no representa ningún problema, especialmente si consideramos que nada por acá nos pertenece en propiedad. Es más, es posible que el lugar al que vayamos a parar cubra todas nuestras exigencias, pues mis niñas me han enseñado un listado de cosas urgentes con las que debería estar equipada nuestra nueva morada. Este listado lo anexarán al fólder principal que en días enviarán a las oficinas de la *L-Fost,* a ver si el requerimiento logra su visto bueno. En sí, Esteva me ha dado a entender que lo que la mudanza hará será intercambiar casas con otro enfermo que esté en estado vegetativo o en coma y al que ya no le sea necesario tanto espacio y lujo. Restan confirmar esos detalles, pero presumo que todo se resolverá hasta el venidero *treinta y uno.* De todos modos, estoy bastante alegre de que mi estrategia haya resultado efectiva. Según me cuenta la niña, hicieron prevalecer —tal como acordamos— las condiciones que merece el tratamiento de mi enfermedad; además se anoticiaron que el código interno del Laboratorio desde ya estipula que, según las condiciones que presente la enfermedad de un paciente, se podría solicitar su traslado a otro lugar —incluso a otra ciudad—, pero jamás entregarlo a la medicina general, pues ello que equivaldría a ceder los derechos del síndrome. Sacará usted sus propias conclusiones, sin embargo no está demás repetirle que, tras todo este papeleo, prácticamente mi cuerpo —y por ende mi muerte— les pertenecerá indefinidamente, siendo que habré de pactar nuevos acuerdos y firmar postreros testamentos. Asimismo, es casi un hecho que la pensión que reciben mis niñas subirá en un porcentaje, lo cual condice los convenios que establecimos ellas y yo antes de emprender esta diligencia.

Por todo cuanto ocurre acá y de aquello que preveo ocurrirá, me imagino que os excede —tanto como a mí— la curiosidad de saber la dirección de mi nueva vivienda. Cualquier cosa puede pasar y debo atenerme a las consecuencias de estos delímenes, pues no me he atrevido a pedir a mis niñas que descarten al *Sur* como

[11] Error de referencia, en sí se trataría de la *ablefaro macostomía.*

posibilidad, pues sospecharían algo, además que ellas tienen sinceros deseos de trasladarse a esa zona tranquila y hermosa. En todo caso, más allá de acercarme o alejarme de usted, mi carteo está pactado y no pienso vaciar su dinámica más que en lo que me vea forzado. Es el nuncio, en cambio, el más afectado por este mi capricho, pues él no ha escatimado esfuerzos en venirse a vivir a un área aledaña y compartir más conmigo. Por ende, lo menos que podía hacer era no distanciarme, aunque él sabe que lo hago con la urgencia con que se salva una vida. Al tiempo que le voy dictando esta carta, él se va enterando de todo, y pese a que mi traslado no está fijado ni el lugar definido, advierto la tristeza de sus facciones. Arreglaré personalmente este asunto, pues si mi amigo no me acompaña en esta empresa, desisto de continuar, a pesar incluso de usted. Perdóneme, pero lo hago por los tres, pues me sería imposible importunar una cuarta persona a nuestra correspondencia. Mucha historia hemos acumulado y apostar a distinto cometido que el designio de sabernos solos, infringiría nuestros secretos y buenos modales. Es más, deformar la dimensión del triángulo que nos coliga, sería infortunado para cualquiera de sus partes, nuestro lenguaje se vería profanado y nuestras identidades ultrajadas y sin sentido. No quiero adelantarme a nada, pero al tiempo que me tranquiliza el traslado, muchas cosas se me vienen a la cabeza sin otro ánimo que el impacto y la desdicha. Que esta sea mi última carta es algo que ni yo mismo creo, no obstante es una posibilidad entre muchas y si uno no actúa con ligereza el destino termina resignando nuestras más ínclitas acciones.

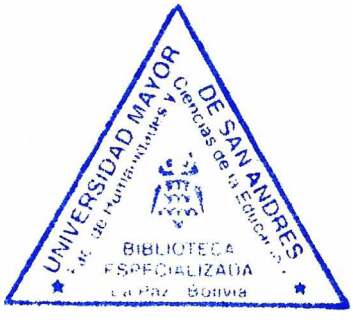
Con todo, no dudo que la historia y los cuerpos que han registrado nuestra relación cobren nuevos sentidos en la papelería que sostiene nuestra distancia. Le repito, todo puede ocurrir, pero me inclino a pensar que la *L—Fost* aceptará la propuesta pues ya han pasado cinco años, no he muerto en ese tiempo y en alguna medida puedo decidir por mí solo a pesar de las circunstancias. Claro, no tengo ni un centavo y tampoco creo encontrar a alguien fuera de aquí que me atienda, por eso me beneficia considerablemente renovar el contrato que entrega en patrimonio los santuarios y los vicios de mi cuerpo. En resumen, viendo las cosas desde la perspectiva de la *L—Fost,* también a ellos les es favorable este cambio para realizar nuevas evaluaciones y obviamente para que el Tílger entre en su etapa última sin contratiempos, además que quieren dar realce a mí caso que es puntal en la *carrera científica* que hoy por hoy hace que los laboratorios estatales entren en ardua competencia. Con decirle que el nombre de mi enfermedad está patentado y que reiniciar una vida sin él implicaría un cambio de identidad que mucho rió me preocupa, pero llama la atención. Esto no estaba planeado hace unas semanas, pero los reveses se precipitan si uno desobedece al cosmos. En un par de noches más será menguante, el último entre el bastidor y el espacio sideral; espero escribir inmediatamente después si es que antes no me ataja otra eventualidad. En realidad, estos días la *luna llena* me sabe diferente, me hiere, y sé que no cambiaré nada trasladándome centímetros más allá de su perspectiva, pero obedezco a impulsos propios de mi cuerpo y para retomar los hilos de mi muerte el universo es inútil...

No puedo mentirme, la extrañaré infinitamente si no puedo escribirle una vez más. Quizá llegue a vivir en una lujosa casa a cuadras de su apartamento, pero sin las palabras nada será lo mismo y me sentiré empantanado en el lado oscuro del mundo. El silencio sería muy distinto si no supiéramos que se llama silencio, como

nada en que depositamos una mínima filiación de palabra. Empiezo a sentir algo muy distinto a perderme en esta infausta empresa, temo en cambio perderla, aunque sé que usted no se moverá del hado de ilusiones que me provoca su recuerdo. ¿Qué haría si me extravío en las distancias de mundo, si los senderos se bifurcan en direcciones alocadas e irreales? A veces las distancias son funestas y peligran por el mero artilugio de nuestra soledad e inclusive por el desquite irracional de nuestra existencia. ¡Por favor!, no se mueva de donde está, que un doble acto de rotación y traslación terminaría de extraviarnos en el mundo...

Mi talón de Aquiles, el vuestro...

K.



Última y ultimátum, posmenguante, MMXXXIV

Se ha confirmado mi traslado, con algunos problemas de por medio, pero se ha confirmado, lo cual —creo— significa mucho estando yo urgido de mantener nuestro posteo y usted, en cambio, a la deriva de toda palabra. No sé si la situación será tan crítica, aunque prefiero sentirla así que como si nada hubiese pasado. En cualquier momento saldré de esta habitación; nuestras pocas cosas ya están en camino, apenas la mampara y nuestro apego a la escritura contravienen el vacío que ahora domina este lugar; lo demás todo son las respiraciones del nuncio y mi persona. Es mitad de semana, mi fiel amigo ha vuelto puntual, lo sé porque anteanoche fue menguante y la despedida no ha pasado inadvertida tras la requisa: el *colátero* de la dermis ha desaparecido, tengo mucho escozor en esa zona y la piel brilla a contraluz. Por lo demás, estoy desorientado, siento que las distancias se están dilatando y no hay dispositivo que salde la vulnerabilidad que ahora tienen de hacer nuestras lejanías más lejanas y nuestra linde impracticable. ¿Se encuentra todavía ahí?, yo hago los últimos arreglos acá, pero nada me he imaginado estas últimas horas sobre usted; en estos instantes, su dimensión no tiene asidero en mi mente y hasta podría pensar que usted también ha mudado su locación, acompasando la pérdida de nuestras jaurías y tropeles.

Poco tengo que contar, casi nada que describir: el cuarto es por fin espacioso, sin las máquinas, sin el sillón ni el baúl de los periódicos. El televisor se quedará aquí, pero resalta en la oscuridad como una ventana a otra dimensión. Me siento sin lugar, como si todo hábitat estuviese extinto en la oscuridad y los nubarrones de la impotencia. Mi cuerpo abriga sólo el pasado y se constriñe al desafiar el anonadamiento que desde ayer se ha instalado en casa. Las heridas duelen más cuando uno espera que alguien se las lleve, todo es tan mundano y sin embargo nada reconozco. Mi temple está por los suelos, del lado de los juanetes. Pese a todo, la oscuridad se ha hecho intachable, pues parece que romper su silencio es el único socorro posible. ¿Tiene usted estos problemas? Verá, no he dormido anoche y esta mañana desperté como si toda la fe derramada en el camino reprodujese un ceño en la frente y creí que —quizá por esta única vez— usted se atrevería a responderme, ya no para quitarme los pesares, tal vez por urgencia o por lo que demande esta situación. Valga el desliz, pero antes que al nuncio, esperaba una misiva vuestra, tercia siquiera pero con un mínimo de palabras que me hagan reaccionar. Le escribí exactamente hace diez días, tiempo suficiente para corresponder el recado, pero creo que todo cuanto usted hace es posponer nuestra amistad a otras generaciones y a falsos testigos. ¿Escribió algo anoche? Nunca lo sabré, tal vez sólo anduvo paseando a los muertos como acostumbra, quizá en audiencia con algún asunto mayor al de nuestro carteo. No lo sé, sólo me da miedo perderla en el camino. Temo que mi latitud distraiga todas las miradas mas no la suya, y esto acabe nuevamente en una torpeza irreconciliable con el justo actuar de nuestras cartas. Tengo pánico de infringir nuestra isotopía y aislarme incluso de vuestra soledad, a tal punto que no baste con volver y alinear de nuevo nuestras miradas, que ni siquiera el trivio de palabras sirva de algo y esta acabe siendo una historia más de las que noche a noche entierra la vida humana.

No me he hecho siquiera una vaga idea de cómo será mi nueva morada, ahora sólo quisiera que sea igual a ésta que tanto le ha escrito, a ésta a la que alguna vez se ha referido, a ésta y sólo ésta que creo es el único punto de fricción que puede cotejar las flatulencias de dos seres en duelo. Y tampoco lo sé. Al final de cuentas, como alguna vez anticipé, intercambiaremos vivienda con una mujer desahuciada que llegará aquí a morir o, lo que es lo mismo, a pasar largas estaciones que entrarán y saldrán por sus ojos sin un mínimo de atención, soledades infrahumanas y sin ecos, frígidas noches y terribles menguantes que desde aquí privilegian su espectáculo. En cambio yo iré al lugar donde tanto ella vivió, donde estampó su vida de cuadros y recuerdos, donde finalmente erigió —y quién sabe soportó— la envestidura de la vejez y la demencia. Ya sabrá usted que de la locura nadie sale vivo y sin embargo... ¡qué le digo!, pude yo haber sido aquél que fulmine su existencia tras los yermos de la extrema soledad, aquél que ocupe el tiempo de los silencios y habite ya no el esperpento de las horas, sino los gorgojos que frecuentan toda desaparición. Esto me sabe a magia, como si de pronto un movimiento fortuito me salvase de las rieles del tren, de las llamas inmensas o de cualquier desgracia que a menudo se nos tiene preparada. Con destreza o no, el traslado me significa algo más que un suceso, es casi una prórroga que debo aprovechar al máximo, escribiéndole o no, jugándome al vacío o a la felicidad. Ya me voy imaginando el viaje como un salto con garrocha que desnivele la muerte y me ponga del lado de los victoriosos, de aquellos que han salvado la distancia y altura con la pértiga de su orgullo. Sólo que a mí no me espera el laurel, en cambio el miedo de saber que pese a salvarme del negro listón, desperdigue el lumbar de vuestra comunión.

Al menos el nuncio ha abogado por esta intentona: se quedará donde vive pero —como tantas veces— seguirá mis pasos ahí donde yo vaya, haciéndome cumplida visita cada que marque el menguante. Es lo primero que me ha confiado al llegar. ¡Me duele tanto haber dudado por un instante en su lealtad!, pero más vale haberme equivocado ahora y no antes de esta terrible decisión, porque sin su concurso escribirle a usted resultaría ya imposible. Es tal mi emoción que hoy —antes de su ida, como un pacto entre caballeros armados— me desharé de mi mampara para por fin verlo / por fin verme, sin tapujos. No crea que exagero, en este momento me imagino que él también se estará preguntando a dónde iría a parar toda nuestra frágil correspondencia sin su mediación. No está demás decirlo: sin la lejanía en que he caído y sin nuncio que me corrobore, entonces todo cuanto hacemos no tendría valor, peor si mis intentos rayan en la locura, ¡qué digo!, en lo obtuso y sólo los tres sabemos que esta vida se me escapa por vuestra vereda. ¿Entiende lo que le digo? A lo mejor no, tal vez todo esto le suene a chantaje cuando en realidad guarda un sentimiento de emoción y bienaventuranza, propicio incluso para comentarle las últimas difidencias en que ha caído nuestras desbandadas vidas.

Probablemente esté exagerando, pero es de no creer todo cuanto pueden hacer los viajes y la distancia en las personas, desde cambiarles de ánimo hasta menguar sus solemnidades y *éxodos.* No el tiempo, sino el espacio lo dirá, allá donde nuestros senderos culminen y nuestros cuerpos hagan hora contabilizando las lunas y lugares desenfrenados. Allá donde la constelación de nuestro posteo no se diferencie de un cúmulo de estrellas sin hado, donde —por último— podamos

vagar lo mismo que nuestras cartas en manos enemigas. Allá y no acá —como tal vez deberíamos—, sin vernos, a sabiendas de nuestro derrotero, del cobijo de nuestros cuerpos y la estancia donde posan sus sentidos. Pensar en usted será digno en cualquier lugar, pero si tan solo supiera el enclave de vuestro vagar, la cota en que su existencia se suspende al amanecer. Sé muy bien que el camino a vuestra morada, aquél que el nuncio atravesará, será desde mañana sólo un remedo, pero el encargo y la escritura se convertirán en pócimas si usted —además de todo— no las lee y las entrega a las fogatas que amilanan el frío del cuerpo pero jamás los recuerdos pasmados de la memoria. Ya siento embriagarme y agonizar con el nuncio extraviado en el circuito que usted maquina, abandonados los dos en laberintos y ruinas donde todo lo que salta a la vista son nortes equívocos y destinos que se espejan en el umbral de las despedidas. ¡No salga mañana, no salga hoy! Sienta que sus pasos queman y que el tridente del infortunio está en todo lugar que no se haya escrito. Así sea si la ira contenida atiza al resto de cuerpos que viven del rebato; de irnos al infierno, los cancerberos se apropiarían de la obra póstuma de nuestro carteo, pero con tal de verla, aunque en las cenizas y las flamas, entregaría gozoso mi vida y hasta la hiel del purgatorio.

Acaso no sabe que cuesta mucho imaginarla, ya bastante desfigurada a la mente y entremetida en itinerarios sin rumbo, desviada del camino a casa y sin otro acimut que un triste improperio. ¡Acaso podría! Si a usted la veo siempre con el horizonte a cuestas, en una cámara lúcida del sentimiento que sin embargo ciega la mirada mínima con que tejo vuestro ideal, ya casi telepático; en una estancia de continua visita, mística, pero abstractísima en lo demás, en los colores que alternan el aura y en los antojos que se inclinan a su voz. Me pregunto yo qué tanto hará usted en las morgues y sepulcros, embrutecida por los necrológicos y dipsómana de los líquidos inertes. La muerte no es un lugar ¿sabe?, es un camino, un largo trecho que nos deposita en la verdadera Muerte, en ese espacio irreal que destila el elixir de las distancias y pronostica la ausencia, pero si usted ha de franquear ese camino entonces sentenciará la nada, ese impróspero artilugio de la realidad. ¿No me ha escrito alguna vez usted de las caminatas diarias algo compulsivas y hasta de madrugada?, y dice no tener religión que profesar cuando se tiene siempre y únicamente a usted, frecuentando cuanta parroquia, ermita o sinagoga se le ofrece para desquiciar los sentidos. Cuántas veces al compás de esas pocas cartas quise yo frecuentar sus vicios y penas por el solo hecho de saberme usted. No traigo un libro de poemas bajo el brazo, ni pienso jamás rezarle plegarias a los finados, pero a momentos intuyo que su muerte pesará tan poco, que ahora mismo gravita sólo en usted y en un lugar ambidiestro de la locura. Y será así porque la soledad tan extrema a la que usted se atiene, la inmoviliza en mi existencia, como el zumbido otoñal que suelta un silencio milésimo sin escucha.

¿Hablar sola es lo que hace, por eso me lo ha escrito? Vaya burla la que se manda, pero asiento los ademanes de vuestro espíritu siempre y cuando sus manos estremezcan el corchete de palabras que lastiman esta relación. Si tan solo pudiese yo ser el nuncio y resignar cualquier diplomacia, entrar en su apartamento y ver cómo ejercita su soledad las mismas maneras que la impudicia o cualquier vicio corporal. No miento, he pensando tanto en allanar su reducto y ver —de una vez por todas— cuánto revuelo en su habitación, cuánto funeral y mosca menoscaba su tristeza. Tal vez no aguantaría, porque el brío de su medalla ha

encadenado una figura ilusoria en usted que difícilmente la realidad podría mutar. Mire mi cuerpo, o aquellos que hay en él, no me quejo, cada uno escogerá su destino, aunque *yo por mi* y el nuncio tenemos un firme propósito en usted y no en otra persona del globo entero.

Bastará un haz de noche para que nuevamente poseamos una distancia, siniestra sí, pero distancia al fin, donde la mira venza las aguas y la ciudad entera. Es culpa de mis niñas haber conquistado lugares ajenos, pero el actual expele mi enfermedad y muerte, y créame que no hay actitud que deponga su vago juicio más que el retiro de mi tropel. A pesar de todo, Zadha y Esteva no saben nada de esto, y todo cuanto surta de esta aventura —por bueno que fuese— será algo todavía inconcluso para mí, pues nunca esperaré que algo que provenga de ellas encumbre nuestra relación. ¡Cuánto he desistido estos años del mínimo contacto!, pero si la providencia ha de querer, el resto será; no obstante el nuncio es cómplice de esta matanza y si él yerra, yo también me avistaré dentro de esa fosa común que es la mortalidad. Si hasta mañana no hay lugar que me reciba, si hasta pasado no hallo el hado que me permita, entonces ya nada restará. En los días en que usted triunfaba, acaso yo era un admirador desperdigado en la fanaticada, mientras los demás vituperaban las victorias y palmares que conseguía con extraño aguante. Déjeme contarle que no es poca cosa cuanto hemos construido, a lo largo de no menos décadas que las del mundo y en ángulo opuesto a...[12]

[12] Esta carta fue hallada en estas condiciones, incompleta y sin despedida. Se supone que alguna intervención suspendió el dictado, aunque el recado sí fue enviado.

Aquí, en el lejano mundo, esquiva entrante y aquí; en el intervalo de las distancias, cruz y verso, todo lugar y toda gloria, más el cuerpo entero, los deseos y todo cuanto aquí. Ninguneante frontera del *Nhor,* atadura e ivago y la Noctobuena armadura. Colores aciagos en triste vendetta, hacia los encomios de la impostura, nada que hoy y mañana jamás.

No tú, en el jamás contento y no tú; En el absoluto lugar, la nada y nones, pues bien. Aguando bemoles, las canteras del hado y huellas profundas, no tú, más nada del neperiano jamás, Un negro saudade el de dos, las bajas en guerra de */uy,* calcitrante rivera y esquivo horizonte del dios. No, no tú, jamás porque andas en nos, absoluta sordera del fa, ta tum de la puerta en do, cadalsos antiguos y ahogo.

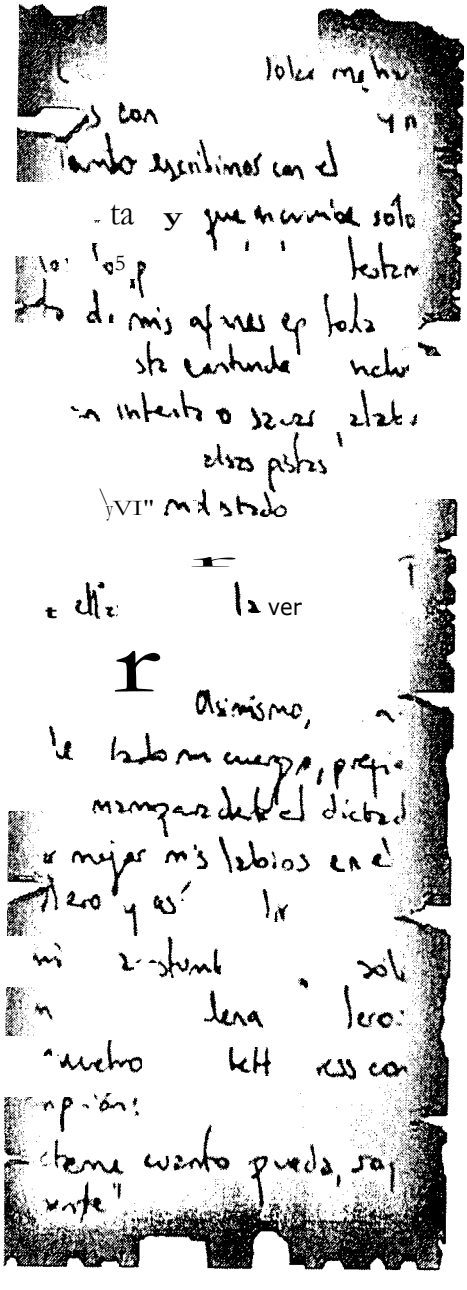
Tras el cáncer y el tílger sin sú, majestad de las miles de lú, ciérnagas noches del bo, cumbrera del santo morir. No, nunca, no antes, no tú. Acaso ni su, ni ud, ni un, ni vu. El mundo todo y no un, solitario de vago latir, alcoreza del blanco ensueño. Ojalá nunca huyas en mi, alejante frontera del yo, postrera figura del it. Última nave del tiempo, como quien dice, en las playas de grialtad, en el fémur del Sol.

[13] Esta nota, adjunta a la carta que sigue, supone la forma en que el viejo K. asume su alegría. Pese a todo, parece estar escrita en prosa poética o *Low Luum,* figura que refleja una ironía tristona, muy común en estas épocas, pero contraria a las maneras del protagonista. Cabría sospechar incluso que este pseudopoema haya sido digitado por el nuncio; lo cierto es que no podríamos aseverar con certeza alguna dote poética en él o aquél.

...de tan desconocida identidad. Si hasta entonces sólo mostraba los labios y un poco la garganta, y había que restarle todo el cuerpo para advertir sus palabras. Escondido tras su mampara, cuidándose los espejos y las espaldas, sólo me quedaba sombrear la desmarcada imagen y sonreír tras un descuido. Hasta hoy, que se ha mostrado no en ésta o aquélla pose únicamente, sino en un perfil casi obsoleto al que el bastón y las fachas terminaban por dibujar. No describiré más la apariencia actual de mi señor, sólo diré que un aura de deformidades abriga su licenciosa figura... [Nuncio: I, 35]

23c

Primun y buenaventura, nona habel-luz, MMXXXIV



El portacartas está vacío, no es por nada, pero esta nueva naturaleza de nuestro vínculo inspira a que todo comience en *zero.* No podría hablar mal de la suerte que me acompaña. He llegado acá hace tres noches, pero siento como si hubiese dormido cinco o seis; en verdad necesitaba las novedades que sólo el viaje o un cambio de vida permiten, especialmente cuando uno huye de los pasos desmarcados del ayer, anulando la pesadez de esos cuerpos desalineados, los vejámenes de la soledad y los densos espacios de malas vibras. De las distancias no sé, entiendo que acá donde me encuentro es todavía el Norte, pero limita esta *Villa Lanteme* con el Este y con no sé cuántos cardinales más. El portacartas está vacío, decía, porque he enfundado todo en las solapas y cenefas, junto a los teclados del piano que ahora hay y en cualquier entalle que confía el desdén de los asuntos siempre pendientes. No tema, es una estrategia para revitalizar la memoria y dejar de hurgar un pasado fétido aunque hermoso. Además, el nuncio ha dado con mi nueva dirección —recapitulando su antigua faena— y no he podido más que agradecer a los astros el haber auspiciado su presencia precisamente ahora que más tensa se torna nuestra relación y que menos apuesto por revisar los *documentos de la prórroga.*

En todo caso, ambos le debemos disculpas por todo cuanto fue la última carta, incompleta y pobre, con reproches y sin leyenda. No había ocurrido antes, tampoco pues había sucedido que alguna de mis niñas interrumpiese la sesión de abrupto. Aquella tarde-noche Esteva irrumpió el dictado, dándome órdenes que debía desalojar el lugar porque la otra enferma ya estaba en espera; tuve que suspender la sesión para dejar que la *desconocida mujer* y toda su familia ocupasen el que ahora es mi antiguo recinto. No sabe lo embarazoso que fue evidenciar la infidencia de mi niña, porque ninguna de ellas jamás había presenciado ese ritual que ordeno llevar en completa privacidad, sin embargo —dada la situación— no pude hacer nada para impedir este incidente. Vernos al nuncio y a mí separados por la mampara, él escribiendo y yo bastoneando (el *morse* a veces ayuda) debió ser una escena macabra a los ojos de la mayor de mis niñas; no obstante, dejó pasar cualquier comentario por la premura de su pedido. Ya habrá chismorreado por demás este asunto con su hermana, aunque a mí me tiene sin cuidado lo que ambas piensen o cuanto deduzcan de tan extraño método que seguramente han asociado a mi enfermedad o, por el curso de nuestras oscuridades, al ensalmo. En todo caso, la turbación que sentimos ese momento mi amigo y yo fue la razón principal por la que no pudimos coronar la misiva. Ésta en parte es la continuación de aquella epístola, aunque poco recuerdo las últimas frases que dicté y a qué asunto me encaminaba. A lo sumo hago memoria de que el nuncio y yo nos despedimos ligeros y sin mayor reparo que entregar el recado a como dé lugar, aunque la encomienda haya estado a medias y sin firmar.

A pesar de todos los inconvenientes, más allá incluso del temor a que ellas vuelvan y apuren el cerrojo, decidí cumplir cuanto me había propuesto para despedirme correctamente de mi fiel escribano y de aquel lugar en que habíamos depositado esta valiosa hermandad. Así pues, al momento de despacharlo, lo que nunca había hecho con tanta solemnidad, le entregué mi *letterpress* con la nueva dirección

grabada en la pantalla. Si él daba con mi residencia entonces cumpliría mi cometido y daríamos votos de confianza a nuestra escribanía, tan venida a menos desde que usted decidió el silencio; si acaso no —ya lo sabe usted— hubiese clausurado todas las puertas del mundo, incluso aquellas que me llevan al postigo del lenguaje, aun los gestos y artificios, más aquellas cosas que pudiesen complicar mi soledad. No fue así, pero aquel momento sentí como si el destino sufriese también percances, como si incluso a él le fuese imposible encausar nuestros deseos, entregándonos a un sendero improbable que nos extravía, a un trayecto que desvía nuestras necesidades a otros lares, otras gentes y otros sentimientos, ajenos a nuestra conciencia. Con todo, en ese breve ritual de despedirnos, desaparecí del casillero de la mampara y me mostré —de cuerpo presente— ante mi amigo que —como si un espejo nos reflejara— contrajo su cuerpo y desvió la mirada que en principio lanzaba con fuerza. Entenderá que, además de ése, no hubo sobresaltos, sólo una actitud de condescendencia por cuanta palabra y descripción había hecho yo al dictarle mi enfermedad. Una especie de imantación nos acercó, a la vez que hubiésemos querido huir de ese conjuro, mas el influjo de los cuerpos pudo más y —abatidos por las sombras— simulamos rastrear todo cuanto las palabras no habían podido, pero eso sólo por un extraño efecto que nos desahuciaba y hasta estrechar tímidamente las manos. Palpar su vejez, así manifiesta en mi enfermedad, fue como si ambos compartiéramos la misma podredumbre y la muerte a ultranza.

Debo confesarle pues que rasgar su piel fue algo que hice de tiempo a alguien ajeno a mi monstruo, sensación que hubiese querido sentir más a menudo y en cuerpos como el suyo. Lo sé, el contacto entre los tres es improbable, pero vencer al menos uno de los catetos de tan difícil reparto es algo que no dejo de soñar. ¡Déjeme recordar aunque el recuerdo nada haga!: El reloj marcaba casi las cinco, ya a oscuras, por lo que —con breve ayuda del nuncio— desalojé mi recinto sin mirar atrás, con las cartas depositadas en los bolsillos, en desorden y sin sentido pues (imagínese cuánta verdad en esto) iban dirigidas a una dirección donde yacía otra y otros. La salida fue a paso lento, el nuncio me acompañó hasta la entrante, donde desapareció en silencio y me quedé esperando, entre la niebla y el frío, a que Esteva o Zadha recojan mi cuerpo entumecido por el terror. Mientras depositaban a la enferma, que no me atreví a ver —aunque gemía un dolor extraño con voz ronca y difunta—, sentí vuestro nombre —señora— extraviarse en una constelación invisible al firmamento. Fue la última escena de la antigua morada, la tengo todavía en la memoria...

Ha amanecido muy bien hoy, ¿allá también? Este lugar se parece poco al anterior, carece de tristeza, aunque como en toda vivienda siempre hay recodos donde la oscuridad llama la atención, recovecos en los que —casi sin quererlo— me precipito. La casa es sólo un poco más grande, pero tiene los espacios compuestos de tal forma que parecen más y hasta se hacen incansables en sus escalerillas y arbotantes. Como venía diciendo, he dormido temprano y mucho desde que llegué, recién hoy o mañana veré cómo se emplaza la luna desde acá. De hecho, me han dado a escoger cualquiera de los cuartos y no he dudado un segundo en quedarme en éste desde donde le escribo. No es el mejor, como supondrá, pero me agrada que tenga dos ventanas y dos puertas, una que da a la sala-gimnasio y otra a un patio lleno de almácigos. Por lo demás, no he revisado las despensas y me tomará

mucho tiempo acostumbrarme al vientecillo que resuena los frondosos arces y las escoberas. Tampoco he visitado el sótano, no obstante creo que todo está en orden pues tengo a mis nuevas máquinas aquí, más dos o tres nuevas que luego le cuento.

Los investigadores han hecho apenas una rápida pesquisa del último menguante (pertrecha en la ahora antigua morada), y prácticamente me han conminado a que el *Tílger* evolucione ya sin reparos; me alertaron además que los meses que vienen son definitivos en los resultados que buscan. No me ha sorprendido esa actitud tan recia, casi criminal, pero seguro que mi cuerpo y yo sortearemos sus visitas con pecado, empachándonos del mejor vino y dando rienda suelta a los ejercicios con esas nuevas máquinas que todavía se ven sofisticadas. Le he pedido al nuncio, sin embargo, que tome nota aparte de algunas cuestiones de interés en mi cuerpo, sobre todo de las sensaciones que internamente siento, detalles que —por lo demás— están vedados a los informes médicos. Por otra parte, no hemos vuelto a hablar con el nuncio sobre su idea de novelar mi vida, es algo que todavía no tengo resuelto, aunque este último traslado lo he sentido como un paso más hacia la muerte, y esa abrumadora razón me impulsa a narrar los supuestos de mi vida si quiero impostar un mejor destino. A propósito de los investigadores, no sé si tendrán arreglos a escondidas o algún chantaje recaerá sobre mis niñas, pero nuevamente se han quedado casi una hora charlando con ellas sobre asuntos que no me atrevo a preguntar, acaso porque no me importan o porque siempre le he tenido miedo a las verdades ajenas. En sí, han pasado pocos días, pero la rutina y los modales se han vuelto a instalar entre mis niñas y yo. Apenas el traqueteo de la mudanza y algunos documentos por firmar han reproducido antiguas cortesías y pláticas menores. De hecho, desde ayer que no pasan por mi lado y apenas si me han avisado de la llegada del nuncio, a quien no han dejado de observar con recelo.

Sobre nuestro rito epistolar, me han preguntado apenas con débil curiosidad y no menos disimulo, qué tanto escribimos con el nuncio, y les he señalado que es algo que incumbe sólo a las letras y a los dos, por cuanto todo testamento está prescrito de mis afanes epistolares. A pesar de esta respuesta contundente e incluso mordaz, me han intentado sacar palabras, pero sólo han recibido falsas pistas y mi mal humor. Más no han molestado, aunque el nuncio me ha sugerido que mucho no pasaría si ellas saben la verdad. Yo creo que sí, es algo que la gente de nuestra estirpe denomina con bastante precisión *pudor.* Asimismo, pese a que él mismo ha develado mi cuerpo, prefiere tenerme tras la mampara durante el dictado para focalizar mejor mis labios en el encuadre del casillero y así cumplir nuestra faena en los términos acostumbrados. No sólo eso, además —en un acto pleno de caballerosidad— me ha devuelto mi *letterpress* con esta bella inscripción: *"Dícteme cuanto pueda, soy cuerpo presente".* Antes de comenzar, sólo me ha confiado que el viaje hasta acá le ha significado su primera salida en casi tres meses, obviando claro el usual recorrido que hace ida y vuelta hasta vuestro departamento. La ciudad ha cambiado algo desde entonces, aunque desde esta perspectiva comienzo a pensar que se ve más tranquila y anodina, por lo que me imagino que usted está cerca, casi a la vuelta de la esquina y esperando.

Con esta carta, que es la primera, haré algo que no acostumbro, quedarme con una copia para algún día festejada, por lo que he de pedirle —si es que acaso lo merezco— que me envíe el sobre al revés como símbolo de confraternidad. Si antes despreciaba ese su estilo, en estos momentos puede significar mucho, en instantes en los que la soledad se ha confirmado y la muerte es un vestigio. Sólo eso, me notará menos sufrido, aunque evidentemente restan cosas por descubrir acá. Espero mandarle algo más antes que culmine la *Octa...*

Un paso al costado, amor leal...

K.

… un laberinto en que duermen las existencias más complejas.

E incluso así, empleando los pensamientos en empresas salvajes y albedríos del pasado, hay siempre un haz de existencias cuyo vértice recibe tan intensa dedicación que pronto nos envejece. Hube alguna vez pensado que mi trabajo en la Estafeta duraría por siempre, aunque supuse que los avatares tecnológicos harían conmigo lo que con los creadores y estilistas, en una época en que el automatismo de las artes iniciaba al mundo en un proceso irreversible. Esa época, el *VanmDark,* ha materializado una historia que a lo largo de los años nos ha hecho comprender lo poco importante que puede llegar a ser el individuo humano tras el volumen de sus propias creaciones. Las secuelas, sin embargo, están aquí y en todo lugar, como una onda expansiva que ha dado de baja a las personas anteriores al *Cambio de Siglo.* Mi señor, de quien disfruto esa encomiable visión y esa dote un tanto utópica, me ha enseñado los anales del cuerpo y las prácticas matutinas de un pasado discontinuo, aunque está hoy deshabitado de todo, en una soledad desnuda sostenida apenas por la mímica y una camisa de fuerza que acaso sólo él y yo podemos desabrochar. Siento que en este preciso instante mi vida se sintetiza en él, no porque conocerlo haya significado algo insólito a mis sesenta y cuatro años, sino porque siento haberme aislado —a la par de él— en un territorio cautivo donde moran las muertes gemelas. Y aunque la situación se presente así de dramática, hay un ritual que nos coliga y que nos ha entregado por completo a la redacción y cosas del viejo sistema. El sagrario de su cuerpo se ha convertido —de una vez por todas— en la piedra volcánica que simboliza ese dolor incontrolable que corre a cuenta mía y por sus páginas.

Este destino de escritor —para el que ciertamente no estaba preparado— ha develado la contrahechura de la vida, cuando parecía sentenciado a serie infinita de falsos lugares, llegando a ser una especie de portador de palabras para gentes en espera. No hace más de veinte años me sedujo la idea de escribir biografías para clientes de los que ciertamente me intrigaba su verdad. He visto miles de caras y cientos de miradas implacables a mi saludo, y ninguna de ellas ahora recuerdo más que la fantasía de sus vidas franqueadas por la ficción, con historias de las que deduje en todo momento algo importante, pero mayormente algo por hacer, una incompletitud alarmante tras la que sin duda morirían a expensas quién sabe de un punto final mal puesto. Me refiero a esas gentes a las que traduje su vida en papeles no muy extensos y, sin embargo, dando amplia cobertura a sus deseos y malogrados sueños que en época de senectud es lo que más pesa. No guardé ningún ejemplar de ese inventario de personas que por alguna vez confiaron en mí para destilar sus experiencias en el *mateé* de las escribanías, sellando sus vidas a un destino incorregible. No lo hice, porque esos papeles son vulnerables a la memoria, que cuando más taras presentan, mejor hilan su ficción, sin importar ya la abrumadora licencia del pasado. Recuerdo haber novelado por lo menos cincuenta vidas en temporadas en que ciertamente se mostraban imprecisas y entregadas por completo a la melancolía. En las estaciones de la *gelis nevisca* o el *autumn,* las libertades de entrega permitían hacerme de la compañía de raros clientes —viejas nostálgicas en su mayoría— que planchaban con esmero los papeles de caligrafías tan íntimas como dispuestas al olvido. No era en sí el espacio de conversación el que me interesaba, sino los ejercicios de escritura que les profería un estilo que yo —tras escrupuloso plagio— devolvía en cantidades mayúsculas a gentes que simpatizaban en alguna medida con la exageración y la mentira. Yo, sí, el individuo que arrasaba con sus vidas en desveladas noches.

Pequeños detalles de esas historias rondan de cuando en cuando mi cabeza, pero sobre todo tengo presente aquéllas que —según mi afección actual— sufrieron parecido malestar al caer en cuenta que alguna de mis destrezas eran ya obsoletas para el *Nuevo Milenio* Quién podría pensar que la historia de las personas más paupérrimas, de oficios tan menores y rutinarios, podría estar repleta de realidades inéditas en un grado asombroso incluso para el más listo de los novelistas. Recuerdo por ejemplo a una pareja solitaria bastante peculiar de *un hacedor de panteón,* anciano de no más de setenta años, que se deshacía en pláticas conmigo y me relataba más que su vida, la de los difuntos a los que había tenido la

oportunidad de hacer una cripta y epitafios con un cincel de poeta. Él estaba casado con una señora mucho menor, pero al borde del desempleo, de quien me contaba era una *kindergärtnerin*, quien trataba sus agudas crisis de infertilidad mediante el sutil contacto con los niños. Sus amarguras eran irreparables salvo en la edición casera que les preparaba narrando sus propias historias —o un periodo de ellas—, hilando sus vivencias particulares con una sugestiva fábula de la que resultaba una saludable ficción. ¡Cuánto variaban estas fascinantes vidas pertrechas en la cotidianidad de la de un letrado —trovador creo— cuya historia estaba enceguecida en el artificio de las lecturas y canciones que —por la fortuna que había acumulado— se precipitaba al completo egocentrismo o a la fama, igual de insulsas! Ni qué decir de empleos que hoy son sólo cera de museo y que resguardan sentidos tan entrañables a nuestra existencia, o de aquellos otros intraducibles al paso del tiempo que sucumbieron ante el desarrollo de la *Alta-industria,* como los arregladores de teléfonos, sastres, afiladores, sopladores de vidrio, colchoneros, talabarteros, hojalateros o encajadoras que pasaron por mis encuadernados como haces de fugaz brillo.

A todas ellas debería añadir mi propia versión del asunto, sí, mi historia de ganapán, de mensajero o lo que sea que ahora no existe, salvo por una tramposa fijación, pero eso sólo reflejaría al infinito esta amargura sin escape para la que me creí preparado. En situaciones como ésta, en la que escribir es siempre en pretérito, me pregunto lo que sobrevino a aquellas vidas que han desaparecido en hojas blancas o insepultas sobre el papel, en discursos borrados por la ingratitud o en textos epitáficos rasgados al viento. Y en especial hago memoria de aquellos de quienes interpreté una vida tan próxima que —por sus mismos oficios— debieron sospechar el señero contraste. Claro, una situación alarmante y de sentidos ocultos tras sus oficios de calígrafos, decoradores de papel, linotipistas, empastadores de libros o telégrafos, que se iban sucediendo a medida que los sobres se me terminaban y no quedaba más que abreviar ciertos eventos por obra del destino.

Escribir es —estos días— algo no solamente necesario, sino vital. Aunque siendo que la vida se me escurre por entre las sábanas, cuando figuro un sueño perpetuo, o por el lavabo por donde desciende las aguas del tiempo hacia el espacio oscuro y difuso del más allá, creo jamás haber existido. Qué patéticas suenan estas palabras, precisamente ahora que no quiero sino exorcizar los vestigios, lanzar el ápice de la verdad por los suelos; y es casi imposible, porque cuando uno hace gracia con la soledad, ésta depone la más penosa de las muertes. Ahora mismo me castiga la difusa imagen del pasado, que tiñe los días de una tonalidad mate que sólo el papel o la fotografía redimen. Ninguna vida ha sido más de la que se me ha dado, pero a veces lo mejor queda en las comisuras o en la punta de la lengua / secretos de un lugar inopinado de nosotros mismos. Nunca a mi señor he hecho otro favor que no sea llevar mensajes a esa mujer que creo conocer por la sola trascripción de sus cartas, tras su obsesivo repaso y en función a una lectura que ella repetirá sin cesar, de la que —no obstante— nunca será la primera. Ésa la diéresis de nuestra escritura, señor, si me escucha, ahora que hago letra de nuestra envestidura. No duden, sin embargo, que esta historia que tengo entre manos les pertenecerá enteramente, aunque su desenlace recaerá indefectiblemente en mí, si acaso no intercede la muerte y cosa así de imprevista. No duden, les pido, que *La Epistolar* se mantendrá a una distancia prudente y en su sagrada dimensión, sin que la distorsione —lo prometo— esa guadaña de mentiras que solemos empuñar.

No me escucho, pero no se puede dejar de escribir. Porque quizás las cartas dicen más de lo que una sola vida es capaz ella misma de vivir, por nada son confidenciales y tienen un destinatario inviolable que se supone completa las piezas ausentes de su ceremonia. Esa la quimera en que se ha desenvuelto mi faena de idas sin vuelta, de entregas sin respuesta, de gentes olvidadas. Eso porque nunca he podido saber del contenido de esas misivas y al mismo tiempo conocer a sus corresponsales, salvo mi corto traslado al *Departamento de Cartas Robadas,* aunque siempre de una mirada majestuosa o de un trato deshonesto descubrí un duelo o un amorío tan a mi manera que se desdeñaba apenas fruncía el seño uno de los confidentes. Por ninguna otra razón la confidencia sostiene la ficción que entablan dos y hasta tres personas sobre asuntos que nos resultarían penosos o insustanciales a la luz de la realidad. De hecho, lo más doloroso es que jamás he conocido las gestiones de esas personas, sus maniobras textuales y ni

siquiera sus tímidos estilos que a contraluz pueden figurar una caligrafía de insulto o de pasión, pero que esgrimen sentidos totalmente vedados al resto del mundo. A lo sumo he podido conocer las rúbricas de rigor que consentían la recepción o entrega de un documento casi intangible a mi posteo; jamás el contenido de esas cartas, sólo el simulacro de sus garabatos impregnados en las listas de control. Ése un extremo: no poder sino creer en la sutileza del papel cebolla, para una amante, o los sobres negros del misterio y la amenaza; el otro, los recados de mi señor que se ofrecen a mi cuidado casi como si fueran míos, en una terrible y artesanal transparencia que a ratos aplacaba mis propios deseos de escribir.

Por eso mismo no creo poder biografiar a mi señor, menos hacer un personaje de él, pues si hay algo que lo inmortaliza es su cuerpo, a instancias del que se siente útil, sin mencionar que a ojos de la ciencia, todo en él es vigente. Con todo, no se puede dejar de escribir, no es recomendable ni para vivir ni para morir. Y si alguien quiere saber, a lo sumo guardo facsímiles de algunas de sus cartas y datos vagos de una vida que se sintetiza en atisbos, en menguantes diría él...

Instrumento fuga, felom menio, MMXXXIV



ERFILIA

erdo de los hechos del Vanmdark

la reciente ceremonia en Memorial de las Lunas rendido homenaje a las imas de una época que empañado la historia nuestra nación. De- nominada el Vanmdark los activistas, quiene on por bastante en contra de la iteración indiscrimi- ida de máquinas y la ucinsa segregación de s actividades nocturnas, a e acto se realiza pre- isamente a 2S años de haberse iniciado el pro- eso. Según algunos nalistas, las secuelas de ocho periodo económico social persisten, sobre do en las zonas peri- lras donde se han res- uardado los autistas y rsonas solitarias que no podido vencer la s de identidad. Si bien as hechos han que- do en el pasarlo, hay ienes aseguran que rsisten algunos grupos ue fomentan el reem- azo de los recursos hu- anos por máquinas, y la onformación clandestina e talleres nocturnos de aptación y sustitución ecánica de cientos de personas, principalmente l suroeste del país.

A pesar de ello, en la ceremonia se ha recalcado el importante avance respecto al tema y la disminución de las tasas de desempleo. Ello, en contraste a otra protesta que más bien identificaba a estas leyes de empleos como retrógrados y causantes de la caída económica interna y el de ás exportaciones.

Finalmen inscripcit setuestro negaban favor de 1 de las pri país. Rep ación, aly drarnátic. encargad. prensa q tintados , rectos.

ERIODISTAS Y ENCARGADOS DE EDICI MBIÉN FUERON VÍCTIMAS

Localizan el cuerpo de uru mujo no identificada en las saldas de nta una herida punzo penetr une. as seno izquierdo, escoriaciones en el le nó que la causa de muerte fue por asfixia. Se presume que la mor fue sinista de El Diario Azul

no 2016: Uru periodista gráfica es encontrada muerta ar Escarcia. Ochi la mama izquierda y escisión parcial del pede pes mordedura.

2017: Se hallan siete cuerpos frente a la sede de á Asociación a la epiúún pública y en especial a kr; funcionarios de prensa ocasionales. Ante esta serie de matanzas, miles de personas e.

bre 20. se encuentra una osamenta femenina con u

Vistas las cosas, tal vez esta carta no tenga mayor motivo, solamente cumplir los propósitos atesorados en la fe y en lugares otros de poca frecuencia. Me he apresurado creo al pedirle que me responda con tanta urgencia, cuando en realidad no había suficientes argumentos para pedir aquello, únicamente mi nueva dimensión y al parecer algo de tino para con las patrañas que circunscribe la desmemoria. El nuncio ha vuelto sin ningún mensaje —como suele desde hace mucho—, aunque me ha asegurado que la entrega no ha sufrido mayor inconveniente más que una mínima hinchazón en la madera de su puerta que le ha obligado a tantear otra ranura por donde introducir la carta. Seguro que ni eso la ha alarmado y ha recibido el sobre con el mismo disimulo que una orden de aprensión o el diario matinal. Me imagino que la premura con que he actuado, fruto de la emoción de mi nueva naturaleza y de la prosperidad que creí tras la mudanza, han provocado que olvide todo cuanto estos últimos meses le ha imposibilitado a usted escribirme, y —obviamente— no iba a ser poco enmendar el hecho de tenerme más ajeno que nunca, envuelto en las oscuras llamas de las soledad, sin pronunciar más que sombras y destellos de pasión. Han pasado apenas seis o siete días desde la última misiva, el nuncio reconoce que ese tiempo es insuficiente incluso para mandarme de vuelta el manila y calmar el alboroto que siente mi cuerpo de sólo soñarla. Cómo no sentirme contrariado, precisamente hoy y ahora cuando se supone que toda comunicación está expedita y los medios tecnológicos desplazan las noticias y los envíos tan deprisa que cuesta pensar que nuestros anticuados asuntos —todavía a tinta y papel— sean tan tardos y lentísimos como ellos solos. Hemos de ser los últimos encomenderos para esos carteros que despreocupados caminan por la ciudad testeando las borrosas direcciones que de poco a poco van perdiendo asidero en esta diana virtual. Con toda razón tengo miedo que algún día suspendan estos procedimientos tan caducos, aunque es de creer que no bajo un gobierno como el que tenemos, una autocracia que todavía nos permite vivir como hace cinco lustros y que, a pesar de todo, cumple con su *Tercera Edad. ¡Quién* iba pensar esto hace un siglo!, digo, estar bajo la tutela de una máquina que promulga los decretos y hace de estadista ante nuestra frágil condición ciudadana.

A consecuencia de todo lo anterior, me ha sugerido el nuncio que espere un tiempo más, que ahora propongo sea un par de semanas (cerrando la *gelis nevisca),* para depositar su falta junto al frío y la nieve, o comenzar el primaveral satisfecho con el sobre en manos. Créame, entiendo los motivos por los que su respuesta no es inmediata, principalmente cuando el envío debe cubrirlo —ahora que el nuncio es ajeno al servicio— una cuarta persona, además que no he sabido mucho de la Estafeta y su actual burocracia. Según los cálculos del nuncio, un envío en estas condiciones tardaría más o menos quince días. Es más, dado que él hace las entregas la jornada siguiente al dictado (suele preparar las cartas de noche según me comenta), es posible que usted continúe leyendo las últimas dos o tres epístolas que fueron bastante seguidas. De todas maneras, el hecho de imaginar mi escritura y vuestra lectura en simultáneo, me da mayor seguridad a futuro, por más que el destino agrave la ciénaga de nuestro posteo. Tal vez lea la presente cuando ya haya franqueado la que me corresponde; notará por eso mismo que toda correspondencia es vulnerable al destiempo y a desalinearse incluso de la

escritura que la sostiene. No se imagina cuánta desazón me ha causado estrechar las manos del nuncio y notar que no cargaba la añorada contraseña. Empero, comprendo perfectamente la situación, por lo que no tengo más que esperar que el tiempo solucione los pormenores de nuestro carteo, aunque ya le digo, de él no hay que fiarse.

Mientras, he de contarle que mi situación aquí es estable (bastante decorosa incluso), puesto que cada día que pasa descubro algo nuevo, por insignificante que sea y a pesar de que pasadas unas horas lo olvide. No crea que me invento cosas, en verdad estos tranquilos días me he convertido en un ser empírico que además de profesar su cuerpo, cultiva los sentidos con maestría. Lo último fue una afección musical, para la que me creí ya obsoleto, que estremeció la piel como nunca nada lo había hecho —salvo mi irregular secreción. Ocurre que, como creo haberle contado, existe acá un piano que —según reconocí— pertenece a la anónima enferma que ocupó este mismísimo espacio. Lo sé porque una de mis niñas me aseguró —pensando que su voluminosa presencia me incomodaría— que lo devolverían en unas semanas a esa extraña mujer. No he averiguado más al respecto, pero me imagino que —como acostumbran estos programas médicos— le ha sido suministrada en paga por los años de postración y delirio. Debieron ser muchos, pues a mí en cinco años apenas se me han reconocido unas cuantas máquinas, el televisor y el suministro de periódicos, que de momento no han llegado a esta dirección. En el caso de esa mujer desconocida han de haber fomentado su afición a la música —como a mí la lectura—, dotándole de este maravilloso instrumento a pedal y sordinas en que interpretó al unísono su soledad y última vegetación. Ahora que no puede, sabrá siquiera verlo o sentir menos pétrea su tristeza acompañado de este corpulento piano, como en parte yo hago con mi nuncio —y vuestras cartas. En todo caso, este aparato debe pesar un montón y ha de ser bastante trabajoso sacarlo de aquí. Noté, sin embargo, que es desarmable y puede ser dividido al menos en tercios de su peso. Hubiese querido quedarme con él, a pesar incluso del televisor o de alguno de mis aparatos, mas es imposible porque la dosis de su encelo debe también querer reconquistar a su dueña.

En fin, como le señalaba, estuve ayer tan compenetrado en el piano (estupefacto incluso), que sentí su música en el intermedio de mis soledades, cuando supuse unas suaves notas que prorrumpían entre la oscuridad y el coma que me había impuesto con solemnidad ante la concertina. Extraña música que decía cosas menores, pero que —al fin y al cabo— deletreaba las hondonadas del silencio y asonancias de lejana dimensión. Ocurre que tengo casi todo el tiempo al negro objeto en frente mío, por eso debí percibir la interpretación de ese bello lamento —quizá una plegaria a su enferma, como a veces hacen los perros cuando alguien ha de morir. Tal fue su efecto que súbitamente me entregué a una honda melancolía que —como sabe— festejo a licor e infinito. Comprenderá que entre nosotros, los enfermos terminales, las impresiones se multiplican y la vida es cuanto más próxima a su relevo, más sensacional y llena de afecciones buenas, raras y de las otras. Acaso el extremo de esta sensación la viví precisamente anoche cuando, embotado en mi eterno sillón y viciado por el tufo de las *magdalas,* me entregué a un embriagante concierto de notas bajas y adagios. Éstos se repetían incesantemente hasta que un sonido seco embreaba de silencio toda la habitación

y lugares intestinales de mi cuerpo, depositando el deterioro del último menguante tras una muerte filarmónica que agudizaba mis sentidos.

No lo dude un instante, soñaba en usted, con el silbido lúgubre haciendo eco en los tímpanos y en todo cuanto las palabras pueden callar por la música y el cuerpo, en toda afonía que puede estar prescrita del deseo y encomendada a balancearse sola, a despedir efluvios roncos y sordos a cada instante. Me pregunto si hará lo propio usted, mas no le diré hoy nada, ya tiene mucho por contestar; de todas formas, no puedo negar que siento como si usted, deportista que fue y es, no hiciese otra cosa que practicar con las manos —en lo que hace al piano— una batida de silencios en la oscuridad, un fingido asunto con la nada, espantando la soledad que no dirigiendo una orquesta en que manda callar todos los instrumentos excepto el que anoche, en terrible gala, se lucía y algún otro depositado en los pentagramas que le resta enviarme. En tanto, creo estar aprendiendo poco a poco el lenguaje soez y sin habla que usted ejercita —con marcado aprecio y respeto— en momentos cautivados y de sequía. Sólo espero relevar algún día el mástil en que su cuerpo se yergue —mudo y taciturno—, para delimitar el símbolo de su terruño cuya anonimia nos pertenece en patrimonio a cuantos sufrimos las soledades ajenas.

Ve que me pongo alegre apenas la nombro, tan irregular e indefensa, tan lejana y absoluta, anacrónica como usted sola. No es para menos, ¡qué será vuestra morada!, con las mismas oscuridades que aquí y con las cosas desparramadas junto a las sombras, con diminutos intersticios donde caen las miradas que no tienen mucho por hacer. No lo sé, no podría siquiera imaginarme cuánta hechura dispensa vuestra soledad; le repito que debe su vida a tantos dislates que se hace inenarrable todo lo que a sus maneras y modos, incluso para el más ducho de los imaginados o para alguien como yo que asume la *vía crucis* del cuerpo ausente que es usted. Acá en cambio el diario es una epopeya de vuestro sagrario, un intruso al carteo que embelece las pasiones sin enloquecer el sortilegio de nuestra amistad. Quisiera quedarme con este solo equipaje de la distancia que nos aqueja, pero prefiero antes que tramar una nueva empresa, deleitarme con las músicas que de pronto usted interpreta. Estas últimas horas el piano lo ha sido todo; de hecho, pese a que han pasado apenas un par de semanas desde que llegué a este lugar, siento que sin él profunda habría sido la soledad que me aquejaría, no obstante el ocasional auxilio de la escritura y de mi fiel amigo el nuncio. Si viese cómo brilla su caja negra a pesar de la oscuridad, ahí, enclavada entre las máquinas de ejercicio y las pesas, fina como ninguna y en luto, inmóvil y célebre. No es poco decirle que todavía no probé las nuevas máquinas, porque ahora me es más necesaria la aventura de estas notas, eso y un prolongado letargo que acabe los días grises por saldar.

Después de todo, ése el gran descubrimiento estos días. Será porque de buenas a primeras me he acordado de usted, de toda gestión que, aunque ilusa y sin mayor sostén que el aprecio desmedido, nos vincule. ¡Como si no lo supiese! Acá se la extraña más; todo —a pesar de las comodidades— parece estar deshabitado, cuando en la anterior casa había esculpido un retrato a imagen y semejanza de la ausencia, con sus facciones y ropas perfeccionando la piedra y lienzo del acecho. Es menester que la pureza de mi actual vivienda sepa embadurnarme de unos

cuantos recuerdos, entre ellos los suyos y así en una cadena infinita que ampare nuestros sentimientos. Con todo, sé que no estoy abandonado; el menguante que se viene definirá a cuánto llega el duelo y hablará por todos los crepúsculos que a ratos quisiera desparecer conmigo. El insumo de los diarios es hoy insuficiente para saber las horas que demandará el olvido en volver; los calendarios y días están por debajo de toda realidad. Así y todo lo actual promete, no grandezas ni exquisiteces, pero sí aquello que hace algunos meses demoraba en llegar a nuestros velorios.

Estuve atento anoche: la luna nueva ha entrado en abismo y aunque cae de occipital aquí, muestra ya un menoscabo en los tintes y reflejos de su antigua dochera. No podría no pasar... espero algo de usted y los pormenores de vuestra extranjería...

A veces el suicidio lastima la soledad...

K.

... encontrarlo no fue fácil, sobre todo cuando las estrellas se desmarcaban del sendero que una corazonada había elegido, como queriendo discernir el destino a ambos preparado. Llegado un punto en que el horizonte no era más el derrotero, ni el recuerdo estaba a mi favor, llegué a pensar que lo había perdido todo, especialmente a mi señor, dejándolo sin cuidado y en custodia de esa maraña de palabras presta a devorárselo. No obstante, el miedo a que esas mismas palabras vengan por mi, fue un motivo más que suficiente para escatimar esfuerzos y consentir un sendero sin luces ni brújulas. Ahora sí creo que el destino nos imanta, pues no tardé en notar que unos	No sentí su llamado, pero por algún motivo ese espacio limítrofe entre nuestros silencios fue cerrándose a medida que superaba las oscuridades y me le acercaba casi desconcertado. El resto es historia. [Nuncio: 0, 213]

Espera y epístola, atramiento en curso, MMXXXIV

Ingentes cantidades de recuerdos han repoblado mi mente por el solo suceso de vuestro envío. No es raro que para mi edad, que sobrepasa los sesenta, sea un evento conmovedor el saldar —como mejor se pueda— las horas y días que a veces uno piensa que se han ido para siempre. Toda carta es tránsfuga, si hemos de hablar cómo los papeles deambulan por nuestra memoria como por nuestras manos. A consecuencia de lo último he decidido reinstalar el portacartas en un espacio inmediato al escritorio, cerca al mechero y *a* las navajillas. Para tal escrutinio, sin embargo, no he dado con algunos ejemplares, desde ya el traslado se llevó otros. De todas formas, con lo que hice sólo quiero figurar su estrechez, más allá de estudiar sus epístolas o despejar dudas a su sola recitación. En todo caso, el sobre que vuestra voluntad ha enviado se antepone a todos los manuscritos y tiene —desde aquí— privilegiada perspectiva. El ahora milagroso sobre ha llegado minutos antes que el nuncio, por lo que no me ha dado tiempo siquiera para retirar el lacrado, aunque como usted acostumbra, trae el negro funeral de la cera y eso —de momento— me basta. Lo extraño es que no existe ninguna inscripción, de lo que deduzco que usted la envió por el servicio apartado, aunque bien sabe que añoro su letra y por cómo está escrita en las frondas del manila es mucho lo que me puede imaginar. Incluso el nuncio se ha mostrado extrañado, no obstante hemos dejado pasar ese asunto y hemos en cambio festejado su reposición a nuestro posteo, aunque en condiciones todavía oscuras. No lo he decidido todavía, pero se me ha ocurrido dejar el manila cerrado para percutir el deseo si es que me espera otra larga temporada de sequía sin las cartas suyas. Todo podría revertirse terriblemente y ser ésta un desliz antes que el motivo de la efusión actual.

Veré qué dice el nuncio, de todas maneras bien sabe él que a pesar de su intervención en la hechura de mis cartas, la lectura de las vuestras es de mi sola competencia, aunque algo le comente posteriormente. Empero, todo esto es una tontería si asumo con franqueza el hecho de que ese sobre no trae más que el vacío, pero mientras la imaginación se acostumbre doy rienda suelta a mis impulsos. Nótelo usted también, pues en verdad todo lo blanco y vacío del mundo inspira —contrario a lo que los *letristas* podrían pensar—, siendo que el ausencia así es una máxima de los estatutos amorosos, bélicos o de antipatía. No escribe usted nada, más me la imagino; se escuda en el vacío, más mi dintel esculpe su figura. ¿No es verdad esto que digo? En cambio usted, que tiene un arsenal de cartas mías, mis malas palabras incluso, ha de tener poca labor para con mi hechura, por remoto y raro que le resulte. Figúrese que actualmente soy cuanto escribo más el resto de maniobras que mis cartas dejan escapar sin yo proponérmelo siquiera. Qué mejor para alguien que conocer a un segundo cuando éste se narra, obviando lo mínimo que –por supuesto– son los quehaceres de mi comunión, las comidas y la rutina extremísima. ¿Y usted?, los parques de la muerte y la clínica de pasiones que recorre cada día con distinta saga; usted que se conturba en la noche por la extrañeza y miedo a dormir. ¡Vaya especulación!, ése el síntoma que retengo de sus cartas, escritas en detrimento del olvido, aunque enfermizas y en lengua impropia. No se preocupe, tarde o temprano penaremos, porque nunca el tímpano de alguna de muestras muertes dejará de repercutir los ruidos y bemoles de

semejante pérdida, créame. Fíjese además que se lo digo yo, que a cada momento siento la tragapela del mundo; en cambio usted, que está lejos de tener mis años debería —sin faltar a la soledad— iniciar una nueva vida, fuera quizá de las pistas, pero en continua competencia con toda la Creación: el cuerpo es el punto de partida, y el cuerpo es también su desenlace.

Perdón, no deberían los consejos ser el objeto de nuestra correspondencia, pero no puedo ocultar el doble movimiento que la alegría y la preocupación aconsejan. Tampoco pretendo disimular la felicidad que siento tras haber recibido —años y kilómetros después— sus cartas, Permítame exagerar, pero todo esto es como si de pronto se alinearan en nuestro *Sistema Soledad* los planetas en que vivimos y la entidad que compartimos no fuera traicionada siquiera por el extremo desarraigo o por la locura. Ahora sé que son más o menos a las *cuatro post meridium* cuando llegan los recados acá. No me hago ilusión por nuevas entregas, pero al menos de hoy en adelante ésa será la *hora cero* de la espera y el resto, un tiempo enclavado en la utopía. Las palabras van y vienen, pero cuánto le he escrito yo sin recibir respuesta alguna, a pesar incluso de mis iniciativas. No lo dude, considero este su último recado, que ha llegado vertiginosamente desde sus manos, como el piélago de nuestras epístolas, un lugar que sostiene la encomienda no de las palabras y posturas personales, sino las puras pasiones que serviles socorren el anonadamiento.

A pesar de todo, los últimos días no han sido del todo alegres. Tristes tampoco es la palabra, pero un doloroso bastión se agita en casa. Será porque la temperatura ha vuelto a bajo cero y han caído los últimos frentes de nieve. Por primera vez desde que llegamos, mis niñas han viajado invitadas –según dicen– por la *L–Fost* a uno de sus *campus científicos,* y ellas que no pierden ninguna oportunidad de viaje, sea por mera camaradería o por asueto, han aceptado sin pensarlo dos veces, dejándome solo y en este lugar que todavía no es dominio mío. Con decirle que la casa todavía es insegura (no sé activar los dispositivos de control), y me es difícil valerme por mí mismo para cumplir algunos quehaceres, no obstante la comida en cápsulas y los aparatos a estrenar. En este sentido, la llegada casi simultánea de la vuestra carta y de mi fiel amigo el nuncio, ha reconfortado mis ánimos. Créame que a veces, pese a lo solitario que me encuentro, la soledad me sorprende y no encuentro explicación para el pánico que en ocasiones demuestro ante tal o cual escena que representa mi cuerpo. Deduzco que eso se debe a que aquel piano con el que tuve una relación tan vívida los días del estreno ha sido devuelto a su dueña. Hubiese deseado que siquiera su música permanezca —quieta como estaba– en medio de la oscuridad, mas parece que no hay la una sin la otra a pesar de mis buenos deseos *y* de mi acusión. No obstante. poco antes de que se la lleven, no he dudado en dejar —para bien o para mal— una breve inscripción entre las cuerdas, con el único afán de agradecer a la enferma por permitirme su música estos días. Sé que jamás podrá leer esa *borrosa papela*, pero en el motivo está el gusto.

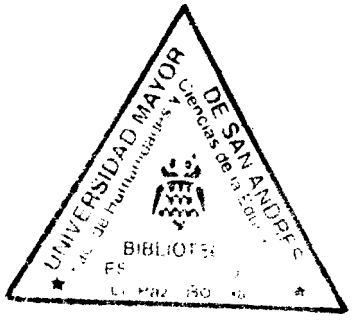
Por si fuera poco, sacarlo de aquí ha sido bastante costoso, como si el instrumento se empeñara en quedarse en esta habitación. En realidad —como sucede con la industria actual– este piano ha sido ensamblado aquí mismo, me lo confió uno de los empleados que vino a hacer la reinstalación, por eso ha de haber sentido el

ultraje que una persona cuando el exilio. Con todo, se lo han llevado ya lejos de aquí y llevo dos ocasos sin asistir a los conciertos. Ya se imaginará cómo pasé la primera noche, no quedaba ni el silencio y apenas pude dormir con ayuda de unas pastillas. En contrapartida, se me ha prometido un nuevo televisor, pero ahora mismo no me dan ganas de hurguetear el mando, menos de postrarme frente a las imágenes y de toda esa maquinaria que la música jamás necesita. En suma, con los últimos cambios, acomodos y hallazgos, de la ventana para adentro todo parece ser lo mismo que la anterior vivienda, como si alguien hubiese rebobinado esta despensa, salvo los claroscuros y el calibre de algunos espacios que dan la impresión de achicarse. En cambio del marco para afuera existe otra dimensión, se percibe una inconmensurable profundidad que dispersa las lucecitas de la ciudad como si fuesen las cenizas de una reciente quema, en definitiva, otra metrópoli y otras lunas que rondan por los satélites de mi enfermedad. Por otro lado, las florestas están por reverdecer y nada raro que estos árboles del patio traigan frutos. Acostumbro a pasar por ahí a media tarde y seguro que en el *primaveral* se convertirá en mi lugar favorito. El primer menguante ya está encima, creo que lo recibiré bastante bien con los ánimos de vuestro recado, aunque no oculto el terror que siento por la nueva locación de mi cuerpo y el hecho de que las cortinas del ventanal —por un extraño encargo— sean púrpuras y las remate un cielo falso de color gris.

El frío todavía se siente, principalmente en la madrugada, aunque eso no me ha privado de hacer unas cuantas sesiones en el gimnasio los últimos matinales. Incluso podría animarme a decir que estoy en forma *y* concentrado íntegramente en la *post-nocta y* lo que de ella resultará. Sin usted esto no sería posible y hasta me dan ganas de escribir —siguiendo el ejemplo de vuestro envío— sin tinta y papel, por más incivilizada que parezca esa caligrafía y por poco que de ella se entienda.

Siempre que se escribe, se mata; siempre que se mata, se esculpe...

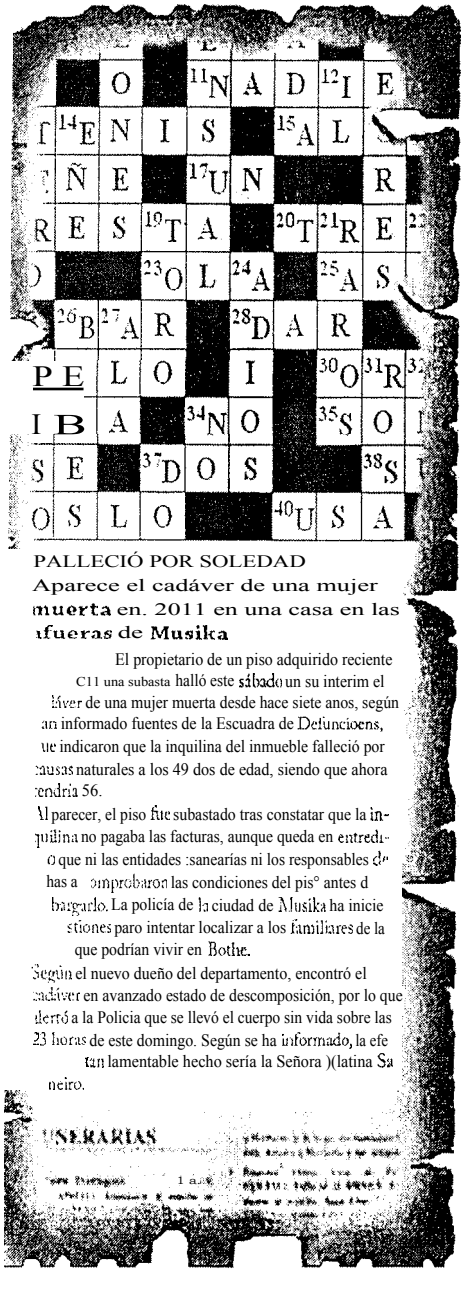
K.



26

Sin leyenda

Prima Nostra, empalgum, MMXXXIV



PALLECIÓ POR SOLEDAD

Aparece el cadáver de una mujer **muerta** en. 2011 en una casa en las **ıfueras de Musika**

El propietario de un piso adquirido reciente C11 una subasta halló este sábado un su interim el láver de una mujer muerta desde hace siete anos, según an informado fuentes de la Escuadra de Defuncioens, ue indicaron que la inquilina del inmueble falleció por causas naturales a los 49 dos de edad, siendo que ahora endria 56.

Al parecer, el piso fue subastado tras constatar que la inquilina no pagaba las facturas, aunque queda en entredi- o que ni las entidades sanearías ni los responsables d' has a omprobaron las condiciones del pis° antes d bargarlo. La policía de la ciudad de Musika ha inicie stiones paro intentar localizar a los familiares de la que podrían vivir en Bothe.

Según el nuevo dueño del departamento, encontró el cadáver en avanzado estado de descomposición, por lo que lertó a la Policia que se llevó el cuerpo sin vida sobre las 23 horas de este domingo. Según se ha informado, la efe tan lamentable hecho sería la Señora)(latina Sa neiro.

USERARIAS

No he muerto, si eso pensaba por el retraso de la presente que ahora sé es el preludio de algo que empieza a interrumpirse, a pesar de los arduos intentos por asistirla, más allá incluso de la intransigencia de nuestras distancias y el asomo del destino. No sé si.dejar de escucharme por tan prolongado espacio significará algo para usted, pero casi venzo el habla de no escribirle estas setenta noches, de no cubrir con algo el silencio de estos ochenta amaneceres. ¡Válgame la eternidad!, si un perjuro caldeara sus ánimos, cada una de estas palabras ahogaría el inusual ladrido que todo cuanto lee de ellas le suena. Sí, precisamente ahora que el silencio parecía instalarse definitivamente, cuando de un momento a otro se aplacaban los susurros y por fin dejaba usted de estorbarse con cosas tan desánimas como el repaso de mis cartas. Ahora que no hacíamos lugar sino en el abandono de nuestros cuerpos inermes, en el extravío de mundos en desuso y sin perdón, postergados en el tiempo y marginados de toda literatura, de toda realidad y tino. No obstante, nada ha cambiado acá, ni siquiera el hecho de que aún me resulte imperioso saber qué tan distante se encuentra, si todavía guarda alguna semejanza con su soledad, si recibir enmienda de un cuerpo arriostrada por las tinieblas o el olvido sigue siendo un asunto lisiado y sin valor. Lo sé, debería ser otro mi semblante ahora que el *primaveral* ha ingresado con terruño a casa, pero hasta el momento no he hecho más que espantar los haces de luz que juguetean con mi bastón y cabalgan entre las cenefas, escaldando las sombras y el anonimato que es todo lo que ha dejado el *frío polar* a su paso.

Hoy es primero de mes, mañana *menguante* y ayer *noviembre*. Notará lo estrecho que es el tiempo ahora que se han agolpado los males como si mi cuerpo fuese el único lugar doliente de todo el mundo, como si la avería no se hiciese efectiva sino a centímetros de mí. No exagero con estas aflicciones a la postre insustanciales para la muerte, pero tengo poco tiempo en manos para escribir como descosido ante las intenciones de la *hora prima* que me inhuma, tanto como si las horas se hubiesen apostado con malicia allí donde principia mi tormento. Sólo escribir mueve la manivela del tiempo, sólo tarjar las palabras contraviene su maldita prórroga, acosado por las distancias e intrépido con el recuerdo. Y es además viernes, por lo que se me ha antojado una *magdala,* pero dado que escribirle es un deber, he de consentir que el nuncio transcriba por esta única vez la carta que nos debe, sosteniendo el pistoncillo con la derecha y empuñando la pluma con la zurda. Así pues, no he de probar sorbo alguno que interrumpa este vicio mayúsculo, esta dosis que he postergado por enfermedad y cábala, vicio que —aunque usted no lo crea— sostengo apenas con algo de pundonor.

Lo último que he recibido de usted: un sobre vacío que yace arrugado con desquicio en un espacio viscoso de la oscuridad; destrozo impulsado por la efervescencia de un noviembre inaguantable y por los ineptos de vuestra ausencia, tan implacable como ninguna —tan expugnable, con tanto yermo encima. Lo último que ha recibido de mí: también un papel en blanco con las manualidades que la fe y el juego aconsejaban, alucinando con un nuevo lenguaje que habíamos forjado en la utopía. Pero no, ahora sé en cambio que ése fue el mayor descuido de nuestra relación, mayor incluso a haberla llamado a veces por su nombre o

sorteado nuestro encuentro por simple inercia, a sabiendas de la aguda inanición que vuestro cuerpo sufre. Fíjese que el nuncio se vio sorprendido cuando a finales de la *Sétima,* impulsado posiblemente por un menguante decrépito y llevado al calabozo por un código que usted jamás entendió, preparé de mi propia labor un sobre semejante al suyo, fingiendo una poesía tan llevadera como el silencio, distante ya de las palabras y las leyendas, entregado a una misión en la que creí se fundían definitivamente nuestras delicadezas. Procedí así para vencer la tentación de abrir el sobre que semanas antes me había devuelto al credo de la escritura, pero que hoy es carroña y nada más. Con todo, previ que entablar este juego terminaría de resolver nuestras diferencias (que son sólo de medida y compás), aquellas que ha engendrado su oficioso silencio y mi vasta palabra, por su soledad y el detrimento que son infatigablemente posibles en nosotros o en nadie.

Discúlpeme entonces si acaso —como hasta ahora creo— ese envío le indujo cosa distinta a la cortesía, razón por la cual esa carta anómala haya recibido el reproche de su amistad y, lo que es peor, se haya entregado —por encargo del erotismo— a una extraña confusión y a un juego de malabares que siquiera nuestros solitarios cuerpos pudieran aguantar. Esperé, según obligaba este *delímen,* más de cuatro semanas para ver si el idioma que creí aprender por usted tenía razón de ser— aunque con zozobra—, estableciendo un paralelo de las palabras para musitar esos aires vacíos que a ratos aspiramos con ensueño, aguardando por embarcaciones superpobladas de sobres y baúles íntegros en blanco, sábanas del vacío y caligrafías apenas esmaltadas por el deseo, arcaísmos delineados por un relieve que sombree las palabras innecesarias y comunique todo cuanto en su isla se solidariza con los rincones antepuestos de mi patria; quizás con el único propósito de también pronunciarme y responderle con salmos taciturnos y descripciones de la nada, en una mudez absoluta y hermosa, inventando cámaras y sótanos en su nombre, bancos de escritura que salven su *HB,* empapelando el camino todo y las veredas que llevan a su morada del blanco objeto de los sueños. Pero no, nada de eso, sencillamente porque suele ocurrir que todo cuanto disponemos en verso sabe a ofensa; por eso en ocasiones la guerra es necesaria, por cualquiera de los medios y entre cualquier grupo, no para igualar las tristezas, sino para desenvainar el tótem, para capitular las fijaciones en la muerte prójima. De ahí que el deporte, estilización de la guerra, sea el medio que más se asemeja a esa beldad de cuerpos que simulan la muerte y el pesado trofeo que es alzar el cuerpo enemigo, forjándole un templo en que descanse el crisol de orgullos y jactancias. Uno contra uno u once contra once da lo mismo, siempre que el empeño por la muerte vehicule el deseo, tan válido en las artes como en las diestras, en escribir como en derrocar a un púgil de hierro.

Si no he logrado nada con el último envío, a pesar de deslizar mis palabras a los barrancos del silencio, me temo entonces que sólo resta esperar que la voluntad suya y la de sus manos reparen en brindarme siquiera otro "no" que satisfaga mis pasiones y la falta de cobijo que ahora mismo siento. La Octa y *Noviembre* han pasado como si nada y con ellas un año ávido de desencuentros. Empero, no dejo de apreciar todo en usted, por más que ahora no sólo calle, también se preste a gritarme esos silencios; a pesar incluso que su cuerpo haya perdido sustancia en el interfaz de olvidos, al punto de quedar exento del eco que otrora vislumbraba.

Sabe, este lugar —en el que recién cuatro meses después empiezo a gravitar— tiene tanta habitación y es tan vulnerable a llenarse de amnesias, que ya nada supera el embargo de los minutos y asuntos en mora. En efecto, me he visto en la necesidad de estropearlo todo, desde las *cadereras* hasta la *escayola de las paredes* en las que, proponiéndomelo apenas —con fiebre de infante y fuerza demente—, rayo garabatos a la posteridad que no quiero para nada que me comprenda ni que me consuele, tan solo anhelo (si es posible anhelar así por así) que esto que no se deja escribir, manchando en cambio de ceras y tintes el desconsolado reducto, me vele en silencio el día en que —por una razón obviamente distinta a usted— abogue por la muerte y me enrede en un mar de suicidios, atajando el destino que ya me tiene por la piel y el cuello. No mis niñas, no el mundo ni usted, no el nuncio o mis máquinas, no mi sombra y hastío, tan sólo la imposible escultura de la lengua, cuando la improbable palabra de mi voz haga misa de este cuerpo tallado por el olvido y por un insólito proceder de las letras. No en Dios, no en la Muerte, no en el Vacío, no en la Eternidad ni en la Sombras, tan sólo en los restos y el cadáver, en los cuerpos del cuerpo, en mi huella que ilegible reforme los estadio de mi pleno y veje la existencia en su *crotor. ¡Saudade* mía!, discúlpeme por el anticuario de mis muertes, pero sirvan ellas al menos para el ágape de vuestro extravío, una invitación a sus exequias / discúlpeme, una vez más, por definiciones tan lidiosas, por tan vago disentimiento y decoro a la hora de finar...

– – – – – – – –

No esperaba encontrarme así, tan de espaldas a mí mismo, pero ya ve que cuando la soledad entabla afecto con la extremaunción es imposible de vencer, por eso resuena fúnebre y hermosa, tan descuidada de lo que aquí y allá hace la gente, de todo cuanto nos hacen digerir los *husos y equadores* de la no pertenencia y las *tierras de fuego* donde desaparecen los ideales de hombres ecuestres o eruditos. Si usted no hubiese aparecido a mi muerte, quizá seguiría entusiasmado con el reposo y las amnistías, animado en compartir el simulacro de la vida y existir sin más, acaso por el solo hecho de responder a los auspicios de la natalidad y de las oraciones ajenas que piden salvación idéntica a quienes matan que a quienes aman. Es así que prefiero su irreflexión o cuanta maldición haya sostenido en su mente tras leer mis improntas y volcanes, los fenómenos atroces de mis palabras y el entero de cosas cuya naturaleza haya afectado su génesis y la cosmología de su nombre. Si de pronto supiera que como usted cuando joven hago yo de la escritura un verdadero deporte, adiestrado en el ejercicio de las palabras con las que, sin sentir superarme día a día, practico destrezas otras con el cuerpo, un cuerpo casi inmóvil para el que cualquier mínimo temblor —cuan buena caligrafía— es una plusmarca que anima. Un cuerpo que se va anulando a sí mismo y en el que cohabitan interioridades urgentes, órganos de contrabando y cinceles cóncavos. Donde, además, subsisten guerras afables, rivalidades marcadas entre el ser y no ser de sus miembros, partes con disfunciones y hospicios, cuerpos a capela y sin lenguas, cuerpos yuxtapuestos y en fuga, en constante y alarmante fuga. Opción otra que la muerte es la vida, así de simple, pero si he de asumir este papel sin un mínimo desafío, sin una valla baja o una esquirla en los pies, es mejor dejar de vivirla –comenzar a morirla— desplazando su existencia a otro u otra que sí merezca la barbarie de su naturaleza.

No se abrume, mi muerte y su muerte son todavía asimétricas, pero no sabe cuánta voluntad persiste en mi enfermedad por derivar algún contagio en los envíos, sólo por decirlo así, no suelte la carta. Ya ve lo presumida que es mi muerte que le urge —aunque de palabra— hacer saber a alguien de sus últimos suspiros. Así y todo, dudo que algún día las misivas que le envío por recado resuelvan informarle sobre el desvarío de mi existencia, convirtiéndose en tul y gala para la noche de las ofrendas. Se preguntará por qué nunca escribo en noviembre (mes en que nací), y es porque me alarma cuánto avanza el tiempo en esa treintena que ni duda cabe será *el venidero* de mi muerte. Escriba o no los necrológicos —y esto por pura conjetura—, el *numegrama* y la *tábula* revelan que por lo menos tengo un año más de vida, un año más para escamotearme entre las fechas y bisiestos, entre la espera y el júbilo. Lo he planeado desde hace mucho, y aunque no me creo ágil siquiera para morir, asumo que mi cuerpo desaparecerá por sí solo, extraviado las marcas de sus entrañas; el fémur, el torso y la espinal resignarán pacíficamente aquel haz de ilusiones que todavía observo, respiro y camino. No hubiese querido llegar a este punto, pero resulta que han pasado tres menguantes desde la última carta escrita y sucedió como si la nueva morada, con un ángulo ínfimamente desigual a la luna, provocase en mi cuerpo una catástrofe sin precedentes. Si oien hasta el momento las bajas en mi cuerpo han sido varias, ninguna como las últimas que lo han mutilado exageradamente, ya no sólo algún tejido o víscera, incluso órganos enteros y partes vitales. Lo peor de todo es que los ataques —insalvables incluso al ejército de la fe— han sido perpetrados por el enemigo en zonas estratégicas, logrando que mis lágrimas y el dolor —característicos del pánico de la balacera o del mal sueño— sucumban a la par de los tendones.

Note usted que casi no le he escrito durante el *primaveral,* precisamente porque esos días la *Sétima* sobrevino con bastante atropello y los achaques —lo mismo que los números—desviaron mi atención. Déjeme narrarle, siquiera esta vez y a pesar que nada ilustre la enfermedad a secas: todo comenzó con una desinflamación en los uréteres, que confirmé recién dos semanas después de escrita la última epístola. Esta anomalía derivó en una pésima digestión, probablemente debido a que los tubos por donde drenaban los residuos alimenticios se extinguieron y los orines fueron derramándose por entre ios demás órganos, produciendo una infección que pude superar por transpiración, gracias a unas *válvulas de hidracina y aspersión.* Nada fuera eso, posteriormente tuve que soportar dos menguantes más con pérdidas considerables: medio pulmón y el intestino grueso, males que —como supondrá— me redujeron el peso en unos tres kilos y consumaron una sensación de vacío inverisímil especialmente en la parte baja del corazón. Una máscara de níquel vela esa vaciedad, y son las pieles condensadas en las paredes de los huesos y algunas vísceras las que regeneran el cuerpo en síntomas, más nada. Esta vez hasta el nuncio ha lamentado estas terribles pérdidas y no ha dejado de percibir la anemia en ambos flancos, de modo que ha aceptado sin reparos la locura del sobre vacío, aquella encomienda que debió llegarle antes que el peso de estas palabras. Debo decir, pues, que el dictado se ha hecho más sufrido que nunca y no puedo respirar sin antes expulsar dos o tres *grisúes de cotina.* Con decirle que esta carta ya lleva tres horas escribiéndose y no quiera avanzar sino a pesar de su propia escritura y de la desmemoria, siendo que nos hemos soportado tanto silencio y ahora las palabras

no reconocen la índole de nuestros asuntos. No quisiera ser fatalista, pero vislumbro que —siguiendo la ruta de esta crisis— algo en la cabeza asoma y no ha de ser una caricia. No desearía pensar en algo peor que el olfato o el oído medio, pero a no descartar una muerte cerebral, que es simplemente un supuesto dado que —como en alguna medida profeticé— la muerte espera recién en noviembre.

El *Tílger* es puntual, así que si algo sucede, seguro recibirá un apartado el mismo lunes; de no ser así persuadiré una vez más al nuncio de hacer nota de todo cuanto pase. Ya he escuchado de los investigadores que los últimos problemas han desvirtuado sus hipótesis sobre una consunción lenta, ahora en cambio las revoluciones con que progresa la enfermedad son fulminantes. Obviamente, sólo corresponde a ellos tomar nota de los deterioros y sacarme respuestas que no tengo en palabras. La depresión no es de su competencia, la depresión es algo que no se ve; aunque tampoco les ha interesado el fracaso de sus medicamentos en paliar ese dolor vacío que siento, síntoma de una ingravidez extrema que rebalsa a soplidos. Han venido sin falta cada lunes y jueves desde hace dos meses, salvo los días inmediatos al *último cuarto* cuando han decidido quedarse por espacios de hasta cinco *noctas.* De hecho, el lunes que viene, cuando la pérdida se haya consumado, vendrán a hacer las pesquisas de rigor y a medir los resultados. No peso más de cuarenta kilos, pero le juro que si algo de mi lucidez decae, aunque sea un ínfimo de su materia gris, traicionaré esa soledad alarmante, esa pena de muerte, porque sé muy bien que no aguantaría la hecatombe; nada soy si nada pienso, mas estoy seguro que el reverso de nuestras cartas asentiría semejante medida.

Ya es muy tarde para recibir algún mandado suyo, ¿acaso no le hace daño verme así, escribiendo a chorros y llorando espesamente?, o es que sólo siente pena por los muertos (por los sin vida como quizá convenga llamarlos), por aquellos en los que la enfermedad ha hecho mella, aquellos que conjugan la soledad con las osamentas que el destino arroja, depositados más acá del mundo, en tierra infértil y pantanosa. No lo sé, razono, aunque creo que con usted debería sentir un poco más, esforzarme en hallar el linde de su emoción o las gemas que engalanen su alcurnia de prócer y víctima. ¡Cuánta sepultura observo a mi alrededor!, ¡merezco acaso que mis palabras busquen otras palabras para obrar en su idioma! ¡necesita acaso mi escritura escribir repetidas líneas sin margen de error para volver nítido el diamante del éxtasis! No me animo a pensar siquiera unos segundos en que el nuncio haya difamado mis escrituras por palabras que ensalcen su estilo, convirtiéndose él —y sólo él— en su confidente, en la criatura que baraja nuestros destinos, atajando las lenguas y hablas de vuestro grial. Qué digo, si no creo en las traiciones a espaldas, en esos ataques que a veces sufre el envés de la página o al respaldo del buró, pues suele ocurrir que estas conductas —maquinadas por *ángeles caídos*– se ensañan con las amistades de sangre y tinta, con aquellas que justamente se precian de ser las más duraderas e insobornables.

Probablemente casa carta mía la despoje del recuerdo de familiares o de aquellas personas que caminan en su pasado; bastará con decir que eso sucede a quienes escriben de golpe, sin pensar en cuánta destrucción se maquina a su alrededor. Dudo que algo así nos ocurra, pero escuche bien cuando le digo y le repito que en determinado momento las palabras premeditan el olvido de todo cuando no se

ajusta a ellas. Como si para escribir hiciese falta toda la nomenclatura del mundo, eso o atenerse al silencio y cosas otras de la imperfección humana; como si la escritura fuese el deambulatorio de nuestros aullidos y respiraciones artificiales que aspiran —siempre aspiran— a colarse en los papeles de ficción que —ya sin ánimo de leerlos— regamos en el mundo. Sí, entregando las palabras a un exilio interior del que no se curan, enceguecidas por un esdrújulo proceder o por un adverbial apunte.

Si así lo desea, puedo hacerle un esbozo del primer menguante en casa, cruda noche que se imprimió con fuerza devastadora en las *láteras* de mi cuerpo; es pues mi sistema de secreción el que más se ha alterado desde que el *Tílger*, por eso las *hostias y sustancias intravenosas* son primordiales a fin de eludir indigestiones o cólicos en el estómago y el endócrino. A consecuencia de los rebalses de orina y de esta retención de heces, los cirujanos han desviado el depósito de las escorias que bajan por el recto, haciendo que en él coincidan las excreciones y la ebullición de orinas, que no los *sémenes* y gérmenes que de común destrepo. El orificio es ahora una doble aorta que desconozco al no poder observar de lleno cuál su verdadero carácter, pero siento como si un sumidero de escombros atorrara de rato en rato el *escuálido.* ¿Verdad que escribir así alarma?; no la confundo más, dese cuenta sin embargo qué complicaciones más trajeron el *doble delgado* como lo denominan los cirujanos y el *sin—pulmón* del hemisferio cavilar. Me imagino que similares cosas podría usted contarme de sus placas y arandelas, aunque bien cierto es que mientras yo desaparezco tras el vejamen de mi propia constitución, usted se embalsama y sopesa aparatos metálicos y rayanos. Me pregunto si el frío o el calor le son más beneficiosos, pero creo que ha de desistir de explicarme cosas que demás está decir son solo de su incumbencia. Con todo, no ceso de preguntarme en qué medida si siente usted todavía suya; acaso yo no simplemente por la conspirada apariencia de mi cuerpo. Creo que es así: cuando uno sostiene un cuerpo de a de veras, entonces la escritura es un vaciado perfecto, a contrapeso de todo cuanto aguanta la pluma y los drenajes de sudor que despedimos en palabras. De esta ciencia los investigadores nada saben, pues ellos siguen enfangados en el positivismo de sus deducciones y en el objeto que representa mi maltrecho cuerpo. Yo en cambio he situado aquello que me aqueja en lugares otros de mi entera confidencia. Si apenas puedo dictar esto al nuncio es porque se me ha dado escribir por la boca, como tranquilamente el ingenio podría escribir por los pezones, el esfínter o el Colom; y escribir por la boca ya es mucho decir para alguien que sostiene delgadas muecas y tiene en las comisuras el único espacio confiado al verbo.

Mis manos, ya casi entumecidas, no sirven sino para leer cuanto *tester* impreca un saludo, para leer los nudillos de otros que refrescan un pasado cosificado en sus muñecas. El arte de la quiromancia, que en nosotros incumbe a la caligrafía, tendría el sentido último de nuestras identidades tan borrosas en otro lugar que no sea el *digital,* lo mismo en las palabras que mientras más suplantan la realidad más disgregan el mundo del que vienen. Delinear la existencia ulterior y los azares que se mecen en los *montes de Venus* es, probablemente, el ejercicio que más me ocupa en los períodos de cegueo, dado que de toda la palma ése es de momento la único superficie que mantiene el tacto, por ahí también se vierte el caudal de epístolas que otrora barajaba con esfuerzo propio y que ahora transitan el papel

con indigencia. Digo esto porque necesariamente usted o yo vaciamos el cuerpo entero al escribir, sin demostrar siquiera que escribimos, haciéndolo a veces a quemarropa, depositando en cada sílaba las taras de nuestro cuerpo y la sonajera que entre la caries y la lengua trampea las palabras. Al dictarle, suceden en mi mente muchas imágenes que se dibujan en simultáneo, como las espumas, el deletreo, la grafía o el encuno que deben sentir mis letras tras bambalinas, ajenas al método y en un ágape bastante torpe y desorejado. ¿Así está mejor?, porque mientras recapacito siento que esta triste acción de escribir por escribir guarda una frontera en la escribanía, incapaz de meditar ya cómo es que usted me lee y cómo se detiene —tras leer las primeras líneas— en las capitulaciones más insustanciales, con un repudio que nunca sabré.

No le costaba más que el envío devolverme el vacío con el vacío, para sentenciar así la nada y posarme en ella con todo el anhelo del mundo; pero ahora debo aventurarme nuevamente con las palabras hasta alcanzar esa química insoluble, esa falsa mezcla que reproduce su cuerpo en las postrimerías de vuestra ausencia, en la esquela sin nombre con que busca coronarse. ¿Nota que estoy dando vueltas?, como si de pronto una voz perteneciese al olvido y la siguiente fuera enteramente suya, como si esta carta tuviese no solo mil planas, también áticos y sótanos misteriosos, bofedales y jardineras, en fin, como si mis palabras rasgaran decibeles infundados. Procedo así porque poco ha ocurrido estos últimos meses sin usted, porque en definitiva la enfermedad maniobra hoy mi humanidad como jamás lo había hecho, encadenando despropósitos contra el semblante y la náusea. No tendría por qué disimular el hervidero de palabras en blanco, cuando en el interior se impone el silencio teñido del gris color del recuerdo, sombras que uno intenta despolvar a pesar de los humores y glóbulos deprendidos por las desdichas de esos ayeres, por tan intratable música.

El *primaveral* no es de mis épocas favoritas, me imagino que tampoco la vuestra puesto que en la *gelis nevisca* la muerte llueve a cántaros y estará usted a la captura de algún nombre / de algún hombre que le ceda un epitafio baldío. En cambio desde la *Sétima* el clima mejora y el frío que antes provocaba suicidios y *paros depresivos* especialmente en gente adulta, cae al olvido en las pieles y bemoles. A pesar de todo, imagínese que el *primaveral* está a escasas tres semanas de acabar, y la *Vera Noa* —más cálida aunque más pluviosa- desprenderá sentimientos otros en nuestro ánimo. Pienso que así será pues comienzo a sentir como si todo sucediese con una velocidad inaudita, como si el carteo afirmara apenas unos cuantos hitos del incorregible tiempo, pero que antes y después de las correspondencias no existiese método para atender las prontitudes que acaparan nuestro lente, especialmente el apocalipsis y la muerte. De hecho, habiéndome propuesto visitar el frontis donde en el *invernal* apenas se notaban las pálidas ramas de los árboles y el sonido inacabado de los sarmientos, soñé establecer aquél como un lugar digno de los días soleados; sin embargo el menoscabo del menguante frustró absolutamente todo, incluso la intentona de salir en vuestra búsqueda. Con decirle que he permanecido en cama por espacio de hasta diez días en que veía cómo el sol radiaba los maderos y el verde se colaba al gran ventanal que hace unos meses era transparente y monótono. Así pues, despotricando por los *calambres húmedos* y las falsas alergias que me retenían en el catre, muy a pesar de las venturas del nuevo *toolmachine* y el brío de las

coraleras, tuve que reposar en la maleza de las sábanas tras la que ocultaba mi cuerpo desilusionadísimo consigo mismo.

Apenas pude, allá por los últimos días de la *Octa,* cambiar el curso de la pudrición y, cerciorándome que nadie me veía, me acerqué a la puerta que da a los almácigos, con inocencia única y con la misma fascinación de un niño que reconoce mil matices verdes en el anónimo color del musgo. Mas grande fue mi desilusión de saber que el ensueño de junio se consumía al estar esos árboles y florestas poblados de hojas bicolores, corpulentos gajos y vigorosas copas, pero de ningún fruto posible, siquiera alguno pecaminoso y mordido por la maleza, corrompido entre las manos, como si todo menos la fertilidad les hubiese sido dado. Frondas y follajes amaestrando el viento, oscilaciones elegantes y sonrisas de floripondio, pero sin mayor destino que el *autumn* y la decoloración de sus hojas en el *humus cementerio.* Con semejante espectáculo y la mortaja en todo, dime la vuelta y sin asir algún punto cardinal a mi ceguera, devolví mis débiles pasos al dormitorio esperando que alguna visita o moscardón reprimiese el luto. Desde entonces —que es mucho decir— no tengo que contar más que inmensas lecturas que llegaban de la gaveta a mis manos y viceversa, rehusándome a leerlas en su integridad y conformándome con el pistilo de algunas páginas sin nombre, narrarlas en esta carta no haría otra cosa que desheredar su magnífico proceder en noches en las que el temor abrumaba. Algunos dicen que los libros enloquecen, otros que embelesen el espíritu, pienso en cambio que los verdaderos libros —aquellos de extraña ciencia— fomentan un absurdo frenesí, necesario en todo caso para contrarrestar cosas que la floricultura o la gimnasia no pueden.

Tan degradada ha estado mi existencia el último tiempo que —aunque con incredulidad— he notado que la visita de los médicos ha logrado entusiasmarme, a pesar del trato y del entrecruce de palabras. Eso y las esporádicas atenciones de mis niñas que, por un ligero sentimiento de necesidad, cobraron sentido cada que las lecturas se hacían inútiles, considerando incluso que a ambas se les ha dado en pedirme que las acompañe en sus acostumbrados viajes o a esos paseos que suelen hacer entresemana. De sólo pensarlo, el cuerpo se presta macurcadísimo y la veta de su emoción tan hurtada y vacía al caer la noche. Todavía me pregunto por qué no he muerto los días pasados, cuando la tristeza inculcaba cicatrices a mi soledad, cuando como resultado de tanta blasfemia me increpaba sobre asuntos perplejísimos bajo la sola premisa de una empresa suicida o natural. Alguien querrá que así suceda, muy a pesar del diezmado recital de sus cartas y de la balanza contra el olvido en que se inclinan sus fotografías y recortes. Releyendo alguna de esas misivas, me ha entrado una incontenible curiosidad de pedir apuntes a mis enfermeros sobre aquello que la complica, pero a veces es preferible mantener incomprensible al ausente y madurar en la cabeza sensaciones verosímiles al cáncer o a cualquier rastro señero que aflija al contrario, sea éste uno mismo u el prójimo.

Vaya casualidad, Zadha y Esteva, que llegaron esta mañana de las *riberas artificiales* del sudeste, acaban de tocar la puerta para averiguar por qué tanta espera; y es que llevamos más de media tarde y todo lo que dicto no parece producir más que falseos e incomposturas. En serio que esto se ha tornado en un duelo del que apenas obtenemos el vino de la letra, letra muerta o en agonía, letra

descalza que camina por el papel incólume y ebria, letra imposible y maloliente, letras sólo al fin. ¡Qué puedo decir!, la extraño insólitamente, como si hubiese prometido venir y no se ha apostado siquiera su sombra bajo el dintel, como si hubiese tomado las riendas de mi cuerpo y jamás. O será natural en usted la extrañeza y el agüero, el *pálpitum* o el naufragio que no se me permite probar en aras de su lejanía. No lo sé, pero de tanto extrañarla creo que voy a morirla, porque velar a alguien es más sencillo que arrimarla, a millas incluso; es más fácil instalar una vela sobre el papel que lacrar con ella un manila con ínfimas esperanzas de zarpar. Y es que tampoco me permitiría eso, hacer de mis palabras un insumo de viajes pospuestos, como improntas de un sentimiento que se desvive. Tal vez aborrezca toda palabra que no traspase el silencio con cuidado, toda voz que asuma la muerte en desmedro, pero no seré buen confidente si acaso no puedo soportar el morbo y el vértigo de vuestras cartas invisibles. Tampoco sé si dejarla o dejarme, si extender los brazos detrás o ausentar las huellas, quizá la contingencia de nuestros yermos auspicie la noche sideral, el desierto o las luces blanquecinas del final; la génesis de lo irreal asocie nuestro movimiento y violente un encuentro callejero o paraíso. ¡Quién sino!

No moriría sin usted, por bien pagada que sea mi muerte, a propósito de una maratón o de un salto largo que es tal vez el estilo que tiene usted de morir. Alma en pena, cuerpo preso, sustancias inconmensurables del más allá y síndromes contorneando la debilidad de dos. Puede que usted jamás, pero nunca tuvieron mis ojos ocasión de tramar un llanto vacío, un grito sin tiempo en el paladar obtuso o en las cortinas que se abren a carcajadas para vislumbrar la insoslayable dimensión de la muerte. Naturaleza soez y ciega, deambulando la muerte en rincones añejos y sin voluntad. Tendré que admitir el fin y rotular los necrológicos para que en ellos se asiente su mirada, extraviarme en las palabras a ver si la escarlata de mis epístolas se calca a usted: ¿no son esas las locuras que me cuenta? No es ese el delirio de sus estrofas, de ese hablar entrecortado, cadencioso, tartamudo, ausente de cadalsos y palabras, ¡interrumpido por el frío del papel, por la nieve abundante! Debería hacerme al muerto ahora mismo y mandar a la prensa mil volúmenes de mi muerte para saciar sus caminatas, para lograr pasos de a dos, a brincos o en un cortejo de soledades que despidan mi nombre mas no mi cuerpo, que desesperen al volcar mi cara frente a la suya, mis estertores en su procacidad, mi mediana altura en su renga...

– – – – – – – –

Se hace tarde, o es demasiado pronto; ¿no le suena esto inconfesable? Y pensar que se han dicho cosas que tal vez nadie oiga, una fauna salvaje y espesa se ha instalado entre nosotros para que las miradas pasen desapercibidas. No me dejará mentir, lo más difícil de este mundo es mitigar el silencio de los ecos, aunque siento que ni eso si por último respondía mis cartas civilizadamente y no estos ases llenos de despojos y atramentos, estas barajas que me distraen con la única y triste misiva, lejana –en todo caso– a las buenas costumbres y al código de la amistad. Si por un instante la necesidad de escribir la llevara como a mí a sus ansiados lugares de la muerte, a los camposantos que nunca más hilarán este humano episodio; en cambio el papel y las hojas que acaso han nacido para volar, se estrujan y desaparecen con motivos distintos a la escritura, ataviados en las

manualidades y quehaceres domésticos, en notaciones malintencionadas y desprovistas del furor que impreca el amor. En contrapartida, puedo recapacitar y pensar que las inclemencias de vuestra ausencia son justas y están destinadas a fortalecer mi aguerrido temple y consagrar mi lenguaje en su ofensiva contra el silencio, más allá de la pócima de palabras que vierten las epístolas y pistilos de vuestros vientos. Es incluso probable que si tuviese ahora las que me corresponden —más de cincuenta postales con respuestas precisas—, olvidaría los *quintos* que me han llegado y así resarciría el pesar de las anteriores por pura fijación en las últimas, que es lo que suele suceder con cualquier cosa nueva que adquiere en nosotros un valor sobredimensionado. Si así fuere no dude en apagar este incendio, que las luces que lanzan sus llamas son bastas para manifestar los crueles propósitos. Querrá volverme escritor de solo apurar mis palabras e intensificar el corte de mis esquelas, haciendo póstuma la enmienda que otrora quería entregarse entera a usted, sabiéndome correspondido aunque sea por defecto.

Verá, acá el asunto es más complicado, ya que si escribo es para usted, y cuanto hago con la escritura es ni por asomo beneficioso al *Tílger,* aunque haga como si me levantara el semblante. Los médicos se trastornarían de saber que esas breves sesiones del habla y esos cánones a título del silencio se han extendido en la víspera a largas horas escribiendo enfermizamente, o dictando que en mi caso es lo mismo, en vez de dedicarme de lleno a alimentar mi cuerpo con ejercicios y sofocar las *resacas* con las noticias o el diario. ¿Acaso no sabe que escribir es también postrarse? Porque así pasa el tiempo, entregándome desvividamente al papel, inutilizando el cuerpo al punto de condenar al ejército de células y tráqueas que trabaja lejos de la tipografía. En cierta medida, ocuparme de sus cartas resulta obsceno y va contra los preceptos de la jurisdicción. No exagero, mis niñas ya han debido advertir lo fatigado y desproporcionado que me muestro cuando termino estas sesiones. No es para menos, ellas querrán que de una vez por todas fallezca, dejando que el silencio socave y que la soledad haga lo que no el desprecio y la tirria. Ya no sé si es mi sobrevivencia, mi sufrir o mi muerte lo que ellas quieren, pero jamás una vida normal volverá a cruzarse en mi camino, menos si la extremaunción se mantiene anegada por tanta tracalada de *malvivencias* y de instintos casi animales a los que me ha infundido la vegetación de este cuerpo. Pero así como encargo a mi nuncio dedicar unas horas más en casa a estas misivas, a dotarle de un acabado estilo que alguna vez intenté ilustrarle por estrofas de dote mayor a las pataletas actuales, no es poco lo que todo esto compromete a la investigación; ni qué decir de los asuntos secretos que se filtran por el envío acerca del síndrome. Recién este año incluyeron el término en la *Enciclopedia de Enfermedades Raras,* por lo que se me ha aconsejado tomar más en serio la muerte y mostrarme menos esquivo a los efectos que pudiesen propagar mi cuerpo, efectos que —según los forenses— mientras más contravengan a la biología mejor.

Hablando de ellos, ya es el colmo que le concedan más tiempo a sus pláticas con mis niñas o a pasearse por la casa que a diagnosticarme, cosa que no he dejado de notar desde hace algún tiempo, cuando en años anteriores apenas cruzaban unas cuantas palabras con ellas y hasta se repelían por cuestiones de edad. Asumo que se deleitan con temas otros para olvidar mi síncope y lo pesado que es

llevar a un muerto a su tumba, un muerto como yo que no está hecho para las pompas ni el sacramento, que no dormiría en el catafalco de los panteones y que desearía jamás la seda de los gusanos. No obstante, he percibido algo además de las consideraciones de los galenos por Zadha y Esteva, y eso se lo debo en parte a usted; pues enfermizo por recibir algo suyo por las mangas de las ventanas, estuve paseando hace unos días por los corredores que dan a la entrante. Todo mantenía el hermetismo de siempre cuando, entusiasmado por un sobre parecido a los suyos, soñé por un segundo con una inscripción fortuita o algo de mi entera pertenencia, y tomé el manila sin reparos. Advertí inmediatamente —con el tacto antes que con la vista— que contenía algo y, según advertí después del pasmo, aquello que palpaba en su interior parecía ser un legajo de papeles; mas grande fue mi desilusión al ver que se trataba de una correspondencia expresa para Zadha de parte de uno de los médicos. Lo que llama la atención es que rara vez ellos estilan enviar sobres de ese calibre, sin el respectivo sello de la *L—Fost* (están acostumbrados a las volutas de los rayos G y negativos). Por el efecto de ajenidad que produjo en mí esa carta, la solté cerca de donde la había encontrado, claro que no pude marcar una vez más el lugar que de principio la realidad le había conferido, pero eso no interesaba salvo por lo súbito de la escena. Normalmente cualquier recado que envían a casa tiene instrucciones precisas para mi cuidado y hasta hoy –han pasado no menos de quince días— nada me ha informado Zadha al respecto, a pesar del viaje y el comercio de especias que era su nueva excusa. No quisiera conjeturar, pero si existe un carteo entre ambos bandos a espaldas mía, es porque algo están tramando; y quién le dice que todo es una alianza en mi contra o un amor a escondidas, que todavía me niego a creer.

Hacer números no es mi estilo, pero mis niñas le llevan a usted lo menos diez años, aspecto que se ha puesto de manifiesto en un periodo menopáusico crítico que extrañamente se ha notado más en la menor que en la de cuarenta y cinco. De hecho, en medio del silencio infundado de mi último envío o en la soledad extrema de las noches que uno medita para hacer semejantes cosas, las oigo llorar con vengativa voluntad, como si estremecieran con sollozos el *fardo y* los *fuelles* de sus existencias, dejando escapar la rabia en algunos objetos que rompen a llorar junto a ellas y me asustan. Los viajes han de calmarlas, pero el verme nuevamente las embrutece y un celo amargo se instala en sus corazones de un momento a otro. Con todo, las comprendo, pues no soy ajeno a esas afecciones, ~~a pesar de mi~~ número a pesar de mi género; recordará usted que el menguante refriega mi cuerpo cada cuatro semanas, los mismos veintiocho días que —a veces más a veces menos— les viene a las mujeres la histeria y los derrames —de la vagina lo mismo que del calostro o las lágrimas—, trastorno que debe ser duro de superar sin el decoro deportivo o algo particular que subsuma la descarriada biología. Claro que, a diferencia del *Tílger* (un mal que debería presentarse en mujeres), la sequedad y el yermo es constante; en cambio en ellas me imagino que los esfínteres y secreciones devienen días de locura y delirio. Jamás lo había meditado así hasta ahora, pero mire que la escritura a veces infunde ideas y nos subleva incluso sin quererlo y a pesar de nuestra ignorancia para algunas cosas.

Usted en cambio es de otra raza, la de los deportistas que contravienen la biología y para quienes las úlceras son el pan de cada día. Supongo que su aspecto ha de ser ahora cumplidamente varonil, porque cuando corría —además de las agallas-

marcaba el paso con un estilo nada coqueto y con una concentración que podemos notar sólo en los ceños del hombre. ¿Recuerda la vez que denunciaron una posible irregularidad en sus genes?, vaya estupidez, si de fondo a los desplantes de esos huesos y a los excesivos sudores, a esa constitución atropelladora, se erguía todavía la mujer que es usted, mimetizada digamos en un cuerpo contra natura y de carácter reacio, pero inmensamente femenina en el podio, tímida y a punto de diseminar las lágrimas del recato. Si tan sólo pudiese conservar una imagen viva de usted a pesar de los ungüentos, si pudiese acompañar con el olvido las metamorfosis de su cuerpo y toda esa nueva identidad que ha tomado por asalto su piel y materia. Porque si algo cambia el rumbo de nuestros días, si hay algo que en verdad infunde una revuelta, es el cuerpo que habitamos con júbilo, sobreponiéndonos a su fiereza, desaliño, rapto o a las máculas que producen tristezas ajenas a su salud. Me imagino que usted no sufre lo que mis niñas, aunque eso es lo de menos cuando el dolor, la angustia y la ira se presentan en formas inverosímiles para uno mismo.

Fíjese que elucubrar —¿así se dice?— sobre otra persona es infinitamente difícil si no hemos de tener siquiera un clisé de su voz. Las estampillas e imágenes abundan aquí, pero si al menos reaccionaron ante el espejo y practicaran la *cinética* escondida en sus negativos, en esa dimensión atajada por la química de la fotografía, otro hablar sería. Yo mismo, que después de varios meses de ausentarme he encontrado una perspectiva nueva al espejo (un resquicio a mano izquierda del umbral), distingo —porque no logro ver del todo— cómo el cristal falsea las imágenes y el enfoque desmejora mi perfil, y cómo —a pesar del vino y el tiempo— la niñez interna se descongela indiscriminadamente en la mirada como en las manos. Sabrá sin embargo que siempre he asumido con valor y con bastante gloria cada desproporción y el gravamen que los años depositan con veneno en mi corteza. Nomás decirle que después de los últimos tres menguantes me atreví —algunas noches atrás— a enfrentarme al espejo para romper de una vez por todas el mito de la imagen falsa y el plagio a ultranza. La reacción, que debió ser de completo desprecio o de asombro, se tomó en un ligero sentimiento de vanidad; no de aquella que practican los *juglares de la carne,* al contrario, pude percibir cómo el bello ingenio del tiempo había suministrado una naturaleza añeja y dulce a mi pleno, como el vino en la sangre y en cuanta vena cruza mi faz, con unas virutas de color exótico, y la holganza de los huesos —que antes creía desmantelados— se definían en lugar seguro, aunque en evidente asimetría. Comprendí entonces que en los bienhechores supervive la vanidad, más cuando se demuestra sin afectación o lo que los heterosexuales denominan *zup.* En cambio en aquellas mentes con la maldad a cuestas, la vanidad es en esencia y sale a flote *cada que muerto el cuerpo festín subsume la vida ficción.* Lo dijo alguien en un *magazine* de modas que me entretuvo en lugar del suplemento deportivo, que en estas épocas escasea incluso en las carteleras. No creo —antes de pasar de asunto— que su sin respuesta tenga visos de maldad, en cambio asumo que mis cartas se encuentran entre sus necesidades vitales. tanto como a mí me urgen sus sobres vacíos y demás variaciones en blanco.

No diga nada esta noche, que la luna sola olfatee nuestro umbral. Son ya las seis y ha comenzado a garuar escarchas. Atravesar la oscuridad sería mucho para esta carta. Debe alguien tener nombre en este mundo agobiado por la anonimia y el

zumbo; si acaso llegara a leer esto hasta el final —hasta este punto digamos—, me sentiré alegre de pensar que he persuadido al tedio y campo traviesa. Tengo miedo, como nunca quizás lo tuve, de acabar este extenso pergamino para reinstalar la paz y el silencia, la lástima y el olvido, la tregua en que —si se ha dado cuenta su ejército— se mece la más dura de las batallas. El papel se me acaba, o se le acaba al nuncio como desde acá hago perspectiva, aunque no nos atañe vergüenza alguna por haber comenzado a hacer las cartas en un *mashé* nada fino, pues la *Guerra del Papel,* que antes creíamos una utopía, se ha afanado en arruinar nuestro ritual, y no hay mejor trinchera que dejar de escribir o hacer avioncitos de papel que franqueen esta elipsis. Lo que preciso no es consuelo, pero si ha de ser posible que me envíe más papel aunque no a su nombre —dado que no escribe, no dibuja ni esculpe—, quizá sea buena medida a fin derrotar al *Silencio.* De cualquier modo *Él* sobrevivirá al bálsamo de palabras con que untamos el éxtasis pasajero, este vínculo de dos cuerpos en celo.

Con todo, el bajo suministro no ha de ser motivo para dejar de escribirle, eso se lo prometo; pero si sus sobres en blanco son en beneficio de la pluma, ¡qué mejor señora!, pues déjeme decirle que si bien los insumos de la informática me son más accesibles, no me entusiasman en lo mínimo, por lo que le pido no descuide este apunte o aténgase a recibir cualquier madeja. No deje que me invente palabras, impida que ¡l silencio se violente, porque entonces otro de los motivos de la carta en blanco sería cesar este fuego cruzado que mal que bien nos mantiene pendientes uno del otro. Razone alguna vez, acaso no se da cuenta que proponer una vez más a la *L–Fost* que me dote de estos cuadernillos sería sangrar la correspondencia; porque entre borrador y borrador y cosas que hago en desgano, no convendría aumentar el presupuesto, que luego cobran en carroña y contra el *Tílger.* Creo no haberme guardado nada excepto el olvido, que se desenvuelve entre martes y viernes —entre muertes y vinos— si es que el socorro del nuncio no acontece a última hora. Así y todo, la muerte resuena en la última escalerilla de palabras, en el obsoleto credo de esta tristísima telepatía...

…Descubrí que la casa es muy vieja, pasaba un antiguo *trail* por aquí. Ahora este lugar parece quedar lejos de todos los lugares, en una comisura sin rastro de la que todos se alimentan. Porque hay hombres que disfrutan su entera vida a costa de los deshabitados, de las personas que como nosotros no logran vencer las manchas del olvido. Abril: tengo miedo de una doble muerte en la frontera que nos coliga, en vista del menguante y de los daños que pueda en serio causarme este salvaje pensamiento que ay! de mí si se convierte en realidad. Atraviésese si puede, grite, haga señales *y* venza cualquier aspaviento que acelere tan deplorable muerte...

Un epitafio es —también— letra muerta.

K.

...a veces me lo imagino moviéndose de un lugar a otro, trepando las paredes de su habitación hasta posarse en un recodo baldío, cruzar el techo como un arácnido y depositar sus sombras en diagonal a las máquinas. Da miedo verlo así, empantanado en el vestíbulo oscuro y anónimo. Ese temor me lleva a blandirle las manos para que escriba lo que deba, sin que medie en su ritual la no-videncia de palabras y toda esa atmósfera que ha creado no sé si sólo para impresionarme o para involucrar a las misivas en su escarnio. Qué más decir, si ya no le queda sociedad a ese hombre; y sin embargo el cuerpo, ya casi desaparecido, se detiene unas horas más en esta vida casi en broma. Probablemente para fijar las rúbricas y el anhelado final. Cuando dicta, ya no sé qué oír, porque siento llamarla Abril y repetir con desgano su nombre hasta hurgar un triste silencio. [Nuncio: I, 11]

Noctum bossa, últimun sol, MMXXXIV


paperfilia

ribanía del pape

por la escasez de materia pri … el cierre de un tot…
treinta y cuatro fábricas de forma definitiva

Las presiones últim…
han encaminado a …ionar los modelos
…entalistas y la pre
crisis del papel. El …
…año el conflicto se
…ficó cuando una ce…
de activistas de G…
ocuparon grandes …
…ores de los campo…
fabricación, incluid…
basurales y reciclad…
instalaron un ca…
mento para deten…
reapertura de las O…
Todo esto ante la á…
mirada de quienes …
contrario, impulsab…
pronto reabastecimi…
de este material im…
scindible para escri…

…rotagonizados por el movimiento
…mbientalista del sur en protesta
…sor la clausura de treinta y cuatro
…grandes fábricas de celulosa, mues-
…a los límites sociales del modelo
…posterior al VanmDark y ha hecho
…ntrar en crisis la alianza regional
…tre gobiernos que, en principio,
…nen las mismas orientaciones
…icas y pol…

Los ambientalistas …
eran, con razón, …
construcción d…
tas es ilegal ya gen…
consultado el organ…
internacional del …
Asimismo, se señal…
de continuar esta I…
se verá por cor…
descontí…
papeles y cal…
de subs…

Se dijeron, pues, unos a otros, 'no la rasguemos, echemos suertes sobre ella para saber de quién será', a fin de que se cumpliese la Escritura, y los soldados hicieron esto...

Ya no hace miedo que no escriba, y sin embargo entristece. Por lo menos no ha de pasar el año sin haber recibido algo suyo, pero la tregua —como le expliqué alguna vez— es también tiempo violento para dos cuerpos que se avistan *y* cruzan sus cánceres casi sin mirarse. El comienzo de la carta no ha de resultar extraño, he estado leyendo la última semana la *Otra Biblia,* de Ellen, y todo me sabe al mismísimo opio, que no he probado, pero que supongo vierte dosis de conmoción y fanatismo de los que estoy muy cerca a causa de su ausencia. ¿Puedo llamarla así, no? No logro diferenciar, en realidad nunca ha estado usted aquí por lo que no podría decirse ausente, pero apenas deja de escribir es como si desapareciese de espaldas, tragada por la tierra y la simiente, ocultando un amor ajeno —infiel. Por increíble que parezca, no hemos preparado nada acá, la *Natividad* no tiene lugar en esta casa, pues poco esperaba festejarla cuando ya el *primaveral* me negó el árbol de los frutos. Sin embargo, la atmósfera es innegable, a estas alturas los días se muestran cansinos y las lunas apagadas en el brumario del firmamento. Por eso precisamente recapitulaba los pasajes del cuerpo en la *Otra Biblia,* ya que del deporte en aquellas épocas se sabe muy poco, aunque no es mala metáfora la repartija de las vestimentas del *Vencido* a los dados por parte de !os centinelas romanos.

Con todo, la historia es bastante irreal, aunque no me lleve siquiera por esa vía al consuelo. Desde ya, es difícil encontrar en los libros algo que uno realmente asienta, alguna línea que esté hecha a nuestra medida y semblanza. Siempre la imaginación desvía la mirada a lugares incorruptibles de nuestro pensamiento donde finalmente todo muere agazapado por la razón. Además de ello, como soy tan torpe para cambiar las delgadas láminas, zafé el *Deuteronomio* y me detuve —de una sola hojeada— en el *Eclesiastés* o en el *Fin del Mundo.* Eso no supone nada, claro está, aunque como se han presentado las cosas, no he tenido otra que tomar esta versión, llena de presuntos *y* apócrifos. Las páginas últimas me han hecho olvidar las máquinas, pero a la sazón de éstas, aquéllas ofrecen la pudrición de la mente y del cuerpo, inmóvil en el sillón y deteriorado en suspensos. ¡La soledad, quién si no!; mis niñas han viajado con el compromiso de pasar conmigo el *Año Lustro,* como no lo hacían desde hace tres. Una cosa por otra, el *veinticuatro* por el *primero,* probablemente sea sólo un juego de números, pero mal no me ha caído recibir la noticia puesto que ansiaba anoche cenar con su fantasma, si es que lo deja salir en fiestas y cosas otras ajenas a su funeral. Pensará que alucino, creo en cambio que empiezo a hacerme una idea más acabada de usted, lejana en todo caso de esa pasión manifiesta por tenerla acá, hecha y derecha, catando las prensas, enderezando el recuerdo.

¿Dónde escribo? Pues dónde ha de ser si no en el papel, desde aquí pero en el papel que acaso escolta la memoria, ~~un entrañable lugar antes que depositemos~~ en-él ~~a puño y letra—, los odios y rencores~~ que-sopesa el territorio baldío que nos

pertenece y que por una razón u otra defendemos a capa y espada. Ésa sin embargo es sólo una versión del asunto, la otra es que ahora sí el abastecimiento ha cesado, ateniéndonos a tachar las últimas bretes. Dentro de la lista que han entregado mis niñas a la *L—Fost* antes de irse (hace tres días) no he contemplado las *cartillas de babel* ni el rotulador, aunque de este último no he de sufrir más que por el estilo. Además de todo, no quiero levantar sospechas, por eso me abstuve una vez más de encargar la *diamantina* que nos vincula, y ni un solo crepé o *pelpejo* que desmejore la letra; resultaría un descaro recomendar semejante encargo ante la crisis que se avecina, por la bajísima manufactura y el sobreprecio que —de una forma u otra— han atentado contra los pocos que todavía utilizamos el papel para escribir. No obstante, ahora me pesa un tanto no haberlo hecho y recurro a las hojuelas que trajo el nuncio las cuales están mejores, en todo caso, que el *folio remmel* en que pensaba escribir. Aunque no me crea, la situación es tan crítica que las láminas incompletas de los libros, las solapas o la guarda, y quién sabe si hasta las erratas o las encuadernaciones, me han servido para calmar el pánico, y pensar que de todo ello capaz sólo obtenga un triste borrador. De lo demás he de sufrir al menos hasta marzo, cuando no equivoque los recados y obviamente si el hemisferio supera la *Guerra del Papel.*

Fíjese que la situación es tan alarmante, que han comenzado a traer los periódicos cada tres días, con la inusual inscripción de la jornada pasada, la actual, más los pronósticos de la venidera; así ya no tendrá mayor encanto recibir la última noche del año el diario del *primero.* Además de eso, varios libreros han cerrado y las bibliotecas están bajo resguardo. Nada raro que la gente haya empezado a hacerse de ediciones como las de *Venturi y Littema* para forrar los encargos, a fregar la vajilla con las *applelerías* o qué mejor que con el triple volumen del *Diccionario Asceta.* Hacerla reír me agrada, a poco me sorprende, aunque no tenga el privilegio de dibujar sus labios como los romanos a *Xto.* ¿Qué le parece esto otro? "...Su *cuerpo se tambaleaba como si estuviese por caer. Cada paso le costaba un penoso esfuerzo. Dejaba oír gemidos como si le agobiase una terrible carga. Dos veces le sostuvieron sus compañeros, pues sin ellos habría caído al infierno...".* Qué le digo, en verdad suena bien incluso para vetas poco sentimentales como la mía, que preferiría aguantar una dolorosa venganza a dimitir de la empresa que vuestra ausencia esgrime.

Vaya a saber si esta carta le llegará por puro cumplido. No es que no tenga otra cosa que hacer, o nada tenga que decir, pero la presente es casi una postal con la letra consabida y el anhelo inequívoco, más el paisaje de mi cuerpo muy de fondo, casi eclipsado de cometas y palabras. Creo que me he vuelto predecible, ¡cómo no si he estado hablando solo los últimos dos años! Hoy es *veinticinco,* y si la buena voluntad del amigo escribano cumple mis deseos, tendrá esto en sus manos (vaya hipótesis) antes del sábado, por lo que no me da tiempo para franquear otra misiva este mes. Ya sabe que las tarjetas no son de mi agrado, así que mejor culminamos el año sin más reparos, sin apurar bisiestos.

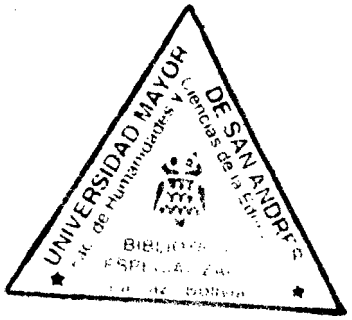
Dos mil treinta y *cinco,* quién lo iba a pensar, yo a mis *50* y usted... usted a poco de morir, quiero decir, con tan pocos lustros encima y forzando aún el absurdo infanticidio. Con todo, es como si ambos nos encamináramos a la muerte a ritmo parejo, cansados ya de la vida, entusiasmados por la oscuridad eterna. Sólo por

decir algo, en realidad no sería capaz de dejarme morir sin vislumbrar la afronta de mi cuerpo, sin darle yo mismo el ultimátum a esta falsa esfera de la existencia. No acabo de contarle y ya los trucos que esconde mi cuerpo enciman el carácter inopinado de mis palabras. Me pregunto empero si aún podrá usted correr hasta acá, ida y vuelta, sin más objeto que la distancia, sin otro agente que la muerte. Sírvase mis saludos este día y el póstumo agasajo, que la nueva fracción de tiempo que se avecina no nos tome por sorpresa —ni la muerte, ni el éxtasis. ¿No ve que todavía estoy de pie no obstante el último menguante, muy a pesar de aquella medialuna que tanto me había preocupado, satélite de la muerte que ha agravado la incontinencia de heces y herrumbres, mas nada? Se lo prometo, ni una sola mancha ha de impregnar esta carta de papeles viejos, por más que la experiencia de escribirle sea vívida y deposite todo en ella. Y si algún día nota que mis borradores se han convertido en el envío principal, es sólo el soporte / la *Guerra del Papel,* y jamás un desprecio que pueda vetar muestra amistad.

En la que viene, no le comentaré absolutamente nada sobre el *Año Neo* que pasaré con mis niñas, pero esté atenta, pues esta frágil alegría —aunque fingida— comienza a tener la misma corazonada por cosas como sus cartas o una buena anotación. Recuerde además que el menguante caerá en *primero,* resta ver cuál la reacción de la luna y de mi cuerpo ante tanta pirolatría y artificios otros en el cielo. Me pregunto nuevamente qué hará usted esas noches en que me destruyo en el sillón, estremecido por el fenómeno cósmico —aciago. ¿Simulará al menos algún desmayo?, o es que duerme tranquilamente sin apenas sospechar un delirio ajeno que pudiese provenir de mí o del resto del mundo. Sólo quisiera imaginármela en sus cabales, dando lectura a vuestro *pálpitum,* guiando sus acostumbradas caminatas por senderos atajados o en la brizna del horizonte añejo. Caminando luego en basurales, entre muertos y plazas baldías, sin sostener pensamientos ni actitudes, deponiendo en cambio el mal sueño de los enfermos, ceremoniosa junto a la *Catedral de Drícela,* en las gendarmerías y romerías, o aquí cerca, en el silencio policontuso de tan incorruptible enfermedad. No lo olvide, yo estaré aquí, por más que las nieblas y tinieblas lastimen la mirada de la luna, persignando el destino maldito; por más que el *Tílger* se muestre e impida por fin la sagrada escritura, amagándome la muerte, incitándome al olvido...

La muerte da vida al destino...

K.



Embrionaria y la saciedad, fraguante lup, MMXXXV

La maldición nos ha caído, en cuerpos enteros y en detrimento, acaso sin espíndolas que sorteen la realidad, sin un mínimo de piedad y en la angostura del corazón que es donde más duele —donde finalmente pesa. Nunca me habían interesado las noticias mañaneras, pero cuando funge la avería los estadios impuros de la libido y todo se torna a contramano de los anhelos, la cólera se exacerba en humores algo extraños y entonces el desatino es lo único que al interior agita los párpados occipucios de tremendo ardor. Nuevamente he pasado la *Noche Nueva* en soledad, con los artificios barridos en el cielo y una heladera en el cuerpo que dejando de llover heces y síntomas no ha podido más que encontrar asilo en las *sílades del esternón* —la máscara de los sentimientos. Si de inicio se ha presentado así, el *treinta y cinco* será número nefasto, año en que todo desmejore, no para unos u otros exclusivamente —para ambos—; y si el maltrato como la bienaventuranza danzan continuos, el baile será también uno hacia el estrago, hacia el precipicio que contornea nuestras vidas, en hilillos verdes o rojos, en muertes pares e impares.

Mis niñas, que han dejado de serlo (los celos abruman hoy mis palabras, entiéndalo), no sólo han regresado con desmedido retraso, se han permitido además un semblante soez que en todo caso yo debería demostrar. Incluso el nuncio ha pasado por aquí dos veces y sin poderle franquear siquiera una palabra (cosa desde ya alarmante), lo he despachado por el hurto que me causaba su presencia cuando desvividamente esperaba que regresen Esteva y Zadha, a pesar de que la amalgama de humores había nublado el páramo de la esperanza. Sí, lo he despachado contra mis principios, contra la abundante escritura que había acumulado en vísperas del *primero,* pero toda audiencia me era inútil en momentos lastimeros en que la falsa imaginación fue desapareciendo el lugar de las palabras, atajando el habla e incluso el oficio. ¡Imagínese!, recién hace dos días, decenas y centenas de noches después de la promesa hecha por ambas. Ansioso en principio mas luego difunto entre los escombros de palabras que viciaban el aire comprimido de pesadumbre, de yerro y conmoción, fueron llegando la una con notoria desvergüenza y la otra, imagínese se lo pido: con un cuerpo regordete y encinta.

¡Quién diría! Embarazada, como si la enfermedad se le hubiese depositado no en el vientre más que en los sesos de tan absurda decisión, a sus cuarenta y sin jamás yo haberlo sospechado. Lo sé, la vida se presta sin presagios a tan delongada alquimia, los cuerpos van y vienen así de impuntuales y no hay más que doler o festejar los duelos en que se arremolinan, o en lo profundo, dudar. Acaso existir o dejar de hacerlo es nuestra astrología, fascinados por la estrella que nos espera —burlados por la cábala. Pero cuatro meses y medio es demasiado tiempo, diría la mitad de una vida que no merece mi desprecio aunque la carroña tenga al útero lo que el desenfado al sentimiento. Duele que así sea, precisamente ahora que empezaba a sentir un cierto apego a ellas dos que cómplices —lo sé ahora— lucharon por un destino ajeno a nuestra unión, por un compás de espera a este vínculo nada familiar, siquiera de sangre pero con la estima a punto.

Sentirlas regresar anteanoche, como esquivando mi presencia, fue sin duda la confirmación de tan humillantes presagios que sólo la consternación de quien espera formula con tirria y completo pesimismo, a través de una imagen demente capaz de hacer daño a corno dé lugar, cuan latido que infunde al corazón sentimientos bastardos. Ya le digo, llegaron el *trece* bien de noche, ensombrecidas, con el habla distraída, y nerviosas las dos no del reproche que debiera inferir mi disciplina, sino de haber inculcado tan fiero destino en Zadha, la menor, con nada más y nada menos que uno de los doctores que me atienden. ¡Casualidad ninguna!, pura dilección y atrevimiento, pues saben que ello afecta indirectamente los planes de mi defunción hasta posponerlos por los celes que el dolor y la bilis producen a raudales. Con razón se ausentaron, debieron pasar en matrimonio los efluvios de dicha gestación, mientras mi cuerpo retomaba la reliquia del feto que encierra y deviene, pudriéndome entre las cortinas, soportando los mareos y retando a los calambres producidos a causa del delirio. Claro, ellas brincando las copas de par en par por tan abnegado móvil, mientras yo retorcía la enfermedad con la dermis despojada y no otra vendimia que el escozor en los músculos. Y ahora, lacrimosas, decididas sólo a dormir para acaso romper el sueño o para retomar los amores que por tanto tiempo las había tenido castas y a su manera, que por tantos lustros había permitido restaurar nuestra amistad bajo el asidero de su inocencia.

No era para menos, las he recibido en principio algo resentido, pero la sorpresa me ha llevado por un momento a lanzarles una falsa sonrisa, aunque no menos enojo por haberme faltado en tantos días. Con el ceño fruncido pero calmo al fin pues la desventura no había perpetrado la muerte a ninguna, y su extravío que era fuerte hipótesis el *dos* y el *tres,* se despejó inmediatamente; ni qué decir del *trece* que es de la mala suerte y el número último de la desesperanza. A pesar de todo, me dominó el desprecio al ver agitada a la una y tan conturbada a la otra, que ni siquiera pude ponerla a buen recaudo en mis brazos cuando pregunté con extrañeza por la sombra ovalada y horriblemente desmantelada de su cuerpo. Sí, la menor estaba cubierta de una metamorfosis a ratos risible pero en lo demás angustiante, llena de incógnitas y un inmenso empalago. Fue en ese momento, después de un miedo arácnido, que supe de palabra lo que la alta noche me había ocultado en su oscuridad: el vientre exagerado que la bufanda partía en dos. No sentí nada aquel instante por ese ser sepulto en la virginidad de mi niña, ni siquiera algún aprecio contenido o fuerza positiva que vibre en mi interior, pues inmediatamente ella, entre sollozos y palabras desgastadas, me dijo que la obra ésta —si puede recibir tan gloriado nombre— era por encargo de los investigadores de la *L—Fost.* Fue grande mi sorpresa pero no dramaticé al demostrarla, pues —aunque no con un sexto sentido— pude intuir que algo de esto ocurriría después de tan inusual y prolongada amistad entre mis niñas y los cirujanos, amistad formalizada recién desde hace medio año, desde que llegamos —válgame el diablo— a esta sombría casa.

No pude dormir esa noche, pues sentí que la atmósfera que enfundaba ese nuevo ser a enmienda del ultraje me ahogaba. Ahora no tengo más que admitir la pérdida definitiva de mi paternidad sobre Zadha por la sola y macabra inflexión de nuestras herencias, la mía solo de palabra pues no es mi hija natural (ya usted sabe), y

porque ese niño que se pavonea en los líquidos de la ciencia es acaso un bastardo...

No pude dormir, digo, porque la condena estaba echada y no tenía objeto llorar la noche solo entre silencios, viendo a las sombras espesarse en la alucinación o al cuerpo temblar por temblar. Recién hoy escribo, y aunque debiera confiar todo este umbral de espinas a personas otras, a almas inconfesas, siento de pronto que usted es la justa destinataria de esto, quiero decir de esta desdicha que en un mundo tan pequeño e inacabado podría generar tremenda destrucción, tamaño cáncer. He muerto las últimas semanas tantas veces como el manicomio de mi cuerpo lo permitía, ausentándome proverbialmente en espera de vuestros sobres, y dos veces más aparte de aquella tríade a causa del Tílger que no ha sido tratado a tiempo por tan rota medicina y ante esta noticia que ha confirmado la matanza. Escribo así tal vez porque la muerte no ha acabado, aunque no sienta hoy más que el vaho de la agonía, o quién sabe si esto no es más que un trance que me descoloca del lugar de su escritura. No sé si la muerte es así o son sólo los problemas que este asunto acarrea los que me condenan a tan deteriorado carácter; tal vez es sólo la manera en que se ha presentado el destino, por cómo ha sucedido su entelequia, falsa espera que soy incapaz de entender sino a traición, como si la brujería quisiera hacer en mí lo que la medicina en tiempo real: matarme de una buena vez...

Han pasado dos noches desde entonces, amargas por cierto, y no tengo más que decir que lo sucedido anteayer es sólo un remedo de la verdadera historia, puesto que las provocaciones últimas, venideras de esta carta, provocaron en mí un sentimiento a momentos indecible. Como es de suponer, no fabricamos ningún encuentro entre partes hasta pasado el medio día del domingo, tiempo en que las muy cabizbajas se hacinaron en el ático atrapadas seguro por el demonio de la vergüenza, saciando tal vez por medio de otras escrituras ajenas a ésta la sed que tenían de echar suertes al papel para ver si por la vía de la confesión o el poema pudiesen resolver tan triste realidad. Sólo un bestiario produciría algo tan estúpido en ellas, mientras yo, inerme ya de palabras, me entregué a la bicicleta para superar cuanta distancia haya entre la mentira y la verdad, a ver si podía alejarme de las faltas y del yerro, de estas taras de la realidad. Acaso con la intención de escapar de tan turbulento paisaje, tan lejos —diría— de la bella acuarela que a principios de mes enseñaba el primaveral. Aquella estación que pensé habíamos fundando en este nuevo territorio a pesar de nuestras diferencias y del poco contacto que teníamos en un espacio reducidísimo de hogar. Contuve la respiración para que así fuese, pero ahora sé que las máquinas sólo masturban el cuerpo, lo entregan a un placer fingido que adopta la postura del deseo, encaminando las sombras del legado hacia una plétora de lugares que no tienen lugar, de esfuerzos nimios que estremecen la piel y sólo eso. No caí rendido como en otras ocasiones, a pesar del raudo kilometraje, aunque de pura curiosidad sentí la erótica de tan agitado éxodo; tenía ganas de escalar hasta el emporio do se oculta la malicia y ambas, o enfrentarme a la otra cara de la verdad, que finalmente me fue dada sin reparos a media tarde.

A eso de las *cuatro,* desenvainando las temibles armas yo de los celos y ellas de la desfachatez, encumbramos un duelo casi ritual en que nos entregamos —por

primera vez creo— a la sola conducta de las palabras. Sin embargo, grave fue la narración en voz de la mayor que se atrevía a contar lo que la menor callaba con cierto escarmiento. ¡Si hubiese estado usted aquí!, tal vez también me hubiera reclamado por su vida, espasmos o latidos que retengo en una dimensión entrañable. Algo similar me hicieron saber ambas —ya le digo— una con la mirada y la otra coligiendo la mentada historia de esa relación que debo llamar entre amantes y que según me confirmó su confesión tuvo lugar desde la *gelis nevisca*. Esas fechas, a consecuencia del frío extremo y de la depresión, hicieron que en el cuerpo de Zadha recrudezca un dolor en los ovarios que —hay que decirlo de una vez— produjo cierta angustia en la menor, angustia de la que yo no di cuenta precisamente por ensimismarse con los ejercicios y la terapia. Pensé entonces que podría recibir fácil y rápido tratamiento de tan hábiles doctores que gozan del prestigio que mi enfermedad les ha dado. Así fue (allá por septiembre) cuando —según me conversó Esteva— le hicieron varios chequeos en la parte afectada sin dejar de lado que cierta ginecología la entretuvo por horas. Fue no obstante un día después del menguante —según recuerdo— que decidieron hacer una operación según ellos de rutina, pues era necesario hacer una cirugía para que los líquidos retenidos durante tantos años —lo cual me confirmó que era virgen— pudiesen drenar y no convertirse en pus, que supongo es como morir al ser nunca creado.

Hasta ahí no hay nada de extraño ni de grosero, pero mire que no se conformaron con manosearla —pues vistas las cosas así fue—, además, en ausencia de su hermana, injertaron en ella un *molécula de lipoide* más un dispositivo dielectrico que fue en sí lo que produjo el embarazo, aunque ella no se percató sino varias semanas después, ya habiendo entablado amor con uno de esos apuestos jóvenes (ése su pecado) y de haber asentido semejante maniobra en un cuerpo que dejó de ser cuerpo, para ser vidriera de un ser que la ciencia experimenta a pesar de la falsa maternidad atribuida a mi niña.

No sabe cuánto empeoró mi estado esa noticia, tanto que recuperé un poco el habla para lanzarle improperios y ahora para poder dictar esta misiva así de fluida, así de desmesurada. La he observado apenas de reojo, pero no aguanto verla así, desdibujada, con un perfil esculpido por quién sabe qué ciencias. Si lo permite, déjeme decirle que ahora también creo que el obsceno cuerpo que hoy luce Zadha decae mi orgullo, al punto que lanzo insultos y amenes al gen desprolijo de tan insana ingeniería. No hemos hablado más desde ayer, aunque hoy por la mañana han salido por un rato al *pharmakon*, justo a causa de los vómitos y un malestar que agarró su cuerpo desde anoche, cuando —según dice su hermana— cayó desmayada por el dolor infrecuente en su vientre. Tal vez no lo entienda, pero no se trata sólo de perdonarla o tolerar semejante ofensa, la penitencia es jamás un antídoto, la venganza incluso. Le he comentado esto al nuncio y me ha replicado como todo viudo lo haría; lo entiendo, pero esta catástrofe es otra y ya he decidido esperar hasta después del siguiente menguante a que los investigadores vengan, ocultando a Zadha y Esteva y mediante alguna tramoya que les obligue estar presentes, enfrentarme —si la voz todavía me da— a las pachotadas que seguro alegarán en su favor.

Discúlpeme por el deporte de mis cartas que hasta ahora había llevado con tanto pundonor. Le entristecerá que ya no conjeture sobre usted, quizá ni de mí, pero

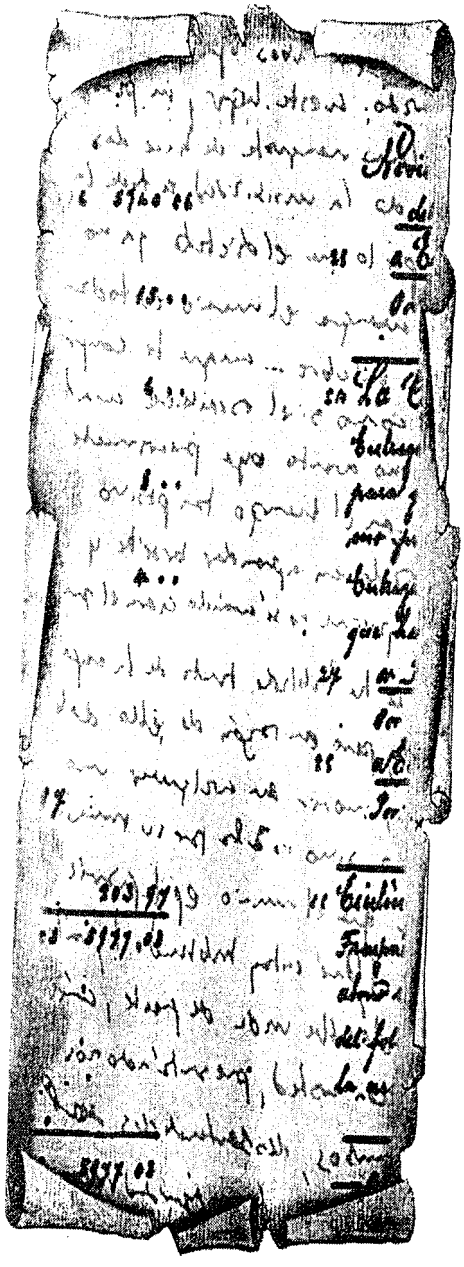
tengo que confesarle que he sentido estos días que me he ausentado mucho tiempo (lustros incluso) tras el solo objeto de mi cuerpo, al punto de no darme cuenta de los pormenores del fracaso. Me urge ahora desdoblarme y extender el brazo —ya sin piel— a la sonora tangible del forastero que hay en usted y otros. En todo caso, siento que si nada funciona y el destino se embrutece en sus magnos propósitos, mi asilo será usted, ya no las cartas ni el silencio, ya no las medallas ni las distancias, sí usted y sólo usted.

Una vida que el mundo trae, dos muertes precipita, la una del destino —la otra del dechado.

K.

...si nuestras amantas resolvieran todo cuanto el deseo jamás. Pero nunca e uno se !e es dado saber la verdad y es suficiente castigo para alguien encontrarla. Yo incluso creí por largo tiempo que este hombre estaba enamorado de esa mujer, pero ahora confieso que sólo estaba obsesionado con su cuerpo, mutilado y triunfal. En ese sentido me deshice dando buen final a sus misivas, dotándoles

sobree que calmó su inquietud, cuando co realidad todo lo había digitado yo ante la sin respuesta de aquella mujer que más no existe. Lo hice porque temí ese momento que su lucidez perdiera asidero y la desesperación lo exterminara, mas ahora creo posiblemente hubiese tramado algo arriesgado incluso entre amantes... [Nuncio: I, 33]



Digesta o lamento, inner sud, MMXXXV

Era muy probable que no le escribiera hoy, mañana —quizás nunca—, porque no suelo hacer promesas por dentro para luego paliarlas de oído y por el sentimiento. Es acaso así la música, el silencio o las bemoles de la soledad. Comienzo calmo, entendiendo que ansía usted saber de mí, no digamos algo en lo que encomendarse, pero de mi, de las historias que el tiempo hilvana y los espejos repiten en texturas infinitas, deponiendo el honor y la avería: Zadha está muy enferma y no sabemos ya si prolongarle la vida o coartar el veneno. Está por ingresar al sexto mes de embarazo y —como alguna vez supuse— el proceso ha sido devolutivo, inmediato a los abismos y abortos otrora ajenos a su maternidad. Le ha atacado un virus, si es que algo puedo inferir de la ponzoña, y está tan decaída que ahora palidece y ha enflaquecido en desmedro incluso del embarazo, que es lo poco le queda de corteza.

Claro, el feto no obliga ningún alimento porque es acaso una alimaña o un dispositivo que se recrea a pesar de la débil pose de su madre. ¡Cómo describirla!, si en menos de un mes ha rebajado ocho libras y la cuna que preveían para marzo llegará hasta el viernes, noche en que enrojecerán los astros y colapsará la memoria que tiene por niña a esa mujer. Por el contrario, el menguante me ha librado de un quiste, curtiendo las *plantillas de Farell.* y ahora puedo caminar firme aunque con el pie adormecido hasta el talón. ¿Por qué hago esta referencia?, es que he tenido que ser yo quien ahora se acerque a la niña, enferma y con fiebre, que no ha podido levantarse del lecho desde ayer en la mañana. ¡Hágase de cuenta!, su estado ha mermado tanto que no puede siquiera dormitar profundo, trae siempre los párpados abiertos aunque ronca, su vegetación decolora y tiene el cuerpo postrado y sin gracia. Así, no puedo pensar en cosa distinta a que ella se ha convertido para estas fechas en la verdadera enferma de esta casa, y yo, un paralelo sin importancia en tan delicado influjo. Me he olvidado por un momento de sus pecados —como si fuera yo quién para juzgarla—, y me he ubicado al pie de su alcoba sin persignarme ni mucho menos, aunque convencido del credo que su cuerpo me infunde, cuerpo cicatrizado y tullido por el enemigo, nauseabundo de adentro para afuera. Y mire que nadie de los médicos se ha dignado en prestarle correcta atención, todos están convencidos de que pronto sanará, deshabitada de ese niño que le empieza a robar la vida y el cuerpo todo —ya saben de su sexo. Sí, lo incubarán y la gestación in vitro será el epílogo de tan desdichada violación, de tanto inyectable y lipoide. ¿O acaso nos espera un prologando grito que ni la aurora de los días o la lluvia de estrellas podrían evitar? No lo sé, pero el destino nunca avisa, tan solo se asoma y punto.

¿Ellos?, por supuesto que han venido, he tenido que inventarles un contagio en los párpados (que son fáciles de retirar) y no han dudado en fotografiar tremenda deformación que en realidad viene de una manía juvenil por revolverme la piel contra los ojos, rareza agravada últimamente por el escozor que a momentos me viene después de las lecturas. Se han dignado en atenderme los primeros minutos como si nada, con el mismo disimulo con que un victimario muerde la carroña, sin mayor alarma ni despiste. Es más, me han sabido preguntar por novedades y poco no han tardado en interrogarme por mis "hijas": ¡cínicos! En todo caso, les he dicho

que habían salido de viaje por espacio de dos días para hacerse una revisión en el *Campus de Ressol* (que es el grupo científico rival) y se han alarmado de sobremanera, pues pensaban encontrarlas —al menos a la menor— y corroborar el curso de su empírea. Tampoco he dudado en decirles que tuvo alguna complicación en el útero por lo que le indicaron reposo y pronta cirugía, mentiras que terminaron de preocuparlos (en el mal sentido, convengamos) e inmediatamente me explicaron que eso no podía ser pues ellos habían tratado su mal (que refirieron como un tumor benigno, ¡hipócritas!) y que cualquier contraindicación era sumamente peligrosa, pues incluso estaban prestos a practicar una cesárea. No mencionaron la palabra cesárea, claro, pero sí los términos corte y obstetra, de tal modo que pude inferir sus intenciones. De puro temor quisieron informar a sus superiores sobre tamaño problema, más antes que tomen el *fast-call* me precipité en decirles que ya sabía que estaba embarazada y que no me causaba ninguna gracia todo este ardid.

No se equivoca, quedaron pasmados, como si les hubiese cortado la mentira de palabra, pero no tardaron mucho en lanzarme explicaciones y pronto después a actuar con normalidad, como si todo lo que hablan hecho fuese de su sola incumbencia y nada tuviese yo que objetar. Me dio tanta rabia esa actitud que tomé el bastón para pararme con firmeza, cosa que pocas veces había hecho en su presencia, y.con voz recia les increpé cuanto pude hasta que uno de ellos me devolvió a la silla de ruedas de un empujón. Efectivamente Zadha había salido acompañada por su hermana, pero nunca tan lejos como insinué, sino a unas cuadras de casa congeniando el plan que les dicté nada encarecido. Además les ordené dejar sus habitaciones desarregladas como si la prisa les hubiese lanzado a las calles, eso y las sábanas entintadas de rojo para que el horror desmaye a esos imbéciles del laboratorio. Así fue, no tardaron en revisar la casa, pronto se convirtieron de médicos decentes en alguaciles desesperados, y aunque les alarmó un tanto todo el alboroto del ático —no en la medida esperada—, más confundidos los dejó las vaciedades de la casa y la humedad de tanto misterio. Ya compuestos de tremendo sobresalto, les interesó sacarme palabras a como dé lugar, palabras que la falsa pose del *Tílger* me impedía darles, a pesar de los ultrajes, irreverencias y de métodos harto ilegales incluso en la práctica forense.

Eran cuatro hasta ese momento y llegó un quinto por la alarma, aunque yo era un ser indefenso a esas horas, compostura que decidí por estrategia; en efecto, la trata de mi cuerpo, entre altercados y agresiones —uno que otro moretón—, no los sentía por la ausencia de tacto que a esos instantes me acusaba, en parte por el rebato, en parte por problemas dalmáticos. Sentí en esos minutos que el *Tílger* me escudaba, más mi cuerpo —que era como una adarga que se cansaron de resquebrajar-- acometía los embates por puro ingenio, pues bien sabían ellos que matarme al acto sería a la postre nada ventajoso para sus profesiones. Con todo, comprendí que el amante de Zadha no estaba entre ellos, aunque me percaté de quién se trataba haciendo memoria del restante que por cierto es el más joven e ingenuo. Deduje entonces —sin restarle ofensas— que tal vez incluso él hubiese sido implicado sin quererlo en la pseudoviolación de Zadha, pues de otra manera no entiendo cómo alguien tan risueño pueda agarrarle cariño a tan irascible y veterana mujer.

Al fin —por eso escribo— pude remediar tanto ultraje y tensión confesándoles que nada había pasado en verdad, que el útero estaba bien y que en realidad el dolor en mi hija era nada más que a causa de una hemorragia en los pezones, nueva mentira que desdice la complicada situación en que ella se encuentra, ya casi al delirio y enflaquecida increíblemente. Lo sabe ahora: me dijeron que le practicarían una cesárea en unos días para continuar la gestación del feto y —cosa poco probable— mejorar la salud de ella, siempre y cuando se abstenga de algún otro tratamiento que el de su *Centro* y de cualquier otra medicina que no sea el *vitriolo abortivo.* Además me enteré de lo que comentaban en voz baja (recuerde que sé leer los labios), que no sólo el feto les interesa, mucho más la placenta de su deposición, aunque no alcancé a deducir qué harían con ella, pero presiento que nada bueno ahora que la genética ejercita sin cuidado la *hiperclonación* y la *testomorfosis.*

Zadha está hoy que muere, los investigadores estuvieron acá hace dos días y en ese breve tiempo todos mis cálculos y tramoyas se han confirmado. Zadha está que se nos va tras un cuerpo de resina que sostiene su muerte gracias a la otra vida, a la del feto. Lo peor de todo es que estoy entrando en pánico: sé que en cualquier momento pueden llegar, y preferiría que así sea pues no aguanto ver así a la menor, y a su hermana tan confundida —recuerde que han vivido toda la vida juntas. Tras la última pesquisa no ha recibido más consejo que unas *píldoras de cytotec* y una orden de *quimioterapia,* pero eso le ha mejorado mínimamente y tengo miedo que el feto termine de matarla cuando salga de su vientre, que supongo será pronto. En tanto está somnolienta de día y lacrimosa de noche, las pesadillas se le repiten y la ha castigado un dolor intrauterino que la retuerce de lado a costado, al punto que esta mañana la encontré aislada debajo del camastro. Ha envejecido en pocas semanas y ya hasta se me parece, por el perfil tan decaído y el dorso demacrado. Su hermana poco la puede ver, sólo le habla que es de lejos lo único que por el momento aguanta; me ha dicho que día que pasa la nota más irreal —como yo a usted.

Al irse, los médicos no dijeron nada, aunque sí chequearon mi cuerpo y tomaron algunas mediciones; al hacerlo me advirtieron que mi hija no debe tomar como suyo este embarazo, porque el examen y la patente les pertenecen sin importarles lo que pueda decir la ley. Me horrorizó escuchar eso y ahora estoy atento a su llamada pues incluso mi nuncio se vería involucrado de encontrarlo ellos aquí, propagando el secreto y a mis cartas franqueando su materia prima. No sé si he hecho bien, pero escribo tras las recetas que dejaron firmadas en el buró, el papel también desespera —no es para menos. Me dijeron de último, casi para sentenciar el pavor, que ella tiene en el cuerpo una serie de *teleóvulos* y todo un *lectoembrión* que costaron mucho como para desperdiciarlos, además que el esperma es combativo y no aguarda otra cosa que interceptar el nacimiento.

Lo que me trae más confundido es que hoy, a pesar de todo, me he preguntado un poco por ese ser. Sabe usted que a veces la incógnita nos induce a lo inmaterial y esotérico, que de otro modo detesto, y siento ahora como si toda la maldición que ha caído sobre el cuerpo de mi niña encerrase un perjuro. Me he preguntado —con la incógnita que usted— y no he dado con repuesta alguna, pues resulta un misterio saber al menos cuánta vejez ha acumulado es feto y si verdaderamente la vida

será su deporte o la ciencia hará de él una vegetación más en las pampas del mundo, un bosquejo próximo a su medicina mas lejano de toda naturaleza humana. No le digo más, sólo que he sabido comprender que lo nuestro es una balanza, porque cuando la vida la trae mal yo la comprendo, así que ahora debe usted estar mejor que aquí y así manténgase, de pronto alejada y a buen recaudo hasta que el embate cese... nuestras son las guerras desde el norte hasta el boreal, no lo olvide.

La indiferencia hará lo que los números no pueden, lo que el azar tampoco.

K.


KRATIVA 111N

EL MARATÓN: LAS NOTICIAS DE VICTIMA PLAPA QUE FUNDIERAN LAS UTOPIAS DE HOY PARA

n, dice arzobispo Hoy, gelis nevisca del 2e4

puede Suman casos de muerte súbita

t. po l ica

Se estima que el primer caso nió en el 420 a. de C., cuando doctor griego Efpides cayo muerto luego dr correr poco 41, de 42 kilómetros (distancia entre Maratón y Atenas) perramuncia victoria del ejercito Perra durante las Guera Médicas.

Alexandra Huc campeona juveni rumana de gimnesia, murió en u er brevamiento a los 12 anos de edad, el 20 de agosto de 2001

Página 13

es que no muria en acción, pero tica la vida que después de ser un deporte termine sus dias tan vol- cual simple humano que cumple n y llega a la meta de su existencia r el camino de su vida. .y nos deja lo de su existencia.

S CAVS CAVO

Primer ceso tele- visado de soledad ext reina

El primer caso televisado loe el neerlandés hiato Authfeld, as trónomo que falleció el 25 de en.o de 2019 después de per manecer encerrado por más do. Irme años en un satélite

Página 16

inmenente Guerra de Papel con mueve d escritores papelógrafos.

Debido a un conflicto entre e estado y las papeteras, además organizaciones de ecologistas, ha prohibido tina vez más la tal, - cación y suministro de papel, vetando incluso los productos alte nativos.

Página 22

QUÉ NUESTRO G0111- LA CANCILLERÍA Y

NO RECURRIERON

Lacrimonantia y ciencia, Estrellas UV ceti, MMXXXV

No quisiera alarmarla ni ponerla en sobre aviso, aunque estas mismas palabras ya le han de resultar duras, cuando las últimas misivas no han hecho sino montar el pesimismo y las que siguen seguro terminarán de resquebrajar la esperanza. Mi niña está que muere, pero esa ya no es noticia, lo es el hecho de que al parecer su muerte se ha detenido en el umbral de su propio trance, indecisa como sólo la muerte puede serlo. Porque me imagino que hoy ya ella debe querer irse, tanto que siente que los hilos de la **vida** le molestan en la **espalda,** marioneta que todavía **le sujeta el cuerpo del** ombligo **para abajo, que es la zona más crítica. Luego casi no habla y poco es lo que puede razonar de tan malograda realidad que ha dejado** incluso **de circundarla, dándole una apariencia irreal y a pesar de su maternidad.** Para **estas fechas ya debía tener** al feto fuera, toda **vez que** dijeron **que haría** falta **que se acerque al séptimo mes para que dé a luz, pero una vez más** la cirugía, **han aplazado puesto que** el **dispositivo exige unos** días más **para regenerarse o** – según **ellos—** el cuerpo **succionará la placenta. Entonces no hay fecha exacta** aunque **prevén que si la regeneración mantiene** tan retardada marcha, ¡nada raro **que** el embarazo **se extienda hasta el onceavo mes! Mire que le estoy explicando** estos detalles **que** no deberían **ser parte de nuestra correspondencia, pero sólo de eso** se ha **hablado estos** días en casa y no hay por el momento otra realidad sobre la que escribir, más **que ésta de la** enferma **que lo** ha impregnado **todo,** incluso el pensamiento **que** usted **me aqueja.**

En suma, **han intentado una** *cesárea costatta* —como le dicen— **pero** habida **cuenta** que no ha resultado **efectiva, han desestimado intentar por las ijadas; eso sin** contar **que el feto le empieza a doler en lugares como el hígado o los riñones. Por** mi parte **no aguanto más escuchar a la niña gritando mudamente y luego pronto** con los calmantes **encima, hasta que entra en delirio y** se agita que da miedo. Además **de eso, el día de ayer ha sido traumático para todos, porque le han dicho** por **fin que el niño que trae en sus entrañas es sólo un** *esperma ex ovo,* como suelen **llamarlo, y no ha** bastado que se lo expliquen para entender semejante aberración. **De todos** modos se ha **puesto pálida y en un intento** desesperadamente **anti—materno ha infligido golpes y contracciones al útero,** calculando **que el antagonista estaba dentro y que debía expulsarlo cuanto antes.** La calmaron **con** unos **sopapos que** yo mismo consideré necesarios por la histeria que le vino, aunque ahora **creo que no se debe callar así a tan lastimado cuerpo,** por más que éste vaya contra su **propia naturaleza o practique el aborto a ultranza.**

Luego, después de dormir como tres horas, despertó anonadada y bastante resignada **a decir** de sus gestos. Debió **haber soñado algo horrendo porque no ha** recuperado el habla, **aunque también se le nota el odio contenido en la mirada, odio** contra **todo lo que se cruce a su** perspectiva. Sus ojos han ennegrecido **de tanto** odiar, **pero su** hermana **no se cansa** de consolarla **y repetirle** cuán guapa se ve, a pesar que su apariencia **no cesa de provocarnos lástima. Es como si su cuerpo** se hubiese **evaporado, y le restara sólo parir para dejar que el resto muera, desmantelando los órganos** en el claustro enrarecido y viciado de su útero, y al niño anestesiando **definitivamente la vida de su madre sin convencerse** aún **de lo que** le espera. **Yo mismo me he visto sorprendido por tremenda revelación, pero sé**

muy bien que no podía estar lamentándome más que la niña, creí que lo correcto era demostrar cierta madurez para darle confianza, pero ahora no me canso de repetir que la culpa es mía, desde antes, sólo mía.

No hay vuelta que dar, vistas las cosas de una forma objetiva, la han violado, sí, y aunque me cueste decirlo, no existe otra explicación a tremendo ultraje, peor aún si toda la violencia que han impelido en su contra termina matándola, que casi ya lo ha hecho —sólo nos han dejado el cuerpo, como para resucitarla con rezos y milagros. Lo mismo piensa Esteva, y hora que pasa hacemos como ni nada hubiese ocurrido, pero sabemos muy bien que hemos hecho un velorio de nuestras vidas, adentrándonos a un abismo que antes creíamos se abstendría de matarnos juntos. Y aunque no lo expresemos, ahora el destino de nuestras vidas se muestra como una fosa común en la que hemos de caer en condiciones miserables, como quizás nunca imaginamos ni siquiera por la tirria o la soledad. Se nos han quitado las ganas de comer y lo poco que hablamos es sobre ella y asuntos que pierden sentido por las veces que ya los hemos repetido. Es más, esta carta me sabe conocida, por eso no me cuesta escribirla. Es como si tradujera lo que hace un rato, hace unas horas o ayer se dijo por estos lugares, palabras que hoy acaban en vuestra correspondencia casi por inercia, en un ejercicio a vuelo de pájaro que mucho no ha de explicar lo fúnebre que está la casa, pero al menos intenta asir el sentimiento consumido por las llamas de nuestra mortandad.

El nuncio acompaña mi dolor, aunque veo que le cuesta escribir cuanto le narro, hace como si no escuchara y sin embargo copia mis borrosidades. Es evidente que desearía con la letra abolir el lugar de mis palabras y componer otra realidad que responda a nuestros tranquilos intereses, alejada de paisaje tan traicionero y de tremenda peste que ha traído nada bueno ni a nuestras vidas ni al posteo. Jamás he podido comprender cómo le hace para seguir escribiendo, porque es como si esos sentimientos salvajes y esa sordidez de la que le hablo le dañara muy por dentro el intestino, aunque no las manos que las tiene firmes a pesar del pánico y los sustos que coge de mis labios. En fin, él apenas conoce a mis niñas que muy bien no lo han tratado, pero es como si el mismo luto le aconsejara escribir para de algún modo remediar —en lejano futuro— lo que es imposible en las circunstancias actuales. Somos sólo dos cuerpos que luchan por escribirse, sin ninguna batalla ganada más que amnistías, sin otro afán que ahorcarse con las voces que acaso el papel silencia pero que la muerte dará lectura en cruel testimonio, prueba de nuestras soledades tan egoístas una de la otra como consejeras del más caro yermo. El silencio está aquí enfermo, el cuerpo de la niña ha viciado la atmósfera y pese a que ahora duerme de diez a diez, el resto del tiempo se la pasa inmóvil mirando la vida pasar sin reojos. Se ha vuelto una vitrina, una vitrina de ese ser fantasioso que se regodea muy a pesar suyo; su cuerpo se ha vuelto esa cosa que deseamos mirar por dentro sin poder, sin siquiera querer pero queriendo al fin, extrañados de no poder verlo si no es de adentro hacia afuera, equidistante a nuestra muerte y aún así dándose el lujo de no morir.

Nada fuera eso, los médicos han preferido darnos muerte súbita con otra noticia totalmente adversa. Poco después de narcotizar a Zadha y dejarla con su hermana —a quien de paso le han recetado unas drogas—, me hicieron llamar a la puerta para recalcarme que todo saldría bien siempre y cuando no incurramos en el

cuerpo de mi niña, es decir en la catástrofe que le espera. En última instancia, yo tampoco creo poder sanar tan hendida plaga por otro medio que no sea su muerte. Nos hemos reunido por cortos minutos y me han explicado con presunta erudición las ventajas que a la postre traerán estos experimentos, aunque ya no han hablado nada sobre si la niña se salvará o si el ensayo contempla su defunción. Obviamente no me han convencido en lo mínimo, pues a mí nada me interesa salvo la vida de Zadha, ni siquiera la del feto que es más bien el artilugio con que han instalado en su vientre la pócima en su mente estos visos de locura. No se los he dicho, pero creo que se han dado cuenta de lo indispuesto que me siento a colaborar en su *quirurgia*, a lo que han ultimado mis malas sospechas con un aberrante apunte que me ha tenido mudo hasta estas palabras: el engendro que ahora mismo se desarrolla en la mustia mujer del ático es un esperma que han extraído de mi biología, es mío —¡soy yo!

No sé cómo explicarlo. Ya se imaginará cuánto cuidado hay que tener con estas gentes, claro que la desgracia no se me borra ni por la amnesia a la que he aspirado las últimas horas en un intento por mantenerme alejado de los recuerdos mediatos e inmediatos. El sólo pensar que han hecho algo así me desahucia, figúrese nada más cuánta desproporción siento hoy que no dejo de pensar en tan dañino asunto. Hoy, señora, me he increpado el cuerpo, su demagogia y cuanto vicio han fundado en las entrañas de la niña muy a pesar suyo. Me siento así porque comienzo a delirar, al punto que he alegado, con la necia imaginación, estar dentro de ese cuerpo anodino —junto al niño— nada más que para fomentar esta triste realidad. Sí, ahí, en el útero de Zadha, encarnando a ese ser que juega hoy un papel tan ridículo e infundado. Las sensaciones me abruman y me siento en repetida ausencia, como si nada fuese reconocible a pesar de tan drástica realidad, aplastante mundo que ha pospuesto nuestros nombres y nuestras razones. Esta realidad tan nítida a mis ojos como quizás nunca lo había estado, mientras yo envejecía convencido de que mi cuerpo estaba cercado al tiempo y ni la muerte —menos la enfermedad o la inmundicia— iba a cambiar su género.

Una vez más, no se equivoca, los doctores se han ido tras esa última sentencia que de contársela a mi niña, seguro terminará de enloquecerla. Por lo pronto, me han dejado sin defensas, claro que he sabido mantener la compostura para no satisfacer su crueldad; no obstante, apenas cerraron la puerta me dejé desmayar en el sillón, simulando una muerte ipso facto. No es que el mundo se acabe con unas palabras, pero el artilugio del lenguaje es tan definitivo que cuando llega en dosis tan lesivas suele cegar todo lo demás, incluso los amores y bemoles que decimos clausurados al mal. Lo mismo con la niña, ya que a ratos pienso que esperamos en vano que la muerte la separe de nosotros, pues no estamos lejos de caer en desamparo, muy por debajo de nuestras voluntades y hastiados del cáncer de nuestras vidas. El único antídoto que encuentro para remediar la pena que ha de causarle esa noticia, es decirle que en verdad no soy su padre y que por tanto no es un monstruo lo que tiene encinta, aunque eso mismo podría agravar su enfermedad ya bastante azorada a causa de los antibióticos y su malaventuranza. Es más, negar mi paternidad para afirmar su maternidad sonaría a un simple jueguito de palabras que quizá una novela permitiría, pero no la realidad, pues lo que aquí está pasando es una verdad irremediable que es improbable de fabular siguiendo el curso de una mentira piadosa o algo por el estilo. De ser así, siento

que todo le parecería una ficción y terminaría maldiciéndome, aunque eso no me importa siempre que alguna emoción haga que su estado cambie, sea éste un revulsivo de rabias o de bajón. Hablaré con el nuncio luego, pero la decisión la tomaré yo, porque esto no depende de una u otra cosa, de saberlo decir o de no decirlo, sino simplemente de ponerlo sobre el tapete, sin pensar en las eventualidades que acusa el tiempo o las muchas realidades que se han yuxtapuesto al solucionario de esta ficción. El tiempo dirá, como suele decirse, eso si la confusión no termina de trastornarnos a todos por acá.

···No me persuada de cosa así, se lo pido, y una vez más manténgase lejos de estas escenas que tan bestiales y copiosas han de distraer sus buenos sentimientos, su consabida pasividad. Me bastará con que sepa que todavía hago gimnasia con el cuerpo en las mañanas y que he retomado mi condena por las fotografías, aunque todo me retrotrae a una oscuridad impalpable que empiezo a creer se debe al escarmiento de la matriz, ¿o será el menguante que se acerca? Sobre lo que le he confiado, no tardaré en decírselo a Esteva y ella verá cómo se lo hacemos saber a su hermana, porque de otra forma el tiempo terminará forjando elucubraciones que no seremos capaces de ocultar si antes no vencemos el miedo por éstas que al parecer son migajas de lo que nos espera. Ya le digo, he retirado hoy las lianas del sentimiento y he embrutecido todo cuanto antes tildaba mis malos hábitos. Nada ni nadie es de fiar, a pesar de lo responsables que a veces se muestran las almas desahuciadas. Con todo, no dejaré que pese a las palabras no comulgadas y a la gula de hostias, nuestro vínculo quede sellado en esta trípode sin final. Se lo digo ahora: la intuyo apelar a las escorias del pasado, en los lugares sagrados de mi escritura que decidirá hoy si es un último sueño lo que el destino aconseja.

No tome a mal este vago aprecio, que he de saber sostener la mirada al horizonte repuesto de vuestras andaduras si acá cerca cesa el estupor y el agravio, si acaso no deprimimos con premura el caudal de la muerte que de momento nos tiene en censura, pronta a llevarse a mi niña aduciendo su voluntad, mas no la nuestra que ha diezmado el arrepentimiento... Ya no sé ni qué escribo, cierro esta epístola hasta que la desgracia abandone semejante disfraz; febrero acá y es malo dicen, cierro... Hoy las vaciedades pueden más, vuestra ausencia se respira...

K.

Misas a este cuerpo, endemoniado destino...

Monólogo del estadio tercero"

...disentiría de aquello que el mundo despliega en capital armonía, si no fuera por la gravitación que cada asunto tiene en mi corteza, por la geometría en que todos nos debatimos sin saber cuál la tangente de tan sospechosa música. Si no tuviera a la escribanía aquí y a la luz fosforeciendo los acápites, nada sería posible a esta experiencia, ni siquiera las huellas del pálpito ajeno o situación esdrújula que tildar de inverosímil. No hay nada aquí que no haya engendrado la tristeza y, a consecuencia suya, esa desconocida conducta de la vida que raya en la locura y que va incluso contra sí misma. Qué dirían las ciencias de aquellos vertebrados pensamientos si acaso la verdad les fuese dada; qué estado de ensoñación nos espera tras la hora última si ni siquiera podemos vencer las urnas. De cuando en cuando nos precipitamos en las aventuras de otro que reinventa la imposibilidad tras el amparo de nuestros vicios. Como si debiéramos a todo el mundo una larga reverencia sin la que nos sería vergonzoso dar rienda suelta a nuestros impulsos. (...) Un amague de recibimiento y nuestra pérdida esperan en un recóndito lugar, donde las soledades tributan con indolencia el sello de la muerte o parajes símiles a su entelequia. En vida pagando penas que la muerte deja escasas en el camino, piedras filosofales con las que tropezamos todos los días tras el augurio prometido del triunfo, sin mayor razón que el insulto a la antigua heredad y la usanza de nuestras debilidades. Personas de quienes imaginamos las bajas delicias, entregándolas sin indulto a nuestro bestiario o al papel que sin más desempañan los sentimientos ante el prójimo. Inmensos próceres que traen calcadas las victorias en los campos fabricados por la historia y la bellaquería, acaso con un fanatismo desigual o a sabiendas de alguna vendetta. (...) Qué conmoción vernos actuar entre máquinas que repiten incansablemente el artilugio, autómatas que nos hacen creer en la sin razón de nuestras inmensas políticas y éticas a seguir en cruel peregrinación. Acostumbrados a colisionar entre nosotros mientras las máquinas despiden olores que borran nuestra putrefacción, desencadenando día a día la rutina en las avenidas y secuestros premeditados. Un intervalo de amistades se agolpa a nuestras espaldas para traicionar a cuanta persona les pregunte, impávidos metales que murmuran bestialidades, cuando los simposios de la amargura charlan entre sí y hay un lugar al que ir estando, al que no ir, del que descansar. Cuántas costumbres abandonadas a medio andar, corrompidas por juventudes anómalas que abogan por el *Recambio* o edades nuevas a su criterio, con estándares de pensamiento reducidos a disparates que tumban el conocimiento, negociando con el caos un nuevo sistema que reine. Partiendo de esta situación, cómo no se han de sentir los improperios de la senectud, cuando no hay honra ni bienestar más que el lapidario suceso de nuestras fugas. (...) Qué profunda tristeza para alguien como yo, muy de vez en cuando ocupado en *almagénias*, el no entregar jamás estas letras a la correcta destinataria y romper la confidencia sin más atributo que el frágil instinto de la desvergüenza, como un chiflado que al invadir lugares de consabida memoria, pero ufanos a su simple despertar, reduce todo a unas cuantas palabras que esbozan la ópera mas no el mundo. Pactando con el destino cantidades inmensas de papeles por considerar en vista del destierro, de una mudanza a las alturas de una vida desprovista y en ruinas. ¿Recuerda alguien los sucesos del pasado?, son estupideces que se han estancado en la reversibilidad de nuestros deseos, amparados por una imaginería autosuficiente capacitada en la atroz misión de satisfacer la muerte siguiente, la muerte propia. (...) Ingentes cantidades de cartas me persiguen y acabo por sentenciar su lectura al olvido, cuando las palabras ya han entrevisto mi alma fulminada por su inutilidad y desamparo. Hablo cuando menos de lo saturadas que andan esas noches de reflexiones disparatadas, rayando en la oscuridad y entre los vidrios cosas que el mundo leerá sin remedio y que olvidará pronto como una prueba de sangre que desmonta el cuerpo fugitivo. Hablo de esas toneladas de energías que desgastan las ofensivas nocturnas, de las aritméticas proporciones del cambio y de las guerras sin cuartel que envisten al enemigo y a quien no lo es. Zonas peligrosas donde transita el albedrío de cuerpos muertos y deseosos, donde hay una gran demanda de muertes y blasfemia, y cuyo destino son los mercados de más alta paga de *Oriente.* Movilizaciones por aquí y por allá, por materias

[14] Los monólogos fueron extraídos de distintos legajos encontrados en posesión del nuncio. La elección de ciertas partes y su incorporación en la obra se deben exclusivamente a la competencia que tienen respecto a las cartas del señor K. o a situaciones contextuales del momento.

primas y sustancias naturales que nunca llegan a nuestras manos si no después de una lastimada contienda. Refriegas por el cacao en *Marfil, Masacres del Opio* en los países de habla menor, poblaciones incivilizadas que luchan por unas pócimas de agua, pasiones escondidas tras el libre comercio del litio. Fumadores de hierba organizados en hermandades malditas cuyo avance es la absolución. Gritos desesperados de polo a polo por una sobrecalentura de nuestras conciencias y al *opus dei* haciendo la medida del cuerpo cuando la *Crux Religious* encapucha su moral. Máquinas vibradoras que flanquean las bajezas, batallas perdidas en campos salinos o tierras vírgenes; estancias en que los montes tienen dueños y señores de la nada, donde las máquinas son producto de una natalidad autosuficiente. Naturalezas muertas en paisajes de inmediata escultura y materias prima que nunca más serán en la acequia. Esmeradas fronteras que usurpan los mástiles de la identidad y banderas trasnacionales que llevan el plateado uniforme en sus esquelas como símbolo de unidad y ensamblaje perpetuos. Gases lacrimógenos y aguas destiladas que succiona el infierno, ambientes salvajes que se apresuran en su maleza. Guerras de gas y fuego, asuntos pendientes del dióxido con citas pagadas y en demora; octavas que cantan himnos sobrepuestos en músicas de aludida versión; dinero lavado en los hervideros del ocio y cuantiosas sumas de palabras que son lo que más vende. Guerras de kerosenes y almíbares que tiñen la lujuria o bancos de semen y sodio enfangando fortunas en las cuentas ficticias. (...) No logro depositar en la imaginación el causal de las desgracias ni el incienso a mejor fortuna, como si escribirlas fuera un fenómeno más difuso que nuestras mescolanzas. Agravante realidad de nuestra conducta pasiva, logramos ser cada vez menos necesarios los unos a los otros que todos a esa utopía postrada entre ceja y ceja. Quemas tecnológicas en *Xeixa y Espelzzo,* batallas en las refinerías del *Curembú y Krotia,* el *upstream* y el *downtream* que nos contagian sueños y pesadillas a salvo todavía de peajes y contrabando. *Facciones y ultras* en brava persecución a los salientes, saludables ganas de matarse por tierras que ya no alcanzan, topografías escondidas en la luna que nos guardan un lugar empolvado e intratable, con vientos oxidados de poco respirar. Guerras de Diamantina y Nafta en naciones que viven preñadas de emulsiones sexuales. Trata de espermatozoides que enlutan la paz de los enfermos. Manchas y aspavientos de la *Historia Total,* estudios demográficos que nos confunden, vitrinas donde aguantamos las últimas naturalezas de nuestro artificio; viajes al horizonte para escondernos del mundo y su inmaculada dimensión, códigos de barras y orejeras para escudamos de las voces capitales que gritan ¡a gachas! cada momento sin casi asustarnos. Y al fin, la suprema convicción que la salvaguardia de vidas como las nuestras está en rastrear la simiente que nos regrese a la muerte. No hay empresa que nos subleve, pero si hay residuo de alguna vida en algún lugar, ese sagrario es probablemente el escalpelo situado en la rémora de los libros, descompaginados de las historias inmensas que lastiman y amparados en la creciente demanda de un artilugio hecho de palabras. Cómo si no en una instancia del desvarío, desencontrado y con aberrantes opciones para pertrechar el pasado y dar de baja a esta relojería del mal (...) Guerras mediáticas que jamás pueden vencerse y auspicios de falsos centinelas de la paz. Misioneros despreocupados en las oscuras calles de la miseria, en el kamikaze de *streeve* o *fightmore,* o en las borlas a donde acuden los animales impúdicos de rala tristeza. De qué manera sentirse ante esta inminente lucha tan poco sangrienta pero tan contra las almas de los bardos y profetas, de los mensajeros o gestuosos, de los fieles al papel o a la pulpería, de los ganapanes y encargueros. Y eso, en este hemisferio donde crecen los árboles de enemistad, erguidos por raíces que viajan al centro del mundo para desde ahí depositar la maldad. Sólo en este lugar, donde quizá habita la mejor de las escribanías y donde los *Museos de Papel,* las *Pinacotecas de Glassine* y las *Galerías de Kraft* son hoy envidiables a nuestros vecinos. Y cómo no, si las papeleras superviven día a día aplazando la clausura por el solo insumo de los capitales, al servicio de maestranzas se agolpan por materias primas que se trafican como droga. Y nosotros, denegados de lo que en otros países es insumo y mansalva; *cannabis* que esconde en la textura de las carillas las substancias mismas que acaso sancionan en este o aquel país. (...) No

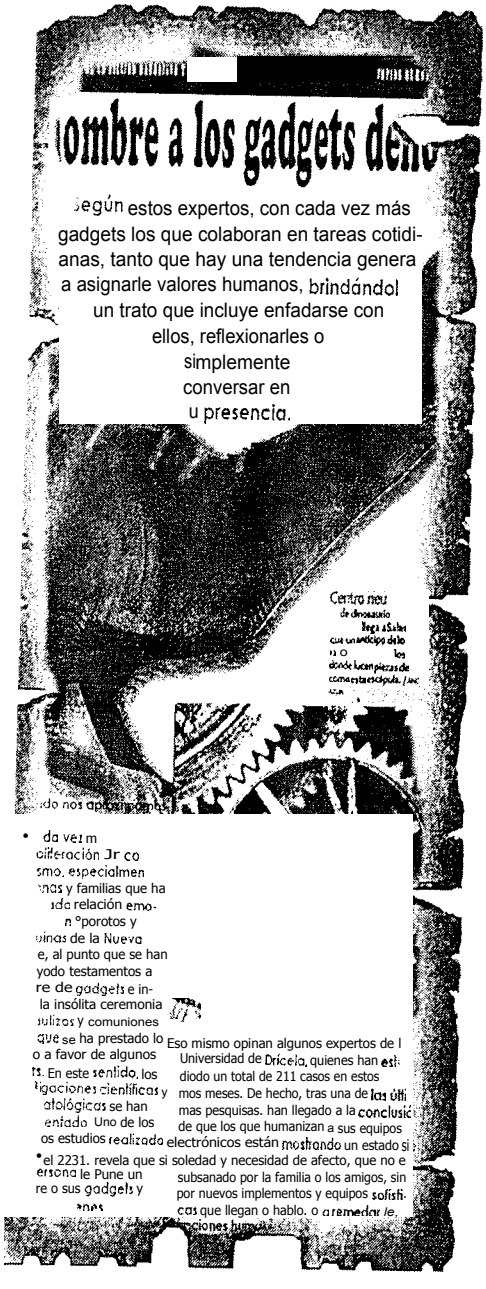
---

Es evidente que el nuncio hace referencia en el clímax de este monólogo a una inminente "Guerra del papel" (hoy todavía en disputa), en principio a consecuencia del pedido del cierre de las papeleras por la polución, tala indiscriminada de árboles y la escasa demanda de la producción dado el avance tecnológico de los medios digitales. Posteriormente, dichas disputas acarrearon guerras civiles, contiendas armadas entre los países que defendían la producción de cannabis para la obtención del papel y aquellos que respaldaban el tradicional procesamiento de la madera.

sobreviviríamos más mi oficio, yo y mi amigo y tantos otros si no fuese por el papel que todavía lo resiste todo, incluso el embargo de vidas diminutas, la corazonada de los crímenes, los sentimientos divididos, los márgenes de la incompostura y todo ese patrimonio impúdico de nuestro sensible silencio. Cómo, si hoy se suceden luchas y protestas en las fronteras, en los bordes y boreales de la patria y en las casas un sopor de perfumes de naturalezas difuntas hechas por las escorias y las improntas de escritura...

ÚLTIMOS ONCE MESES... LA MUERTE

Impístole de la scenza, hiperión, MMXXXV



Siete, número indistinto a la refriega, a la mala suerte y a todo cuanto continúa malgastando nuestras vidas, cifra impelida a un cerrojo que por poco aseguramos contra la realidad, circundante o no, del llano destino. Perdón —si acaso fuera posible—, por escribir mal y tan seguido, pero las revoluciones con que nos traspasa la existencia impiden cosa distinta, en especial en este momento tan impreciso, tan cargado de cosas que preferiríamos desmentir, pero que son imposibles de objetar sin que el olvido medie. Esta realidad atajada por los falsos deseos se ha vuelto tan insondable que no da ni para una novela, ni para una tonta y ejemplar ficción que recrudezca la avería de tamaño acerbo. El nuncio ha estado viniendo más seguido, ya casi sin pedírselo, y según infiere de lo que he preguntado a su llegada, mi aspecto inspira locura. Porque no cesa de recordarme que ha venido a escribir, y pareciese que se lo niego con tanto alboroto en la cabeza y con las ideas tan disparatadas a causa de una muerte que será mañana.

No quisiera vestirla de luto, mucho menos cuando sé muy bien que desde antes lo está, aunque es de sospechar si esto o aquello le causa alguna mínima gracia, a saber de su mano a mano con la muerte, de su tan aciaga entrega al olvido y al yermo. No habría mucho que decir al respecto. El menguante ha sido hace casi una semana, y repetida recompensa hubiese recibido de no franquear un destino tan ceñido al cuerpo, en tan estoica noche dedicada de lleno al ultraje en la osamenta o en el esternón. Ya la luna quisiera lo que el día apenas apuesta entre luces y sombras de una retaguardia que hoy nos cuida, aunque es capaz de traicionarnos en cualquier momento. Esa noche, que esperaba resignado entre las cortinas el cruel hurto que la media luna sonríe consternada, ya casi a media noche, ya casi sin defensas, pude escuchar caer encima mío un grito que acaso aluciné en la malveza del silencio. Pronto otros se asomaron en una aljaba insoportable que retumbaba junto al miedo y a la incertidumbre de saber si el *Tílger* andaba por aquí o por allá, si me iba a tomar de espaldas o de adentro para afuera, como suele. Supuse que era la niña, y lo confirmé por el mudo aliento que infundía su desesperación y la violencia de su hermana que la atacaba ya cansada de tanto bochorno e histeria, para callarla de una vez aunque sin dormirla —sin matarla. Ese instante desmayé por el pánico y por un dolor en el estómago, en región comprimida y aguda, como si el ombligo se desatase para dejar caer las esquirlas del estrago, alucinando que el volumen todo de la vida se derramase en conchas y bisturíes, en filetes y médanos. Más no pude ver ni pude sentir, simplemente desperté al amanecer, envejecido por la bruma que en efecto había empañado y roto el cristal y que tenía al ágata de las cortinas tejidas de escarchas, las mismas que poco a poco iban goteando en mi lomo como si fuese yo la piedra del tiempo. No se diga que me asusté, pero cierto encargo me llevó a descubrir mi cuerpo de las amarras que suelo imponerle para envolver la muerte de ser ese el destino. Noté así el disparo que es hoy en rajas y aberturas alrededor de las ijadas, si no es mucho decir que los lardos resbalan por ahí gravitando el final.

No presté atención a esto, sino a lo que a continuación sucedió casi como una calca de semejante epidemia. Zadha continuaba musitando, como la noche anterior, agazapada por un impresionante estropicio que parecía originarse en las

contracciones del embarazo, aunque se escuchaba como si el feto estuviese devolviendo el cuerpo de la madre, abortando sin más e infringiendo en su vientre la venganza de tanta crisis. Esto lo digo por como lloraba, tributando dolorosos lamentos desde el ático y en toda la casa, con el horror que ya despierta en nosotros la oscuridad de sus madrugadas. Inclusive su hermana había preferido encerrarse en otra habitación para no incomodar la purga, habiéndome insistido en hacer lo propio y dejar que el demonio haga su ritual en el cuerpo de la menor. Ocurre sin embargo que, depuesto ya de la sorpresa, fui a media mañana al ático a ver a la niña, y di cuenta de la terrible noche que había pasado, porque para empezar estaba boca abajo sin importarle el vientre y al darse vuelta pude ver que tenía el estómago muy crecido y los ojos impedidos adrede de ver, entrecerrados y coagulosos. Lo más raro de todo es que la enferma mujer hablaba dentro de su boca, hablaba sin embargo conteniendo un griterío que las palabras no conocen, porque nunca había escuchado tan prolongada e inconclusa sinfonía lúgubre y desafinada.

Ha estado así los días siguientes, ajena a sí misma y sin una pista de realidad que me la recuerde como hace tan sólo tres o cuatro meses. Por extraño que parezca, cada vez que me acercaba advertía que sin inmutarse en lo mínimo, con un semblante de cera, profería nítidos ruidos por dentro, como si fuese una ventrílocua que conversaba con su vientre en celo lo que el mundo le había negado; corno un cuerpo que vociferaba cosas ocultas a sus entrañas donde a la vez se retorcía el niño, incomodísimo por esos ruidos que allá adentro debieron estallar en infinitos decibeles. No sé si entienda, pero le hago el apunte porque desde ese mismo día no cesa de sonarme un zumbido en la oreja izquierda de indecible lenguaje.

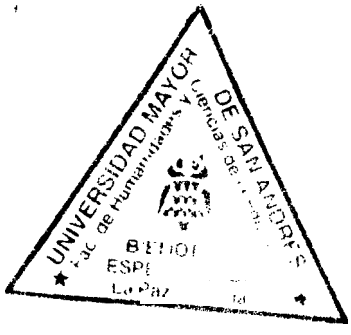
Los médicos han venido antes de ayer y ayer como acostumbran ahora, para verme un rato y para entregarse de lleno a revisar a Zadha, que sólo con verlos se ha calmado un poco, aunque nadie le quita el enfado que les tiene. Con todo, no ha dejado de hablar por el estómago hinchadísimo de voces, y ese ha sido motivo suficiente para que fuercen la cirugía cuando menos lo esperábamos. Sobre la noticia de que han extraído de mí el esperma, se lo he comentado a Esteva —que a poco no está de caer en el abismo que su hermana—, pues no tardó en lamentarse tirando cuanto pudo al suelo; incluso las manos y el cuerpo —tan fuertes en ella— terminaron de destrozar el vidrio de la ventana que antes trazaba un contorno lunar. Decidimos no decírselo a Zadha, sin embargo la emergencia que se presentó hizo que repensemos las cosas, aunque ahora deduzco que es y fue desde siempre demasiado tarde para retraducir tan empañada verdad, tan inverosímil destino. De hecho, yo no me animo a decírselo por mí, porque nada raro que entumezca de una su vida y me sienta culpable de matarla de palabra, que acaso debe ser lo más doloroso cuando alguien tiene al lenguaje por credo. De todos modos, no es menos cierto que debo cargar el peso de la mentira, razón por la cual no quiero imaginarme el aspecto del niño. Dirá usted, pero yo ya no sé donde acaba esta historia, quién nos tomó el pulso o si acaso debemos sencillamente renunciar a nuestros papeles, favoreciendo así el destino de los demás. Y no hay providencia que nos ampare, porque el recién venido es apenas un artilugio de la astrología, en cambio en el firmamento rondan los destinos más remotos, impropios a nuestra condena.

No debiéramos hablar del niño, pero siento como si su llegada marcase un hito en nuestras existencias, tan trastornadas a causa suya y sin embargo aspirando a un mejor legado que su cuerpo. Él no está más aquí (¿será que alguna vez estuvo?): lo han recogido sin que nadie lo percate y desestimando los derechos que tenemos sobre él y que de todas maneras no pensábamos ejercer. Con el nacimiento del bastardo han cesado las alteraciones en Zadha y en mí, aunque lamento ahora —vistas las cosas de otro modo— esos suaves zumbidos que tenía la niña, porque después del parto se ha quedado muda y la vaciedad tan encimada como un aura del demonio. Su cuerpo ha respondido tan mal que ni la magia repondría su desliz, de ahí que hayamos decidido darle de baja hasta mañana puesto que ha empezado a heder...

Entenderá: ya no esperamos otra cosa que su muerte, aunque la hemos de callar a la *L–Fost* para por lo menos tener su cadáver presente cerca en la mañana. Más no puedo decir, aunque mal no me haría permitirme un sueño y jamás despertar, a condición de zanjar la lástima que me produce el calvario de nuestras vidas.

Un delantal es la memoria, un delantal que cubre todo —absolutamente todo— de olvidos y erratas...

K.



...puede dictarme mil cosas tras una sola mueca, pero en esa breve facción distingo también un aire contrariado en testimonios que dicen no cuando sí, sin que lo que escribe el papel por su cuenta depare en ello, sin que —en definitiva— mi voluntad medie en este dilema. Ahora que le han quitado a su hija, mejor dicho ahora que se la han entregado deshabitada y sin fuerzas, ha envejecido sobremanera, aunque parezca que su declive es un síntoma de los años que a diario le resta la muerte. Yo no me lo explico, y es que a veces la muerte infringe nuestras vidas, tanto o más que la propia biología o el estornudo de enfermedades que nos doblega.

De hecho, a veces cuesta rastrear los sentimientos de mi señor, porque las palabras se apoderan de sus gestos y hacen intraducible esa liturgia que intentamos con el lenguaje, mudo y ausente. Muchas palabras que no deberían se han filtrado en el posteo; me imagino que si ahora alguien abre los sobres, se derramarán por si solas para decir lo que tienen que decir y nada más... [Nuncio: 0, 172]

íntimamente muerta, bolsas de carbón en fosa lith, MMXXXV

La última vez había descrito, creo muy incontestablemente, las calamidades de noches recientes, mas hoy no me arrepiento de haber visto las cosas así, puesto que no hay manera de entender las existencias —propias o ajenas— sin una pizca de desasosiego, menos aún si de por medio la fábula de la muerte nos impide opinar, para bien o para mal, del propio muerto y de cuanto implica su desaparición. Hemos decidido cesarle la vida, si la vida es acaso lo que llamamos respirar, porque lo ha estado haciendo sin ningún otro sentido que postergar el luto. De hecho, se ha ido sin haber visto lo que le han sacado de adentro, ese niño que se ha posado tan macabramente en las paredes de su vientre, arriostrado por ínfulas y maromas durante tanto tiempo, abandonándola después, sola y virgen, en un estado tan inmutado y desvaído. Ya no era ella, si me explico, porque su tez comenzaba a denotar cierta transparencia, y acaso en el último suspiro, una luz opaca cruzaba nuestras miradas hacia un destino lúgubre en que ella no era más que los estertores de sus sombras infundadas, más el cuerpo quieto, quietísimo y sin gravedad; eso y el tirabuzón palanqueándole el alma.

No se diga nada más porque ha muerto, o la hemos matado como si su cuerpo y su vida representasen a nuestro drama un suicidio colectivo, ya que hemos sentido los dolores y ardores de tremendo ultraje, de la eutanasia que le hemos practicado tal vez sin su consentimiento, infringiéndole un paliativo que no ha sido otro que sonsonarle el corazón con la corona de mi bastón, impidiendo que respire. Ha dejado de existir tanto, que ni un epitafio le hemos impelido. Con todo, pienso que el corazón lo tenía flaco y las vísceras sobredimensionadas en desmedro de las pulsiones, al punto que si de algo vivía, debió ser del feto que se regodeaba en órganos y plasmas ajenos. Osas y lácteas hurtadas al fin junto a su entelequia, diestra matriz que al sustraerle ese aparato, dejaba en cero la vida, y ya no quedaba otra que incendiarle las cavidades infectas.

II

Hemos procedido desahuciándola primero, con palabras que no sé si las habrá entendido, aunque versándole al fin de las sinrazones que tiene la muerte de evársela, cuando todavía reverberaba de alegrías y gorjeos. Mentiras infundidas por el luto de tamaño presagio. He preferido que sea Esteva quien encabece el simulacro, quiero decir, los ritos fúnebres de esa extremaunción tan en vilo, tan ficticia, puesto que ni me he atrevido a hablarle sobre asuntos como la ilegitimidad y del bastardo, que bien podrían haberla destruido de una vez por todas. Pero destruirla a costa de qué, de lanzarla al abismo con la gravedad sola de las palabras, de esa diadema de verdades que a veces como aires viciados e imborrables, desdicen la vida en un santiamén. Además, creo entender que no ha hecho gesto alguno antes de su partida, pero quizá haya rezado una confesión muy por dentro, en la voz que ya no tenía —en el sentimiento vedado—, para irse de nuestro lado en paz, toda vez que ha perdido la guerra y el guiño de la esperanza, y nuestra infantería de cuerpos depuestos, informes y pacíficos no han sabido defenderla dando de baja al opresor, habiéndolo tenido tan cerca y ausente de argumentos otros que su ciencia.

Hemos procedido —decía— de tal manera que el ritual quede absuelto de toda memoria, aunque no de un profundo recuerdo al que, desde que enfermó, jamás pudimos escaparle por una extraña convicción que nos hacía derramar elixires y cráteres donde la muerte asomaba. Así, como teníamos planificado desde antes, la matamos en viernes de luna llena, según aconsejaba el calendario de bemoles que se había puesto cuesta arriba a causa de los días en que su muerte se hizo esperar. La oscuridad cifró su destino, siendo su cuerpo la lumaquela que las altas horas y el brillo lunar se comprometían a ocultar, decididos Esteva y yo a asestarle la muerte de pies a cabeza, esperando que vegete —como lo estaba haciendo— pero en otro mundo y en otro tiempo donde prospere la osamenta y no el espantoso halo que comenzamos a percibir. Luego, ayudados con una linterna, lejos —quiero aclarar— de aquellos cuentos de horror que a veces llegan a acobardarnos, en cambio con profunda tristeza e insomnio, la llevamos a esos grandes almácigos que hay en el patio, para enterrarla de raíz en esas tierras negras que precisamente por el rapto y la adrenalina nos resultaron fáciles de retirar.

Cubrimos ese cadáver onírico con las primeras hojas que el *autumn* dispersaba a contraluz, habiéndola terminado de sepultar antes de media noche, aunque —debo admitirlo— con evidentes rastros de estar ahí, depositada no muy bien, pero depositada al fin a nuestra vista, para que la brújula del firmamento guíe el rumbo de su defunción y nuestra fe nunca más la regrese del más allá. Después de todo la niña nos pertenece, aunque ya no se estile mandar a los cuerpos bajo tierra, para eso están los pudridores o los crematorios. ¿Habrá querido Zadha un final así? No lo sabemos, porque la muerte nunca estaba planteada, aunque en sus últimos días nuestros cálculos ya no cuadraban y tuvimos que entregarla en desmedro. Es más, sentimos que el cadáver ya no responde al nombre de nadie: volver a un mundo así de recóndito, asá de inconcluso, no se da todos los días y es innecesario, sobre todo para un cuerpo que ha fomentado la muerte con un fervor tan acérrimo que no merece objeciones.

Su hermana, más solitaria que nunca, ha contraído unos nervios inexplicables después del entierro, y la he visto tan demacrada y sin hábitos el día siguiente, que le he sugerido un viaje, como no lo ha hecho desde la recaída de Zadha (oh! nombre indeleble), pues nada raro que de quedarse inicie un culto inútil al cadáver. Ha aceptado y esta misma mañana ha partido lejos, con lo último de dinero que quizás le reste. Quedamos que a su vuelta (en unos siete días) tomaríamos decisiones respecto a los dos y a todo este asunto que nos tiene también desahuciados desde hace mucho tiempo, y que debemos impedir que masifique las muertes más el uno por el otro y el otro por el uno que por nuestras biografías, abandonados a nuestra suerte individual y terrena. Esa vida indistinta que al final de cuentas siempre nos renuncia, siendo el cariño o el odio lo que encarna la dimensión última de nuestras existencias, duela a quien le duela. Por eso hoy, si me dieran a elegir entre escribir y dejar de escribir, modestamente —pero firme al fin— elegiría lo segundo, aunque la escritura encierra siempre un cierto luto que ahora me favorece llevar. No obstante, las palabras son en este momento un recurso a medias, en parte por lo inexpresiva que se ha mostrado la realidad, exageradamente subjetiva y sin mayor sostén que su fábula, y también porque le hemos dado la espalda a la única realidad que nos quedaba: su entierro.

t27.

Usted dirá, aunque en el tumulto de cosas que traigo en la cabeza, presagio un año más sin recibir respuesta, indulto o lo que sea suyo; eso me hace suponer irremediablemente que se ha ensimismado en un espacio oblicuo a mi carteo. En **un lugar abolido, donde usted (o lo que queda de usted) se ha clausurado, quedándonos tan sólo goteras y goteras que se derraman por entre el cuerpo y poros, por entre la vida y la muerte, cincelando el apetito de las palabras. No la conoceré más que a la distancia, pero ahora** los sé que es capaz inclusive de fingir **nuestra amistad, arriesgando nuestros nombres en un horóscopo virtual, mientras vence el apetito por abrir las cartas y sobarlas. ¡Qué absurdo! Escribir sobre no será escrito, fantasear a expensas de la letra, cultivar tontas poesías en el imaginario de una muerte que no** lo que pronuncia más que aberraciones donde usted **y yo no rimamos más que en las íes de lo efímero y el bisturí. Epístola y diástole, cuadratlón de cobardías y descarados jueguitos que acaso usted lea por leer, sin agriar el sentido exacto, sin voluntad de entregarse que esconde tras las sábanas pensando que mi utopía** de plano al papel, al cuerpo no merece sus **palabras.**

Y no hace falta ningún horóscopo para deducir que usted —como mi niña-- está muerta, aunque no lo quiera admitir por un cierto laberinto **que la** recubre de **cristales opacos y egos sin esmalte; enceguecida por un cuerpo anterior que no se ajusta a la realidad actual, sin siquiera una aldaba que pueda sostener el destino y los equívocos en que nos abandona a veces la fe. No debería increparle, siendo que pronto llega Abril y se consumen las esperanzas de decir su nombre; muchas cosas han cambiado desde usted, sin hablar de su ausencia, siempre en primera persona, y a pesar que todo en todo es usted. ¿Sabe?, incluso al enterrar a la niña sentí como si enterrara vuestra última ausencia mas no mi soledad. Como** cicatriz, un ataúd en el que sólo cabía su si un emblema con su tarja se hubiese **postrado en las cámaras y recámaras de la hora suprema, crimen cuyo sacrificio último es el cuerpo, ese arcano que nunca más calará los escombros de la verdad. De todas maneras, pensándolo bien,** es insensato suponer que vaya **usted a morir a consciencia; me la imagino en cambio errabunda y agonizando el diantre de su vida fuera de la vista y de la escritura de todos.**

Más conjeturas no me competen: el **nuncio dirá,** el nuncio **escribirá. En tanto, he apostado esta noche por la soledad y por unas** *cidras de lilith* **para mejor socapar la muerte, si ésta —como dicen— se presta a los solitarios mediante fantasmas y espectros que asustan, así fueran parientes** o conocidos. **Eso ya** no me importa, **pero extraño beber para infundirme miedo y para** mejor **posar el cuerpo ante** los **grises y tristes días que se avecinan, teniendo a la mayor tan lejos de viaje, y a la menor tan allá perdida. De tiempo estoy así de solo, y si bien los doctores pueden llegar cuando se les antoje, debe estarles** ~~distrayendo~~ **retrasando el cerrojo de tan indescifrable vida, de existencia tan críptica que** a que han **creado a expensas de la muerte. De ese ser que entre médanos y artilugios ha nacido sin —digamos— haber nacido, emprendiendo un curso irreal del que llegará a saber no de mi boca ni de de su madre, sino del destino que todo lo** la soluciona a **su** manera.

No tengo otra cosa que decir, más que desde mañana retomaré los ejercicios a punto para vencer la quimera, si acaso mi ley es alejarme de acá a cualquier **parte de la inconmensurable realidad. De todas formas cualquier lugar es equidistante a**

la muerte; nos resta sólo saber los principios con que ha sido escrito nuestro destino y cantar a capela. Eso hasta que vuelva Esteva, a quien por cierto he despedido muy enrarecido, puesto que la veía como loca y repitiendo el nombre de su hermana interminablemente, como si de palabras estuviese hecha la existencia, nuestros vínculos. No obstante, ya tengo decidido para su vuelta decirle lo que su hermana nunca supo (sabe usted a lo que me refiero) y así calmarla un poco y enlistarla para un futuro que indefectiblemente deberá arrimarnos, por sobre nuestras sangres y suertes.

Sobre mí, qué más decir, qué maldecir, si el espiral de la vida me ha hecho enterrar con el cuerpo otro cuerpo, a saber el mío y el de otro en la fosa común del sudario, donde a la postre escribiremos las *parábolas del desvío.* Yo le seguiré escribiendo, pero prométame acercarse, ahora que el fuego ha cesado, acaso para ver las cicatrices, acaso para debatir la muerte. Quizá sea bueno retomar nuestros asuntos y diferir esta realidad inarmónica a lugares otros, paralelos a la bonanza de la sensibilidad añeja, del hurto. Quizás...

Réquiem para un cuerpo, réquiem para dos, para tres y para las existencias todas que aúlla el destino

K.

En tiempo escribir, viento estelar, MMXXXV

Veintiún días han pasado desde que Zadha no está, sin misas, sin orlas, pero con el luto impuesto por dentro y la gravidez real de la memoria, hoy viernes trece. Con el recuerdo letal y el naufragio ahora que ya no volverá —como otrora de sus viajes—, y porque tampoco lo han hecho sus ánimas, lo cual me confirma que ha muerto por la simple geometría de nuestro ingenio.., aunque resta saber a qué tanto llega su hazaña, estando ahora sola y en igualdad de condiciones que los interfectos. ¡Qué digo! Si sigue ahí, en el patio, enraizando la muerte en tubérculos infernales; en medio del wólfram y los litios que habrán los gusanos ya dispuesto; o mejor dicho, desmejorando la floresta que en estos días alza un vuelo abismal. Para qué ocultarlo, los investigadores ya saben que está ahí, y no han hecho nada para saldar su insepultura. Así les conviene —en todo caso— disimular a la muerta, que no ha perdido su ciudadanía y el bautismo, habiéndole llegado la guadaña tan invisible y a traición. Fíjese que se han asomado recién dos semanas después de que la enterramos, con el propósito de extraerle los pezones y la medusa que el niño precisa para la abducción (no sé ya si creerles aunque para mal). Obviamente no lo he permitido, y me imagino que ella tampoco, tan putrefacta entre las heces y tan delicada incluso en los huesos. Pensar que incluso muerta no le cesan las molestias y hace con la tierra como si dijera ¡no!

La situación aquí se ha agravado, por esa y por otras razones, entre ellas que Esteva no ha vuelto, y no se ha manifestado por ninguna vía, hecho que empieza a preocuparme puesto que no tenía con qué mantenerse por tanto tiempo y, peor que eso, porque no estaba en buenas condiciones como para guiarse sola entre las distancias y ansias extranjeras, más aún si consideramos sus penosos traumas y la menopausia que se han sobrepuesto en su psicopatía. Me imagino sin embargo que, guardando el mes de luto —entre olvidos y desmayos—, volverá decidida a comenzar otra vida, ya sin la muerta, para lo cual se está preparando, como yo hago aquí entre noches y desvelos. No lo sé, pero pensaba para esta carta escribirle sobre otras cosas, sobre asuntos que nos incumban, ante todo del deporte que he dejado tan olvidado y de vuestra amistad que presumo ha quedado en segundo plano. No crea, habré mejorado mi relación con las niñas y extremado mi aflicción por ellas, pero ese afecto —que no es fingido ahora— lo asumo distinto, como una necesidad básica pero no vital como la suya. Por nada le sigo escribiendo, sin que importe que los hechos y la realidad se encimen sobre los papeles como para no dejarme escribir, desapareciendo los sobres y agitando las plumas a contramano, abogando por un vocabulario herido y sin aristas que puedan triangular la verdad, es decir, contra viento y marea, e inclusive contra la *bubulina* de palabras que apenas sí manchan la angostura del maché, que acaso no terminan de decir lo nunca dicho.

No escribir es algo inimaginable, y acaso no hablar ha pasado por mi mente, no decir nada, por más que en el último tiempo haya recuperado un poco la carraspera antes viciada y muda; prefiero en cambio seguir un ritual sosegado como acostumbro cada que me enfrento al nuncio. A pesar del papel y de toda la guerra que subsiste en las fronteras, de todo el artilugio que debo montar para el dictado, como si me dispusiera a pintar lo que mis ojos ven de aquí para adentro,

por más que el retrato sea horriblemente oscuro y la biografía a expensas de la muerte, le escribo señora. No había escrito con esta paz desde hace mucho, me dejé llevar por las situaciones, por las trampas que el rapto y el temor le tienden a uno mientras duerme en utopías. He caído en ellas sin consideraciones, experimentarlas ha significado sin embargo escribirlas, es lo único que saco en limpio, ese presunto ejercicio que ya dirá usted si es mera filatería o un altísono honor a las cartas. Por lo demás, la extrañeza, la muerte y el abandono se han sucedido en desmedro de la letra, pero en beneficio de una cierta poesía para la que no me creo útil, la cual no me interesa.

A saber, estamos muy cerca de los *Juegos de Otoño, y* sólo el pensar en esos tifones y carabelas, en esos abismos, ciclones o en el sudor frío, los navíos y galeones, los aeróstatos y cometas, me alegra el sentimiento que hace unos días era impresentable. Miento, no sé exactamente si es así. Antes de Abril ha tenido lugar el menguante: ya nada es doloroso desde la muerta, por más que la luna —entre señera y convexa– me haya robado las estrías y leucomas, por más que me haya dejado la retaguardia inhiesta y con la espinal a la vista, ¡imagínese! Yo ya no me entero, todo es a espaldas y me río, porque a pesar que todo duele y perdura, asoma y ultraja, pienso que si morir es algo enfermo, la enfermedad es algo vivo...

¡Qué chifladuras me persiguen!; en fin, el *Tílger también* enloquece, pues es tiempo en devaneo, sustancia que daña incluso el sustantivo de mi muerte. Y para colmo Abril tiene en el *treinta* un nuevo menguante, lo acabo de ver, por lo que casi el mes entero tendré el cuerpo entre la espada y la pared, acosado por una muerte natural que ha comenzado a manifestarse en las estrías y el pelo cristalino. ¿O será la caspa del diablo, los espectros de la muerte, los espejismos del testamento? Vaya alguien a saber, si recién he tomado la bicicleta y algo todavía queda hacer con las prensas. De ahí en más mi cuerpo ha exigido sus músculos a contra-natura, y la flacidez de los costados ha perpetrado en las almorranas el recuerdo de un cuerpo —otro— impregnado en el cateto opuesto de este triángulo vicioso.

Y usted, ¿cómo está además de la heredad? El nuncio dice que su puerta ha tomado un aspecto traicionero, como si quisiera abrirse de afuera para adentro y no a la inversa, como si hubiese fabricado entre cerradura y cerradura un ciclo inmanente. A pesar de todo, entre la bagatela y las termitas, entre los mohos y el comején (siento exagerar, la verdad quisiera saberme en su bello frontispicio), siguen ingresando los sobres, por el mismo lugar que sin duda los periódicos —si los tiene acostumbrados— y las notas que le han de poner en sobre aviso. ¡Qué puedo decir!, no ha llegado por aquí nada de nada, tal vez porque si hay algo que decir es precisamente la nada, eso o recalcar la soledad y el insomnio.

A propósito, me han dicho los doctores que el niño —de nombre *UV Cell* (¡como las estrellas!)— ha ingresado en un estado crítico que resta por confirmar si es ciencia o mero descuido. Lo cierto es que mucho no me ha interesado, aunque lo han dicho como si de plano reconocieran su procedencia y estuviese yo desesperado en verle la cara. Lo peor de todo es que no terminan de culpar a la muerta por las imperfecciones que su estado ha ocasionado en la donación, cuando el niño debía todavía proveerse de su cuerpo como si fuera posible en las condiciones en las

que él mismo la traía, con esas hemorragias en los pezones y esos puses en el ombligo, esa tumefacción, esos... ¡Ah, no quiero recordar¡, su visita ha terminado de enfermarme, y no tardan en regresar una vez más puesto que desean saber— dado que el niño trae mis genes— si el menguante será igual en él que en mí. Nada lo quiera, porque a pesar del recelo que le guardo, sería triste ver a ese ser empañado con los males que aquí, o con las cicatrices que atrás en la *x-nocturna* hube dejado; disparatado como yo y sin una luz de belleza. Ni qué decir de tenerlo tan moderno, tan afanado en enfermedades malignas sin apenas haber nacido. Que yo recuerde, por lo menos estuve en pie y sin achaques hasta más o menos la edad suya, ¡los cuarenta señora!, recién después el *Tílger* amenazó, primero con dolores intestinales y *polillas de lepanto* (migraña de las estrellas), más luego con tremendos hurtos que usted ya sabe; pero masacrarlo desde el vientre, eso es terrible y no lo deseo —obviamente-- para nadie, me resisto incluso a creer que le han embutido una *malva carroña* tan imperfecta como la de esta muerte en potencia.

No quiero confirmar nada, pero supongo que si me echan al olvido es porque han visto en la criatura nuevas ciencias que mi cuerpo y mi factura ya no les da más que para la infesta y el drogativo. De todas maneras, hay que estar siempre atentos, ya que la vida jamás nos previene de dislates mayúsculos como éste, necedades que sólo la muerte asume, ya sin las medicinas o el poliéster que otrora paliaban el dolor demente. Sepan los médicos que yo a la enfermedad la tengo por cómplice y si ella o yo debemos morir, a nadie más le atañe que a nuestros empeños, y al pacto que alguna vez hicimos de no tocarnos la agonía. ¿Entiende?, Zadha se ha ido, Esteva está que desaparece y usted como siempre escondida tras las lápidas y el carteo; sólo entonces mi fiel escribano —en parte—, pero indefectiblemente yo y el *Tílger,* debemos afirmar esta irrealidad que si tiende al panteón, será encabezando del cortejo fúnebre, siendo nuestros cadáveres —en definitiva— derroteros de tan sagrado peregrinaje.

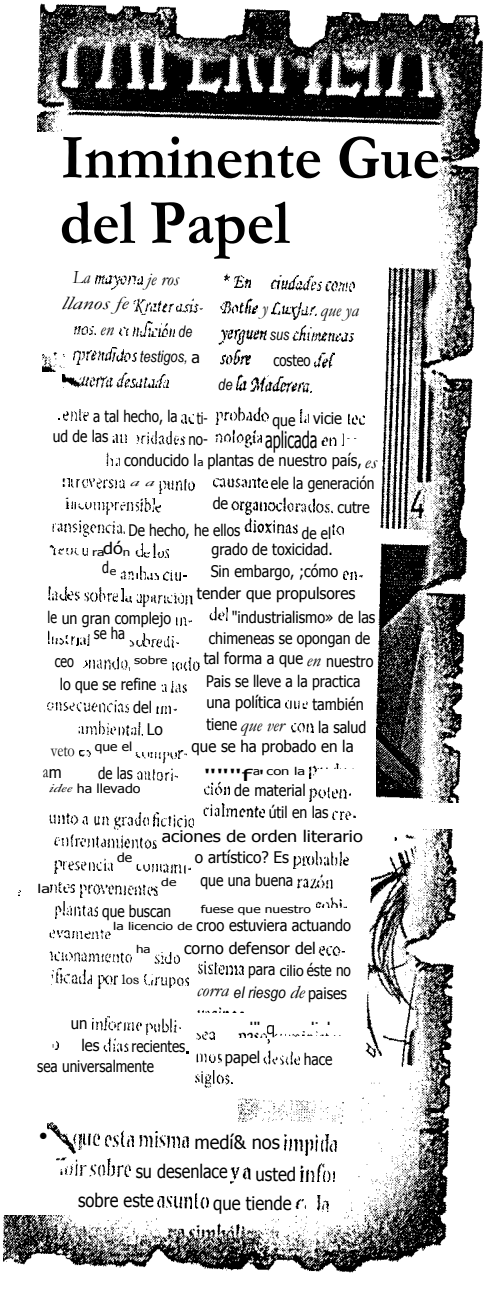
Que nadie consuele a los muertos, que nadie disponga los lugares a los que pertenecen, porque sabe usted y sabe el nuncio —saben ambos— que a una micra del destino, la vida se desentiende y estamos todos prestos a infringir esa línea que nos divide de la verdadera muerte, ya sin identidad ni eternidad que valga, sin otro motivo que la purga.

Tenga a bien mi presente, que la muerte es una...

K.

··· Escribir es cosa de todos los días, pero escribir de verdad lo es sólo de dos y un tercero que dista en la maniobra. Pero mantenerse en silencio, eso si no es de todos los dias, y cuesta tanto o más que escrutar las palabras una a una. No sé si yo mismo habré escrito, porque parezco haberle dado una valencia a tan extraño mineral, a tan recóndita escritura que probablemente hoy no duda en escribirse sola. Y quién dice si acaso ni él escriba ni ella lea, pues qué caso tiene hacerlo si el movimiento de nuestras manos es otro, si la realidad ha desvirtuado nuestras terribles fábulas, haciendo que ya nada pueda ser dicho sin su cábala.

Ella ya no espera sus cartas. y él se aferra en escribirlas, sentenciándome a semejante utopía, en la que no cabe el deseo más que la vil fantasía. Con tanto aplomo, la vida pesa y la noche cesa, pues confieso haberle escrito yo mismo —de mi puño y letra— algunas breves cartas, depositando ninguna en las postrimerías de tan achacosa soledad, sólo por parecerme inoportunas a su muerte... [Nuncio: U, 23]



Inminente Gue del Papel

La mayoría de los llanos fe Kraterasis- nos. en condición de *sprendidos testigos, a* *uerra desatada*

** En ciudades como Bothe y Lucyfar. que ya yerguen sus chimeneas sobre costeo del de la Maderera.*

.ente a tal hecho, la acti- ud de las au oridades no- ha conducido la ntroversia a punto incomprensible ransigencia. De hecho, he ecu ración de los de anibas ciu- lades sobre la aparición le un gran complejo in- lustrial se ha sobredi- ceo mando, sobre todo lo que se refine a las ensecuencias del im- ambiental. Lo veto es que el compor- am de las autori- ídee ha llevado unto a un grado ficticio enfrentamientos presencia de contami- lantes provenientes de plantas que buscan evamente la licencio de cionamiento ha sido ificada por los Grupos

un informe publi- o les días recientes, sea universalmente probado que la vicie tec nología aplicada en l plantas de nuestro país, es causante ele la generación de organoclorados, cutre ellos dioxinas de el to grado de toxicidad.

Sin embargo, ;cómo en- tender que propulsores del "industrialismo» de las chimeneas se opongan de tal forma a que en nuestro Pais se lleve a la practica una política que también tiene que ver con la salud que se ha probado en la ar con la p ción de material poten- cialmente útil en las cre- aciones de orden literario o artístico? Es probable que una buena razón fuese que nuestro ambi- croo estuviera actuando corno defensor del eco- sistema para cilio éste no corra el riesgo de paises sea mos papel desde hace siglos.

que esta misma medí& nos impida oir sobre su desenlace y a usted infor sobre este asunto que tiende c. la

Paperfilia ultranza, quantum onda, MMXXXV

El papel ya no me alcanza, estimo que más no estaré —de este lado del buró—, aunque se condensen las horas por un espacio tan prolongado de mundo. Es cuanto puedo decir sin faltar al hado, que es verdad que incluso escribir es algo por confirmar escribiendo, y ahora que me es cuasi imposible sin incurrir en errores que sólo al nuncio inculpen... Será en otra ocasión, se lo prometo, no obstante la llaga sea la que destile el ultimátum de palabras también desde distinto lugar —ruegue...

K.

''' Cuanto menos uno se fía del tiempo y cree asegurada su hora final, sin que en ello medie la nicotina o el asalto de nuestras fuerzas. Pero el margen de error es a veces tan grande que no llegamos a nacer, sólo nos enfundamos de un servicio bautismal que ahoga la gracia, la consciencia y el primer suspiro antes de caer maltrechos en la savia de los cuerpos. Pertenecer a algún lugar es desheredar al resto, sin importar la índole de nuestras relaciones, el paso y la distancia que a veces acometemos contra el prójimo indefenso. Qué lugar es éste, debiera preguntarme, alarmándome al fin por movida tan adversa, a siglos del camino real que nos enseña el horizonte. (...) Yo aquí y mi amigo allá, dispersos por la ráfaga de mis pasas, con los barcos de papel aferrándose a contracorriente. Mi amigo aquí y yo allá, depositado en un sólido artilugio de las cárceles, absorto de causas y con la mirada fija en la ventana equivocada. Sí, allá, derrotándome los últimos resquicios, sometiéndome a tan prologada faena que dista del agar y las bruces. Identidad absuelta que cruza la ciudad para encontrarse, para cristalizar la vida, para opacar la muerte. Sin yo que valga, sin pena ni gloria, sólo con un papel en las manos que sea capaz él mismo de escribir, de contar las cosas que no pasan, de afanarse en tareas que nunca sucedieron ni sucederán. Atracones y remembranzas de un banquete invisible dispuesto en la mesa de los innombrables, de aquellos que han tejido su entelequia a contraluz, afianzando los puntos débiles, y sin raza que se les parezca. Encapotado el cielo de sólo vernos, de acercarse allá a ver quién se equivoca, quién toma cita con las contradenuncias. La dosis imaginaria de vida y un cuerpo que se exime de decir, que habla por sí sólo por las llagas y el averno, que grita sus vértebras y jamás hace silencio pues irradia sombras y depone la pirotecnia con que se ha incendiado la espera. (...) Mi señor no está aquí, está allá, pero escribe las postales nuestras. Sus originales son apenas la lacra que sella el destino tan ultrajado de palabras, la permuta de palabras que convenimos, a saber, por sólo capricho, a saber porque las palabras al llegar acá ya no están, han variado su curso, se han derramado en el camino, han perdido el sentido y el sendero que acaso su lejanía les confería. Un rompecabezas hecho de anagramas, de lipogramas y letras que han clausurado su pasado; una tentación entre las íes y las jotas, entre las trincheras y el interlineado donde se aposta el cuerpo de anatemas. Y si me preguntan, no sabría qué decir sobre esas palabras, porque las palabras no se escriben ni se dictan, sólo se depositan en una fantasmagoría visual que silba el tiempo, en un espacio lóbrego que decomisa el significado sideral o austral de ésta o aquélla. Los nombres nos pertenecen y yo me pertenezco por esa sola trasposición, por ese juego que calca la contienda, que anuda el plagio en perpetuos escritos. Anverso o reverso no importa; importa la cantaleta de epigramas, el contraste fuerte que sucede entre término y término, entre umbral y humareda. Museos enteros estrenan esas palabras, esas virtualidades adiestradas sin remedo, sin acaso vidriera que las contenga para ver el paso repentino del segundero y las distancias. (...) Y no estoy aquí, ni dejo de estar allá, porque las palabras dictadas con esmero, tachadas en el aire y suscritas en un intervalo de tiempo insondable, tampoco están aquí o allá, jamás están. Ni en la remitente ni en la transmisora, ni la interjección ni en la paralela, solamente en ese ciclo de fuerzas que hace que unos deban reproducir y otros ausentar. Una pantomima traslapada, un lenguaje de ventrílocuo que rechifla, un engarce de sonidos que se vuelven ruidos, y ruidos que se vuelven en últimos suspiros. *Mea culpa* o pecado original, no es el verbo la vida eterna, no es el verbo la guadaña, lo sabré yo que hago de testigo en tan acalorado juicio, en tan insana memoria que se esfuerza por imposibles y por toda la utopía del mundo que reina a causa de esas palabras, de ese bastión intratable. (...) La menopausia a cuestas en el cadáver, la autopsia del silencio, las radiografía del iletrado e ilustre señor que llena las fuentes, de agua y de tintas, de *maremuertos* y océanos. Quizás él no me permitiría esto, quizás las palabras tampoco, pero la distancia aboga por un destino, tanto suyo como de sus palabras, y en ese afán la dicha es pura si hemos de callar así la guadaña que nos divide el alma. (...) Y esa mujer a la que escribe hoy tan lejos, desaparecida entre las cartas, desnuda de nuestras palabras y diametralmente opuesta. Jamás he podido hacerme de una de sus cartas, nunca sus palabras me han sido dadas; tal vez porque ya no escriba, tal vez porque jamás escribió, salvo ensalmos y galas que muy bien no van con la orla y la defunción. Mi señor espera, lo sé porque he estado más cerca que nunca,

esperando yo también la inminente misiva, esa realidad nos pertenece por puros deseos, en el postillón de la gracia ajena, tan esquiva a la puerta, tan desahuciada. El muerto puede hacer todo menos escribir, lo sé yo y aquellos que han muerto, barajados en una soledad sempiterna que galopa en sus cuerpos, en las ansias de escribir escribiendo, en los yerros de habiendo escrito no haber dicho más que palabras. Esa mujer escribe pero no dice, está allá pero se anula, sale a pasear y no la vemos, probablemente porque todo le ha sido dado menos firmar su sentencia, corregir el breviario y los indultos, ayudarnos desde el más allá a resolver esta quimera contigua. (...) Y es que no es recomendable dejar de escribir, por mutilada que esté la vida, por insulsa que sea de describir, siempre hay algo en ella que nos impele la injuria, el rebato o alguna poesía a rastras. Una causa perdida es todavía una causa, un silencio es todavía palabra, de una sílaba está hecho el mundo siempre y cuando demos con el código con que está cifrada. Ella ha escapado de toda convención, ambidiestra como se muestra, pero sin una pizca de palabras, sin nada que le gotee por las espaldas o a hurtadillas. Pues eso mismo nos ha llevado a tomar recaudos, por si las palabras llegaban de una, sin avisar, en cestas y canales, en los periódicos y enlatados; pero nunca jamás, si tan sólo el 'no' famoso, el 'no' inóvulo pudo tanto más que la prerrogativa, que la tautología de sus nombres y el gramado ecuestre donde podrían librar la contienda. Y yo a veces en un bando, a veces en el otro, sin frontera que valga ni uniforme que me reste el principio de la escribanía, sin referís ni espadas, sin el régimen, quiero decir, de quien tiene la palabra, la última palabra y no sabe empuñarla. (...) Pensar que estamos más unidos que nunca, más en el mismo rumbo y atajo, aunque no deje de estar yo a sus espaldas, como un traidor que no enseña las manos más que para escribir, como un guardaespaldas que esconde la sonajera y el lenguaje que él ya no puede. Como si le hubiese dicho todo, como si ya hubiésemos consumido todas las palabras, hoy vencidas, en el escombro de las cartas. Porque no saber escribir es la cosa, pues precisamente en no saberlo hacer radica la fama y el dinero, y acaso nosotros que sabemos, que tarjamos los demonios y versamos distinto, que somos capaces de decir lo mismo en otras palabras, no podemos nombrarla más que así, no podemos convidarle a este duelo sin ponerla en sobre aviso. Enclaustrada memoria la que nos sostiene, encomiable pensamiento el que nos debate, ella no escribe porque no quiere, él escribe porque precisamente ella no debe, para acaso teorizar este axioma, para de algún modo borrarnos la memoria de tan imprecisa meta que nos hemos trazado no sé cuándo y por qué. Yo insisto, con las palabras que me quedan, por las horas que a ambos nos restan, a fin de solventar ese grueso de palabras que sin mencionarla la deletrean, por no otra razón que rastrear las paralelas y hacer que el destino las convoque, no sé si en refriega o amor, no sé si por mera casualidad o en punto, pero sí para canjear tremendo umbral que sopesa nuestros futuros. (...) A nadie se aconseje no escribir, como acaso ahora intento, salvo en las pausas de la memoria y en el intervalo de extremo sentimiento. Trastear la moneda, fijar el momento, no morir al escribir, existir escribiendo...

Linde inimaginable, halo galáctico, MMXXXV

Le escribo desde otro lugar, desde un exilio interior —también— pero sobre todo desde otro lugar, esfera abolida por la realidad donde se fabrican las guadañas cuando no la propia muerte, mascaradas negras de bellas fauces que ahora deseo. ¿Estremecería? Nada quiera a pesar de tan corta letra la última vez, sólo la prisa hizo posible ese espanto. Ahora mismo no me es posible escribirle con los atributos que otrora, más que un antídoto al silencio, intervalo que acaso la distancia funda en cotas harto lejanas e inalcanzables a nuestra mirada de bala perdida. Escribo, si acaso me acusa escribir, para averiguar si aún desde aquí se observa su nombre, **prórroga del más allá; sólo por probar si su cuerpo mantiene** las glosas de **la letra muerta, de la mudez absoluta y de los ruidos ensordecedores en que a ratos se convierte la soledad. Preguntándome incluso si el efugio de vuestra inexactitud mantiene los zondas y horas de mi huso** horario, para saber si el espacio i**maginario está a la vuelta de la esquina o sigue aferrado al infinito.**

Abril: me han traicionado, o siento yo mismo haber fabulado tremenda situación que hoy no puedo fechar sin homenajes, que **no** puedo testimoniar sin fomentar **una larga espera de puro arrepentimiento. Sí, quizás hoy, como nunca antes, el dictado ocupe la mitad de la charla, puesto que he esperado largos días (estamos a mediados de mayo) para que el** nombre **más que intenciones de** en la entelequia de **los letrados.** nuncio llegue a este lugar de locos que no tienen asir un lenguaje etéreo, habla salvaje que me aísla

No es **un decir, de verdad estoy** más no puedo rodeado de insignes e ilustres y no de gente, y **modelar la realidad sin infringirle daños de extrañeza que acompañen esta escena. A estos cuerpos que entre maniobra y maniobra han dibujado el olvido, entre los corredores y las cortinas, entre la luz y el calabozo que tienen de frente y en todo recodo que auspicie el deterioro de las formas, de las identidades que aquí son lo de menos. He tenido que refugiarme así, en el** *Panóptico de ElfHouse,* **haciéndome pasar por un demente —que lo estoy si alguien pregunta—, para hacerme de un rincón apoteósico donde situar mi** cuerpo ahora **que estoy tan lejos de las máquinas y de mí mismo, de las interfectas y de todo cuanto antes circundaba mi pleno dándole una razón de ser. En cambio, hoy, me encuentro escamotado entre las vaciedades y el eco, entre dos mundos situados a la siniestra, ante un facsímil mal copiado de la** realidad, pero auténtico al fin en **medio de las oquedades y el aciago del mundo entero. Explicarle lo que pasó sería como fundar la herida en estos papeles, sería como continuar escribiendo en los muros blancos y sin gracia, con las areniscas invisibles y el cincel calcáreo, despojando el miedo de sus** arrabales para estrujar el tiempo, dando cuenta de nada ni de nadie.

Si supiera a qué me refiero. Es decir, a que no sólo han matado a mi hija y han permitido que la otra se desperdigue en las dimensiones ocultas del barreno, también se han encopetado **con mi enfermedad, atribuyéndose su biología que** más no me pertenece pero **que engalanará los museos y el hospicio. Por eso he** huido, rompiendo el pacto que me tenía cuajando el destino, detenido en la frontera donde el tiempo es sólo tiempo **y ahuyenta la estancia, precipitando el vacío e**

incluso las gravedades del sueño, las lujurias y químicas en desvelo. Siendo que el *treinta* (menguante) ha sido una de las noches más terribles y de mayor ultraje, alojada la enfermedad en mi cuerpo, ya sin compañía y cuan huésped infame, ocultando el dolor en ciactrices, silenciando la refriega; sin los restos de cortinas más que una cábala en negro que me depositaba en la más profunda de las oscuridades, en el envés de la realidad, en uno de los tantos hitos de la muerte antes de la propia muerte. La luna mengua, el cuerpo también: 3 libras menos y a las ijadas en elipsis; aunque debo decirle que acá, a diferencia de allá, han calificado las hemorragias como un cierto masoquismo, nada raro por estos pabellones, aunque otras tantas cicatrices han aparecido por doquier tras la luna. Estigmas, sí, por aquí y por allá, lugares en los que incluso yo mismo no hubiese podido imponer un golpe, aspecto mórbido y escuálido que me ha merecido la burla del resto de los enfermos. Hay motivos para reír a veces, pues ellos han visto en mis heridas el doble impacto de la guerra y del papel que es de lo que les loqueo cuando puedo, sin saber si me comprenden, sabiendo al fin que sí.

Pero los días siguientes, otra vez infundados como desde hace años, entre *radriagmas*, máquinas y fluxiones, no han hecho cosa otra que catar las fobias; miedos que hoy y anteayer y hace bastante tiempo fueron indefectiblemente un espejo de la soledad. Tenaz intemperie que cuando se avecina no hace sombras ni viento y ya está adentro, embotada en los colores grises del corazón, en las savias salvajes de la sin memoria. En fin, todo queda atrás de solo saber que mi nuncio ha dado con mi paradero, invertebrado como me encuentro, ha sabido entender el código que ahora nos vincula, como si nuestras vidas de tradujesen en isótopos y diátomos ingénitos. La verdad es que creo que no ha sido sólo suerte que haya dado conmigo, con el mojón de la soledad que por un momento sentí a millas de su percepción, hay quizá una explicación asaz la sobredosis de nuestra química.

Le explico: de tanto esperar a Esteva —según recuerdo— y teniendo a la otra olvidada entre escombros y humaredas de una imaginación atroz, estuve al borde de la consternación al saberme solo, mano a mano con el vacío, sin ningún artilugio que medie la rutina y el encierro. Fue así que me pescó la noche y los días siguientes encopados de tristeza, en el ángulo superpuesto de naturas y éteres, sin más alarma que la memoria, sin más sonajera que el lenguaje de la penumbra. Así llegaron a verme los médicos de turno, palidecido por los escuadrones de recuerdos y ataviado por una pena intraducible; llegaron, sin embargo, sólo para empañar la transparencia que mi cuerpo había adquirido de puro miedo y desfallecimiento. Me hicieron saber de entrada que finalmente el niño había muerto (¿,un artificio puede morir?, me pregunto), y que yo habría de firmar unos documentos por mera formalidad. Negándome al fin, sin otra audacia que mi necedad, les estrujé los papeles en la cara al leer que se trataba de otra de sus artimañas. Lo hice en parte en venganza por el niño —que muerto al fin vuelve a ser un feto— y por su madre, no sin antes percatarme que lo que el documento subrayaba era que mis células depuestas podrían reproducirse —si acaso yo firmaba— una y mil veces para ultimar el jadio, para fecundar mil vidas y mil muertes al compás de la misma estrofa —del mismo y letal performance de existencia impura. No lo hice, a pesar de las amenazas, pues bien sé que de cualquier modo falsificarían la rúbrica a expensas de mi suerte. Con todo, mi negativa y toda decisión tomada ese día, empieza a cobrar sentido ahora en el

exilio, y no menos justificado es el hecho que me haya refugiado en este confin donde el mundo es apenas una ranura con poco brillo.

Pero eso no acabó ahí, pues salieron de casa ya sin revisarme el cuerpo, sin dirigirme la palabra más que el reojo, sin haber conseguido lo que querían aunque gritándome con el seño lo que esto me costaría. Nada fuera eso si es que al menos me hubieran explicado cómo murió el niño, el hijo de Zadha (que ahora mismo no lo sé), aunque sospecho que su desenlace debió ser al natural, si a pesar de todo descartamos el hecho de que vivía del *plextro contrauterino* y había sido reintroducido una y otra vez al vientre de su madre para escarbar con él la placenta y obtener así más líquido que el vaginal. ¡Maldito recuerdo! Hacer de la vida un legajo de papales es todavía aceptable, pero dotarle de un bisturí sin tinta ni hábil, es ya sobornar la existencia. Y mire que eso fue sólo el entremés del martes violento que me esperaba. Lo recuerdo, pues de no ser martes jamás me hubiese podido refugiar aquí, noche en que se encuentran de duelo, por usar alguna metáfora, y cualquier insano puede traspasar la puerta al laberinto de oscuridades que es este lugar.

Fue el día siguiente que el destino se apresuró, con las manos del nuncio sosteniendo el periódico, casi como un histérico (con la encomienda vespertina y el necrológico a rastras), cuando me enseñó la sección en que —horrenda imagen— aparecía yo, dibujado por una hoguera de colores y cuasi desnudo, dando la completa impresión de un cuerpo *contra-adánico,* destruido en ambos flancos y por toda horda. Me lo enseñó, digo, con la violencia que sólo un espejo puede causar en un alma autista, con la monstruosidad que puede el cielo sentir al verse en la mar, atajado por las olas que nunca más flamearán el vértigo del horizonte. Ese momento me puse pálido y atacado por una realidad que había sido hurgada de raíz, despojada de su propia virtualidad, sin importarle al usurpador los sentimientos que también las vejigas y retinas poseen, en las simientes y altazores que acaso sufren en igual proporción que el corazón. *Y* para colmo, el nuncio no retiró la imagen del ángulo en que cruzaba mi espantajo, dando acaso con la lacra que me derretía bien por dentro, asestando el pudor en potencia, en el óvalo y dédalo de los bemoles. Según me explicó, esa imagen había salido esa misma mañana, a manera de propaganda, para auspiciar uno de los tantos programas de la *L-Fost:* la expulsión de *víruses y varices* que se supone medio mundo sufre.

Supe, finalmente, que el texto que acompañaba tan estrepitosa imagen, resumía todo mi historial en palabras entretejidas por mentiras que mi propia memoria había filtrado, endemoniada por los más bajos augurios y hechizada por una especie de olvido inteligible. Lo peor fue que todos esos datos estaban acompañados de algunos comentarios desenfrenados, como que de la placenta de Zadha (obviaron su nombre por suerte) obtendrían las encimas regeneradoras de aquellos niños que hayan nacido con el *VO Fost* (el *Tílger,* sí), y en eso también trampearon. También adjuntaron una baraja de apuntes que dañaban la autoestima y harían lo propio con esta escritura, si no fuera que me tiene usted paciencia incluso cuando más mis palabras se malcrían. No crea que soy incapaz de abstenerme de reproducir la oscura escarapela, el hado, el humor y rumor que encandila las venas y letras de los asuntos fortuitos que hoy nos toca vivir, pero no se diga usted

inocente del hecho de que cuando todos leen, nadie miente ni desmiente la prédica insensata que —se lo juro— ni el tiempo ni otras mil palabras podrán borrar.

Y es que todavía me cuesta creer en semejante absurdo, aunque en ocasiones la biología incurre en desmanes ajenos a su ciencia como la nigromancia o las *deltas del tabú,* incluso cuando se supone recíproca, atacando los valores y la moral, meciéndose en los laureles y eutomas de la saciedad. Es decir, si mal no entendí esta vez, que podrían haberme salvado de la plaga aplicándome las enzimas y el líquido de la placenta en la ábside o diástole o no sé ya donde, para regenerar la parte sustraída por la urdiembre y el maleficio. Eso si en los bancos de placenta tuviesen los fluidos del cuerpo de mi madre, hace medio siglo desaparecida, o si las emulsiones de mi hija develasen que la reacción es parecida. Claro está que no saben —lo sabrán en el juicio—, que Zadha y Estevan no son en realidad hijas mías, y no sé qué dirán: ahí tienen a la una en fósiles para las pruebas y a la otra ausente en las fronteras. Se darán cuenta entonces qué lejos estaba su ciencia de demostrar hipótesis tan modesta, truncada al fin por estos pormenores que hice bien en mantener en secreto. A pesar de la decena de oportunidades que tuve de utilizar la noticia para encender fuego contra el enemigo, muy al tanto ahora de su punto débil, y consciente ya de que los grandes teoremas se van por la borda tras pequeñas confesiones que fungen como anticonceptivos.

Tal vez usted ya se ha hecho una idea: todos estos asuntos desencadenaron un fenómeno centrípeto en la punta de mi lengua, quiero decir en el lugar donde el cruce de fuego se había tornado indecible. Nubes de tormenta, bastiones abandonados, ciclones, no sé cómo explicarlo sin decir que mi cuerpo había dado origen a un caldero de monstruosidades tal que su volcán estaba él mismo en llamas. Eso sin contar que aun en las cenizas escribí, agazapado por las luces rojas y violetas que acaso sólo fueron Marte y Júpiter rayanos en la antorcha *valparaíso.* De ahí mi rápida decisión de dejar la casa por las malas vibras que le habían apoderado (lo mismo que a la anterior), y por lo mal que se comportaban mis nervios de sólo pensar en enfrentarme de nuevo a los médicos y a los agentes otros de la miseria que hoy me embarga. No se lo hice saber al nuncio sino por medio de un comunicado urgente que inventé, invadido por una demencia ficticia, la cual me permitió —por su prolongada dosis— llegar a este panóptico.

En efecto, dejé bien sentado en las paredes de la casa, en diagonal opuesto a los almácigos, que me iba con tal rencor que prometía iniciar causa contra toda la *Fost* y colmarlos de maldades si es que me perseguían. Debo reconocer, sin embargo, que para entonces mi rumbo no era otro que el desconocido, con el *Tilger* de la mano y un montón de lugares inopinados en la mente. Así lo ideé y así lo hice, habiéndome prometido noches antes sentar con letra clara la venganza en palabras de aquello que en cuerpo es improbable. Con tal de lograrlo, me estiré lo más que pude para signar a lo largo y a lo ancho de ese muro color hueso las ráfagas, cúpulas y esdrújulas del último mensaje. Recado indeleble que en letra grande y prolija pude escribir más vigorosamente que en el corto papel que sus cartas, aunque la caligrafía me era inútil. Ahora dicto, no está demás aclararlo, aunque cuando una enfermera se acerca hago como si balbuceara y violentara palabras sin sentido que el nuncio hace bien en desdeñar.

Las fuerzas ya no me daban, pero más pudo la voluntad, siendo que escapé del lugar apenas terminé ese mural de letras, sin mayor estima ya por los aparatos que me vieron escapar sin permitir al destino una última pulseta. Además, hice el sobrehumano esfuerzo de salir a la calle, cerciorándome que traía en uno de los bolsillos del saco el papel con la dirección del nuncio, escrita por última vez en mi *letterpress*, para no hacer tan fortuita mi llegada al panóptico y dejarles saber que si a alguien tenía, era nada más y nada menos que a un cómplice de esta bengala, que es lo único que me queda de próximo, en vista que a Esteva se la ha tragado el mundo en algún opíparo rincón de la nada.

Eso fue a media tarde, con la adrenalina propia de los cuerpos tumefactos, enervándome en la calle y embarrancándome a un destino sin destino, no sin miles de ayudas, y gracias sobre todo a uno de esos *bus-bots* que cruzan las ciudad por entre los bosquejos, hasta caer en el reducto de la triste ciudad: *Luxfar Krater*, ahí donde nunca me había atrevido, donde los paisajes son simétricos, circundados por rugosidades que hace mucho no veía. Lo demás es historia, estoy aquí, escribiendo largo al fin, babeando y con el amigo, enarbolando la alegría de las lágrimas aunque sin saber lo que ocurrirá el siguiente minuto, el venidero menguante. Línea tras línea, me la imagino preocupada, pero debo decirle —si es que le conviene— que tengo decidido que no estaré mucho tiempo aquí, aunque salir es mucho más imposible que entrar, puesto que de la locura no se vuelve sino tras la muerte. Los pabellones no me gustan, la oscuridad es un estado que todavía distingo, no obstante, se supone que despertaré del delirio la siguiente que el nuncio regrese, decidido a sacarme, como acabamos de quedar.

Déjeme contarle esto último: Aquí hay otro escribidor, que hace sin embargo poesía, en medio de las ventanas que son para él el aire a inhiesta y en las sombras que encuentra a cada paso; sí, el poeta. Hay otro que —sin embargo— no lee, se obstina en cerrar los ojos en la cifra de su convicción. Y así puedo contar la historia de cientos de hombres sin nombre que parecen traer el espíritu dolido y el cuerpo demás, escamoteando los ruidos y sinsabores, humedades y todo. Quiero decirle con esto que hoy no escribo —ni de lejos—, porque además de todo la adversidad, el destino me ha entregado a una camisa de fuerza que ahora debo llevar. Ya se imaginará cómo quedan los estigmas en la sien y el vespucio. Apenas salga, iré en vuestra búsqueda, aunque sé muy bien que elegir uno de los cardinales, teniendo la estrella y el sino volcados, hará que todo se torne prodigioso, intentaré sin embargo.

Con todo, de sólo adentrarme en este mundo de locos, podrá usted pensar que he dejado de vestir de seda y cordura. Pero no, acaso —por último— el intento sea morir, mas antes el ópalo, en dirección opuesta a la vida, sentenciará el lumen y el lamento de esta causa acérrima. El papel: una boleta que el nuncio logró filtrar en cuatro copias; las atenciones: buenas si me permiten escribir.

Se lo prometí, escribo ahora aunque desde otro horizonte —no se impaciente justo ahora, acercarse no estaría mal.

Encadene nuestros cuerpos el azar y la memoria —las dos o ninguna— para sabernos eternos a la beldad...

K.



PAPERFILIA

Carcelero de Lux

Anathon Lie admitió *haber* mantenido encerrada a su hija Francis *durante* 34 años en un nulo construido *O* el jardín *de* su *casa* mientras la violaba, *a consecuencia de* lo cual engendró siete hijos. El anciano también *reconoció* que uno de los niños *nació* muerto y que quemó el cadáver en una *caldera.*

051010 del Flanco Barril', ...ano ya ha sido bautizado, se ...esis ió a declarar en un primer momento. pero ayer decidió rece- ...é la doble vida qua mantuvo ...urante casi cuarto de siglo. ...ulo localidad donde se desarrol- ...aron tan truculentos hechos, a ...nos 13 kilometro; al oeste de ...uxfar nadie, incluida increíbles ...ente su propia mujer.

pechaba que llevaba una exis- ...encia paralela desde el cambio de ...délo. fecha en que decidió encer- ...a Francis en el sótano y man. ...erla esposada. Poco después, le alertó a la Policia local sobre desaparición de su hija. un ...es después entregó una carta ...O hatea obligado a escribir a la ...epta Freneis, en lo que esta ...dia que nadie la buscara.

confirmó qua tres de los ...s de Francis habian sido ...sladados por su padre a la casa ...anilla y que posteriormente ...abian sido adoptados por el ...monio. La explicación que dio a ...espose y a los vecinos fue que ...ranci abandonaba la seda cada ...a que se quedaba embarazada y ...o entregaba los Dinos sin más. ...os otros 3 hijos nunca abandon- ...sobre ...bierta.

El a...

Una puerta de tin de alto en Wat, el acceso ...rano

El baño

Acceso a recámaras

DATO

La secuestrada tiene ...tualmente 45 años. aunque tiene el aspe... de tener veinte m...

Todo se destapó cuando Ai... la mayo: de la encerradas, que ser hospitalizada por u... problema renal genético 7 fruto de un incesto después que la madre le indicara a su carcelero y violador que la chica corría peligro de muerte. Al ces hospitalizada, se encon... tró un papel en el bolsillo d... enferma que su madre h... escrito pidiendo ayud... Policia sospechó algo raro e... investigó hasta descubrir un...

Lumilia escribir escribir, libración lunar, MMXXXV

Ya son más de tres semanas que estoy aquí y no me acostumbro, aunque bien sé que un lugar de locos es el umbral inexpugnable a fin de proscribir el mundo, sin dejar rastro más que el de la vendetta contra la suerte de los mortales que se agitan en las calles lo mismo que nuestros antiguos entre las aguas del Diluvio. Con todo, tengo planeado irme, habiendo demostrado los últimos días un poco de sanidad, contraria —en todo caso— a las maneras tan desquiciadas en algunos y tan de luto en otros. Empero, sé perfectamente que el *Tílger* de mañana podría diferir la extrema providencia y entregarme a la paranoia de los otros enfermos, Y es que en este inframundo de la locura todos son uno y ese uno no es nadie; de hecho, nadie sabe quien soy como yo tampoco sé quién es quién, a pesar de las complejas identidades en que se han enfrascado algunos.

Mientras la realidad coteja la *santísima creación,* aquí cada sujeto hace malabares con el cuerpo y vigilias con el alma, imaginando acápites y fronteras en la zeta de las oscuridades embriscadas por la luz mínima e infértil que cruza los pasillos. Un mundo extraño y propio, donde la aventura de las almas ha descongelado el cuerpo de su triste realidad, movilizándose por fin a sus expensas, en esperpentos que de noche no dejan dormir e incluso en hombres que enseñan sus piensos desprovistos de la artimaña de las palabras, lenguaje ya sin tapujos, leyendas e historias, dramas por doquier y al final de todo divinidades que habitan la irrealidad de sus propias entelequias, atiborrados de visiones, planeando algunos, volando otros, algunos muertos, otros encopetados y valientes, e infaltables noctívagos que no creen en el tiempo más que en el ocaso de un cosmos bizarro. En fin, cuerpos del vacío y de la nada, en diagonal a la muerte y a malformidades físicas como la mía, enfermedades que simple y llanamente traducen el plantón que las criaturas deben aguantar antes de hacerle guiños a la bóveda celeste que flanquea la parca...

Abril, ¿he merecido alguna vez este ensueño, esta ligera connivencia entre el deseo y el destino? No sé cómo contarle todo esto, tendría que verlo, y más que verlo sentirlo, más allá de la piel y en el enseno, quiero decir en los sortilegios y juras que atestan nuestro desquicio.

Pero mañana por la noche los satélites menguan y se me hace vital escarpar las nuevas soledades que el mundo otro de los sensatos ha forjado en base a un credo fantasmal. Esta noche será la última, sin dejar de avivar un poco estos vicios en la fauna salvaje que afuera se regodea, entre edificios y maremuertos del ser de los seres, anticipándome a las palabras que el nuncio pronuncia en mis comisuras y de la estrella repelida en diáfanas luces de neón, que es usted también maremuerto y patagonia. Le escribo cuando tenga papel y posibilidades de poner un punto aparte cuando me venga en gana, mientras tanto le digo que nadie más ha preguntado por mí —olvidado que estoy, veremos por cuánto—, aunque el nuncio me ha confesado que han ido a su casa a sacarle más palabras (que él no otorga sino a capela y en las vuestras) y que además han publicado desfachateces otras en los diarios, volviéndome acaso famoso, prófugo al fin de esa misma fama. Se lo contaré después, siempre y cuando esta carta llegue íntegra y usted la lea sin

ausencias —erratas y todo. Dormite tras las noches y haga un signo a capricornio o a cualquier constelación que encadene nuestros destinos ahora que no tengo un punto fijo, ahora que usted vaga.

Noches de espera en la penumbra, bastión enceguecido de dioses...

K.

Falcón de recuerdos, nueve grados zodiaco, MMXXXV

Es muy temprano, no para escribir, puesto que debernos el nuncio y yo dejar este lugar antes que levante más sospechas, antes —en definitiva— que sea totalmente lunes y nos descubran acá sustraídos en la escritura, que sería una tonta manera de acabar esta historia. No me va a creer, después de hablarle tanto de acosos y persecuciones, después de tanta paranoia, hoy me encuentro en la pira del delito, en el punto neurálgico de esta historia donde quizá todo este disparate dio inicio sin yo saberlo. Yago acá, en la casa de mi nuncio, lugar abolido por tanto tiempo, estancia imaginaria que él me refería muy de pasada en sus visitas. Hemos llegado ayer en la tarde y ya nos vamos hoy, antes de las seis, para no alterar el rumbo de nuestro escape. Déjeme confiarle, sin embargo, que no pretendemos ausentamos de esta ciudad, aunque ello signifique errar por errar, sin la plena costumbre por la calle, habiendo de comer en cualquier taberna y de dormir bajo el aguacero de noches lúgubres. El destino es así: un largo camino que a veces nos tiende trampas, atajos indistintos que no sabemos franquear, a pesar del guiño —contra viento y marea. Si acaso usted leyera mis cartas, mis cartografías, las láminas enteras do señalo el itinerario de mis emociones, no tardaría más de una noche en dar con mi paradero, con mi nombre o con la aldaba que encierra el cuadrinomio de la muerte. De todos modos, los mapas de la ciudad serán siempre escritos, sin contar los inmensos recorridos y riadas, cada uno de los cuales guarda infinitas historias a las que sumo este breviario de sólo hacerla soñar. Átomo de la vida, instancia del último suspiro: respiraciones boca a boca, letra a letra, eso es lo que somos, eso y nuestro cuerpo en vanagloria.

No hace falta que me lo diga, sé perfectamente que no hemos hecho bien en venir aquí, cuando ya el nuncio me había alertado que los investigadores (médicos o policías, ambos) habían estado rondando cerca las últimas semanas. Pero aprovechamos que ayer era domingo y que difícilmente vendrían a inspeccionar su reducto, cuando no hoy que ya es lunes, día de trabajo. Además, él necesitaba recoger algunas cosas, pues ya hemos convenido en hermanar nuestros destinos por el solo augurio de la escritura y usted, para no truncar una historia que sobrepasa a las novelas, en definitiva, por no perdernos el desenlace en situaciones disímiles, para no bifurcar el anhelado paisaje que esconde la quimera final, más allá de que usted no lo comprenda, más allá de que no se esfuerce.

Con todo, debería advertir que aquí o en cualquier lugar radica nuestra ausencia, sin decir que la distancia es como una paralela del deseo imbricado en óxidos y dióxidos imposibles de atravesar a nado, improbables de prever sin un sexto sentido. Ya podrá imaginarse cómo es la casa del nuncio: haces y recodos donde se ha apostado el anonimato y la fuga. De hecho, no le miento al decirle que me ha impresionado estar unas horas acá, siendo que no hemos dormido como era nuestro propósito, a saber porque tampoco hemos dejado de conversar sobre lo que aquí está y no está, ¿me entiende?, recuerdos. Desde la última carta cosas muy extrañas han pasado. He podido salir del panóptico no el día que me propuse (le dije que no iba a ser así de fácil), sino dos jornadas después (imagínese, con otro menguante a cuestas). Y no ha sido precisamente mi decantada lucidez lo que los ha convencido, ni el mar de súplicas que para entonces era el nuncio, más que

el conflicto de saber quién era yo en realidad y a qué punto llegaba la demencia no de mis sesos sino de mi cuerpo entero, toda vez que en esta ocasión el *Tílger* ha rastreado la corteza y todo el cuero craneal, trastocándome la frente y mudándome de apariencia en irreconocible designio.

Así, he logrado convencerlos que me dejen ir, y lo han hecho atentos además de no caer en falta por —de alguna manera— encubrir mi extravío, cuando media ciudad me anda buscando, a saber porque cargo un virus letal y porque soy un adefesio que merezco nuevamente ser enjaulado. No malinterprete mis palabras, dejo de reír, pues en verdad eso han difundido en la radio y como supondrá, la *L-Fost* está detrás de todo. Yo sólo me esfuerzo en no perder la memoria y en narrarle todo cuanto puedo al nuncio, para que en caso de afrontar la justicia, no se me escape ningún argumento, que los tengo, a pesar que ya ninguno en papeles, además de lo que le escribo como fiel testimonio de mis días y noches. No se preocupe, jamás le pediría las misivas de vuelta; aunque el pelotón de fusilamiento esté listo, guardaría en mi memoria el haberle escrito a sabiendas de la muerte. No se diga más.

Desde que he dejado la *ElfHouse Market,* sólo he dormido un par de noches, como un andrajoso en el sector del amparado por el frío que distrae el dolor pero despierta el alma. Porque la noche callejera hace miedo y uno se espanta hasta de sus sombras y el único obstáculo que impide caer echados a nuestra suerte y hendir el olvido es precisamente ese coágulo de espectros. El nuncio no ha estado ahí la primera noche, pero sí los días siguientes en que nos hemos refugiado en una baldosa y luego en un albergue, quiero decir en esas despensas donde llegan los *clandestinos* bien de noche y huyen apenas madruga. Siento que la libertad no es algo dado, debemos sostener su pesado precio por más que nos hurte el hado y no hagamos con ella más que ser libres, a expensas del compromiso de la vida y de la estrechez del destino. Comprenda, ahora más que nunca quisiera que usted me haga parte de su vida, de las cosas que hace y luce día a día, noche tras noche. Pero es más que imposible ahora que me he vuelto un nómada, un vicioso de los otros lugares que no sienten pertenencia ni a su propia vecindad. Cuerpo indeleble, anonimato a cuestas, tíldelo como quiera pero no deje de sostener con sus palabras la marioneta o el castigo, que a algo debe tender la vida y no sólo a ser vivida, así por así, por encargo de la *guía.*

¿Contarle yo? Nada más que he pasado momentos hermosos aquí, como si estuviese en casa, ataviado por la espera, pero interiorizándome de lleno en cuanta historia descifraba del nuncio: álbumes por aquí, recortes por allá, escritos por acá y un sinfín de recuerdos que en unas horas me han transportado a un pasado que le pertenece en paralelo al mío. Eso y una serie de experiencias que de dejarlas guardadas aquí se hubiesen quedado sin maravillar, apostando al olvido o sin cauce que las deposite. Repito, gracias a ellas por fin he conocido cómo era su esposa y a su hija, ambas muertas hace años, pero como si renacieran ante mi bajo un sustrato de la fantasía y la imagen. Ni qué decir de las fotos de infancia y de todo cuanto ha quedado atrapado en el recuadro añejo de las estampas, unas en blanco y negro y otras en el tecnicolor actual.

De no ser por ellas, tal vez los recuerdos hubiesen sublimado el insomnio, dado que en este fuego cruzado de palabras que impelemos unos contra otros, el nuncio se ha visto en desmedro, pues casi no lo dejo hablar y mis palabras —debo reconocerlo— saltan al campo de batalla sobre las suyas. No sé si en las transcripciones que él hace de mis cartas importunará alguna palabra a nombre suyo, algún guiño de su propia cosecha, quizás no. A través de estos álbumes, sin embargo, he comprendido esa dimensión atajada por el silencio de mi amigo, pues él casi no ha hablado sino para contestarme pequeñeces, porque lo que las imágenes decían era una totalidad, un absoluto que sólo la utopía sustenta de manera tan prolija y sincera. Ahora mismo no podría describirlas, pero todas ellas me dejan áspera la sensación de haber olvidado en casa las suyas, las mismas que jamás volveré a ver o a leer, ni a tocar o sentir en posesión, con todo lo que ello implica. Aunque ya he revelado en la mente más de una fotografía —más de una caligrafía— en que su figura se mece, pactar con la ausencia siempre es algo improbable, por más intentona que hagamos, por más literatura que derrochemos.

No entremos en teorías, pero tampoco nos abstengamos de decir que si en algún lugar se funda el recuerdo, es precisamente en el olvido, o en las cosas que destilan las horas y el tiempo, que lo son todo si hablamos de recuerdos, de instantes desamparados de nosotros, bajo el nudo señero de la soledad y la amnesia. Luego el recuerdo no está, o es incompleto, se desdice y da paso a la memoria, que si de recordar se trata, lo distorsiona todo a razón —precisamente— de quererlo todo, de ultimar las palabras en función a un pasado risueño. Sin embargo, lo que he vivido las recientes horas en el hogar de mi fiel escribano me ha hecho reflexionar sobre este asunto, en especial sobre el carácter de una realidad empastada de recuerdos, ya que si de algo no hemos de vivir es de metafísicas o cosas por el estilo. Desde ya, un manto en cobre ha de velar la realidad, no sin antes reflejar la distorsión de las dimensiones ausentes. Para amar se necesita un cuerpo y quién sabe si también otro u otros, tanto como para guerrear es indispensable la carroña, y así en aquellas cosas en las que anhelemos transferir indistintamente la pócima, el sentimiento o el acabose. Precisamente porque es menester hacer tangible el amor, no sólo persignarlo, sino atarle a la cruz y desviar la mirada al punto exacto donde se condensa la química y la dádiva. Perseguir el recuerdo vivo y también el muerto, el cadáver como la reliquia, y no se diga que es imposible si acaso no dejamos de advertir que el hombre ha matado a más hombres que el mismísimo tiempo, y no otra cosa podemos hacer más que menoscabar tan ruano silencio.

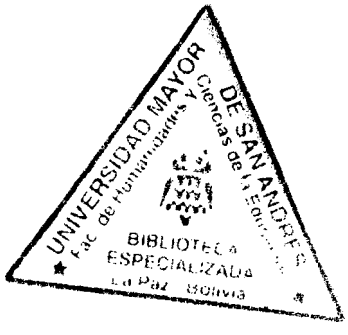
Esa ha sido otra revelación, aparte de las fotos y álbumes, de las cartillas y trofeos, ya que desde hace mucho tiempo no veía ni sentía la visión que a veces trasciende el occipucio. Endemoniada dinámica de imágenes que nos transporta —sin líneas cardinales ni cartesianas— a donde uno quiera, desconcertados ya de nuestra estancia, del pacto que a veces hacemos sin remedio, ajenos del efecto colateral y la muerte. Quizás convenga ahora preguntarlo: ¿le gusta el rugby? A mí me fascina, porque no he visto juego alguno en que la fuerza y el cuerpo estén tan fundidos al espíritu, al ímpetu de llorar el sudor de los bastiones, traduciendo el orgullo en sangre y la impotencia en una velocidad que a veces daña, pero que por sobre todas las cosas enarbola el sentimiento empañado por los perfumes y derrotas.

Porque hasta hace unos años mi mente no había recalado en ejercicio alguno con el cuerpo que tenga tan poco límite y tanto amor, tanto pundonor y sentimiento escondido en la faz tibia de las fijaciones, en la musculatura de las beldades. Si tan solo encontrara un poeta, o una musa y un trovador que pesase en quilates lo que su alma, entonces ensoñaría día y noche en las glosas y estrofas del borneo; pero hay cosas que deben verse y eso es el coraje de los hombres, de las voluntades que superviven en el corazón y en la heredad de estos dioses humanos que encausan el alma por la piel herida y gallarda. Acaso no le parece hermoso observar esa columna de próceres y mártires, cantando el himno de su verdad sin siquiera entonar y sólo gritando lágrimas al horizonte; sin perder la escala de sus cuerpos ante un mundo contra el que hay que blandir el corazón y las vísceras todas que el alma esculpe. Ese es el *brío imposeso,* mi fuerza de voluntad, la brizna de mi vida: ver a los cuerpos intrépidos defendiendo no su fuerza ni su opinión, sino el espíritu de voces y sentimientos otros agazapados por el olvido rival, en campos dispuestos cual territorios en los que uno debe dejar caer su cuerpo para enarbolar el alma y los ideales sublimes de la fiereza...

Van a ser las seis, otra vez se hace difícil dictar, y ya debo despedirme, acaso más valiente y con menos cuerpo que nunca. Indemne de lémures y fémures que desde este momento deben resistir el embate de la distancia, absteniéndome de contar las reliquias otras que hoy mi nuncio deja en su altar. Los cuadros, las cédulas a pura tinta y sudor, los libros y periódicos encadenados a las escrituras y estructuras del tiempo. Habiendo forjado un espacio propio, una cripta, se aleja hoy de estos espíritus que otros tildarían de vilezas, de burda e inerte materia, sin saber que al trasluz retienen historias y versos que ni los rapsodas de antaño ni las pasiones actuales podrían asir. Prometo escribir, no sé cuando, no sé donde, quizás por último tocando su puerta o despachando la encomienda sin remedio...

Allá de donde escriba, desearé que usted también escriba...

K.



…sin faltar a la palabra, creo que si alguna vez el papel nos faltara, caeríamos en deshábito y jamás recobraríamos esta crucial maniobra, tan a la medida de nuestros silencios. Es difícil seguir esta gestión en paralelo a la *Guerra del Papel,* en una cota tan vigilada como la nuestra *y* a través de esta máquina de hacer fábulas en que se ha convertido el obituario y la remesa. Nada queda en nosotros as? de manifiesto, aunque esta extravagancia no resulta extraña a mi señor, pues él ha dejado de asistir a sus exámenes sólo por extremar recursos en lo que dice; y por si fuera poco, ahora habita el tragaluz que es donde se ilumina, donde puede dictarle al aciago mundo los pormenores *y* el calibre de su muerte... [Nuncio: 0, 1]

Escrito de agravios, planetesimales en zud, MMXXXV

Escribo sin la certeza de estar escribiendo, como antes, en papel de hornija y con el barbijo puesto, en aras de la realidad más urgente, a trasluz de las escrituras en tinta, encimando las páginas de la hiel entrante y sus bemoles —de pleno pudor. Ya sabe usted que —a pesar de todo—, de la mendicidad y la anonimia, con las calles a cuestas y en cinco direcciones, a pesar incluso de los transeúntes indóciles y de las rinconeras do se escribe el historial de la muerte, continuo escribiendo, tal vez a usted o escribiendo al fin a la posteridad de las escrituras, que hoy han debido rebalsar su propia imaginería, difuminándose en la demagogia de las imágenes que escalda la memoria de los entrecruzados, de las víctimas del pánico que se mueven simple y llanamente por entre el desasosiego.

Con todo, hemos decidido con el nuncio venir hasta acá, millas atrás de nuestro punto de equilibrio, arriesgando la economía y las ecologías todas que hoy nos sostienen sin saber si mañana. Hemos llegado —digo— a las recicladoras o, mejor sería revelarlo de una vez, a la única que acá se yergue en desmedro de las demás. Semejante travesía —no por la distancia, sino por lo absurdo del asunto—, nos ha valido los últimos *fullcoins* que guardábamos en las *bolzetas,* capital de reserva que hemos arriesgado en esta empresa para hacernos del tan anhelado insumo, sin importarnos ya su papelería o escoria, pensando al fin que aún hierven en sus esteras —oh funebrero.

¿Hace falta que se lo explique? Hemos hecho todo esto confiados en que mi amigo reciba unos billetes en lo que viene, siendo que está desempleado y le corresponde el beneficio desde hace mucho. Ojalá no se lo nieguen tras la desidia inicial y la burocracia, que sin esas décimas, nuestras vidas cancelarían todo contacto de subsistencia. No hay más que decir al respecto.

Sobre las papeleras, como verá, no hemos encontrado nada que pueda servirnos de simiente, más que un riguroso control en la venta de pliegos sucios y desabridos que han de acabar en las escrituras apremiantes de quienes puedan pagarlas. La sola desdicha me ha infundido esta pesadilla: a los dos caminando desvalidos hacia una estructura enorme, revestida del blanco guadí del yeso y de oleos que detentaba, entre pilar y pilar, un grueso de palabras recalcitrante: *Museo del Papel.*

Esa sola imagen me ha devuelto a la intemperie de las hojas que brillan un legado fértil, aunque me imagino que a estas alturas ya no obsequian ni un retobo. De hecho, debe ser imposible calcar el ámbar para así palpar el oleaje oscuro de los esténcils, y mucho menos estampar escrituras en la superficie tupida de escarza y rojete. Acá, en medio de tantas fábricas fantasmas, esperaba un mejor destino, pero es como si un millar de personas se hubieran adelantado a mis sueños, habiendo hurtado con las fuerzas que no me quedan hasta los saldos y la materia prima de tan codiciada comunión, sin decir que las cuartillas hoy hacen falta en el boreaje de las esquelas.

Quizás hago mal en pensar que yo y sólo yo —a pesar del nuncio— escribo, y que nadie más lo hace, cuando parece que hay mil almas en pena, muchos cuerpos

dolientes que no se aguantan de entintar. Escribir y jamás dejar de escribir, asaz en el papel o en las basuras, en todo lugar donde sea posible; sólo imagínese: como las hostias que en medio se dejan escribir, como las albas y las ciénagas, como en los murales y el piélago. Pero también dejar de escribir para afuera, intentar acaso en la propia mano, en el cuerpo pálido que cuántos poetas quisieras tatuar de *expulsas,* pues el dictado a veces se convulsiona y el nuncio no puede sino refregar el tornasol en sus puños, en la cádiz de mi cuerpo deleble, para luego transcribir las letras que no han cesado el encargo. Pero no sólo de mí viviría esta escritura, —no solo de usted—, sino en sí misma, en sus ganas de expresarse por cualquier vía y con cualquier guía. Obviamente el nuncio escribe ahora en las partes lisas, en las ijadas, en la sien, en las ancas y en el anverso de los fémures que todavía cosquillean el umbral de las íes.

Por lo demás, no hay dónde escribir, siendo que el sagrario de nuestras partituras ha depuesto su música en desmedro del adagio epistolar. Con decirle que han malversado los carteles y el pregón de la *Fellstrage, y* los basureros han sido vaciados, dejándolos sin fondo ni vahído que nos valga un estupor. ¿Comprende ya?, esto es sólo una mímica de la escritura, ya no nos percatamos siquiera de los amores o de si usted se ha dignado en recibir los residuos de la utopía, de esta quiromancia con tanto rescoldo —a no ser su escrúpulo.

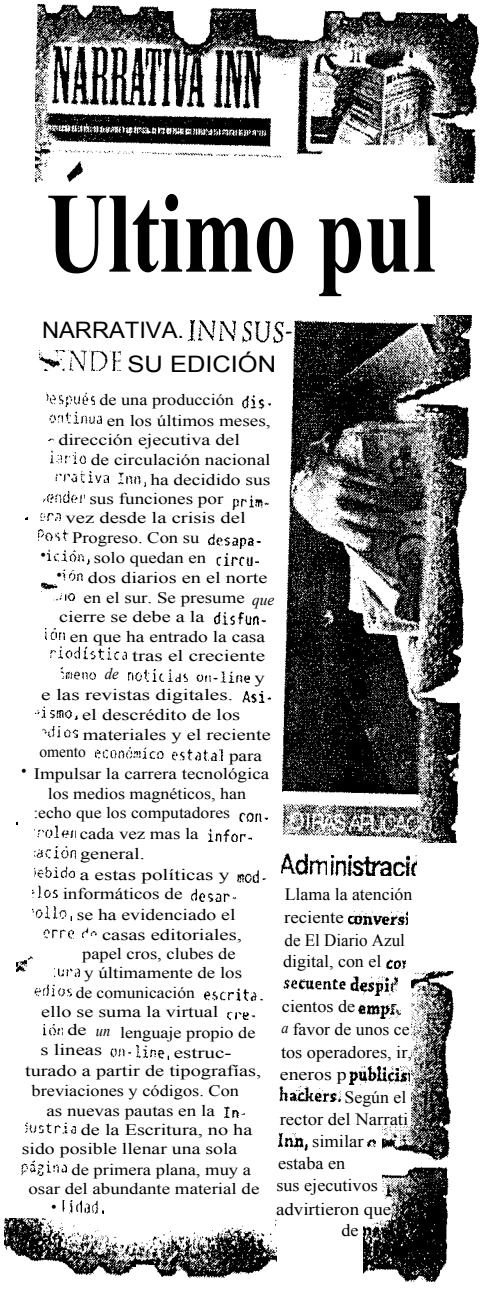
No sé exactamente en qué cardinal estamos, y si el huso horario responde a nuestras entelequias, pero el viaje no ha sido vano ni la espera tonta, habiendo plasmado tantas cosas en la memoria, en la piel o donde sea que hayamos desembuchado las palabras. No obstante, sin siquiera importarle nuestra espera, este lugar se ha llenado de fantasmas, cuando otrora, en la juventud del nuncio —según me cuenta— su naturaleza desbordante suponía un mejor destino, con las manufacturas en boga y las papeleras en un ir y venir de fantasías. Cuesta imaginar ahora esos cúmulos de papel acumulado en las esquinas, brillando la esfera azul del deseo, como para que cualquiera pueda alzarse un par de legajos, algunos rayados, otros prescritos, saludando no obstante la orden de los mortales que predicaban el *excursus* de la letra. Hoy las máquinas son fósiles y los cuerpos de los trabajadores autómatas afanados en elementos nuevos, sin glucosa, sin un escarnio de la naturaleza muerta que hoy supervive en las estancias y praderas fronterizas. Ahondando el coeficiente de la desventura, y nosotros a un costado intentando recoger las cenizas que tiznan escrituras ilegibles en las palmas y a la vista. ¡Si supiera qué es estar aquí!, fabulando tormentos, bajo ensueños que desdicen —una vez más— el diluvio de las resinas, un aguacero cuasi virtual de algo que pudo ser papel, de algo que supo acaso escribirse y que ahora nos cae como lluvia ácida en caligrafías irreproducibles y en letras intratables, manteniendo la distancia que nos separa de la nunca tan lejana verdad; flan deshacen ~~en la apócrifa alabarda~~ del refleje, qué sé yo...

No vuelque la página, son las comisuras de una escritura apeada entre otras, causa inescrutable de la desesperación, aunque un facsímil de la realidad que hoy le toca vivir a vuestra enmienda y a la correspondencia ajada, la misma que de hacerse más sufrida deberá extremar sus pautas. Hemos sorteado como hemos podido estos primeros cinco días, sin ágape ni nada que se le parezca; gozosos al fin de nuestra libertad, aunque indefensos ante un destino indistinto a las

sospechas. Decirle que el ayuno dejó de ser voluntario, a sabiendas que el sudario de los últimos calores del sur derrite las pieles y todo lo que traen encima, convirtiéndolas en pestes, en desechos tóxicos o de afecto...

Un futuro insalubre nos espera aquí de todos modos.

K.



NARRATIVA INN

Último pul

NARRATIVA. INN SUS-
NDE SU EDICIÓN

Después de una producción dis-
ontinua en los últimos meses,
dirección ejecutiva del
iario de circulación nacional
rrativa Inn, ha decidido sus
ender sus funciones por prim-
era vez desde la crisis del
Post Progreso. Con su desapa-
rición, solo quedan en circu-
ión dos diarios en el norte
no en el sur. Se presume que
cierre se debe a la disfun-
ión en que ha entrado la casa
riodística tras el creciente
meno de noticias on-line y
e las revistas digitales. Asi-
ismo, el descrédito de los
dios materiales y el reciente
omento económico estatal para
Impulsar la carrera tecnológica
los medios magnéticos, han
echo que los computadores con-
rolen cada vez mas la infor-
ación general.
ebido a estas políticas y mod-
los informáticos de desar-
ollo, se ha evidenciado el
erre de casas editoriales,
papel cros, clubes de
ura y últimamente de los
edios de comunicación escrita.
ello se suma la virtual cre-
ión de un lenguaje propio de
s lineas on-line, estruc-
turado a partir de tipografías,
breviaciones y códigos. Con
as nuevas pautas en la In-
dustria de la Escritura, no ha
sido posible llenar una sola
página de primera plana, muy a
osar del abundante material de
lidad.

Administraci

Llama la atención
reciente conversi
de El Diario Azul
digital, con el cor
secuente despi
cientos de empl
a favor de unos ce
tos operadores, ir
eneros p publicis
hackers. Según el
rector del Narrati
Inn, similar
estaba en
sus ejecutivos
advirtieron que
de

Letra procesal, mes dracónico, MMXXXV

Cartulario, alegama, sétsura y palabras todas que se agolpan por mi causa, arrepintiéndose quizá de haberme tildado, de haber consagrado la maniobra, sea ésta la historia en escaparates, la ley o el juicio. Sólo vuestras misivas no ofrecerían censura, a pesar de tan intraducibles palabras, de lenguaje tan parco y sin comedia que de crédito a la felicidad, sin tragedia que sostenga las últimas íes —inescrutables del todo. Sabrá que ahora cuesta predicar hasta las falsas palabras, adormiladas como están por el infierno absorto que dilata las distancias en pugna. ¿Qué tendría que decirle sino?, después de haber vagado so pretexto de la *noia*, embrutecido por lo mismo que envilecido, en la mente como en el cuerpo, por tener que enfrentar el acecho todo este tiempo, entre fosas y esperpentos, entre casas embrujadas y lupanares, en los barrios de extremo este y farallones que cultivan la imaginería de quienes escriben sin vivir, de quienes viven con el testamento bajo el brazo: Han dado conmigo, ya hace varios días, aunque me permito ahora escribir sin que nadie me escuche, sin que nadie advierta la alquimia y al nuncio, por entre la distancia que nos separa —a él del pabellón, a mi de la corte. Hasta aquí hemos llegado, permitiéndonos acaso este extravío, tan violento y urgente que ni usted daría con las áncoras que nos han impuesto.

Imagínense, cambiar la faz de la libertad por este encierro que nos impone la injusticia, negándonos a escribir a diestra y siniestra, por donde vayan las líneas —por donde se derrame su entelequia. Eso no ha impedido, sin embargo, exultar los manuscritos, pues no va a creer usted que hoy se me hace escribir en la cabeza, cuando no por las manos; pues a veces ellas mismas gotean por los poros de las palmas, recrudecen —ellas mismas— el estigma e infarto. Sólo los bordes del escarnio perfilan la inaudita misión de dictarle al nuncio a la vista de todos, en una operación que supera la ciega fe y al resto que —como dicen— es del tamaño de un grano de mostaza. ¿Cómo han dado con nosotros?, pues por el *Tílger,* que no se ha aguantado de sangrar toda la noche y gritar fuerte en la madrugada, a pesar mío, como un ventrílocuo que fomenta el eco y algo enloquecido pide auxilio, sin mayor razón que el decomiso de las pocas fuerzas que ahora mismo tengo de saber que me ha abandonarlo. ¿Quién?, no la enfermedad, sino la palabra por la palabra, me refiero al deletreo nocivo que repiten en extensa explicación los médicos de la *L-Fost* para —vaya ironía— encerrarme nuevamente a expensas del mal y la luna.

Verá, no han dejado ni que me mude de ropa, apostando en cambio por esta apariencia andrajosa y muy dejada a menos, que imagino me hace ver como un enfermo sin remedio, como un adefesio pseudohumano que no espera la muerte de puro aborrecimiento, de solo rehuirle a la realidad de los instintos. Quisiera ahora mismo desnudarme, mostrar las inquisiciones en el cuerpo y el maltrato a ultranza que serían mi único argumento ahora que no cuento con vuestros votos y que el nuncio se ha abocado a escribir —como le he ordenado. ¡Vaya novela! Arriesgándome en personalidades que no me conciernen, en aspiraciones que muy a nuestro modo subvierten la tristeza cuan presagio del olvido. Convertidos el nuncio y yo en los residuos de una mortalidad hablante, caminante y expectante, cuando los demás tenían el pasado ya vencido, colgado en los botiches y el felús.

Sí, nosotros, adueñándonos de imágenes apócrifas que inventa el amartelo, tentando a lo invisible, acariciando el frontis de la humedad que ahora es mi vida. ¿Qué puedo decirle? Las frases sueltas y la memoria ultrajada por el propio recuerdo son lo poco que queda; escrituras y remembranzas que a veces son imanes opuestos que en la piedra del mundo se disparatan hasta perderse en equívocos y experiencias adormiladas por el daño que acusa el yermo.

La noche del veintiocho fue menguante, día antes soñé con Esteva ausente —total y definitivamente—, previniéndole a mi fiel escribano sobre las galaxias y ultragemas que rondan el espacio, pero sobre todo llamados a comunicarnos silenciosamente, con el cielo encapotado de estelas y vientos que disuadían la *fase luz.* No era para menos, pues quizá a nadie le interesen los satélites más que a nosotros, vividores de su destino. Al menos yo, tan pendiente de estas lunas convexas que me precipitan, encargando mi cuerpo a las negruras de su propia fatiga. Lodazales en el firmamento y osas negras, ornamentos que tiñen las ascuas *y* el *rojo Marte* que brilla su espaldar. Debieron los investigadores estar más atentos que nunca, sabedores ellos de mi desdicha, sublimando la magaña, sin prever qué tan corajudo es mi cuerpo. Claro, preguntándose si podía aguantar el embate de media noche sin pedir auxilio, sin del silencio que a mover ni una pizca de la temible, sin arrebatar la pócima esas horas acrecienta. Ya ve que no pude, porque para el día siguiente había perdido tanta sangre por las venas deshechas que yo y mi cuerpo estábamos para desmayar. Además de eso, de usted reconocer que hoy las drogas no circulan en cualquier mano y poco podía hacer entonces el nuncio por solucionar lo que días antes ya habíamos temido. Por eso eché a gritar pidiendo auxilio, mudamente sí, pero con la batahola encima, eso y los ruidos abdominales que empañaban la realidad de las gentes que de madrugada sondan los ribetes de la calle; ya a unas noches de morir, sin papel en mano que me valga un epitafio, una última voluntad llena de ficciones y luego... ¿quién le cuenta?

Ya no hay necrológicos ni diarios en las calles, la gente ya no comenta y las radios han callado hacia adentro cuando más me urgía el clamor de sus voces, una certidumbre de existencias que posibiliten la fe, sin acaso repartirse el guión de muertes, el papel principal de vuestro desenlace. Así y todo han callado, pero en especial los periódicos, cuya ausencia se siente sobremanera, ya desde hace mucho pero hoy con notable seña. Empero, bien sé que cada página, cada epígrafe o titular diría cosas otras y jamás sembraría palabras sobre usted o de mí. Siendo así, la realidad se aquieta, se desdice o, mejor dicho, ya nada dice con las palabras apeadas a las pocas subsistencias, lenguajes sin catáfora ni apóstrofe, sin eufemismo que valga, sin siquiera deprecaciones y prosopopeyas que detengan la marcha funeral, el cortejo de brújulas y esdrújulas que nos llevarán donde sea a razón del séquito capital; en fin, acicalando el olvido y su salvamento, todo a la intemperie.

Eso sí, la realidad expele los murales de la imagen, de las propagandas y slogans cuan letra muerta enajenada por la heredad. Esas tantas imágenes que castran el deseo, que impiden a huestras sensibilidades últimas asistir al pelotón de fusilamiento para impedir la desvergüenza de la muerte. Esas imágenes en devaneo que coartan el silencio, y las palabras en su envés aspirando el mismo verso que se agita en nuestras vidas conjuntas u occisas. Mientras, acá, en el

credo del lenguaje, las palabras se pierden en un timbre de voz cualquiera, en los bolsillos y alpargatas, en todo. La *Guerra del Papel* también se ha agravado, ya ni escorias quedan, ¡qué digo!, ni retazos ni muñones que perfilen la bienaventuranza en decasílabo. Buscando estamos en los vertederos, mas sólo hallamos —a mucho hurgar, a mucho pedir— papel de aluminio, vinilo y sustancias otras que repelen sentimientos...

Disculpe, sólo traigo explicaciones, excusas que no van con las palabras; por eso no le escribí las últimas noches, nómadas como estábamos, hambrientos e ideales, atracando los anales del recuerdo y las vivencias en sepia que repasan el umbral. Hoy hasta esos ecos han perdido asidero y resta sólo pertrechar las paredes de este juzgado, las caras de las gentes, las sillas, los pasillos, la sentencia aún no escrita... y en un recodo de mi habla, al nuncio encasillando las palabras que ya no puedo.

Llegará esto en un papel extraño, sin sobre (ya nada importa, ni el protocolo), pero recuerde que si algo en alguna parte he de escribir, será a usted y nunca jamás una respuesta al mundo.

Que los velos de la noche no enfunden nuestras vidas... nuestras muertes ni todo lo demás...

K.

Falsos testigos, ciclo metónico y saros, MMXXXV

Invierno, frío, encierro. ¿Qué otras palabras puede la muerte esgrimir? Si son pocas hoy las cosas que dominan la realidad, aquí o celda adentro, en la entraña o en las cavidades de un cuerpo a secas, compaginado de notas que ya no son más de a dos. El nuncio lo sabe todo, más incluso de lo que mi mente pudo verter en favor del recuerdo. Si tan sólo quisiera él escribir, quiero decir, si tan sólo pudiera yo cederle espacio en estas hojas para que asomen las cosas que hierven en su interior, vestigios de un silencio que pudiese enseñarnos la ventura, un puñado de palabras absueltas de culpa, inconmensurablemente libres. Eso, sin embargo, es pura contingencia, pues no debe ser fácil para un hombre escribir —y no parar de escribir— sin decir algo propio, sin poder moderar las pulsiones de una escucha que desde su perspectiva desfallece. No lo sé, me ponía a pensar, ahora que nos han negado la comunicación salvo por estos breves minutos y en intrincadas condiciones.

¡Imagínese! Está escribiendo esto en las ballenas de su camisa, a ver si puede encontrar a su salida algo en qué transcribir el nefando, puesto que la *Guerra del Papel* ha tomado todo por asalto, las pequeñas rinconeras y hasta las estanterías de domicilios particulares, sin contar las armerías e índices. Es decir todo salvo su propia papelería, o sea los mamotretos de informes que ahondan el duelo. Si no fuese por este ritual que se ha tornado tan precario y neutro, no estaría mal —por esta vez— estampar hasta los casimires, ya que el papel ha sido víctima de un lugar distinto al fuego, gravitando el serrín, que a ratos temo es el criterio que también siguen mis misivas al deshacerse en esquemas. En unos días será menguante y —según las pruebas— el *Tílger* determinará la sentencia final, que hasta ahora es sólo de reclusión preventiva, además de algunos paliativos y cuidados para no contagiar a los demás internos, como si fuera verdad todo aquello que han tramado, amparados en mi naturaleza muerta, en el bodegón de mi apariencia.

Ello tendrá lugar el sábado. En consecuencia, para el lunes que viene por fin sabré qué me depara todo este ardid. Nadie me defiende, salvo el propio *Tílger* que ya me canso de repetir en irresoluto axioma; y es que dicen que soy —además de todo lo inhumano que me pintan—, incompetente de argumentar algo en mi favor, siquiera algo que siendo de mi sola incumbencia y de mi solo dolor, pueda diferir la sentencia. Como si la enfermedad me fuese ajena, o a lo sumo representase el hechizo, un simple mal de ojo —de piel, de busto, de cuerpo entero—, y a más, un ensalmo cuya prédica prefigure la pocilga y el enluto total. ¡Hágase de cuenta!, como si nada más que el rizoide pudiese certificar el escándalo y pudrir la ventosa, no en el lecho sino en el quirófano o en el anfiteatro de la sístole.

Todos estos días me han interrogado a sí o no, mas nada he podido decir con tan reducida pauta, ordenándole a mi nuncio que no se involucre más en esto, puesto que ya tiene mucho con que le hayan pescado en posesión de mi cuerpo. De hecho —se lo hice saber—, me imagino que le seguirán proceso después que a mí, aunque de momento le han utilizado como traductor de lo poco que suelo decir en rapapolvo. Eso sí, no ha parado de falsear mis respuestas para confundirlos y entumbar la palabrería armada que empuño con desdén. Eso sólo en tres

ocasiones, en lo demás se ha mantenido del otro lado de la palestra, donde todos —menos él— observan mi cuerpo con horror e imprecan contra mí, siendo pocos a los que ha afligido mi causa. De todos modos, y eso lo terrible, unos y otros creen que este alboroto debería concluir descansando mi existencia, postrando el ahora cadáver.

Ya llevamos como trece sesiones, todas ellas plagadas de falsas historias, de chantajes y ridiculeces que han impedido mi verdad, mi libertad y los derechos que se supone tengo a pesar de mi lacra. Lo que más me apesadumbra, es que todo ha acabado apuntado por un notario en vastas escrituras de ficción, *escrigramas* que no se cansa de taipear —siguiendo el procedimiento clásico—, y a pesar de su ceguera —quizás por eso mismo. De todo lo que podía observar en la curia, es lo que más me ha robado la atención, es decir, ese individuo apostado a un costado, escribiendo en pulsiones indeliberadas todo lo que decíamos, sin más tarea que transcribir la bengala de sonidos, sin otro afán que escrutar los dígitos de una realidad de palabra. Sí, ese pequeño hombre con la inmensa fe ciega puesta en el indulto y la tentación, consecuente con esa atmósfera corrompida que se prestaba a dictarle silencios y partes de una relato en degradé —sin decir más nada, sin siquiera romper su rapsodia. ¡Sí!, escribiendo en una pantalla minúscula, pero blanca al fin, lo que tal vez yo debiera estar haciendo en epístola sobre lo que de veras ocurría, acerca de la sustancia de los hechos y a usted.

Después de todo, no me han honrado siquiera con una buena mentira, con un prefabricado de ilusión, algo que pueda reputarse a pesar del pésame, una contingencia verosímil que condiga la historia que de fondo han tramado los de la *L–Fost.* Pero ni eso, todas han sido calumnias y despojos de una verdad que se ha resquebrajado en pachotadas que algunos han creído, apuntando otros con duda y a la espera —ya le digo-- de la luna del sábado; ¿sábado, no?... (Ya la bocamanga se acaba, reanudo en las muñecas, en los maniquíes — ¡donde sea!)

Y así se sucedieron los falsos testimonios, sin poder reconocerme más que como un espejismo delusorio, apto para el remedo, sin un lenguaje propio ni a plazos, salvo una que otra palabra concedida a rajatabla, llena de improperios que elijo obviar para no subvertir el solo deseo de narrarle —aunque en mala pluma— lo que ha estado aconteciendo aquí, ya sin restrojos ni ataduras, sabiendo que es usted mi cómplice, allá donde esté. Este horóscopo ha extremado esfuerzos creo, ya no son cartas lo que le escribo sino brújulas y mapas de un mural escondido; pero quién sabe si incluso usted llegue a aceptar estas letras, pues al leer la cartografía de esta esfera irreal, notará que han empleado falsos testigos para resolver de peor manera mi caso, haciéndose de gente que jamás he visto —como a usted— pero que resuena ausente al memorial de mi cuerpo —del yermo y las dávilas. De sólo pensarlo, comienzo a aferrarme a su imagen, nítida como está, para que no se empañe del clisé de palabras, de tantas criaturas que han cruzado por mi mente, por el estrado y la *vía crucis.*

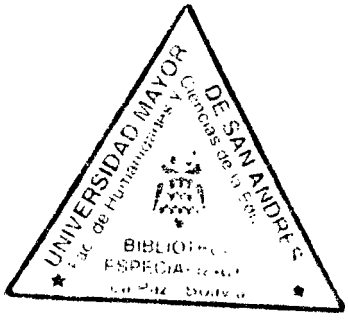
Se lo cuento de una vez: los investigadores no se conforman con mantenerme en la ergástula, sino que están luchando por demostrar que lo mejor es que ellos mantengan la potestad de mi cuerpo, ultimando estos informes de "importancia nacional" y abogando por la eutanasia como el desenlace propicio a esta historia

disímil como ninguna otra. Eso de aquí a seis meses, ¡siete menguantes!, y es que argumentan que yo ya debí morir hace casi tres años, y que fueron ellos quienes revirtieron esa muerte en sólida ciencia. ¿Lo puede creer?, cuando lo que menos quiero es morir, cuando a pesar de todo mi cuerpo sostiene los años y ensueños que no pararán a pesar de la morgue, además de la enfermedad y enfrentando lo más que puedan al delirio. No podré hablar, no podré batirme ni podré confesar el orbe de los sentimientos descontrolados, pero eso no me impide tener recuerdos como usted, admirar la maravilla de los átomos y cosmos, las lunas que hieren mis entrañas y la dirección en que vuestra ausencia se ha ocultado, ausencia que raya la locura y desahucia, pero que es clara muestra de las ganas de vivir que sostiene el manicomio... enfangado en mi cuerpo, soplando sin cesar.

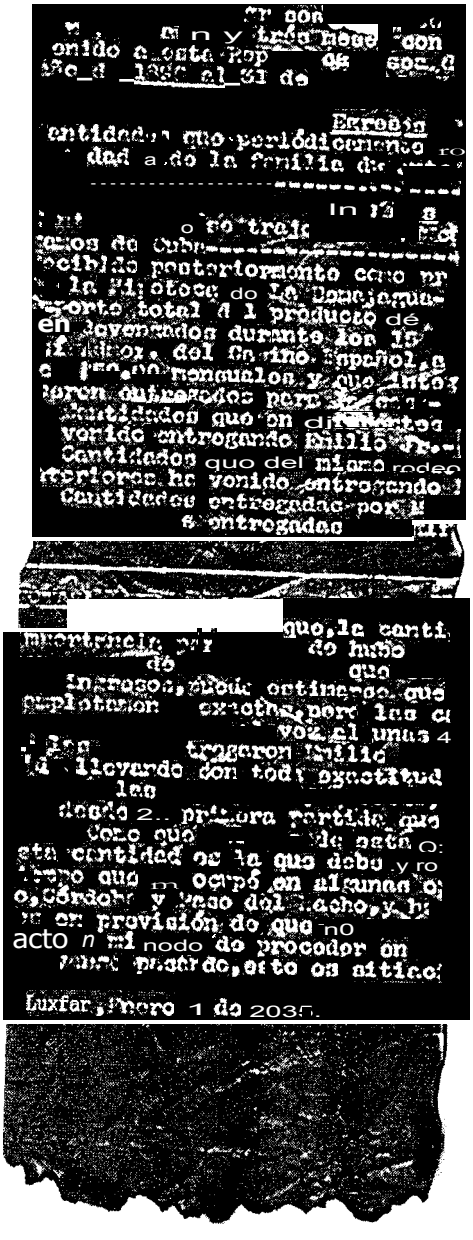
Con todo, espero tener las agallas y el papel para contarle en final o lo que sea que la inventiva y el tiempo disparen, como balas perdidas, en medio de la nada. Esto se hace imposible, el nuncio ha dejado el brazo izquierdo y los montes de Venus, y hasta las líneas de las palmas han entrecruzado tildes y comas, vidas y muertes... presiento que incluso su piel se va a acabar. Sólo una cosa más: cuide las reservas de nuestra muerte, como si cuidara los aposentos del amor fraterno o disparate cualquiera que corteje nuestros flancos...

Empuñar la palabra es lo que resta, puestas nuestras cartas sobre la mesa —hurtadas...

K.



...tanto como quisiera. Es más, no sabe nada sobre los Juegos de Invierno, ya ni los periódicos dan razón de alguna de esas competencias que tanto estima, como la *regata submarina,* el *curling* o el *telemark.* Tenía que ocurrirle a él, quien tanto gusta de los deportes, pues es poco lo que escribe de ellos en las cartas, sólo apuntes que termina olvidando o improntas de esa mujer. ¡De sólo pensar que hace unos años el deporte lo era todo para mi señor! No me explico cómo, pero creo que su enfermedad le ha hecho impracticable ese hábito, sancionando su cuerpo en contra de la kermesse y los juegos. De hecho, la luna le ha motivado otros hábitos, aunque ha visto en sus	ejercicios un espejo a esa imposibilidad. Que yo sepa, nunca ha probado suerte en algún deporte, sólo sus máquinas han marcado el ritmo de un cierto arbitraje; después de todo, el cuerpo y la enfermedad han significado ese esfuerzo extremo por llegar a la muerte que su enfermedad hace pasar por meta. De ahí en más, un deseo recalcitrante ha gobernado sus impulsos... [Nuncio: U, 26]



Libertad bajo palabra, penumbral y novilunios, MMXXXV

Últimos días del mes, ¿acaso eso importa?, porque hace dos el *Tílger* ha franqueado el embate satelital; quiero decir que finalmente ha pactado con mi cuerpo la elipsis cósmica, no pudiendo los médicos hacer nada con sus guarismos y con todo el vocabulario que no alcanza a veces para describir la falacia. A pesar de todo, han utilizado sus artimañas para que esperemos unos días más hasta el miércoles, aunque bien sé que el claroscuro se irá diluyendo noche tras noche, arañando el menoscabo hasta convertir el asteroide en luna nueva y confirmar que mi cuerpo ha zafado la desventura. Años después del colapso y de esperar la siniestra; años antes de morir por la vorágine de la luna, en su angostura, agazapado por mil sombras y un reflejo sepulcral que ciega. Tengo al nuncio en frente, renovando la escarapela, la llamarada o como se llame el fenómeno que el veintiocho menstruó la luna y la circunferencia toda que a veces se dibuja de perfil, que a veces se ausenta en maremotos.

Debió usted verlo, debieron todos verlo, obviamente para creer, para desestimar la fe en pos del milagro ultra terreno, ahora que el privilegio de la perspectiva ha recaído en nuestra latitud, a unos pasos de la sombra visceral que mancha el cráter de lado a costado. ¿Observa?, es como si la luna entera se posase en la ladera, en la hondonada recalcitrante y turbia que hoy nos cela en días grises y en noches de tono menor. No sin estragos, gritando al firmamento el peso y la voluta de tremendo estropicio, y en nosotros los años luz de la muerte esbozados en el isófago y en la retina... en la pianola de vuestra existencia.

No hay matemática que lo explique, no hay ciencia inventada, no hay álgebra ni neperiano que pueda elucubrar la insigne esfera de lo improbable, de lo fuera de foco, más que aquella maestranza bruja que a las doce pudo evitar el estrago maldito. Perdone la emoción, pero sé que la diestra espera y que los días siguientes serán los peores, por ello es menester festejar las burbujas que la nebulosa ha tramado a buen recaudo de mi cuerpo y de las horas que hoy se cuentan por mitades. Incrédulos, los médicos han esperado hasta el amanecer, ya con el cuerpo tumefacto y las ojeras desbordando la pálida luz de los ojos, lacrimosos e indómitos; y yo, sin un dolor en el cuerpo más que el suave fragor del invierno, con el lucero por dentro, socorrido —a no dudarlo— por el frío de la *gelis nevisca,* por el oráculo de la oscuridad o por la fe —ahora lo confieso— que declama el cuerpo antes de su pasión. No pudiendo observar nada, obstruidas las máquinas sin regate, anonadadas las voces esta vez no por la traición ni por alguna malformación ingénita, sino por la troka de los impudores, por el escarnio en vendetta, por la *flétula* coacción del destino astral o sideral. De último, me han increpado, pero ahora saben que la cosmología es a mi cuerpo lo que el silencio a la ausencia, aunque les moleste verificar sus números y radiómetros, a saber porque esta vez el *Tílger* ha aplazado la embestida. Deduzco ahora que la secuela se ha invertido, se trata en cambio de no enfermar y pensar en usted a pesar de las embragues en la sien; sintiendo al fin la lejanía tan a la mano, a una mínima distancia —tocándola de pura alegría.

Sabe, en verdad los días anteriores a la prueba, sin conocer acaso la sentencia o el testamento, me había retrotraído en recuerdos bien fundados a estas alturas, nada más que por un ocaso abreviado en la hiel. No dejándome ver al nuncio por extensas cien horas, examinándome una y otra vez el cuerpo y la *cálsis* del alma, las superficies porosas y los sinsabores de las pieles añejas, los médicos pertrechaban un final a su gusto, sin retruécanos ni cábala que valga, y a lo mucho con el punto final encimándome en cuerpo. Midiéndome todo, incluso las piernas que no puedo estirar, los cadalsos interiores que rondan los espartacos del espíritu, las disposiciones y todo el material inescrutable, esta vez, en el *banco de abdómenes.* Habiéndome posicionado en lo más triste del agüero, aguijoneado por la jeringa multicolor del delirio, pensando en mil espacios y fronteras, en fotografías y escrituras que son donde se aísla el pasado y sus aguas, clausurando así por así las remembranzas, el sumidero de existencias; en cartas y enmiendas, en el cuerpo y en todo el arsenal de féculas que asaltan los agares. Somnoliento al fin, asolado de nervios y esperando sin cesar las agitados piruetas de los láseres. Todo ello es hoy un movimiento en falso, un lugar pretérito que no existe, un diamante sin sombra que bordea la amnesia. Desenfadado y despierto, con el cuerpo en declive, sí, pero superpuesto a las agrias ataduras de *¡cómo* narrarle! *heucodemo,...*

Hoy me han dejado ver al nuncio, cansados ya de mi intemperie y de la infertilidad del cuerpo; él no ha dejado de venir todos los días, pero sólo hoy le han permitido verme a condición de postergar las pruebas unas noches más. Eso ya no importa, las noches velan mi destino, interesa en cambio lo que mi fiel escribano cuenta sobre usted: vuestra puerta anda muy mal, ensarrada en los costados, a lo que ha vuelto a introducir la papelería por debajo, como hacía antes de mis últimas intenciones. Pensaba él encontrarme con la moral distraída, avegetado y dado a la muerte; en cambio, nuestra mirada ha fundado el regocijo, noches después de la elipsis, de aquella media luna sobre la que probablemente por primera vez no escribimos sandeces, tristezas ni pérdidas.

Siguiendo el parte, me ha alcanzado unas hojas para que yo lea una carta notariada —tras la que ahora escribimos— y que dice lo que usted leerá en su envés, una sarta de palabras desprolijas que al menos darán cuenta de la situación en la que estamos. Con todo, creo que esto o aquello se definirá en poco, aunque de no ser por esta maravilla de papel que de lejos supera todos los cartuletes que desde hace semanas venimos utilizando en los originales, habríamos de usar una vez más las hombreras y las solapas del nuncio, quiero decir, las mangas remangadas que guardan espacio en el zurcido —en la sutura. Empero, eso de momento ya no representa un problema, sólo que me he acordado que las maniobras últimas han percudido los ropajes del nuncio de supergrafías y jeroglíficos de fantasía. Otra cosa es pensar, por ejemplo, que los *Juegos de Invierno* iniciaron hace unos días en *Brezia* y guardo el anhelo de poder ver las finales apenas me den carta blanca para salir de aquí, puesto que no han demostrado nada en veinte días de purga; eso, y escribir con mi voz lo que es improbable de palabra.

Nuevamente, el tiempo dirá, aunque si los husos horarios oscilan y la luna ha cambiado su curso y faz, por qué no pensar en volver los años y encontrarla ungida en el podio. Sé que esto que tal vez se pinta mejor estos minutos, tendrá un final

trágico —no hay vuelta que dar; porque el *Tílger* –a pesar de todo— sólo nos ha otorgado un compás de espera, ante lo que no podemos derramar más lágrimas de emoción sin el marchamo de la vida... Creo que ya es hora de morir a sus pies, acostumbrado a que usted me busque sin buscarme, quiero decir, a cualquier muerto y a cualquier hora, en las cercanías de la necrópolis y sin seguir un orden. Sería peor adentrarme en las sábanas de sueños cuajados o perdido como Esteva en el occipucio del mundo. Sería peor, incluso, en las mansiones del encanto, en los paraísos perdidos. Se lo pido: no siga el curso de las horas justo ahora que le he explicado, ahora que el menguante se ha puesto de nuestro lado, ahora que todo es distancia y hay que vencerla. Calculo estar donde fuere —lejos de aquí—, en pocos días, y gozar en pleno de esa libertad bajo palabra que supone escribirle más de cerca, a cuatro manos, casi en la piel —pálida como está, sin importarnos ya las palabras mismas.

Hay maneras de morir, vivir es una de ellas...

K.

Derecho al silencio, cero absoluto, MMXXXV

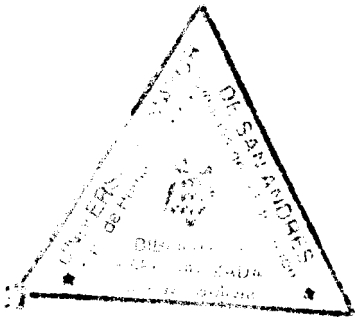
...apenas se lo he dicho y se ha alarmado, casi entristecido. Pero no es mentira que la puerta de esa mujer parece clausurada desde hace mucho, tanto que ha cobrado una apariencia de antecámara, quiero decir, ensarrada y ominosa, dando la impresión de lanzarnos a otra dimensión. No me he cerciorado si podía hendirse la aldabilla; de hecho, he temido alguna vez que ella abra la puerta mientras deposito el manita, o a espaladas tras regar las palabras en su corredor. Sin embargo, ese mismo temor debe sentir ella al escuchar el zumbido de una nueva misiva que retumba el suelo, rechinando el piso y todo su departamento. Con decir que alguna vez sentí que al impulsar el sobre por la ranura, alguien del otro lado jalaba el recado; una fuerza centrípeta que no sé si era la de una mano o qué, pero se tragaba el empaque de palabras hacia un lugar que me negaba a imaginar. Hay cosas raras que pasan en esa puerta, si uno observa con quietud, algo pasa detrás y por los costados... [Nuncio: U, 22]

Vuelta de página, horizonte aparente, MMXXXV

Preferí escribirle pasado el *menguante de invierno,* y en buen papel para no deteriorar el carteo o volver a infringir sus deseos, descuidando la epístola en las fantochadas que hace un tiempo era la única manera de respirarle mis palabras. Sí, la última misiva es también mía, aunque nada en ella conteste y se haya antepuesto a nuestro anhelo de escribirle los polvos del pasado o, para dejar de ser menos críptico —ahora que no me puedo permitir tanta inspiración—, la basura es lo único que hemos encontrado como sostén de nuestras palabras, ya huidas del correccional y de cualquier acoso, deambulando nuevamente a nuestra suerte, ya no por las calles y bastiones, sino de sanatorio en sanatorio, a ver cuál de ellos se convierte en el sagrario de nuestros traumas y rarezas, la convalecencia de nuestro destino.

Lo siento, sé muy bien que no estamos más para estos vericuetos, para estas noticias que de común redundan el pasado, pero acaso me queda contar algo para subvertir el tiempo que aparentemente se aferra en matarnos, en suicidamos: Su figura se me ha acabado, o mejor dicho, ha quedado paralizada en unas cuantas palabras que se estremecen cuando las uso: muerte, olvido, lejanía... Aunque claro, comparándolas con las mías, las vuestras conforman un gran relato, un romance entrañable con la soledad, ante las historietas en que mezo mis mejores versiones —meros bocetos de una paisaje a oscuras. Me pregunto si seguirá usted yendo y viniendo, allá por la muerte, acá por el luto; si acaso continuará decomisada por el tiempo, por la historia, por los lugares abolidos del movimiento astral. Sabe usted que a veces no me doy cuenta y que se me escapan las verdades, aquellas que pasan y repasan los días con rigurosa maldad, aferrándonos a festejar un aniversario más de nuestro silencio, temeroso de celebrar más cabos de mes —de año— en nombre de su desaparecido cuerpo, de lo que con él pueda hacer a favor del precipicio en que el mío se ha vuelto.

Notará que sólo me queda fijar las palabras para que el tiempo no siga filtrando mentiras y recuerdos. Eso sí, no se diga que porque no puedo escribirle mucho no la aprecio, ya que en ocasiones lo tangible media las emociones, y éstas —sin una onza de papel— son imposibles a pesar de las metáforas y el esfuerzo que uno pone en calibrar las cosas que dice. Ya ve con el nuncio, casi no hablamos salvo cuando él lee mi voz, cuando descifra el ímpetu de mis labios; en lo demás, estamos absortos con el juglar entero de palabras rondando nuestro aspecto tácito, nuestras personalidades en mora. Sin mi cuerpo, sin el bazo y el hioides, sería improbable materializar el afecto, asirlo y perfeccionar su liquidez, ni qué decir cuando el aire comprimido de nuestras emociones ahoga el pálpito de los corazones, ahondando la mudez de las vísceras en que se supone el amor declama su propia e ínclita pasión. Lo mismo ocurriría con un ciego que pese a su ceguera —y de solo cruzar un semáforo—, pudiese formar más imágenes en la mente (ver) que un transeúnte que traspasa todo el centro histórico de extremo a extremo. Así la vislumbro a usted, irreproducible en lo demás, pero imaginable entre los paralelos de la lejanía y el silencio, entre el extravío y la muerte, que nunca han de tocarse sino para cifrar el recuerdo.



Antes que el papel lo intercepte mis ganas de expresarme, debo comentarle —brevemente— que los *Juegos de Invierno* han concluido. Sólo he podido ver las finales de biatlón, eskeleton y la combinada nórdica, y al equipo de nuestro país coronar un bronce en resistencia bajo hielo. En lo demás, no hemos mejorado nada, y sigo exigiendo entre los deportistas a alguien como usted, *una* en un millón —lo sé— pero que recupere el coraje tan venido a menos en nuestros representantes de solo enfrentarse a las estrellas mundiales. Me ha apenado no seguir más de cerca el resto de disciplinas, en especial las previas del salto en esquí, precisamente ahora que me siento más débil y con el cuerpo tan recostado del lado de la muerte y de los dolores. Estimo que me hacen falta los ejercicios, ahora que he dejado sin medida ni clemencia de utilizar las pedaleras y que mi cuerpo ha notado el deterioro, inhóspito como está y a punto de derruirse en cicatrices. Así será, con tal que la muerte no se aproveche de semejante carroña; mientras, recurro al añil de la memoria para dibujar los eventos de la gloria que se gestan más por dentro que por fuera; más en usted que en otros.

¿Lo ha llegado a pensar así? Nuestra maniobra como un ágil posteo que vence cualquier relación, cualquier encuentro chocarrero, cualquier evocación espiritual o contacto carnal. Si tan sólo mi escritura pasara de mano en mano, de piel en piel, para suscribir la historia universal de la soledad y constituirse además en el memorial de la *Guerra del Papel,* en el anal de tan cifrada lucha, de la cruel batalla que nos ha desafiado sin resguardos... esa dura contienda que nos está enfrentando sin tropas ni campos minados, pero con mil bajas y gente que ya no aguanta una noche más de tan cegada vela.

Ya mío, este papel me ha servido más que para escribirle, para remediar el paso del tiempo, la vía crucis que resta honrar sin una pizca de fe y por su sola distancia. He estado los días recientes en distintos lugares, ya no sé si más cerca o más lejos de usted, ya no sé si ilegible o simplemente inaudible en la distancia embrida de silencios. Prometo hacer llegar esto lo antes posible, ya que septiembre se apresura y dado que vuestro fuego precisa ser alimentado para sobrellevar las noches más duras del invernal que acaba en unos días. Recuerde que el hecho de que esto llegue incluso con sobre y endosado como hacía mucho, es una prueba de la presteza con que intento comunicarme con usted, además del genio con que el nuncio se hace de estos papelillos. Nótelo de una vez: ya no sólo instalo mí rúbrica, también el nuncio ha firmado, pues este esfuerzo sobre humano sería Improbable sin él e inadmisible sin usted...

Lea y relea lo que alguna vez ha sido, que nada está dicho sino dos veces —en el mundo, en la causa...

K. W.



¿Para qué seguir escribiendo? ¿Por qué darle más cuerda a un absurdo? ¿Cómo imponerle silencio a un ruido sin ecos, a un ruido que hace mucho no resuena? En realidad, he retomado este incómodo papel que me impide desenvolverme a mis anchas, sólo porque dejar de escribir no es exactamente lo contrario a escribir. A momentos pienso si dejar las palabras tiene un valor real, no obstante creo que ello no guardaría otro cometido que cederlas a un antagonista, sin que eso importe más que en la medida en que se ahonda el ruido de lo demás. Y también por esta personalidad mía que efímera se desvive por sus cartas, que día a día trastoca su rol y no encuentra cobijo más que en el infarto y reparto de una tragicomedia que lo mal entretiene.

Ha pasado una cuarentena desde la última misiva redactada, pues nos ha sido imposible seguir escribiendo de corrido, dado que sólo hemos formulado algunos cortos fragmentos en aquellos días en que la suerte ha depositado un pétalo en nuestro camino. Sí, un espacio en blanco donde estribar la reliquia, ahora que incluso la memoria empieza a rebalsar, deshaciéndose de los recuerdos más inteligibles y de lo más lejano que estriba la mente, pero quién sabe si también de otras cosas que espesan el presente y que lastimaría perder así por así en los ajetreos del sentimiento y la reflexión. Eso jamás lo sabré, porque del olvido sólo queda el olvido, la palabra a secas, el vestigio y nunca el coeficiente en potencia que propugne un devenir.

Notará que este es un collage que a lo mejor el nuncio y yo hilamos bien en vuestro homenaje y para no turbarla con más embrollos. Si sólo supiera el largo proceso que nos llevó gestar la misiva, tanto que tuvimos que esperar con las letras en la mano hasta dar con esta manga de hojas obtenidas de un anticuario, según asegura el nuncio, tras difícil regateo y con el poco dinero que ha cobrado hace unos días en *Beneficio. Si* tan sólo pudiéramos escribir en el dinero, a contraluz del billete y en filigrana aquello que nos es tan dificultoso en epístola, otro sería el corte de nuestra correspondencia. Aunque de momento reconozco que hacerlo sería un error de estilo más que de expresión, puesto que escribir sobre cualquier superficie denota un cierto albedrío. En cambio, ésta que recibe en manos y en pergamino, posiblemente será la primera de un buen repertorio, siendo que la situación ha dejado de alarmamos y advertimos la crisis como si fuera un estado natural de nuestras vidas. Existencias que, además de viciadas por la no pertenencia, tienden cada vez más al olvido; arrinconadas por nuestro oficio y con un desprecio extremo de tan reñido ritual que hoy es escribir.

No puedo dejar de apuntar, sin embargo, que sentimos ya el ahogo y a la patagonia social caminar encima de nosotros, aventándose a contracorriente sin advertir los largos gritos, estas caldeadas escrituras que no terminan de apropiarse de esa mirada colectiva. Nada más comentarle lo que curiosamente sucedió hace unas semanas en el recinto: figúrese que mi nombre aparecía en listas con otro, muy parecido pero al revés, en un afán de rehacer mi existencia, o eso decían los encargados del panóptico. Al darme cuenta me horroricé, como si hubiese muerto desprolijo, en las listas fachas de un manicomio donde la gente aparece y

desaparece por azar, hurtados por el tiempo y sin haberse percatado de nada, siquiera del entierro y las inscripciones crípticas. Más bien que el nuncio salvó la situación con una extraordinaria explicación sobre mi asidero. Cosas parecidas han pasado últimamente, pero me abstengo de contarle el resto de intrigas y rarezas para no entorpecer vuestra ya ultrajada realidad en pro de la muerte.

Con todo, no hace falta pensar mucho para deducir que a estas alturas de la vida, parece ser que vivimos demás, es decir que el destino comienza a jugarnos estas bromas, a pasarnos factura sobre la prórroga que quizás hemos forzado, precisamente al prolongar nuestras horas en la faz de un destino ilegítimo, a pesar de los peligros que desde ya implica existir y los intensos llamados testamentales que nos tocan el hombro de un lado para otearnos desde el otro. Por el solo hecho de escribir cuando ya no hay dónde, habitar espacios que ya estaban vedados y dormir siestas que no debieron bostezarse; en fin, enamorándonos de la existencia con un cruel hedonismo que lastima las inmortalidades y a la utopía, existencias ajenas que cada vez nos pertenecen menos, acérrimos nosotros, pero tal vez sin una verdadera conducta hacia la vida, difiriendo los caminos que nos traza el crepúsculo, el barranco de las inquietudes y el piélago do se postra el porvenir y la infantería toda de la malevolencia.

Y aún así, no me atrevo a tocar su puerta —tampoco a dar un paso al costado—, a enfundar el cuerpo de valor y destacar su cuerpo en la retina que es de donde nunca debió haberse movido. Los años pasan, no sé si en vano, pero pasan: comienzo a perder su visión, a exasperarme de tanto horizonte en espera, de no saber si la vida viene o va, de tanto traqueteo en la espalda. Decolorado mundo que pierde su brío a medida que pasan las noches, a medida que el sol va quemando lentamente —aunque con rigurosidad— las superficies de esta realidad a cuestas, como el amor y la verdad. ¡Ah! Y lo peor de todo, es que el nuncio me ha confesado que si bien la última carta —escrita en fino papel después de mucho— ha llegado, las otras dos que le anteceden han sufrido un retraso considerable debido a que no ha podido conseguir material en qué transcribirlas. Claro que me lo ha hecho saber ahora que ha enmendado el error; de sólo calcular el desorden en que debieron llegar[16], me imagino que seguirá creyendo usted que he enloquecido y que comienzo a alucinar con ir tras los pasos del tiempo perdido, o afanado en convertir el pasado en hado y la siniestra en diestra.

Asentirá usted que la situación lo amerita, tan terrible que se pinta, a tal punto que este diapasón no nos permite —como en otras ocasiones— manejar los hilos del tiempo sin canjear la marioneta y el cuerpo entero. Escribiendo en una suela de zapato, en cáñamos, en viseras, en telinas o entre líneas y jubetes, en la piel y el deseo, en las fosas nasales y en el ensueño, en el aire tupido o tras la oscuridad, en madereras o litios, en cualquier lugar donde imaginemos nuestras frases estamparse con pláceme. El problema es, sin embargo, depositar ese culebrón de palabras en su puerta; lograr que alguien vierta la magia de palabras por tan estrecha ranura que impide triptongos y asonantes. Vale la pena contarle que he estado pensando en que un sordomudo debe hacer más maniobras con los brazos

[16] Efectivamente, aunque no fechadas, podría decirse que por cierta disposición al encontrarlas, las dos cartas que anteceden a la presente suponen un orden distinto, aunque la temática hila según la secuencia elegida.

para expresar su sentir que nosotros en el papel, dispuesto nuestro caligrama en tan mínimo recorrido de izquierda a derecha, de arriba abajo. Sobre todo en estos tiempos en los que el blanco es el derrotero y nuestra labor se ha encomendado a su recompensa, casi con las manos atadas no por una cuerda que nos impida el ritual, sino por el vacío que nos afronta.

Más bien que no hemos perdido ninguna carta en esta faena ¿o las hemos perdido todas?; lo más seguro es que si usted no respondió a su debido tiempo, cuando tenía a la mano páginas y páginas en vertiginosa espera, ataviadas por mis interrogantes, ahora le será imposible transcribir la rémora, pues por lo visto no se digna buscar un lugar para contestarnos ni mucho menos. Yo le advierto que hay distintas maneras, a cuál más bellas, de corresponder las pretensiones ajenas, e incluso los insultos y bellaquerías; miles de formas de sortear la miseria y vespertar al amante. Si tan solo pudiese devolver la carta mía abierta de cuanto doblado tenga, para así saber que le incumbió y sentirme correspondido de esta forma sagaz y distinta. O a lo mejor hacer como se estila ahora, abreviándolo todo y trasmitirme mucho en pocas líneas, asestando su estima en un código de barras, con una ecuación de mil variables y su sola incógnita, ¡qué sé yo! Quizás mandarme una sílaba muda grabada en una cinta; no estaría mal tampoco rotular un sobre y ya, cortar las páginas de algún libro que exprese sus impresiones, plagiar los cantares ajenos, franquearme su voz toda y el vocabulario que no le alcanza en la *sínude* de una tinta china, de una pluma fuente gastada, de un estilógrafo; atiborrarme de fotos, obsequiarme un periódico, una bitácora, el cartapel de sus sueños que no son por la muerte, lo que sea...

De todos modos soy consciente de que no podría, porque ya no tengo lugar ni dirección, porque el mundo también rota y se traslada, extraviándonos en el relojero de la vida. Para saldar estos movimientos, estas turbulencias, no le bastaría con salir de su casa y navegar a contracorriente, sería necesario algo más que preguntar por mí en lugar neutro. Haría falta una estrategia menos revulsiva que contratar a un vidente para que con los extremos de la alambrera y el cobre rastree mi extravío, el lugar donde yo mismo no siento encontrarme. Tal vez la muerte una y no separe, como religiosamente asentiría el sacerdocio; tal vez el destino es una fosa común donde nuestras soledades se funden, donde los cuerpos se entremezclan indetenidamente... tal vez...

Le dedico mis últimas horas, la *tinta de nuez* con que escribo, el maché y la bisutería de palabras que engalanan vuestra existencia, esta biografía solitaria y ajena que no deja de salir en prosa. Mi libertad está encomendada a usted, la última gestión de las misivas, el páramo de las oraciones desencadenadas y el cáliz epistolar que espero esta vez redima el daño a ultranza. No se cuenten más las desventuras de la vida, y la ventaja que nos ha tomado la muerte a base de trampas y atajos, emboscándonos en nuestras propias reflexiones; las expulsiones y bienvenidas que en todo lado ocurren, pero que sólo en nosotros no tienen espejo que pueda corresponder tan equívoco lenguaje. No se inflame el amartelo ni se hurgue más el pasado si no es con un noble motivo, entiéndase que nuestras escrituras son la trinchera en que depositamos las vísceras y el pundonor, pero no olvidemos tampoco que el destino ataca siempre a traición, por las espaldas y esperando el momento preciso para vejamos la verdad. Tampoco se entregue la

vida así por así, tildándola de triste y añeja, a no ser que la soledad y el abandono empiecen a transparentar nuestra entelequia. Mucho menos se aflija el corazón en desmedro del cuerpo entero; si es que acaso no ejercitamos un poco más su vigor: fíjese en mi, tan maltrecho pero tan encausado a la vida, y por eso mismo medroso ante cualquier tragedia. Final y definitivamente, no se acumulen las escrituras, como bienes o inmuebles, en cambio déjense fluir en otros ojos y hacia otras manos, quiero decir, abstengámonos de lo que sea, menos de empuñar nuestras palabras mudas, rotas, obtusas, locas o como estén. Conságrenle ellas...

Seamos —esta vez— solidarios con la muerte, asumiendo el silencio...

...yo aquí, a kilómetros de distancia de esa luna que decanta la tragedia, sin poder más que mediar los duelos y esta fe tan venida a menos. Nunca habla de la enfermedad porque las palabras lo embaucan; sin embargo, la costra láctea está que se le derrite y temo que algún día pierda la corteza del lenguaje y no pueda más encomendarse a las palabras. Entonces me convertiré en él y tendré, ahora sí, que abogar por una escritura y un relato a la par de sus enviones. Ya no tendré que leer sus labios, sino su cuerpo entero y —aunque él lo dude— transcribir el vértice de esa muerte que le ha opacado ya parte de la cara y me imagino que no tardará en eclipsar sus ojos. Y yo aquí, repito, escribiendo a años luz de ese destino abierto, de ese triángulo que difiere la escarlata de palabras a un espacio impropio... [Nuncio: U, 135]

Acuñar su nombre, fase descimbre, MMXXXV

Escribirle al fin, sin las manos atadas y en epístola, como venimos haciendo desde hace mucho y a pesar de las bajas, del letargo en que ha entrado su existencia, del bisturí en que se ha vuelto mi pluma. Por lo demás, usted sabe las razones que me llevan a no escribir en noviembre, es decir, el luto y júbilo que sentencian los días ya sin tiempo en el intervalo de la memoria, traicionera y sagrada, abusiva en lo demás. De todas maneras, la amnesia y eso que llaman el repudio conforman el antifaz de nuestras vidas, diferenciando en todo momento y en todo lugar lo que habremos de rememorar de lo que rehúye la mente. Calibrando, en definitiva, las circunvoluciones del olvido, de aquello que uno no se atreve a expresar de adentro para afuera y que muere en cada quien, sin ciencia que lo sospeche ni poeta que se inspire

Después de todo, es difícil no escribirle, y estuve a punto de romper la moral de solo hacerle saber unas cosas mínimas de lo que ha venido ocurriendo sin cesar: la defunción. Precisamente en estos días en los que con suerte hemos conseguido papel, en desuso como es de suponer, pero provechoso al fin para reinstalar el penoso ritual del dictado. Hemos dado con unas cuantas carillas, puesto que le han dejado al nuncio recoger algunas pertenencias de la que hasta hace unos días fue su morada: Hábitat de lo difunto que ha entrado en decomiso hasta que alguien ponga fin al proceso que le siguen. Proceso que de seguro perderá si se mantiene en este afán de faltar a las audiencias aduciendo mi cuidado y uno que otro malestar que de seguro no le he contagiado pero inventa. Sí, de lo poco que le han permitido recuperar, ha recogido unos originales que tenía guardados, habiéndole llegado a usted algunas veces transcripciones y copias de nuestro encargo, ¡de lo que uno se entera! Papeles de todo tipo y con distinta gracia tras los cuales —o entre líneas— hemos depositado el arsenal acumulado desde la última, intimando a momentos con aquello que escribimos hace meses —hace años—, borradores que no dejan de ser significativos en la enmienda, aunque raro será si se interpreta algo de tan vaga poética y de tan desgarbada escritura.

¿Hace falta que se lo diga?, no he aguantado ni una noche más para escribirle y hemos avivado hoy primero lo que desde hace tanto venimos tramando y que irá de último en esta misiva, quiero decir, aquello que en vísperas del cambio de mes he estado dictando y de todo aquello que, sin a veces quererlo, se ha acumulado en los hemisferios de la memoria. De paso, he aprovechado aquellos originales para recordar algunos movimientos —algunos falsos y recónditos, lo reconozco—, aquellos pasos que hemos dado ahondando las lejanías. Panegíricos de doble intención a través de los cuales nos hemos carteado, cuidando a ratos nuestras espaldas mas luego nuestras ausencias, so pretexto de estar muriendo cada uno por su lado, sin que nos importe acaso escena tan dispar en los entretelones de la realidad. Empero, llegado un momento, me ha sido imposible seguir leyendo sin discernir entre aquello que de mi propia letra ya no logro distinguir y aquello otro que pese a sugerir un fuerte romance, me suena demasiado craso para una persona como usted, demandando esta señera conclusión: ¡cuánto me ha permitido!, y no lo digo con descargos ni porque el amartelo haya tomado mi voz, sino simplemente dado no hay manera de comprender por qué le he seguido

escribiendo. Pues bien, porque el derrotero es siempre el sufrimiento, siendo la escritura su principal suministro y la letra muerta su destino.

Ya acaba otro año, y los últimos once meses están para el olvido, intraducibles y angurrientos, aunque en medio de todo destaque nítidamente su imagen con el aura escondida; eso y la vuelta de página que nuestro carteo ha sufrido a medida que hemos suplido nuestros papeles, sabiendo que no pocas muertes y despojos se han presentado en su camino; de tanta enjundia acumulada entre los muertos y entre los vivos, no pudiéndose desligar los unos de los otros, sin estos otros también morir: Notará usted también, apenas se haga de estos originales dictados y tachados en algunas de sus partes, el esfuerzo que nos lleva franquearle estas odas y esquelas, mucho más cuando el desprecio del cual son todavía inocentes hace mella de su beldad y de los buenos propósitos con que desde aquí parten. Ni qué decir de toda la espuela de cartas que han volado alegres y festivas hasta su puerta, hasta las ranuras de lo irreal, puerta que de paso el nuncio me ha contado que tiene una apariencia de clausura total, aunque a mucho acercarse se oyen todavía cosillas adentro, artefactos moviéndose y el aire comprimido que retumba hasta chocar en ecos con las hojas del maderamen, del cortinal y de las paredes que han de ser solidarios con usted, encubriéndola... ¿Y el espejo? Impregnado quizá de todo cuanto ya no puede integrar su retina, o a su costado, cuando no al revés, observando la realidad en oblicuo, siendo que el espejo —sea como fuere— se presta a cualquier dimensión y con cualquier objeto, siempre y cuando sea el mismo, indiferente ante lo que le rodea, nada extraño en lo que refleja salvo en las sombras y libelas, infiltrando la muerte y absorbiendo la realidad sin apenas darnos cuenta —sufriendo de pronto la apoteosis de la ausencia.

¿Por qué ya no le hablo de la enfermedad? Porque después del prodigio de julio todo ha entrado en menoscabo, deduciendo que el *Tílger* quiere morir solo, sin auxilios ni socorros. Y esta primavera, a pesar de todo, ha recuperado su rebato con inexorable fuerza y mi destrucción sigue su curso, aunque en silencio y bajo arresto. De todas formas, escribir sobre la enfermedad es, pues, una redundancia, un exabrupto del que sólo le diré que ya se ha hecho irreproducible por las secuelas que cargo en el cuerpo. Con decirle que el *Tílger* ha iniciado un nuevo ciclo en el que ya no se aferra a hurtar partes del cuerpo, se ha entregado en cambio a tomar sentidos enteros, como el tacto en las manos y en los pies, y el olfato de la fosa izquierda. Sí, los ha tomado como si fueran suyos, lastimando la espiga y —no vaya a reírse— la sazón. Además ha reducido considerablemente la visión de ambos ojos, cambiando la pigmentación a un cromo transparente, motivo por el cual me han derivado a este desconocido lugar: un *blindaje de no-videntes,* que se muestra mucho mejor —en todo caso— que el ergástulo en que dormí las últimas noches, o el lazareto y el cotarro que ya ni quiero recordar. Para colmo, el menguante de hace dos semanas me ha anegado la sensibilidad en la base de la lengua, encías y esófago, por lo que el dictado ya no me suena por dentro, aunque el nuncio es todavía capaz de asir la palabra..., aunque a decir verdad, es nomás como si él escribiera cuanto desea oír y no cuanto oye precisamente. De ahí que, con el tiempo tan pasivo, nos ha llevado horas rehacer unas cuantas frases, habiéndome empeñado de último en aprender el braille y el lenguaje de mudos, porque no sé cuánto más durará este idioma salvaje y desahuciado, este disparate de sonidos que ya casi tengo en disfunción.

Mire que le he hablado tanto de la enfermedad sin así quererlo, pero en razón de ello debo decirle que temo, señora, morir en cualquier momento si el tiempo lo permite –tan intransigente– y el mundo me cede un espacio en sus entrañas, ahora que siento fe en mi mortalidad, indistinta de los demás a pesar del cosmos y la entelequia. Eso sí, no aguantaría una muerte si no es a la par vuestra, disolución simultánea de cuyo desenlace el nuncio haría semblanza; puedo ya imaginarlo, un homenaje a dos vidas que se han conservado aisladas y en duelo, manteniéndose a distancia en la esgrima de sus cuerpos. Encadenando las nubes y tuétanos, el árbol genealógico y la ley...

¡Válgame el dictado!, si no puedo decirle nada de frente, cómo podría pensar en morir con usted, presentándonos ante la guardia esquivos ambos, desentendidos del afecto terrenal y encomiados a lo infernal de sabernos prófugos en la escarpada del más allá. ¿Acaso no sabe que la muerte hace deporte a expensas de nuestra vida? Inútil sería creer que la muerte espera, a veces su maleficio dura *cienián* años y es cuando el espectro se acerca, regodeándose con nuestros pasos en falso, con muestras maniobras insalubres e inconscientes de su acecho. Cortejo fúnebre que a mi edad —no a la vuestra— pone zancadillas a la esperanza, haciéndole bromas pesadas y ya cansada de jugarse con nosotros, nos empuja en el vacío que es el último suspiro: sin gravedad ni asidero, sin cuentas regresivas. Un espectro que va cortando los hilos sin compasión y hasta que el abismo de nuestro propio peso nos sepulte. ¿Vio anteanoche? Ésa es la secuela de tan infundado destino: el primer hombre en Marte, el primer muerto en Marte, cuerpo cósmicamente insepulto. Sí, le hablo de esa aterradora imagen vana de la que deducimos simple y llanamente que hay un cuerpo menos en el mundo. Eso y que hemos perdido al universo por curiosidad, violando su vaciedad con los escarnios de un solo hombre, que es como un esperma para la vía láctea si acaso hablamos de cierta conquista.

Así y todo, a ratos pienso que a similar viaje me entrego, forcejeando mi cuerpo entre vivir y morir, de solo elucubrar la veta y el purgatorio. Mi cuerpo y yo superpuestos a la propia identidad, a esa maraña de cosas que recubren nuestra dimensión, cuando de un día para otro trasnochamos nuestros ideales y nos encomendamos a otro lugar, a una esfera de las posibilidades y de las probabilidades, apuesta salvaje a perdedor que nos detiene en el enroque de la existencia: *¡Salve oh parca!,* renuentes pasiones atendiendo el desaire, la hipnótica voz del denuedo. Que la muerte sea lo más nuestro no lo dudo; encomiable, pero sin nadie que nos la pueda quitar, asaz en el suicidio o por muerte natural, lapidados a traición o sedados en perfecta comunión con el vacío. No se diga nada de usted, que ya cartas no espero, ni el encofrado de vuestro cuerpo que incansable se ha vuelto, para correr lejos del mío —traspasándome— hasta deshacerse en ausencias, derramándolas por toda la ciudad y el invierno entero.

Mañana el nuncio llegará a entregarle la presente; es decir, ayer, cuando ya hayamos desgastado las últimas tintas de otro año que no cesa de sangrar. Y porque no podemos dejar de sentir que nuestros sobres han empezado a alimentar con exceso el fuego de vuestro inflamable cuerpo, es que le he pedido que no pase de este mes en que se detenga por unas horas en su puerta, a ver si se digna

usted a enseñarle sus manos a mi fiel amigo, sus ojos, su mirada, su pose y todo cuanto parece haber menguado su escritura; para saber —dejándonos de romances y novelillas— si puedo visitarla, así en mis fachas y casi sin cuerpo, minusválido, cuasi occiso, para decirle lo que nunca se dijo y quizá para explicarnos las muertes.

Asumo que el destino —así de impredecible— está sellado, lacrando nuestras vidas de una vez por todas y ultimando a detalle nuestro desencuentro. Ya no le hablo de escribirle más porque después de diciembre viene el universo, y el *treinta y seis* es nomás una vil utopía...

Acuñar su nombre es cuanto espero, ahora que ambas soledades han cedido.

K.

⋯ ¿Y cómo le dice uno a alguien que ha muerto, que ya no es más? Habría que insuflarle el cuerpo y hendirle la memoria para que de una vez por todas sostenga las emociones y brinde en paz. ¿Pero cómo si los avatares y el destino se han sobrepuesto a su defunción?, quiero decir a esa muerte bien planeada, con el tiempo exacto como para desviar la mirada de la vida y el marchamo de los mortales. Así y todo, nuevamente, dejar de escribir no es aconsejable, sean las situaciones así de anónimas, así de huidizas y con tan poco asidero, de tan menguada dimensión y sin lugar a dudas. (...) Esta es la primera vez que escribo a sus espaldas, entiéndase no contra su clase o estirpe, sino simplemente a lado suyo pero sin escucharle, escuchándome al fin las cosas que me digo sin remedio. Pensando en el mejor artilugio donde posar la defensa, en el mejor sarcófago donde depositar la violenta partida de los días, la funesta mañana de las mañanas y todo este santuario de increíbles alineados con nuestro planeta. Escribo, digo, mientras él se encadena el cuerpo, clausurando esa desproporción a cuestas y sin otra secuela que su propio cuerpo, que esos quilates de vacío y talud. Porque siempre lo había hecho a gran distancia, sin importar la escucha más que el paisaje de palabras que se iban repitiendo en el papel, calcando su pasado a fin de no perderlo de vista, de sellar con la correspondencia las misivas de la vida, las partituras de tan cercana muerte. Haciéndonos misa cada que los cuerpos se entregan a esa doble comunión, a ese sermón de palabras silenciosas que se precipitaban en nuestras pieles. Aún traigo cruzadas las palabras por todo el cuerpo, sobre las manos y en cada resquicio donde pueda caber al menos una palabra de odio, un término exacto que defina estas pulsiones malignas. Infranqueable silencio que hemos hecho nuestro, como si ese fuera el único recurso de nuestro lenguaje, el idioma de nuestras muertes que se afanan en seguir muriendo sin, en definitiva, sellar la Muerte, ese lugar extraño e irreconciliable, ese fenómeno telepático que nos incomunica. Acaso porque no hemos querido, jamás hemos importunado a alguien más en esta empresa, tan desventajados que andábamos pero con la fe impuesta en nuestros propios cuerpos, en el ápice de nuestras voluntades que nos infundía la gallardía y el pundonor. He escrito todavía pensando en no escribir, en guardar un minuto de silencio, y dejar que las verdades pasen procesión a los hechos que hoy acontecen y que él desconoce. Un silencio dilatado que me cese la escritura y estos guarismos, esta pantomima que nos traduce la ofensiva, cuando el enemigo nos ataca por detrás, sentenciando nuestras dichas y acometiendo las soledades de par en par. Dejar de escribir no era aconsejable de todos modos, ahora que no podíamos dejar de reconciliar las fuerzas, de establecer por fin la mentira, esa anhelada lengua a trastienda, esos disfraces que engalanen nuestras palabras ante tan empobrecido mundo. (...) Y habiendo escrito ya sin disimulo, mi señor me ha pedido un compás de espera que jamás he oído, que no ha sido mi voluntad oírlo sino para escapar del vicio de sus palabras, de esa carroñería de lenguajes que él amaestraba para que yo peque, estableciendo los gorjeos en un gran papel que sólo ha firmado una amnistía, un prolongado sosiego a tan afanosa matanza, allá en las fronteras, acá en nuestros dechados. A veces uno quiere matar al desconocido, como quizás yo quiera matarla a ella, por el sólo arrepentimiento y una causa sin causa; pero acaso sólo me ha sido dada el arma de las palabras, insuficientes en todo cado para lidiar contra el pasado y la lejanía, contra semejante cosificación de fuerzas que superviven a razón precisamente de mis palabras, del dictado carísimo que no cesa de decir, que dice incluso cuando no tomo nota. Cambiarle de nombre sería una solución tan pobre como cambiar nuestras historias y ficciones por los dejos de la realidad, porque cambiarle el nombre sería simple y llanamente distraer nuestro artilugio, diferir nuestro anagrama por obra y gracia del testamento. Y quién nos asegura poderla olvidar, poder dejarla morir en paz ahora que quiere, ahora que recorre el panteón de su propio cuerpo, con las esquirlas cruzando su lengua santa, sus talones y todo cuanto pudo haber sido su vida, sus últimas horas y suspiros. ¿Cómo se dice la muerte? Si el muerto ya no responde a ningún nombre, si está sentado a la derecha de otro cuerpo, el difunto, sin poder más que mejorar la perspectiva de la caminata que le espera, de los pormenores de esta encrucijada de puertas e infiernos que se le abren y cierran mientras ausenta la vista. Una carrera pedestre lo mismo que funeraria sin meta que valga, sólo falsos destinos sin antes ni

después. (...) ¿Cómo dejar de escribir? Si se nos ha encargado la verdad, si la tenemos ahí encajonada en papeles y mantos, a saber porque todo encargo hoy es frágil y toda correspondencia tiene el peligro de perderse, entre otros papeles que es lo peor, arrimados a nuevos occisos que es el colmo. Por mi parte, creo que ella llegó a leer la mitad de sus cartas, no porque las haya abierto precisamente, sino porque las oía caer a su costado, regadas junto a la sangre y los sesos. Sí, calculo que sólo llegó a leer la mitad de sus cartas, justamente porque cada una la desahuciaba, marcando un compás de espera que al final no pudo. Fue tal vez algún noviembre que él no dictaba, cuando la espera se hizo insoportable, señera como es, para impostar el retumbo final de la muerte. De ahí en más, nadie ha leído las cartas y, lo que es peor, nadie más las ha oído caer en intervalos; ni el perdigoncillo que también ha muerto solidario con la hambruna de la soledad, seguro hace mucho. Y en esa habitación, hoy tan abierta al mundo, tan poco entrañable, también han muerto sus plantas, los muebles, los colores y los oficios sin que nadie, en ese tiempo, haya podido hacer algo. Remediando quizás algún desalineo, imaginando el paso del tiempo en los estertores y el polvo, pero acaso nunca figurando cómo la muerte ha tributado ese espacio, cómo la bincha se ha extendido hasta ese más allá irresoluto. ¿Sus luces se encendían automáticamente de noche, la veían pasar alguna vez, cambiaba la emisión cuando le venía en gana? Tantas cosas pueden decirse, como que se han dicho, pero nada borra el hecho de que no haya respondido a las últimas misivas, que no se haya acercado a alguna de ellas por lo menos para saber lo que le esperaba. (...) Oírla escribir es otra cosa, no sé si un castigo y la completa beldad; con todo, de nuestra parte, sería imperdonable dejar de escribir, ahora que hemos asido alguna verdad, ahora que se nos ha mostrado su muerte otrora difundida en nuestras cartas. Eso mi señor no lo sabe o ya lo sabrá, no lo dice ni lo confiesa, tal vez porque ella nunca más será, quizás porque en definitiva comienza a ser.

…Tampoco me pregunto si se le habrá ido o si estará en pleno trance, pero el alma conserva esa rutina que en cuerpo la llevaba a visitar cementerios, morgues, **misas, necrópolis o pabellones enteros de oscuro andar, para dar así con su nombre y sentir por fin que descansa en el enluto total. Muy a pesar de ella, creo que** su **nombre vagará todavía un tiempo, no sé cuánto, en la escena epistolar, ya sin papeles principales, sin roles definidos,** más que esa sola y única muerte que **representará ante un público baldío y sin vítores. Con todo, él se ha convencido por la prensa que Abril ha muerto, con su cuerpo sumergido entre los papeles acumulados del periódico y las cartas vuestras, oh señor..., con el televisor desde hace mucho encendido y su anestesiado** cuerpo en frente, sin gracia, como **alguna vez** la **habíamos pintado: agazapada de sombras y aires viciados que a poco ocultaban su esqueleto dispuesto en multicolor. Con la máscara de la muerte pronunciando sus facciones,** la mirada perdida y el cuerpo en medio de esa **encrucijada de bemoles que creamos sin saberlo.**

No ha de ser alguien esa mujer para que yo, pero a tanto llegó mi asombro de por fin verla, que robé con la mirada esa medalla del bastidor que brilla entre los grises de su aposento, quiero decir, de esa que fue su antecámara por treinta y tres meses; esa medalla que jamás descansará en otro cuerpo y que mi señor detentaría si los cuerpos fuesen las reliquias que imaginamos. De todas maneras, estas **conjeturas son ajenas a** sus consignas actuales, ensoñadísimo como ahora está por **el encanto de esta defunción. Ni bien le he conferido la noticia, un aura de palabras ha saltado por sus espaldas —más, no ha dicho...**

Finalmente no he podido recoger sus cartas, por las susceptibilidades que todavía despierta **la** *Guerra del Papel;* **no obstante me han permitido tenerlas un momento en** mis **manos, antes de que acaben en las cadenas del custodio, quiero decir, en esos estuches o bolsas** selladas, donde se introducen las evidencias de una incógnita que para mí **este asunto no la tiene. No hay que hurgarle la muerte, si deseamos explicarla, bastaría decir que ha muerto, así por así, y por más que en el formulario que acompaña la pesquisa se refieran a nuestros sobres como evidencias fehacientes de un acto** premeditado, de un **cierto escarmiento que jamás ha sido. En lo poco que he leído al tenerlas conmigo, nada nuevo he notado, una vez más la clausura era póstuma. De hecho, al barajarlas, sólo he leído Abril, Abril, Abril, Abril, por todo lugar, como** si nada más pudiera decirse, como si !a realidad **escapara de nuestras manos. Hay** un par a medio abrir, pero nada pude leer con detenimiento con la custodia en frente; **poco falta sin embargo para que derive aquello que logré hojear a una inlectura extrema, a un espacio futuro donde trasminen el papel, si** es que antes la guadaña no ataca el vértice de estas escrituras.

Sobre nuestras citas, han corrido el riesgo de deteriorarse, pero hemos sabido pronto resolver nuestras diferencias en la superficie del papel. Ahora me cuesta menos ver a mi señor, porque ya no soy yo quien se acerca, él lo hace, tan detenida distancia que nos separa **al uno del otro y a ambos del destino, como alguna vez él diría. No sé si** alguien podrá reponerlos la correspondencia; si así lo hicieren jamás la devolvería, porque cada una de esas epístolas pertenece a esa infundada lejanía. Con tal razón, será mejor depositarlas en **un lugar extraviado que vele por su** más profundo silencio o por el misterio **de la fe.**

Eso hace poco más de tres días, aunque de nada sirva contar. Al finalizar me ha pedido que deje de transcribir sus **palabras, y si bien el manuscrito es mío, esa carta es —por fin— enteramente suya, prescinde de un estilo ya desgastado y alcanza un espacio y un tiempo** decididamente ajenos a todo lo demás que no sea la cábala de la escritura. Su forma de escribirle es otra, algo menos prolija y en ráfagas, pero casi se la puede tocar, pues ha encumbrado **un** *estilete* **de utopía que condice la muerte, que** nos muestra el cadáver y la misa que le han puesto las palabras.

Por lo demás, no parece a él interesarle esa muerte, aunque sí siente **que hay una** dimensión que se ha abierto a sus cartas, por eso en la última visita que pensé

sería de cumplida solidaridad con su persona, mi señor atajó mis consideraciones y reiniciamos de prisa el dictado de una nueva correspondencia que él me implora llegue lo antes posible. En ella no le ha mencionado ni una sola palabra sobre su muerte, es más, ha hilado lo último de lo que le hablaba con esta nueva misiva, y si bien ha confesado un cierto luto estos días, jamás ha dejado de confiarle sus últimas anécdotas, legándole sus pensamientos y semblanzas y hasta ha sido capaz de hacer alguna broma nada desventajosa en el contexto de sus palabras. Eso sí, no ha dejado de emocionarme algo: ha dejado de ustearla y de todas esas formalidades que le aconsejaba el respeto y la profunda admiración; es finalmente amiga suya y confidente cercana. Lo es también para mí, no lo dudo, aunque la soledad en breve me someta a similar idilio, póstumo si —esta vez— él muere.

...las cartas siempre se frustran en los depósitos del alma humana, y hay quienes las humedecen tanto que ya nada se lee, salvo el cristal empañado de sendas caligrafías. Así y todo hemos de escribir, aunque sea a un costado de nuestro objeto y sin las maneras y privilegios de otrora. De hecho, a ese a quien escribo ya debe tener la esquela en manos y está a punto de imaginar en braille los secretos de la hazaña; debe traer el alma más hundida que nunca, pero acaso mantendrá el cuerpo tullido para soportar lo siniestro. Le he hablado por la piel como él siempre quiso, pero me duele guardar los miedos en lo profundo y rebalsar las palabras justo ahora que se mostraban tan nítidas. Así será esta vez, si	es que tampoco deseo que se enemisten nuestras soledades por culpa de esta fábula que ha depuesto las evidencias, nada más y nada menos que en favor de una ficción y de un haz de proyecciones donde las letras constituyen —antes y por siempre— un lugar equívoco... [Nuncio: W, 81]

Sin papel, nochelucientes uno,)(XXXVI

